



La  
**BIBLIA**  
Popular

Génesis

Éxodo

Levítico

Números

Deuteronomio

Josué

Jueces

Rut

**1,2 Samuel**

1,2 Reyes

1,2 Crónicas

Esdras

Nehemías

**John R. Mittelstaedt**

# **La Biblia Popular**

ROLAND CAP EHLKE

*Editor General y Editor del Manuscrito*

JOHN C. JESKE

*Editor del Antiguo Testamento*

CURTIS A. JAHN

*Editor del Manuscrito*

## **Samuel**

**John R. Mittelstaedt**

EDITORIAL NORTHWESTERN  
Milwaukee, Wisconsin, EE.UU.

Para Molly,  
*amada por su familia*  
*amada más por Dios*

Ilustraciones internas por Glenn Myers.

La cubierta y las ilustraciones interiores fueron originalmente realizadas por Jacobo Tissot (1836 a 1902).

Derechos Reservados. Ninguna porción de este libro: puede ser reproducida, ni almacenada en ningún sistema de memoria, ni transmitida por cualquier medio, sea: electrónico, mecánico, fotocopia, grabado, etc., excepto por citas breves en artículos analíticos, sin permiso previo de la casa de publicaciones.

Texto bíblico:

Versión Reina-Valera 95 ®

©Sociedades Bíblicas Unidas, 1995.

Usada con permiso. Todos los derechos reservados.

Library of Congress Control Number: 00-136427

Northwestern Publishing House

1250 N. 113th St., Milwaukee, WI 53226-3284

© 2000 por Northwestern Publishing House

Publicado en 2000

Impreso en los Estados Unidos de América

ISBN 0-8100-1290-1

# CONTENIDO

---

*Prefacio del Editor* .....v

*Prefacio a la edición en español*.....vi

**Introducción** .....1

## **1 SAMUEL**

Vida de Samuel (1 Samuel 1–8) .....7

Vida de Saúl (1 Samuel 9–15) .....48

Vida de David (1 Samuel 16–31).....92

## **2 SAMUEL**

Vida de David (2 Samuel 1–24).....185

# ILUSTRACIONES

---

<i>David y Goliat</i> .....	<i>cubierta</i>
<i>Samuel escuchando la voz de Jehová</i> .....	22
<i>Saúl al pie de los bueyes inmolados</i> .....	62
<i>Saúl arroja su lanza contra Jonatán</i> .....	124
<i>Saúl y la bruja de Endor</i> .....	166
<i>David danzando delante del Arca</i> .....	216
<i>David y Natán</i> .....	241
<i>Amnón y Tamar</i> .....	252
<i>Absalón atrapado en el árbol</i> .....	289
<i>Las concubinas de David</i> .....	309
<i>Una mujer sabia hace venir a Joab</i> .....	309

# MAPA

---

<i>Los recorridos de David</i> .....	341
--------------------------------------	-----

# PREFACIO DEL EDITOR

---

La Biblia Popular es exactamente lo que el nombre implica, una Biblia para el pueblo. Ella incluye el texto completo de las Sagradas Escrituras en la popular Nueva Versión Internacional. El comentario que aparece a continuación de las secciones de la Escritura contiene aplicaciones personales así como antecedentes históricos y explicaciones del texto.

Los autores de La Biblia Popular son hombres eruditos y con una visión práctica, obtenida durante años de experiencia en los ministerios de la enseñanza y la predicación. Ellos han procurado evitar términos técnicos, que limitan muchas series de comentarios solamente a estudiantes profesionales de la Biblia.

El aspecto más importante de estos libros es que ellos están centrados en Cristo. Jesús mismo dijo acerca de las escrituras del Antiguo Testamento: “Y ellas son las que dan testimonio de mí” (Juan 5:39). Cada libro de La Biblia Popular dirige nuestra atención a Jesucristo. Él es el centro de toda la Biblia. Él es nuestro único Salvador.

Los comentarios también contienen: mapas, ilustraciones e información arqueológica, cuando es apropiado. Todos los libros incluyen títulos de página para llevar al lector al pasaje que él está buscando.

Esta serie de comentarios fue iniciada por la Comisión de Literatura Cristiana del Sínodo Evangélico Luterano de Wisconsin. Este proyecto también tiene una deuda de gratitud al Rev. Loren A. Schaller. Hasta cuando él acepto un llamado para salir de Northwestern Publishing House y de regreso al ministerio parroquial, el Pastor Schaller sirvió como Editor General.

Es nuestra oración que este esfuerzo pueda continuar de la misma manera como comenzó. Dedicamos estos volúmenes a la gloria de Dios y al bienestar de su pueblo.

*Roland Cap Ehlke*

## PREFACIO A LA EDICIÓN EN ESPAÑOL

---

Los comentarios de esta edición en español han sido ligeramente modificados del original para su mejor adaptación a la versión Reina-Valera, Revisión de 1995.

Cuando el comentario, originalmente referido al texto de la New International Version, no concuerda plenamente con el de la versión Reina-Valera, Revisión de 1995, se cita la Nueva Versión Internacional (en español) o alguna otra versión española de la Biblia. En caso de que algún fragmento del texto bíblico de la versión inglesa no aparezca en ninguna de las versiones antes mencionadas, damos nuestra propia traducción del mismo, haciendo la correspondiente aclaración.

Este volumen fue traducido por el Dr. Rolando Suffos. La revisión fue hecha por la Sra. Cristina Zimdars, natural de México y esposa de un pastor que trabaja en Los Ángeles California. Agradecemos la valiosa labor de estos siervos de Dios.

El Primer Domingo de Adviento de 1999  
Paul Hartman, director  
Publicaciones para Latinoamérica  
Sínodo Evangélico Luterano de Wisconsin  
El Paso, Texas, EE UU

## INTRODUCCIÓN

---

La historia que vamos a leer nos remontará tres mil años atrás, a uno de los períodos más significativos en la vida del pueblo de Israel. Muy particularmente veremos que Dios estableció un reino en Israel, una línea de reyes que, en mayor o en menor medida, señalaban hacia el reino venidero de Jesucristo, el Hijo de Dios.

Es importante que cada estudiante de la Biblia comprenda el significado de la palabra *reino*, porque es un término que se usa con gran frecuencia en las Escrituras. Las expresiones *reino de Dios* y *reino de los cielos* aparecen no menos de 119 veces en el Nuevo Testamento. Cuando Juan el Bautista proclamó: “Arrepentíos, porque el reino de los cielos se ha acercado”, sus contemporáneos entendieron precisamente que les estaba diciendo que había llegado el momento de la aparición del Mesías y que el reinado de Dios iba a ser rápidamente instaurado mediante su Ungido. Esto era algo que los oyentes de Juan entendían con absoluta claridad.

Hasta el día de hoy, el reino de Dios se extiende por medio de la proclamación del evangelio de Jesucristo. Cuando las personas son llevadas a la fe en Cristo, son bienvenidas a su reino y llevadas a estar bajo su misericordioso gobierno. De esta forma, el reino de Cristo, el reino de gracia y de gloria, abarca a todos los creyentes tanto en la tierra como en el cielo.

Siempre fue propósito de Dios reinar en los corazones y en las vidas de los israelitas, para que buscaran en él: sus leyes, su guía y su protección. Ese es el tipo de gobierno al que llamamos *teocracia* (“gobierno de Dios”). Cuando llegó el momento apropiado, Dios quiso que el pueblo tuviera un representante terrenal de su gobierno, un rey que trabajara para preservar la unidad del pueblo escogido de Dios. Al gobierno de un rey se le da el nombre de *monarquía*, palabra que significa, “gobierno de uno solo”. Pero en su misericordioso designio, el Señor quiso unir ambas instituciones para que su pueblo fuera gobernado por una



*monarquía teocrática*. Dicho de otra forma, Dios quería que el reino de Israel tuviera una parte exterior visible y un reinado interior invisible, mediante el gobierno de la fe en los corazones de los seres humanos.

La época de los jueces fueron años de decadencia espiritual para Israel. El libro que nos la narra concluye con estas significativas palabras: “En aquellos días no había rey en Israel y cada cual hacía lo que bien le parecía.” Dicho de otra forma, había poco interés por Dios y poco aprecio por su palabra. La nación se encontraba en una prolongada etapa de lento alejamiento de Dios. Para complicar la situación, la adoración cananea a Baal se infiltraba cada vez más en los hogares del pueblo de Dios.

Sin un liderazgo fuerte, Israel se había hecho sensiblemente vulnerable a los ataques de los filisteos. Este grupo étnico formaba parte de los que entonces eran conocidos como “Pueblos del Mar”. Sus centros de poder están radicados en cinco ciudades a lo largo de la costa del mar Mediterráneo, en la parte suroeste de Palestina. En esas condiciones geográficas, no tenían otro sentido hacia donde desplazarse que rumbo al este, invadiendo el territorio del pueblo escogido. Una de las claves de la fuerza militar de los filisteos era el uso de armas de hierro, 1 Samuel 13:19-22 nos dice que los filisteos tenían virtualmente el monopolio del proceso de fundición de ese metal.

El libro de Samuel comienza con la historia de su nacimiento, que ocurrió como respuesta a la ferviente plegaria de su madre; de aquí que le llamara con ese nombre, que significa “Dios ha escuchado”. Samuel nació en uno de los momentos más críticos de la historia de Israel, cuando la nación había caído de rodillas, no en adoración ante el Señor, sino derrotada y humillada por los filisteos. Elí, el sumo sacerdote en Silo, era ahora un hombre viejo y había fracasado en la educación y la formación de sus hijos. La deshonrosa conducta de los hijos de Elí hacía que el pueblo despreciara los servicios que se efectuaban en la casa de Dios. Samuel fue educado y preparado por Elí para servir al Señor, y

cuando el anciano sacerdote y sus malvados hijos murieron súbitamente, el profeta comenzó a liderar la nación.

Samuel guió a la nación durante la turbulenta época que media entre el período de los jueces y el comienzo de la monarquía. Samuel no fue solamente el último de los jueces en Israel, sino también el más grande de los profetas desde los tiempos de Moisés. Su obra no se limita solamente a haber aceptado a regañadientes la demanda de Israel para que hubiera un rey sobre ellos, ni a que por tal motivo hubiera ungido a Saúl y a David. El momento cumbre de su vida ocurrió mucho antes de tan conocidos episodios, cuando llamó a la nación a arrepentirse y a volverse a Dios. Al erigir un Eben-ha-Ézer, literalmente una “piedra de ayuda”, dejó constancia de su propósito de reunir nuevamente al pueblo con su Señor, proclamando en esa ocasión: “Hasta aquí nos ayudó Jehová.” El ministerio profético de Samuel se podría resumir de la mejor manera posible citando las palabras que él mismo le dirigió a Saúl: “¿Acaso se complace Jehová tanto en los holocaustos y sacrificios como en la obediencia a las palabras de Jehová? Mejor es obedecer que sacrificar; prestar atención mejor es que la grasa de los carneros.”

Cuando Samuel era ya viejo, una delegación de ancianos fue a verlo a Ramá, para pedirle que pusiera sobre ellos un rey que gobernara la nación. El profeta se apesadumbró al oír esa petición, pero Dios le dijo que le concediera al pueblo el rey que pedían, aun cuando más tarde iban a tener que lamentarse de ello.

Saúl fue el primero de los reyes que gobernaron sobre Israel. Alto y apuesto, reflejaba la realeza en cada pulgada de su impresionante estatura; así era como lucía. Comenzó su reinado con humildad y buen juicio, pero en algún momento cambió el rumbo y se tornó: voluntarioso, susceptible e irritable, hasta el punto de caer en momentos de violenta ira y en etapas de profunda depresión. Una y otra vez se opuso a la palabra y a la voluntad divinas, hasta que Dios finalmente lo rechazó como rey. ¿Cómo fue posible que alguien con un comienzo tan bueno terminara tan mal?

Dios encargó a Samuel para que ungiera al siguiente rey de Israel, a David, y ese acto tuvo lugar cuando David era tan joven que hasta su propio padre quedó sorprendido por el hecho de que Dios lo hubiera elegido para esa distinción. Sin duda, todos estamos al tanto de que David, elegido desde su adolescencia para ser rey, fue: autor de salmos, exterminador de gigantes, amigo de Jonatán y padre de Absalón. Pero a través de este libro vamos a ver cuantas cosas no conocemos de este rey, o cuantas hemos olvidado de su vida, que pueden ser útiles enseñanzas para la nuestra. Tengamos en cuenta que, con excepción de Jesús y de Moisés, es David el personaje acerca del cual se escribe más en la Biblia. Cuando se trata de Abraham, encontramos que se le dedican catorce capítulos; igual número le corresponde a Josué; pero cuando se trata de David, el Antiguo Testamento le consagra no menos de sesenta y seis.

En 1 Samuel leemos: “Todo Israel y Judá amaban a David.” Ciertamente todo el mundo sintió aprecio por él, desde Saúl y Samuel hasta Jonatán y Abigail. Pero por encima de esto, David fue “amado por Dios”, tal como significa su nombre. En por lo menos dos ocasiones, Dios dice que David es “varón conforme a su corazón”.

Pero, por favor, no entendamos mal, eso no quiere decir que David fuera un hombre sin culpas y sin grandes faltas. Aunque fue extraordinariamente privilegiado con numerosos dones, era inevitablemente humano, y resultó fuerte en el campo de batalla pero débil en su casa. Su vida nos ilustra lo horrible del pecado, a la vez que vemos en ella la profundidad del amor de Dios. Lo que hizo de David un hombre del que Dios dijo que era “conforme a su corazón” fue la disposición que tuvo ese creyente para aceptar la corrección del Creador. Dócil y dispuesto a seguir a Dios, se deleitaba en las cosas que son del agrado del Señor.

Los dos libros de Samuel constituyen realmente uno solo, y esa es la forma en que originalmente aparecen en la Biblia hebrea, copiados en un solo rollo. Cuando los traductores vertieron al

griego el Antiguo Testamento en la versión que se conoce como la Septuaginta, tuvieron que utilizar dos rollos, que fueron conocidos como el primero y el segundo libros del reino. En aquel entonces, los dos libros de Reyes eran conocidos como el tercero y el cuarto libros del reino.

Los libros de Samuel toman su título del nombre del profeta, que es el principal personaje de sus capítulos iniciales. Los hechos: de que éste fuera el último de los jueces de Israel, y que hubiera ungido a Saúl y a David, bastan para que sea apropiado el que estos libros lleven esa designación.

Algunos han sugerido que fue el propio Samuel quien escribió la primera parte de los libros que llevan su nombre. Es bien conocida la tradición judía que le atribuye también el haber escrito inspiradamente los libros de Jueces y de Rut. El capítulo 10 y versículo 25 de 1 Samuel nos muestra que, efectivamente, el profeta era escritor. Además, se ha planteado que la porción de los libros donde se relatan eventos posteriores a su muerte fue escrita por Natán y Gad (véase 1 Crónicas 29:29), o por alguno de los alumnos de la escuela de profetas que estableció Samuel. Sin embargo, todo esto es puramente especulativo.

Está claro que cualquiera que haya redactado los textos de Samuel tenía un íntimo conocimiento de los sucesos y de los detalles que fueron significativos para toda la nación. El escritor inspirado pudo haber hecho uso de la existencia de registros tales como: el “Libro de Jaser” (2 Samuel 1:18), y el registro de “los hechos del rey David” (1 Crónicas 29:29). Las narraciones de Samuel son obras maestras en el campo de la literatura histórica; en ellas se aprecian, en toda su realidad, la vida y las luchas interiores de los amigos y de los miembros de la familia real que se mencionan en el texto bíblico. Hasta nuestros días, no podemos encontrar otro escrito histórico que narre la vida de una nación, aportando tantos y tan íntimos detalles acerca de sus principales protagonistas.

El libro de Samuel se puede dividir en tres secciones de

tamaño desigual, de acuerdo con el personaje principal de cada una de ellas: SAMUEL del capítulo 1 al 8; SAÚL, del 9 al 15; y DAVID, del 16 hasta 2 Samuel 24.

En Samuel, las buenas nuevas del evangelio se nos presentan en la vestidura del Antiguo Testamento. Aquí vemos desplegada la paciencia de Dios y su fidelidad a su palabra. Lo vemos: respondiendo a la oración, liberando y rescatando a los suyos, sin importar lo temible de las circunstancias. Ello nos alienta a seguir proclamando al Señor como: nuestra Roca, nuestra Fuerza y Fortaleza, y nuestro Libertador. Aprendemos que no hay pecado tan terrible que no pueda ser perdonado, y que la persona que más se haya alejado del corazón de Dios puede, mediante el arrepentimiento y la fe, ser restaurada a la familia y al amor del Creador. Finalmente, Samuel nos deja con la convicción de que individuos débiles y pecaminosos, como nosotros mismos, podemos ser convertidos por el amor de Jesucristo en verdaderos hijos de Dios.

# 1 SAMUEL

## VIDA DE SAMUEL

### 1 SAMUEL 1-8

---

#### *Samuel, la respuesta a la oración*

**1** Hubo un hombre de Ramataim, sufita de los montes de Efraín, que se llamaba Elcana hijo de Jeroham hijo de Eliú, hijo de Tohu, hijo de Zuf, efrateo. <sup>2</sup> Tenía dos mujeres; el nombre de una era Ana, y el de la otra, Penina. Penina tenía hijos, pero Ana no los tenía. <sup>3</sup> Todos los años, aquel hombre subía de su ciudad para adorar y ofrecer sacrificios a Jehová de los ejércitos en Silo, donde estaban dos hijos de Elí: Ofni y Finees, sacerdotes de Jehová.

<sup>4</sup> Cuando llegaba el día en que Elcana ofrecía sacrificio, daba a Penina, su mujer, la parte que le correspondía, así como a cada uno de sus hijos e hijas. <sup>5</sup> Pero a Ana le daba una parte escogida, porque amaba a Ana, aunque Jehová no le había concedido tener hijos. <sup>6</sup> Y su rival la irritaba, enojándola y entristeciéndola porque Jehová no le había concedido tener hijos.

<sup>7</sup> Así hacía cada año; cuando subía a la casa de Jehová, la irritaba así, por lo cual Ana lloraba y no comía. <sup>8</sup> Y Elcana, su marido, le decía: «Ana, ¿por qué lloras? ¿por qué no comes? ¿y por qué está afligido tu corazón? ¿No te soy yo mejor que diez hijos?»

<sup>9</sup> Después de comer y beber en Silo, Ana se levantó, y mientras el sacerdote Elí estaba sentado en una silla junto a un pilar del templo de Jehová, <sup>10</sup> ella, con amargura de alma, oró a Jehová y lloró desconsoladamente. <sup>11</sup> E hizo voto diciendo: «¡Jehová de los ejércitos!, si te dignas mirar a la aflicción de tu sierva, te acuerdas de mí y no te olvidas de tu sierva, sino que das a tu sierva un hijo varón, yo lo dedicaré a Jehová todos los días de su vida, y no pasará navaja por su cabeza.»

<sup>12</sup> Mientras ella oraba largamente delante de Jehová, Elí observaba sus labios. <sup>13</sup> Pero Ana oraba en silencio y solamente se movían sus labios; su voz no se oía, por lo que Elí la tuvo por ebria. <sup>14</sup> Entonces le dijo Elí:

—¿Hasta cuándo estarás ebria? ¡Digiere tu vino!

<sup>15</sup> Pero Ana le respondió:

—No, señor mío; soy una mujer atribulada de espíritu. No he bebido vino ni sidra, sino que he derramado mi alma delante de Jehová. <sup>16</sup> No tengas a tu sierva por una mujer impía, porque sólo por la magnitud de mis congojas y de mi aflicción he estado hablando hasta ahora.

<sup>17</sup> —Ve en paz, y el Dios de Israel te otorgue la petición que le has hecho —le dijo Elí.

<sup>18</sup> —Halle tu sierva gracia delante de tus ojos —respondió ella.

Se fue la mujer por su camino, comió, y no estuvo más triste.

<sup>19</sup> Se levantaron de mañana, adoraron delante de Jehová y volvieron de regreso a su casa en Ramá. Elcana se llegó a Ana su mujer, y Jehová se acordó de ella. <sup>20</sup> Aconteció que al cumplirse el tiempo, después de haber concebido Ana, dio a luz un hijo, y le puso por nombre Samuel, «por cuanto —dijo— se lo pedí a Jehová».

El profeta Samuel, uno de los más grandes siervos de Dios, apareció en medio de la inestabilidad política y de la ruina espiritual del período de los Jueces. Obviamente, aquellos no eran los mejores tiempos; para comprobarlo basta con leer las palabras del último capítulo del libro de los Jueces: “En aquellos días no había rey en Israel y cada cual hacía lo que bien le parecía” (Jueces 21:25). Sin liderazgo, y con escaso interés de ellos por Dios, la gente hacía su propia voluntad de una manera caótica.

Sin embargo, en medio de ese desorden Dios no dejó de obrar para establecer su reino de gracia sobre la tierra. Dios iba a usar a

Samuel como uno de sus escogidos para sacar a Israel de ese período de tinieblas espirituales. Más allá de hablarnos de la unción de los dos primeros reyes de esa nación, los libros que vamos a estudiar apuntan hacia el reino del Señor que, por supuesto, ni Saúl ni David podían instaurar. Esa tarea le iba a corresponder a alguien mucho mayor que ellos: al Señor de señores, de quien el reinado de David fue sólo símbolo y prefiguración. Lo que hizo Dios para mantener su palabra y preparar el camino del reino eterno de Jesucristo es la esencia del mensaje del libro de Samuel.

La adoración a Dios sobrevivía aun esos tiempos de decadencia moral. Y Elcaná era uno de esos ejemplos de padre de familia seriamente preocupado por el cumplimiento de sus responsabilidades espirituales. Según Éxodo 23:14-17, solamente los varones debían asistir a las tres festividades anuales que se celebraban en el santuario, que por entonces estaba localizado en Silo; este hombre se hacía acompañar por toda su familia. Sin duda, su formación y su educación tenían algo que ver con esa dedicación a los servicios en la casa de Dios. Descendiente de Coat, el segundo hijo de Leví, era por tanto de aquellos a quienes se les había dado la responsabilidad: de cuidar del santuario y de todas sus cosas sagradas, así como la de ocuparse de montar el Tabernáculo y desmontarlo durante los cuarenta años de peregrinación en el desierto (Números 3: 27:32). Bajo el liderazgo de Josué, se les dieron a los coatitas las colinas boscosas de Efraín, y por eso el hogar de Elcaná estaba en Ramatáyin, un lugar que la tradición sitúa a unos siete kilómetros al noroeste de Jerusalén.

Fue el propio Josué quien estableció el Tabernáculo en Silo, a unos treinta kilómetros al norte de Jerusalén y, por la época de que estamos tratando. Es de pensar que era ya una estructura más permanente, porque en los versículos 7 y 9, se habla respectivamente de “casa” y “templo” de Jehová.

En cuanto a eso de tener problemas, la familia de Elcaná no era una excepción. La fuente de la tensión era obvia: Ana y Peniná,



sus dos esposas, competían por el amor y la atención del mismo hombre. Hay que ser en extremo insensible al dolor de esta amarga lucha familiar, para afirmar que Dios consentía la poligamia en el Antiguo Testamento, o que en este caso estaba justificada por la infertilidad de Ana. Peor aún, los que piensan así olvidan que Jesús estaba citando de esa misma fuente cuando dijo: “Los dos será una sola carne” (Mateo 19:5).

No había para Ana días más difíciles que los de las festividades en las que se reunían las familias. En esas circunstancias, el asunto de los hijos y de la vida familiar era el tema de conversación, y Peniná abusaba del momento para enseñorearse de su rival. Ni siquiera el indeclinable amor de Elcaná podía llenar el vacío que le quitaba sentido a la vida de esta mujer.

Aunque nadie parecía entenderla, Ana estaba segura de que Dios la entendía, y con esa convicción se presentó ante él con su necesidad. Ana hizo voto de que si se le concedía un hijo, lo iba a dedicar toda su vida a Jehová, tal: como antes le fue dedicado Sansón, o como después lo iba a ser Juan el Bautista. A ese voto se le llamaba voto de nazareo (Números 6:1-21); quienes lo aceptaban debían abstenerse de bebidas alcohólicas y no pasar navaja sobre su cabeza.

Mientras Ana oraba fervientemente, sus labios se movían sin que se le pudiera oír, en una oración cuya esencia transmiten las palabras claves del versículo 11 “te acuerdas de mí”. Elí, el sumo sacerdote, concluyó imprudentemente que la mujer estaba embriagada. Resulta lamentable por lo que ello dice de la vida religiosa en aquellos tiempos, que no fuera imposible que se presentara ese tipo de conducta entre quienes asistían a adorar en el santuario. Para Ana, esta acusación no hizo más que aumentar su dolor, haciéndola sentirse profundamente ofendida. Eso explica lo que le dijo a Elí en defensa de su honor; Elí comprendió su error y la despidió pidiendo que Dios la bendijera.

Al abandonar aquel día el santuario, Ana lo hizo dejando sus tribulaciones en manos de Dios y experimentando con ello un dramático cambio en su vida. Tal como dice el proverbio popular:

“La oración cambia las cosas”, o más correctamente: “La oración cambia a las personas”. Su ansiedad y su desaliento fueron sustituidos por alegría y por una visión positiva.

Ana no se equivocó al depositar su fe en el Señor, “y Jehová se acordó de ella”. Esta expresión no significa que antes la hubiese tenido olvidada, sino que ahora su amor y su misericordia hacia ella se hacían más evidentes. Ana concibió y dio a luz un hijo, a quien llamó Samuel, que significa: “Dios ha oído”, nombre que nos sigue recordando a todos, que Dios oye la oración.

### *Samuel es dedicado al Señor*

**<sup>21</sup> Después Elcana, el marido, subió con toda su familia para ofrecer a Jehová el sacrificio acostumbrado y su voto.**

**<sup>22</sup> Pero Ana no subió, sino dijo a su marido:**

**—Yo no subiré hasta que el niño sea destetado. Entonces lo llevaré, será presentado delante de Jehová y se quedará allí para siempre.**

**<sup>23</sup> Elcana, su marido, le respondió:**

**—Haz lo que bien te parezca y quédate hasta que lo destetes; así cumpla Jehová su palabra.**

**Se quedó la mujer y crió a su hijo hasta que lo destetó.**

**<sup>24</sup> Después que lo destetó, y siendo el niño aún muy pequeño, lo llevó consigo a la casa de Jehová en Silo, con tres becerros, un efa de harina y una vasija de vino. <sup>25</sup> Tras inmolar el becerro, trajeron el niño a Elí. <sup>26</sup> Y Ana le dijo:**

**—¡Oh, señor mío! Vive tu alma, señor mío, yo soy aquella mujer que estuvo aquí junto a ti, orando a Jehová. <sup>27</sup> Por este niño oraba, y Jehová me dio lo que le pedí. <sup>28</sup> Yo, pues, lo dedico también a Jehová; todos los días que viva, será de Jehová.**

**Y adoró allí a Jehová.**

Aunque el esposo de Ana parece haber temido que ella incumpliera su voto, ya que la expresión de Elcaná se podría

traducir como, “Quiera Dios que cumplas tu palabra” (v 23), la madre de Samuel no tenía intención de modificar su promesa, y la cumplió. Disfrutó gozosa de los pocos años que tuvo a su hijo junto a ella y los hizo inmensamente productivos. Ante quienes dicen que los primeros años de la infancia no son importantes, nos atrevemos a afirmar que mucho de lo que Samuel aprendió y del carácter que desarrolló fueron fruto de las enseñanzas maternas durante esa preciosa etapa.

Cuando Samuel tenía unos cinco o seis años, sus padres lo llevaron a Silo, y allí lo presentaron al Señor, cumpliendo con el sacrificio de un becerro plenamente desarrollado y por tanto valioso, que era la ofrenda prescrita en caso de un voto especial como el que había hecho Ana. Las otras cosas como la efa de harina (unos 22 litros) y el odre de vino eran regalos para el sacerdote y su familia.

Aquel día estaba ante Elí una madre agradecida, que le dijo: “Yo soy aquella mujer que estuvo aquí junto a ti, orando a Jehová. Por este niño oraba, y Jehová me dio lo que le pedí.” Ahora Ana le devolvía el niño a Dios con estas palabras: “Yo, pues, lo dedico también a Jehová; todos los días que viva, será de Jehová.”

No todos podemos dedicar nuestra vida al Señor de esa forma, pero todos podemos dar testimonio de que le pertenecemos a Jesús, y hacer nuestras las palabras del apóstol San Pablo cuando exhorta a los creyentes de Roma, diciéndoles: “Presentéis vuestros cuerpos como sacrificio vivo, santo, agradable a Dios” (Romanos 12:1).

### *Cántico de alabanza de Ana*

**2** Entonces Ana oró y dijo:

**«Mi corazón se regocija en Jehová,  
mi poder se exalta en Jehová;  
mi boca se ríe de mis enemigos,  
por cuanto me alegré en tu salvación.**

**<sup>2</sup> No hay santo como Jehová;  
porque no hay nadie fuera de ti  
ni refugio como el Dios nuestro.**

**<sup>3</sup> No multipliquéis las palabras// de orgullo y altanería;  
cesen las palabras arrogantes//de vuestra boca,  
porque Jehová es el Dios que todo lo sabe  
y a él le toca pesar las acciones.**

**<sup>4</sup> Los arcos de los fuertes se han quebrado  
y los débiles se ciñen de vigor.**

**<sup>5</sup> Los saciados se alquilan por pan  
y los hambrientos dejan de tener hambre;  
hasta la estéril da a luz siete veces,  
mas la que tenía muchos hijos languidece.**

**<sup>6</sup> Jehová da la muerte y la vida;  
hace descender al seol y retornar.**

**<sup>7</sup> Jehová empobrece y enriquece,  
abate y enaltece.**

**<sup>8</sup> Él levanta del polvo al pobre;  
alza del basurero al menesteroso,  
para hacerlo sentar con príncipes  
y heredar un sitio de honor.**

**Porque de Jehová son//las columnas de la tierra;  
él afirmó sobre ellas el mundo.**

**<sup>9</sup> Él guarda los pies de sus santos,  
mas los impíos perecen en tinieblas;  
porque nadie será fuerte//por su propia fuerza.**

**<sup>10</sup> Delante de Jehová//serán quebrantados sus adversarios  
y sobre ellos tronará desde los cielos.  
Jehová juzgará los confines de la tierra,  
dará poder a su Rey  
y exaltará el poderío de su Ungido.»**

**<sup>11</sup> Luego Elcana regresó a su casa en Ramá, y el niño se  
quedó para servir a Jehová junto al sacerdote Elí.**

Ana no pertenecía al grupo de los que, volviéndose a Dios en tiempos de necesidad, olvidan después honrarlo y alabarlo. El segundo capítulo se inicia con un canto de alabanza, que es a su vez una *plegaria* de gratitud. Compuesta en el estilo tradicional de la poesía hebrea, cada uno de los pensamientos que contiene se presenta reforzado por otro que le es paralelo en cuanto al contenido, aunque sean distintas las palabras con que lo expresa. El tema de este cántico es la gloria de Jehová, que humilla a los soberbios y exalta a los humildes. Ana alaba a Dios por su poder y por su obra salvadora en favor nuestro, diciendo: “Mi corazón se regocija en Jehová, mi poder se exalta en Jehová”.

La amargura y el pesar que la llevaron a pronunciar la oración que leímos en el capítulo 1 ya han desaparecido. Sus pensamientos están ahora fijos en la bondad y la grandeza del Señor: “No hay santo como Jehová; porque no hay nadie fuera de ti ni refugio como el Dios nuestro.”

Siglos después, la idea central del cántico de Ana iba a resonar en el cántico de alabanza que nos registra Lucas 1:46-55, en el que María alaba al Señor por ser la sierva escogida para madre del Mesías. Y, como María, Ana alaba al Señor porque envió al Mesías. En el último versículo de la oración de Ana encontramos el título hebreo de *Mesías* (“su ungido”), una expresión que se utiliza aquí por primera vez en la Biblia.

### *Enseña al niño en su camino*

**<sup>12</sup> Los hijos de Elí eran hombres impíos, que no tenían conocimiento de Jehová. <sup>13</sup> Y era costumbre de los sacerdotes con el pueblo, que cuando alguien ofrecía sacrificio, mientras se cocía la carne, venía el criado del sacerdote trayendo en su mano un garfio de tres dientes <sup>14</sup> y lo metía en el perol, en la olla, en el caldero o en la marmita; y todo lo que sacaba el garfio, el sacerdote lo tomaba para sí. De esta manera hacían con todo israelita que venía a Silo. <sup>15</sup> Asimismo, antes de quemar la grasa, venía el criado del sacerdote y decía al que**

sacrificaba: «Dame carne para asársela al sacerdote; porque no aceptará de ti carne cocida sino cruda.» <sup>16</sup> Y si el hombre le respondía: «Hay que quemar la grasa primero, y después toma tanto como quieras», él decía: «No, dámela ahora mismo; de otra manera la tomaré por la fuerza.» <sup>17</sup> Así pues, el pecado de estos ayudantes era muy grande ante Jehová, porque menospreciaban las ofrendas de Jehová.

<sup>18</sup> Y el joven Samuel servía en la presencia de Jehová, vestido de un efod de lino. <sup>19</sup> Su madre le hacía una pequeña túnica y se la traía cada año, cuando subía con su marido para ofrecer el sacrificio acostumbrado. <sup>20</sup> Entonces Elí bendecía a Elcana y a su mujer diciendo: «Jehová te dé hijos de esta mujer en lugar del que pidió a Jehová.» Luego regresaban a su casa. <sup>21</sup> Visitó Jehová a Ana y ella concibió; y dio a luz tres hijos y dos hijas. Y el joven Samuel crecía delante de Jehová.

<sup>22</sup> Elí era muy viejo, pero cuando supo lo que sus hijos hacían con todo Israel y cómo dormían con las mujeres que velaban a la puerta del Tabernáculo de reunión, <sup>23</sup> les dijo: «¿Por qué hacéis cosas semejantes? Oigo hablar a todo este pueblo vuestro mal proceder. <sup>24</sup> No, hijos míos, porque no es buena fama la que yo oigo, pues hacéis pecar al pueblo de Jehová. <sup>25</sup> Si peca el hombre contra el hombre, los jueces lo juzgarán; pero si alguno peca contra Jehová, ¿quién rogará por él?» Pero ellos no oyeron la voz de su padre, porque Jehová había resuelto hacerlos morir.

<sup>26</sup> Mientras tanto, el joven Samuel iba creciendo y haciéndose grato delante de Dios y delante de los hombres.

Los padres de Samuel parecen no haber tenido ningún recelo al dejar al pequeño con Elí, aunque podemos comprender que hubieran podido tenerlo. La conducta de Ofni y Fineés, los dos hijos de Elí, era escandalosa. Mimados por un padre indulgente, crecieron creyendo que podían ignorar a Dios y hacer lo que les viniera en gana. Lo que hacían al apropiarse de las mejores

porciones de lo que se ofrecía en sacrificio, y el uso que hacían del santuario para cometer adulterio con las mujeres que acudían a los servicios de adoración, deshonoraba el sacerdocio y hacía que la gente mirara con desprecio los ritos y servicios de la casa de Dios.

Samuel permaneció sin corromperse en medio de esa maldad; Ana le había enseñado bien, y Dios recompensó su fe dándole otros hijos. Cada año, la madre visitaba gozosa a su hijo, y le llevaba una prenda exterior de vestir, un efod hecho de lino, y que, como ocurre con los muchachos, le quedaba pequeña con el pasar del tiempo. Lo que no dejó de servirle, aún tras muchos años, fueron las enseñanzas y la influencia de su noble madre.

Esa bendición faltaba en los hijos de Elí, de quienes se nos dice que Jehová había resuelto hacerlos morir. No es que Jehová se complaciera en hacerlos morir, sino que ellos habían endurecido hasta tal punto su conciencia en el pecado, que rechazaban incluso el consejo que les daba su propio padre. Cuando los hombres llegan endurecerse de tan gran manera contra Dios, él llega hasta a permitir que continúen en su vía de perdición; los ciega de los caminos y de los pensamientos divinos (Juan 12:37-43). Tal como dijo Elí: “Si alguno peca contra Jehová, ¿quién rogará por él?”

Quienes se pregunten ¿cómo pudo el Dios misericordioso hacer algo como eso?, harían mejor en preguntarse ¿cómo es que el santo Dios pudo tolerar tanto con tanta paciencia? Lo que les había ocurrido en el pasado a Nadab y Abiú, debió haberles servido de advertencia. Estos hijos de Aarón, ambos sacerdotes, resultaron muertos cuando se atrevieron a experimentar con el incienso que se ofrecía ante el altar de Jehová (Levítico 10:1-3). Quizás la falta pudiera no parecer muy grave a nuestros ojos, quizás fuera un poco de incienso arrojado al fuego, seguido de una pequeña explosión, y nada más. Pero tan santo es Dios, que cualquier cosa inapropiada en la adoración de Israel era una afrenta a su santidad y, por tanto, merecedora de muerte. La conducta tan deshonesta de los hijos de Elí nos resulta chocante también a nosotros.

Elí, que para esa época debe de haber estado por los noventa años, reprendió a sus hijos con palabras que se pueden catalogar de tardías y débiles. Esas palabras de Elí son un ejemplo clásico de lo que es muy poco y demasiado tarde. Los padres que detienen la vara de la corrección, permiten que sus hijos se echen a perder aquí, y contribuyen a su perdición en la eternidad.

En contraste, Samuel es un bello ejemplo de las bendiciones que vienen de guiar a los niños desde pequeños en los caminos del Señor. Se nos dice que “el joven Samuel iba creciendo y haciéndose grato delante de Dios y delante de los hombres”. En este respecto, Samuel nos recuerda la descripción que hace el evangelista Lucas de Jesús, cuando contaba sólo con doce años (Lucas 2:52). Una vez más, encontramos razones para creer que la historia que sigue, del establecimiento de un reino en Israel, es en cierto sentido un símbolo precursor de la misión de Jesús.

### *Profecía contra la casa de Elí*

**<sup>27</sup>Vino un varón de Dios ante Elí, y le dijo: «Así ha dicho Jehová: “¿No me manifesté yo claramente a la casa de tu padre cuando estaban en Egipto en la casa del faraón? <sup>28</sup>Lo escogí para que fuera mi sacerdote entre todas las tribus de Israel, para que ofreciera sobre mi altar, quemara incienso y llevara efod delante de mí. Yo concedí a la casa de tu padre todas las ofrendas de los hijos de Israel. <sup>29</sup>¿Por qué habéis pisoteado los sacrificios y las ofrendas que yo mandé ofrecer en el Tabernáculo? ¿Por qué has honrado a tus hijos más que a mí, haciéndolos engordar con lo principal de todas las ofrendas de mi pueblo Israel?” <sup>30</sup>Por eso Jehová, el Dios de Israel, dice: “Yo había prometido que tu casa y la casa de tu padre andarían siempre delante de mí”; pero ahora ha dicho Jehová: “Nunca haga yo tal cosa, porque yo honro a los que me honran, y los que me desprecian serán tenidos en poco. <sup>31</sup>Vienen días en que cortaré tu brazo y el brazo de la casa de tu padre, de modo que no haya ancianos en tu casa. <sup>32</sup>Verás tu casa humillada, mientras Dios colma de bienes a Israel, de**



**manera que nunca habrá ancianos en tu casa. <sup>33</sup>Aquel de los tuyos a quien yo no excluya del servicio de mi altar, será para que se consuman tus ojos y se llene tu alma de dolor; y todos los nacidos en tu casa morirán en la plenitud de la edad. <sup>34</sup>Te será por señal esto que acontecerá a tus dos hijos, Ofni y Finees: ambos morirán el mismo día. <sup>35</sup>En cambio, yo me suscitaré un sacerdote fiel, que obre conforme a mi corazón y mis deseos; le edificaré casa firme y andará delante de mi unguido todos los días. <sup>36</sup>El que haya quedado en tu casa vendrá a postrarse delante de él por una moneda de plata y un bocado de pan, y le dirá: ‘Te ruego que me agregues a alguno de los servicios sacerdotales para que pueda comer un bocado de pan.’»»**

No tenemos razones para dudar, ni de los auténticos deseos que tenía Elí de servir a Dios, ni de su condición de creyente sincero; pero tampoco nos quedan dudas de que era un padre indulgente, que cedía ante sus hijos y abusaba de la paciencia y de la misericordia de Dios. Debió haberse percatado de que lo que les estaba permitiendo a sus hijos estaba contribuyendo a que se perdieran, al confundir la falta de disciplina con el amor.

Un profeta, cuyo nombre no conocemos, fue enviado a Elí para hacerle saber su responsabilidad por la vergonzosa conducta de sus hijos descarriados, a quienes él honraba más que a Dios. Como consecuencia de esa conducta, sus descendientes provenientes de Itamar, el más joven de los hijos de Aarón, iban a terminar siendo separados del sacerdocio y reducidos a la pobreza. El profeta le dijo también a Elí que ninguno de los suyos iba a llegar a viejo, sino que iban a morir siendo jóvenes. De ese modo, Dios anuló la promesa original que había hecho, de que esta familia iba a ministrar siempre en su presencia. El hecho nos recuerda que nadie puede tomar las promesas de Dios para jugar despreciativamente con ellas. Las promesas de Dios tienen un aspecto de condicionalidad, que se refleja en las palabras: “Yo honro a los que me honran, y los que me desprecian serán tenidos en poco.”

Al estudiar uno de los próximos capítulos, veremos que en un terrible arranque de cólera, Saúl ordenó que sus hombres les dieran muerte a 85 sacerdotes que vivían en la ciudad de Nob (22:18). De ellos sólo escapó Abiatar, quien, bajo el reinado de David, iba a tener que compartir el sacerdocio con Sadoc, descendiente de Aarón por la rama de Eleazar, hasta que finalmente Salomón lo depuso del cargo, en cumplimiento de lo que Dios había dicho en Silo (1 Reyes 2:27). Pero esta promesa que el Señor justificadamente anuló, la sustituyó por otra de mucho mayor alcance, cuando prometió que iba a levantar un fiel sacerdote, cuyo ministerio iba a ser eterno (v 35). Obviamente, ni Samuel ni Sadoc podían serlo. Ese sacerdote únicamente podía ser Jesucristo, el eterno Sumo Sacerdote, de quien está escrito: “Tú eres sacerdote para siempre, según el orden de Melquisedec” (Hebreos 5:6). Esta promesa nunca iba a ser anulada, “porque todas las promesas de Dios son en él [Jesucristo] ‘Sí’, y en él ‘Amén’” (2 Corintios 1:20).

*Habla, Jehová, porque tu siervo oye*

**3** El joven Samuel servía a Jehová en presencia de Elí; en aquellos días escaseaba la palabra de Jehová y no eran frecuentes las visiones. <sup>2</sup> Un día estaba Elí acostado en su aposento, cuando sus ojos comenzaban a oscurecerse de modo que no podía ver. <sup>3</sup> Samuel estaba durmiendo en el templo de Jehová, donde se encontraba el Arca de Dios; y antes que la lámpara de Dios fuera apagada, <sup>4</sup> Jehová llamó a Samuel. Éste respondió: «Heme aquí.» <sup>5</sup> Y corriendo luego adonde estaba Elí, dijo:

—Heme aquí; ¿para qué me llamaste?

—Yo no he llamado; vuelve y acuéstate —respondió Elí.

Él se fue y se acostó. <sup>6</sup> Jehová volvió a llamar a Samuel. Se levantó Samuel, vino adonde estaba Elí y le dijo:

—Heme aquí; ¿para qué me has llamado?

—Hijo mío, yo no he llamado; vuelve y acuéstate —le respondió Elí.

**<sup>7</sup> Samuel no había conocido aún a Jehová, ni la palabra de Jehová le había sido revelada. <sup>8</sup> Jehová, pues, llamó por tercera vez a Samuel. Y él se levantó, vino ante Elí, y le dijo:**

**—Heme aquí; ¿para qué me has llamado?**

**Entonces entendió Elí que Jehová llamaba al joven, <sup>9</sup> y le dijo:**

**—Ve y acuéstate; y si te llama, di: “Habla, Jehová, que tu siervo escucha.”**

**Así se fue Samuel y se acostó en su lugar. <sup>10</sup> Vino Jehová, se paró y llamó como las otras veces:**

**—¡Samuel, Samuel!**

**Entonces Samuel dijo:**

**—Habla, que tu siervo escucha.**

Cuando Martín Lutero era un joven estudiante de la Universidad de Erfut, encontró un ejemplar de las Sagradas Escrituras en la biblioteca de ese centro y, al hojear sus páginas, se detuvo con gran interés en la lectura que acabamos de citar. ¡Cuánto hubiera deseado ser Samuel y haber podido oír la voz de Dios! Sin embargo, su gran descubrimiento fue hallar que en las páginas de la Biblia Dios nos habla a nosotros, tal como una vez le habló a Samuel.

En los días de Samuel y en los de Lutero, “escaseaba la palabra de Jehová” y la gente tenía poco interés en conocer lo que Dios tenía que decir. Los cinco libros de Moisés se guardaban en el Tabernáculo, pero ni aún los sacerdotes se ocupaban en ellos como debían. No es de extrañar que desde la muerte de Moisés no se hubiese levantado otro gran profeta y que “no eran frecuentes las visiones” en Israel.

No puede caer sobre una nación un juicio mayor que el de no ocuparse de la palabra del Señor. Cuando el evangelio es despreciado, Dios lo aleja de quienes así lo tratan. Haríamos bien en recordar que nuestro constante desinterés por las cosas de Dios podrían llevarnos a una situación similar (ver Amós 8:11,12).

Samuel continuó como fiel ayudante del anciano Elí, desarrollando humildes labores en la casa del Señor, tales como: despabilar las velas de la lámpara que estaba situada en la parte exterior del lugar santísimo, llenarla con aceite, y abrir las puertas de la casa de Dios.

Una mañana, poco antes de que amaneciera, una voz que lo llamaba por su nombre despertó a Samuel y, pensando en que nadie más que Elí pudiera estar interesado en sus servicios, acudió ante él. Obviamente, “Samuel no había conocido aún a Jehová, ni la palabra de Jehová le había sido revelada.” Nunca antes había oído directamente la voz de Dios, aunque desde la infancia había sido educado por su madre Ana, quien le había enseñado acerca de Dios y del Salvador prometido.

El “heme aquí” de Samuel, cuando se aproximaba de prisa al lecho del sacerdote, se encontró por tres veces con la negativa de Elí, quien finalmente se dio cuenta de que era Dios quien lo llamaba, e instruyó a Samuel para que respondiera apropiadamente al próximo llamado. De esa forma, cuando se repitió nuevamente la voz, Samuel actuó según le había enseñado Elí, respondiendo con las palabras que son la médula de su llamado como profeta: “Habla, que tu siervo escucha”.

Es importante que notemos, que cuando el Señor busca que alguien sea su vocero, está más interesado en que sea alguien dispuesto a escuchar, más bien que alguien dispuesto a hablar. El secreto del triunfo de Samuel como profeta radicó en que se destacaba más en escuchar que en hablar.



*Samuel escuchando la voz de Jehová*

***El siervo de Dios debe ser irreprochable***

**<sup>11</sup> Dijo Jehová a Samuel:**

**—Yo haré una cosa en Israel que a quien la oiga le zumbarán ambos oídos. <sup>12</sup> Aquel día yo cumpliré contra Elí todas las cosas que he dicho sobre su casa, desde el principio hasta el fin. <sup>13</sup> Y le mostraré que yo juzgaré su casa para siempre, por la iniquidad que él sabe; porque sus hijos han blasfemado contra Dios y él no se lo ha impedido. <sup>14</sup> Por tanto, yo he jurado a la casa de Elí que la iniquidad de su casa no será expiada jamás, ni con sacrificios ni con ofrendas.**

La primera instrucción que Dios le dio al joven profeta no fue un asunto intrascendente, sino que iba a repercutir sobre todo Israel; tanto, “que a quien la oiga le zumbarán ambos oídos”. La misión de Samuel iba a ser la de pronunciar juicio sobre la familia de Elí, dada la persistente negligencia de éste para refrenar la conducta perversa de sus hijos: “La iniquidad de su casa no será expiada jamás, ni con sacrificios ni con ofrendas.”

Eso no significa que no habrá perdón para nosotros cuando fracasemos en nuestras funciones como padres, o cuando nuestros hijos resulten rebeldes, porque ante la perfección de Dios todos somos faltos; no obstante, él no nos abandona. Aun en nuestras mayores necesidades podemos hallar consuelo en Dios, y esto fue lo que hizo Elí.

Lo que no podía ser perdonado no era la persona de Elí y su conducta; lo que el Señor estaba destacando era que la ofensa y el descrédito que su familia le había infligido a la casa de Dios no se podían remover por ningún sacrificio u ofrenda que ellos ofrecieran. La vida de quienes sirven como líderes espirituales en las iglesias tiene que ser ejemplar en el plano familiar. Pablo se encarga de aclarar bien este punto cuando se dirige a Timoteo y a todos nosotros, al hablar de las cualidades y los deberes del pastor: “Que gobierne bien su casa, que tenga a sus hijos en sujeción con toda honestidad (pues el que no sabe gobernar su propia casa,

¿cómo cuidará de la iglesia de Dios?)” (1 Timoteo 3:4,5).

Existe también el peligro de que los pastores, queriendo convertir a sus hijos en modelos de virtudes, lleguen al extremo opuesto de ser demasiado estrictos; la Biblia nos alerta en Colosenses 3:21 para que no exasperemos a nuestros hijos. Recordemos que ellos nos han sido dados para que les amemos y enseñemos, y no para que los convirtamos en copias exactas de nosotros mismos.

### ***Samuel habla de parte de Jehová***

**<sup>15</sup> Samuel se quedó acostado hasta la mañana, y después abrió las puertas de la casa de Jehová; pero temía contar la visión a Elí. <sup>16</sup> Entonces Elí lo llamó y le dijo:**

**—Samuel, hijo mío.**

**—Heme aquí —respondió él.**

**<sup>17</sup> Elí dijo:**

**—¿Qué te ha dicho? Te ruego que no me lo ocultes.**

**Traiga Dios sobre ti el peor de los castigos, si me ocultas una palabra de todo lo que habló contigo.**

**<sup>18</sup> Entonces Samuel se lo manifestó todo, sin ocultarle nada.**

**Y Elí dijo:**

**—Él es Jehová; que haga lo que mejor le parezca.**

Después de haber recibido este mensaje, Samuel se quedó despierto en su cama pensando en lo que habría de decir; aunque el asunto estaba más bien en cómo se lo oiba a decir a Elí. La petición que le hizo Elí, de que no le ocultara nada, debió serle de gran ayuda. ¿Sospechaba el sacerdote lo que su joven ayudante le iba a decir? Lo cierto es que Elí no había perdido la fe, que al aceptar sin cuestionamientos lo que le dijo Samuel, lo estaba reconociendo como profeta del Señor; así lo muestran sus palabras: “Él es Jehová ; que haga lo que mejor le parezca.” “Hágase tu voluntad.”

### *Un fiel profeta*

<sup>19</sup> Samuel crecía y Jehová estaba con él; y no dejó sin cumplir ninguna de sus palabras. <sup>20</sup> Todo Israel, desde Dan hasta Beerseba, supo que Samuel era fiel profeta de Jehová. <sup>21</sup> Y Jehová volvió a aparecer en Silo, porque en Silo se manifestaba a Samuel la palabra de Jehová.

**4** Samuel hablaba a todo Israel.  
Por aquel tiempo salió Israel a librar batalla con los filisteos, y acampó junto a Eben-ezer, mientras los filisteos acamparon en Afec.

Hablando con fidelidad y sin temor la palabra de Dios, Samuel pasó con éxito la prueba de su oficio, que vio fortalecido con posteriores revelaciones de parte del Señor. Dios levantó a su siervo y cumplió todo lo que habló por su boca. “Samuel crecía y Jehová estaba con él; y no dejó sin cumplir ninguna de sus palabras.” De modo que todo Israel respetó al joven profeta y tuvo confianza en él.

Las ciudades de Dan y Beerseba representaban a toda la tierra de Israel: Dan marcaba el extremo norte y Beerseba el extremo sur del país.

Con Samuel, Dios estableció el oficio de profeta para que funcionara junto con el de sacerdote y el de rey. El primer versículo del capítulo 4 es una especie de resumen de todo el ministerio de Samuel: al decir que, “Samuel hablaba a todo Israel.” Cuando el apóstol Pedro dijo en Hechos 3:24: “todos los profetas desde Samuel en adelante, cuantos han hablado, también han anunciado estos días”, lo reconoció como el primero de una larga lista de ilustres siervos de Dios.

### *Los filisteos capturan el Arca*

<sup>2</sup> Los filisteos presentaron batalla a Israel, y trabándose el combate, Israel fue vencido delante de los filisteos, los cuales hirieron en el campo de batalla como a cuatro mil



**hombres. <sup>3</sup> Cuando volvió el pueblo al campamento, los ancianos de Israel dijeron: «¿Por qué nos ha herido hoy Jehová delante de los filisteos? Vayamos a Silo y traigamos el Arca del pacto de Jehová, para que, estando en medio de nosotros, nos salve de manos de nuestros enemigos.»**

**||span||Cananeos y Filisteos|4.3**

**<sup>4</sup> El pueblo envió gente a Silo, y trajeron de allá el Arca del pacto de Jehová de los ejércitos, que habitaba entre los querubines; y los dos hijos de Elí, Ofni y Finees, estaban allí con el Arca del pacto de Dios. <sup>5</sup> Aconteció que cuando el Arca del pacto de Jehová llegó al campamento, todo Israel gritó con júbilo tan grande que la tierra tembló.**

**<sup>6</sup> Al escuchar los filisteos las voces de júbilo dijeron: «¿Qué gritos de júbilo son estos en el campamento de los hebreos?» Y supieron que el Arca de Jehová había sido traída al campamento. <sup>7</sup> Entonces los filisteos tuvieron miedo, porque se decían: «Ha venido Dios al campamento.» Y exclamaron: «¡Ay de nosotros!, pues hasta ahora no había sido así. <sup>8</sup> ¡Ay de nosotros! ¿Quién nos librará de manos de estos dioses poderosos? Éstos son los dioses que hirieron a Egipto con toda clase de plagas en el desierto. <sup>9</sup> Esforzaos, filisteos, y sed hombres, para que no sirváis a los hebreos, como ellos os han servido a vosotros; sed hombres, y pelead.»**

**<sup>10</sup> Pelearon, pues, los filisteos, e Israel fue vencido; cada cual huyó a su tienda y hubo una muy grande mortandad, pues cayeron de Israel treinta mil hombres de a pie. <sup>11</sup> El Arca de Dios fue tomada y murieron los dos hijos de Elí, Ofni y Finees.**

Muchos creen que el hecho de que nos encontrarnos súbitamente con una acción de guerra de los filisteos, obedece al interés de vengar las pérdidas que les produjo el último y heroico acto de Sansón, que echó abajo el templo de Dagón.

Desde muchos años atrás, los filisteos que estaban asentados en la parte sur de la llanura costera de Canaán eran llamados por

los egipcios *Pueblos del Mar*, y cuando los israelitas invadieron la tierra prometida, no pudieron desalojar a los filisteos de la estrecha franja que ocupaban a lo largo del Mediterráneo (Josué 13:3). Los filisteos por lo común son identificados con las cinco ciudades fortificadas de: Gaza, Ecrón, Asdod, Askalón y Gat, que les sirvieron de bases y que nunca han dejado de existir. Cuatro de ellas pueden ser encontradas fácilmente en un mapa de hoy día.

Aunque la Biblia menciona a los filisteos 286 veces, y habla de su territorio en otras ocho, sorprende lo poco que se sabe de ese pueblo. Los filisteos le dejaron al mundo muy poco en el ámbito de: la cultura, la literatura y el conocimiento; tan es así, que la palabra *filisteo* se ha convertido en sinónimo de: ignorante, inculto o cerrado de mente.

Sin embargo, en su tiempo se distinguieron por su capacidad bélica, y durante doscientos años resultaron los principales enemigos de Israel, hasta que fueron completamente doblegados por David. El nombre *Palestina* se deriva de ese pueblo.

El primer combate de esta ofensiva filisteá, a la que hace referencia nuestro texto, tuvo lugar en las cercanías de la moderna ciudad de Tel Aviv, y dejó un saldo de derrota y 4,000 muertos entre las filas israelíes. Los ancianos que trataban de hallarle una causa al desastre les preguntaban a los soldados que regresaron con vida: “¿Por qué nos ha herido hoy Jehová delante de los filisteos?” La pregunta era lógica, pero la respuesta con que se contentaron era bien superficial; ni siquiera pensaron que todo se podía deber a ellos mismos, y terminaron culpando a Dios. En conclusión, consideraron que la solución estaba en llevar el Arca del pacto para que los acompañara en la batalla, y con ello la victoria iba a ser segura.

Ciertamente, durante el tiempo que anduvieron errantes por el desierto, el Arca fue llevada al frente del pueblo para darles seguridad de la presencia protectora de Jehová. Pero Dios no les había mandado que la llevaran a la batalla, ni él les había hecho ninguna promesa a ese respecto. El Arca era símbolo de la presencia del Dios justo y santo en medio de su pueblo y, por ello,

la más preciosa y sagrada de las posesiones de Israel; pero no era ni un amuleto de la buena suerte, ni un arma secreta para triunfar en la guerra.

Al día siguiente, cuando Ofni y Fineés, los hijos de Elí, introdujeron el Arca en el campamento, la aclamación con que el ejército expresó su confianza en la victoria resultó atronadora. Obviamente, los soldados estaban saturados de la misma interpretación supersticiosa que bullía en los ancianos. Y en cierto sentido, los propios filisteos no resultaron ajenos a ese sentir y expresaron sus temores, recordando lo que Jehová les había hecho a los egipcios para liberar a los hebreos. Parece que la palabra “hebreo” puede tener el significado de inmigrante o extranjero, y era la forma en que originalmente otros pueblos se referían a los hijos de Israel, y no el nombre con que ellos se designaban a sí mismos.

Para nosotros es difícil comprender la enormidad de la pérdida que tuvo Israel de más de treinta mil hombres frente a los filisteos; pero estos últimos se esforzaron en el combate y les infligieron una derrota aplastante. Entre las bajas que sufrieron las fuerzas de Israel, se contaban las de los dos hijos de Elí. Encima de tanta desgracia estaba la captura del Arca de Dios, que resultó tomada como trofeo de guerra. Para muchos israelitas, tanto desastre equivalía al exterminio de la nación.

Sirve como punto de comparación, para entender ese desastre, el número de veintiseis mil muertos en *ambas* tropas en la batalla más sangrienta que se libró en Antietam, durante la Guerra de Secesión en los Estados Unidos de Norteamérica.

### *¿Dónde está la gloria de Israel?*

**<sup>12</sup> Un hombre de Benjamín salió corriendo del campo de batalla y llegó aquel mismo día a Silo, rotos sus vestidos y la cabeza cubierta de tierra. <sup>13</sup> Cuando llegó, Elí estaba sentado en una silla vigilando junto al camino, porque su corazón temblaba a causa del Arca de Dios. Vino, pues, aquel hombre**

a la ciudad y, al dar las noticias, toda la ciudad gritó.

<sup>14</sup> Cuando Elí oyó el estruendo de la gritería, preguntó:

—¿Por qué hay tanto alboroto?

Aquel hombre vino de prisa y le dio las noticias a Elí.

<sup>15</sup> Ya éste tenía noventa y ocho años de edad y sus ojos se habían oscurecido, de modo que no podía ver. <sup>16</sup> Dijo, pues, aquel hombre a Elí:

—Vengo de la batalla, he escapado hoy del combate.

—¿Qué ha acontecido, hijo mío? —le preguntó Elí.

<sup>17</sup> El mensajero respondió:

—Israel huyó delante de los filisteos y hubo gran mortandad entre el pueblo. Han muerto también tus dos hijos, Ofni y Finees, y el Arca de Dios ha sido tomada.

<sup>18</sup> Cuando el mensajero hizo mención del Arca de Dios, Elí cayó de su silla hacia atrás, al lado de la puerta, y se desnucó y murió, pues era hombre viejo y pesado. Había sido juez en Israel durante cuarenta años. <sup>19</sup> Su nuera, la mujer de Finees, estaba encinta y próxima al alumbramiento. Cuando oyó el rumor de que el Arca de Dios había sido tomada y que su suegro y su marido habían muerto, se inclinó y dio a luz, pues le sobrevinieron sus dolores de repente. <sup>20</sup> Al tiempo que moría, las que estaban junto a ella le decían: «No tengas temor, porque has dado a luz un hijo.» Pero ella no respondió ni se dio por enterada. <sup>21</sup> Y llamó al niño Icabod, diciendo: «¡La gloria ha sido desterrada de Israel!», por haber sido tomada el Arca de Dios y por la muerte de su suegro y de su marido. <sup>22</sup> Dijo, pues: «La gloria ha sido desterrada de Israel», porque había sido tomada el Arca de Dios.

Gravemente preocupado por el resultado de la batalla que se estaba librando, Elí aguardaba sentado al lado del camino, cerca de la puerta de entrada de la ciudad. De no haber estado ciego, le hubiera bastado con ver el aspecto del mensajero que llegaba corriendo sin aliento, para darse cuenta de cuál había sido el

resultado. A pesar de lo terrible de las noticias de la mortandad entre el pueblo, incluyendo la de sus dos hijos, lo que verdaderamente resultó intolerable para Elí fue saber que el Arca había sido capturada. Ese fue el momento en que su corazón se detuvo y cayó muerto. Final triste y nada glorioso del hombre que había sido sumo sacerdote de Dios y juez sobre su pueblo de Israel durante cuarenta años.

Fue la nuera de Elí, la mujer de Fineés, quien mejor expresó el sentir de los israelitas cuando en medio de un trabajo de parto prematuro, precipitado por lo angustioso de las noticias, llamó al niño Icabod. Este nombre luctuoso que significa “sin gloria”, o menos literalmente, “¿Dónde está la gloria?”, expresaba el pesar de todo Israel, pesar que incluso el nacimiento de un hijo era incapaz de compensar. Fueron muchos los que creyeron que la gloria de Dios y su misericordiosa presencia entre ellos se había marchado para siempre. El versículo 22 repite las palabras de esta mujer: “La gloria ha sido desterrada de Israel”, y sugiere que la muerte le encontró con esta expresión de duelo en sus labios.

### *No hay otro Dios*

**5** Cuando los filisteos capturaron el Arca de Dios, la llevaron desde Eben-ezer a Asdod. <sup>2</sup> Tomaron los filisteos el Arca de Dios, la metieron en la casa de Dagón y la pusieron junto a Dagón. <sup>3</sup> Cuando al siguiente día los de Asdod se levantaron de mañana, encontraron a Dagón postrado en tierra delante del Arca de Jehová. Tomaron a Dagón y lo devolvieron a su lugar. <sup>4</sup> Al levantarse de nuevo de mañana, al siguiente día, Dagón había caído postrado en tierra delante del Arca de Jehová, y la cabeza de Dagón y sus dos manos estaban cortadas sobre el umbral; a Dagón solamente le quedaba el tronco. <sup>5</sup> Por esta causa, los sacerdotes de Dagón y todos los que entran en el templo de Dagón no pisan el umbral de Dagón en Asdod, hasta el día de hoy.

Desbordantes de orgullo, los filisteos llevaron el Arca del pacto a Asdod, una de sus cinco ciudades principales, y la pusieron junto a Dagón, en el templo dedicado a honrar ese dios. Actuando así, parecía que querían demostrar la superioridad de esa deidad. Es poco lo que sabemos acerca de Dagón, pero los eruditos han encontrado unas pocas referencias en escritos de la época en las que se hace referencia a Dagón como el “padre de Baal”, una de las deidades prominentes de la región.

En la primera mañana, los filisteos encontraron a su ídolo postrado en el suelo delante del Arca, casi en actitud de piadosa sumisión ante el Dios de Israel. Los sacerdotes de Dagón tienen que haberse quedado pasmados pensando cómo pudo haber ocurrido algo semejante. La respuesta estaba en el interior del Arca, grabada en las dos tablas de la Ley, que comienzan diciendo: “No tendrás dioses ajenos delante de mí.” Dios, cuya voluntad está expresada en esos mandamientos, no compartirá con nada ni con nadie su gloria, pues ha dicho: “¡Yo, Jehová, este es mi nombre! A ningún otro daré mi gloria, ni a los ídolos mi alabanza” (Isaías 42:8).

Cuando llegó la mañana del siguiente día, los sacerdotes de Dagón, que ya tenían razones para estar atemorizados, encontraron al entrar al templo que, una vez más, el ídolo estaba rostro en tierra delante del Arca. Esta vez vieron lo verdaderamente inútil que era su dios. La cabeza y las manos de Dagón estaban desmembradas sobre el umbral de la puerta. Eso habría bastado para que se les abrieran los ojos a la verdadera gloria del Dios de Israel, pero lo único que hicieron fue desarrollar una nueva superstición. Desde allí en adelante, los que entraban en el templo de esa deidad evitaban pisar el umbral. No es extraño que muchos encuentren más atrayentes las supercherías que la verdad revelada por Dios.

### *El peso de la mano de Dios*

**<sup>6</sup>La mano de Jehová cayó sobre los de Asdod y los destruyó, hiriéndolos con tumores, en Asdod y en todo su territorio. <sup>7</sup>Al ver esto, los de Asdod dijeron: «Que no se**

**quede entre nosotros el Arca del Dios de Israel, porque su mano se ha endurecido contra nosotros y contra nuestro dios Dagón.»**

**<sup>8</sup> Convocaron, pues, a todos los príncipes de los filisteos, y les preguntaron:**

**—¿Qué haremos con el Arca del Dios de Israel?**

**Ellos respondieron:**

**—Trasládese el Arca del Dios de Israel a Gat.**

**Y trasladaron allá el Arca del Dios de Israel. <sup>9</sup> Pero cuando se la llevaron, la mano de Jehová cayó sobre la ciudad provocando un gran pánico; y afligió a los hombres de aquella ciudad, y desde el más pequeño hasta el mayor se llenaron de tumores. <sup>10</sup> Entonces enviaron el Arca de Dios a Ecrón. Pero cuando el Arca de Dios llegó a Ecrón, los ecronitas exclamaron: «Nos han traído el Arca del Dios de Israel para matarnos a nosotros y a nuestro pueblo».**

**<sup>11</sup> Convocaron y reunieron a todos los príncipes de los filisteos y les dijeron: «Enviad el Arca del Dios de Israel, y regrese a su lugar, para que no nos mate a nosotros ni a nuestro pueblo», pues había un terror mortal en toda la ciudad, porque la mano de Dios los había castigado duramente.**

**<sup>12</sup> Los que no morían estaban llenos de tumores, y el clamor de la ciudad subía al cielo.**

La captura del Arca no les llevó a los habitantes de Asdod y sus alrededores otra cosa que no fueran problemas. Fueron ellos los primeros que pudieron decir del Dios de Israel: “Porque su mano se ha endurecido contra nosotros”. Muchos murieron como resultado de un brote de peste bubónica. Los tumores que se mencionan deben haber sido las inflamaciones de los ganglios linfáticos, a nivel de las axilas y las ingles, característicos de esa afección. La percepción de que esa mortal enfermedad es transmitida habitualmente por pulgas y ratas pudo haber explicado en parte la conducta posterior de los filisteos. Esa pudo haber sido

la razón para que, además de ofrecer cinco figuras de tumores de oro, añadieran las de cinco ratones del mismo metal, ambos como ofrenda y compensación por la culpa.

Las gentes de Asdod ya sabían con toda claridad que el Arca no debería continuar en su ciudad, y decidieron enviarla a la vecina Gat, felices de verla lejos de su territorio. El razonamiento para lograr la aceptación por parte de sus vecinos debe haberse fundado en que, como ellos no tenían un templo dedicado a Dagón, iban a estar exentos de problemas. La realidad fue otra: la gente de Gat también comenzó a sentir sobre ellos el peso de la mano de Dios, y la plaga se diseminó rápidamente por la ciudad, golpeando implacablemente a sus habitantes. Dominados por el terror, los habitantes de Gad huían con temor de sus conciudadanos, tratando de escapar al contagio, alejándose cuanto pudieran del contacto físico y hasta del aliento de los demás.

De Gat, el Arca fue transferida a Ecrón, la ciudad más al norte que poseían los filisteos, localizada a unos cuarenta km al suroeste de Jerusalén, pero los ecronitas no quisieron que permaneciera allí; aceptarla equivaldría a una especie de suicidio. En consonancia con esta convicción, convocaron a los príncipes de las cinco ciudades filisteas, planteando la sensata demanda de que fuese enviada de vuelta a Israel.

### *El regreso del Arca*

**6** Estuvo el Arca de Jehová en la tierra de los filisteos siete meses. <sup>2</sup> Entonces los filisteos, llamando a los sacerdotes y adivinos, preguntaron:

—¿Qué haremos con el Arca de Jehová? Hacednos saber de qué manera podemos devolverla a su lugar.

<sup>3</sup> Ellos dijeron:

—Si enviáis el Arca del Dios de Israel, no la enviéis vacía, sino ofrecedle una reparación; entonces seréis sanos y conoceréis por qué no se apartó de vosotros su mano.

<sup>4</sup> Ellos dijeron:

—¿Y qué reparación le pagaremos?



**Ellos respondieron:**

—Conforme al número de los príncipes de los filisteos, cinco tumores de oro y cinco ratones de oro, porque una misma plaga os ha afligido a todos vosotros y a vuestros príncipes. <sup>5</sup> Haréis, pues, figuras de vuestros tumores y de los ratones que destruyen la tierra, y daréis gloria al Dios de Israel; quizá aligere su mano sobre vosotros, sobre vuestros dioses y sobre vuestra tierra. <sup>6</sup> ¿Por qué endurecéis vuestro corazón, como los egipcios y el faraón endurecieron su corazón? Después que los había tratado así, ¿no los dejaron ir, y se fueron? <sup>7</sup> Haced, pues, ahora un carro nuevo y tomad luego dos vacas que críen, a las cuales no haya sido puesto yugo, uncid las vacas al carro, pero no dejéis que sus becerros vayan tras ellas, sino haceldos volver al establo. <sup>8</sup> Tomaréis luego el Arca de Jehová y la pondréis sobre el carro, y las joyas de oro que le habéis de pagar como ofrenda por la culpa las pondréis en una caja al lado de ella; y dejaréis que se vaya. <sup>9</sup> Y observaréis; si sube por el camino de su tierra a Bet-semes, él nos ha hecho este mal tan grande; y si no, sabremos que no es su mano la que nos ha herido, sino que esto ocurrió por accidente.

<sup>10</sup> Aquellos hombres lo hicieron así. Tomaron dos vacas que criaban, las uncieron al carro y encerraron en el establo sus becerros. <sup>11</sup> Luego pusieron el Arca de Jehová, la caja con los ratones de oro y las figuras de sus tumores sobre el carro. <sup>12</sup> Las vacas se encaminaron por el camino de Bet-semes, y seguían recto, andando y bramando, sin apartarse ni a derecha ni a izquierda del camino. Los príncipes de los filisteos fueron tras ellas hasta el límite de Bet-semes.

Los siete meses durante los cuales estuvo el Arca en territorio filisteo, estuvieron marcados por: el sufrimiento, la enfermedad y la muerte, que se abatieron sobre ellos. El acuerdo sobre el regreso del Arca fue más que unánime, pero además sabían que el sagrado símbolo no podría ser devuelto sin especiales consideraciones,

pues temían traer sobre ellos mismos desastres aún mayores.

Ya frente al caso, los filisteos decidieron tomar consejo de sus “expertos religiosos” acerca de la mejor forma posible para hacer la devolución. Los sacerdotes consultados sugirieron una ofrenda expiatoria por la culpa y en compensación por sus acciones, pero sin poder dar garantías de éxito; se limitaron a decir respecto del Dios de Israel que “*quizá* aligere su mano sobre vosotros, sobre vuestros dioses y sobre vuestra tierra”.

Asombra ver cuánto sabían los sacerdotes de Dagón acerca del Dios de Israel y el buen uso que hacían de esos conocimientos, cuando preguntaban: “¿Por qué endurecéis vuestro corazón, como los egipcios y faraón endurecieron su corazón?” Con todo, estaban algo escépticos acerca de la causa de la participación de Dios en los problemas que agobiaban a la nación. ¿Tal vez pensaban que su posición demandaba de su parte más fidelidad hacia su dios? De cualquier manera, se las arreglaron para diseñar una prueba que excluía toda casualidad: pondrían el Arca en un carro del que tirarían dos vacas de poco tiempo de paridas. El comportamiento lógico e invariable de esos animales iba a ser, o no moverse por falta de costumbre de tirar de una carreta, o más probablemente, en virtud del instinto de dar de mamar a sus terneros, ir directamente hacia donde estos se encontraran. Pero ocurrió lo que nadie hubiera pensado posible: sin siquiera mirar atrás, las dos vacas tomaron el camino de Bet-semes, la población israelita inmediata a la frontera. Los asombrados líderes filisteos observaban cómo se iban alejando hasta abandonar su territorio. Sin duda, habían tenido la oportunidad de ser testigos de la obra del verdadero Dios de los cielos y la tierra.

***Dios debe ser tenido por santo***

**<sup>13</sup> Los de Bet-semes estaban segando el trigo en el valle. Al levantar los ojos, divisaron el Arca y se regocijaron de verla. <sup>14</sup> El carro llegó al campo de Josué de Bet-semes y se paró allí, donde había una gran piedra. Ellos cortaron la madera del carro y ofrecieron las vacas en holocausto a**

**Jehová.** <sup>15</sup> Los levitas bajaron el Arca de Jehová y la caja que estaba junto a ella, en la cual se encontraban las joyas de oro, y las pusieron sobre aquella gran piedra. Los hombres de Bet-semes sacrificaron holocaustos y dedicaron sacrificios a Jehová en aquel día. <sup>16</sup> Cuando vieron esto los cinco príncipes de los filisteos, regresaron a Ecrón el mismo día.

<sup>17</sup> Éstos fueron los tumores de oro que pagaron los filisteos en reparación a Jehová: por Asdod uno, por Gaza uno, por Ascalón uno, por Gat uno, por Ecrón uno. <sup>18</sup> Y los ratones de oro fueron conforme al número de todas las ciudades de los filisteos pertenecientes a los cinco príncipes, así las ciudades fortificadas como las aldeas sin muro. La gran piedra sobre la cual pusieron el Arca de Jehová está en el campo de Josué de Bet-semes hasta hoy.

<sup>19</sup> Entonces Dios hizo morir a los hombres de Bet-semes, porque habían mirado dentro del Arca de Jehová. Hizo morir a cincuenta mil setenta hombres del pueblo. Y lloró el pueblo, porque Jehová lo había herido con una mortandad tan grande. <sup>20</sup> Los de Bet-semes dijeron: «¿Quién podrá estar delante de Jehová, el Dios santo? ¿A quién la enviaremos nosotros?» <sup>21</sup> Entonces enviaron mensajeros a los habitantes de Quiriat-jearim, diciendo: «Los filisteos han devuelto el Arca de Jehová; descended, pues, y lleváosla.»

**7** Vinieron los de Quiriat-jearim, se llevaron el Arca de Jehová y la pusieron en casa de Abinadab, situada en el collado; y santificaron a Eleazar, su hijo, para que guardara el Arca de Jehová.

Los ciudadanos de Bet-semes estaban cosechando el trigo cultivado en el fértil valle donde se ubicaba el poblado de ese nombre, en las cercanías de la frontera de Israel con los filisteos. Eso era lo que hacían cuando vieron que el carro, sin ser guiado por nadie y transportando el Arca, rebasaba la colina y seguía a lo largo del camino con rumbo a la ciudad. En cuanto lograron sobreponerse al asombro que los paralizaba, se desbordaron en

jubilosas expresiones de alegría y se congregaron en gran número para celebrar en el propio campo el retorno del Arca. Llamaron a los levitas para que se encargaran de el sagrado símbolo y de ofrecer un sacrificio de acción de gracias; las cosas se organizaron de tal manera que una gran roca ubicada en el campo de un hombre llamado Josué quedó convertida en improvisado altar; las vacas se convirtieron en los animales del sacrificio y la madera del carro en la leña para el fuego.

A tanta alegría se sumó un penoso episodio: setenta hombres de Bet-emes se dejaron llevar por su irreverente curiosidad, y perecieron al atreverse a mirar al interior del Arca.\*

Un castigo tan duro por lo que podríamos considerar una ofensa menor nos podría parecer desproporcionado, si no tuviésemos en cuenta la forma en que esos hombres trataron al objeto más sagrado de Israel, símbolo del Dios infinitamente santo. Valga la pena recordar que el Arca estaba provista de un par de anillos a cada lado, a través de los cuales los levitas introducían los palos con los que la transportaban cuando eso se hacía necesario, sin que siquiera los sacerdotes se atrevieran a tocarla y mucho menos a curiosear en su interior; hacerlo equivalía a un acto sacrílego castigable con la pena de muerte (Números 4:20). El mensaje de Dios en ese día fue: “Seré tenido como el Dios de santidad.”

Solamente una indeclinable convicción de la santidad de Dios nos podrá mantener alejados del pensamiento de que podemos tomar a la ligera su palabra y abusar de su bondad. Ciertamente Dios es: misericordioso, amoroso y perdonador, pero sus hijos deben de saber que no pueden dejar de lado su palabra para usarla solamente cuando les convenga hacerlo.

Atemorizados por lo ocurrido, los pobladores de Bet-emes

---

\*El Texto Masorético, que sigue aquí la Reina-Valera, revisión de 1995, dice “cincuenta mil setenta hombres” (v 19). Parece ser un error de un copista y “50,000 hombres” fue eliminado de algunos manuscritos antiguos. La Nueva Versión Internacional traduce: “Fueron setenta los que perecieron”.

decidieron que el Arca no debía permanecer entre ellos y la enviaron a la población de Quiryat-jearim (“ciudad de los bosques”), depositándola en la casa de un hombre llamado Abidanab, que estaba situada en la parte alta de la ciudad. Y allí estuvo durante cerca de veinte años hasta que David la llevó a Jerusalén (2 Samuel 6:4).

Podríamos preguntarnos ¿por qué no llevaron el Arca de regreso a Silo, la ciudad donde estaba el Tabernáculo? Muy probablemente no fue retornada a Silo porque esa ciudad debió haber sido totalmente destruida por los filisteos, tal como parecen plantearlo las excavaciones arqueológicas que revelan fue quemada hasta los cimientos. En Jeremías 26:9, se hace la última mención bíblica de esa ciudad, y en ella Dios les advierte a las ciudades de Judá que lo niegan: “Esta Casa será como Silo y esta ciudad quedará assolada y sin habitantes.”

### *El regreso a Jehová*

**<sup>2</sup> Desde el día en que llegó el Arca a Quiriat-jearim pasaron muchos días, veinte años; y toda la casa de Israel suspiraba por Jehová. <sup>3</sup> Habló entonces Samuel a toda la casa de Israel, diciendo: «Si de todo vuestro corazón os volvéis a Jehová, quitad de entre vosotros los dioses ajenos y a Astarot, dedicad vuestro corazón a Jehová y servidle sólo a él, y él os libraré de manos de los filisteos.»**

**<sup>4</sup> Entonces los hijos de Israel quitaron a los baales y a Astarot, y sirvieron sólo a Jehová. <sup>5</sup> Luego dijo Samuel: «Reunid a todo Israel en Mizpa, y yo oraré por vosotros a Jehová.»**

**<sup>6</sup> Se reunieron, pues, en Mizpa, sacaron agua y la derramaron delante de Jehová; ayunaron aquel día allí, y dijeron: «Contra Jehová hemos pecado.» Y juzgó Samuel a los hijos de Israel en Mizpa.**

El papel de Samuel como líder de Israel continuó en ascenso. El texto bíblico nos dice: “Y juzgó Samuel a los hijos de Israel en

Mizpá”, enseñándonos además que la principal preocupación del profeta por su nación consistía en lograr que ésta, necesitada como lo estaba de una completa reforma, se volviera a Dios.

En los veinte años que transcurrieron desde la aplastante derrota a manos de los filisteos, el número de los que compartían la opinión de Samuel creció de manera gradual. Si antes no habían apreciado los servicios de la casa de Dios cuando disponían de ella, ahora que les faltaba sentían y lamentaban la pérdida del santuario de Silo y el deterioro de la adoración en la vida de Israel.

Como primer paso para el retorno a Dios, Samuel le planteó al pueblo el abandono de todo aquello que ocupara en sus corazones el lugar que sólo le corresponde al Altísimo. Tenían que romper: con las deidades cananeas de la fertilidad, con Astarot y con los baales, ídolos respectivamente femenino y masculino, a los que adoraban.

Samuel convocó a la nación, llamándola al arrepentimiento y la rededicación a Dios. La asamblea tuvo lugar en Mizpá, territorio que le pertenecía a la tribu de Benjamín. Allí, con corazón penitente, el pueblo acudió y derramó agua en su presencia, simbolizando el pesar por sus pecados y la necesidad de limpiarse de ellos. No hubo aquel día intento alguno de dar pretextos para justificarse o minimizar la culpa. De todo corazón, confesaron: “Contra Jehová hemos pecado.”

Aunque con base en las normas sociales nos pudiera parecer que nuestros pecados son banales, está fuera de toda duda que también nosotros necesitamos volvernos al Señor; porque de acuerdo a lo que demanda la santidad de Dios, nuestros pecados son más que suficientes para separarnos eternamente de su presencia. Todos necesitamos apartarnos de las cosas que hemos puesto en el lugar de Dios y volvernos a él. Acudamos a su gran misericordia, sabiendo que no hay otra opción que: confesar nuestros pecados, pedir misericordia, y hacer uso del ofrecimiento que él nos hace de perdón. Y él nos lo dará.

### ***Hasta aquí nos ha ayudado Jehová***

**<sup>7</sup> Cuando supieron los filisteos que los hijos de Israel estaban reunidos en Mizpa, subieron los príncipes de los filisteos contra Israel; al oír esto, los hijos de Israel tuvieron temor de los filisteos. <sup>8</sup> Entonces dijeron los hijos de Israel a Samuel: «No ceses de clamar por nosotros a Jehová, nuestro Dios, para que nos guarde de manos de los filisteos.»**

**<sup>9</sup> Tomó Samuel un cordero de leche y lo sacrificó entero en holocausto a Jehová; y clamó Samuel a Jehová por Israel, y Jehová lo escuchó. <sup>10</sup> Mientras Samuel sacrificaba el holocausto, los filisteos llegaron para pelear con los hijos de Israel. Pero Jehová tronó aquel día con gran estruendo sobre los filisteos, los atemorizó y fueron vencidos delante de Israel. <sup>11</sup> Los hijos de Israel salieron de Mizpa, siguieron a los filisteos y los hirieron hasta abajo de Bet-car. <sup>12</sup> Tomó luego Samuel una piedra, la colocó entre Mizpa y Sen, y le puso por nombre Eben-ezer, porque dijo: «Hasta aquí nos ayudó Jehová.»**

Este retorno del pueblo a su Dios marcó también la reunificación de la nación bajo un líder respetable, cosa que no escapó a la observación de los filisteos. Deseando desintegrar la unidad recién alcanzada, lanzaron un súbito y decidido ataque contra el pueblo de Israel mientras este se encontraba todavía congregado en Mizpá. Los israelitas tenían fundadas razones para el pánico; el enemigo tan temido y tan superior estaba a punto de desencadenar otro golpe, y ello significaba una dura prueba de fe.

En lugar de buscar la salvación en la huida, fueron a buscarla en Dios, diciéndole a Samuel: “No ceses de clamar por nosotros a Jehová, *nuestro Dios*”. Seguramente complacido de hacerlo, Samuel combatió de rodillas en ferviente oración y le dedicó al Señor el sacrificio de un cordero tierno como ofrenda quemada u holocausto, que simbolizaba una completa dedicación a Dios. Samuel clamó a Dios en favor de su pueblo y él le oyó,

respondiéndole mediante los truenos de una violenta tormenta que aterrorizó y confundió a los filisteos. Estando en esas condiciones, las fuerzas enemigas fueron fácilmente derrotadas por los israelitas. No había dudas de que el mismo Jehová era quien les había dado la victoria a sus hijos, dándoles lo que ellos mismos nunca hubieran logrado por ellos solos, y diciéndonos que él es capaz de hacer más de lo que nosotros podemos pensar o pedir.

Para recordarle a la nación lo que Dios había hecho, Samuel erigió un monumento de piedra entre Mizpá y Sen y lo llamó Eben-ha-Ézer, que significa literalmente, “piedra de ayuda”, y anunció en presencia de todo el pueblo: “Hasta aquí nos ayudó Jehová.” Una vez más el Dios de Israel había respondido a la oración de su pueblo, y Samuel estaba decidido a que la nación no olvidara lo que había ocurrido. Ana, la madre de Samuel, habría disfrutado enormemente con todo esto.

Veinte años atrás, en ese mismo escenario, Israel había sufrido una dolorosa derrota (4:1). Lo que Dios había hecho ahora les borraba de la memoria aquel triste recuerdo.

Únicamente cuando acudimos a lo que el Señor ha hecho por nosotros es que podemos borrar los recuerdos desagradables del pasado. Ya Pablo nos lo señaló cuando escribió: “Olvidando ciertamente lo que queda atrás ... prosigo a la meta, al premio del supremo llamamiento de Dios en Cristo Jesús” (Filipenses 3:13,14).

Recordar la ayuda de Dios en el pasado es también fuente de esperanza para el futuro. Quien nos ayudó *hasta aquí*, ¿no nos ayudará también en cada uno de nuestros problemas cotidianos? Veamos lo que nos dice esta poesía de Annie Johnson Flint:

Hasta aquí nos ayudó el Señor,  
Hasta aquí guió su mano,  
Hasta aquí protegió su brazo,  
Hasta aquí nos proveyó de pan;  
¿Nos abandonará ahora su amor?  
¿Olvidará su corazón nuestra necesidad?



¿Se irá de nosotros su presencia?

¿Hará esto quien nunca nos ha fallado?

Nos sería útil levantar nuestro propio testimonio de ayuda, nuestro *Eben-ha-Ézer*, y dedicar algún tiempo a recordar lo que Dios ha hecho por nosotros y agradecerle su bondad.

### ***Samuel juzga a Israel***

**<sup>13</sup> Así fueron sometidos los filisteos y no volvieron a entrar más en el territorio de Israel; y la mano de Jehová estuvo contra los filisteos todos los días de Samuel. <sup>14</sup> Fueron restituidas a los hijos de Israel las ciudades que los filisteos habían tomado a los israelitas, desde Ecrón hasta Gat; e Israel libró su territorio de manos de los filisteos. También hubo paz entre Israel y el amorreo.**

**<sup>15</sup> Samuel juzgó a Israel todo el tiempo que vivió. <sup>16</sup> Hacía cada año un recorrido por Bet-el, Gilgal y Mizpa. Juzgaba a Israel en todos estos lugares. <sup>17</sup> Después volvía a Ramá, porque allí estaba su casa. Allí juzgaba a Israel y también allí edificó un altar a Jehová.**

El ministerio de Samuel fue servir como juez en Israel por el resto de sus días, sin que su acción fuera la de un gran jefe militar; sin embargo, era como un rey. Dios debió de haberlo estado usando en preparación para el momento en que la nación iba a tener su propio gobernante. El tiempo que vivió Samuel después de los hechos narrados fue de paz con el enemigo, mantenido éste bajo el control de la mano de Dios.

Desde su casa en Ramá, a unos ocho km al norte de Jerusalén, Samuel ejercía el gobierno de la nación, pero además hizo de la población donde vivía el centro de la actividad religiosa, construyendo allí un altar, y conduciendo la adoración pública en calidad de profeta y sacerdote. Tampoco faltaba Samuel a sus habituales recorridos a través de todo el país para alentar la vida espiritual del pueblo.

*Israel pide rey*

**8** Aconteció que cuando Samuel envejeció puso a sus hijos por jueces sobre Israel. <sup>2</sup> Su hijo primogénito se llamaba Joel, y el segundo, Abías; ambos eran jueces en Beerseba. <sup>3</sup> Pero no anduvieron los hijos por los caminos de su padre, sino que se dejaron llevar por la avaricia, dejándose sobornar y pervirtiendo el derecho. <sup>4</sup> Entonces todos los ancianos de Israel se reunieron y vinieron a Ramá para ver a Samuel, <sup>5</sup> y le dijeron: «Tú has envejecido y tus hijos no andan en tus caminos; por tanto, danos ahora un rey que nos juzgue, como tienen todas las naciones.»

<sup>6</sup> Pero no agradó a Samuel que le dijeran: «Danos un rey que nos juzgue», y oró a Jehová. <sup>7</sup> Dijo Jehová a Samuel: «Oye la voz del pueblo en todo lo que ellos digan; porque no te han desechado a ti, sino a mí me han desechado, para que no reine sobre ellos. <sup>8</sup> Conforme a todas las obras que han hecho desde el día que los saqué de Egipto hasta hoy, dejándome a mí y sirviendo a dioses ajenos, así hacen también contigo. <sup>9</sup> Ahora, pues, oye su voz; pero hazles una advertencia solemne y muéstrales cómo los tratará el rey que reinará sobre ellos.»

Después de muchos años de servicio fructífero y honesto, el peso de la edad comenzó a tener sus inevitables efectos sobre Samuel, quien ya no podía mantener el mismo exigente programa que cumplía cuando era más joven. Los dos hijos de Samuel, Joel y Abías, le servían de asistentes, cubriendo las responsabilidades judiciales en el extremo sur de Israel.

Pero ni el uno ni el otro eran tan desinteresados como el padre, ni tan apegados a sus deberes como él. Ambos hacían uso del oficio para obtener ganancias y pervirtían la justicia, admitiendo soborno. Nos resulta difícil explicarnos cómo llegaron a esa situación, Samuel no era hombre negligente en la instrucción de sus hijos. Recordemos que había crecido al lado de Ofni y Fineés, y que sabía de primera mano hacia dónde lleva el abandono de las

responsabilidades paternas. Parece ser que sus hijos se rindieron ante las tentaciones que asedian a quienes ejercen cargos públicos. Los que desempeñan esas funciones, en que coinciden el honor y el poder, deben extremar la vigilancia de su propia vida.

Olvidando los servicios que le hizo Samuel a la nación, muchos comenzaron a verlo a través de la conducta de sus hijos; de ahí que el movimiento para sustituirlo por un rey fuera ganando adeptos. Ya cuando los ancianos habían organizado una reunión para tratar estos asuntos con Samuel, sus opiniones estaban definidas: “Tu has envejecido y tus hijos no andan en tus caminos; por tanto, danos ahora un rey que nos juzgue, como tienen todas las naciones.” Estas palabras hirieron profundamente a Samuel, aunque parece que no se lo dio a entender a ellos, y se limitó a pedirles tiempo para pensar sobre la solicitud y tratar el asunto con Dios.

Al exponer el problema en oración ante Jehová, Samuel debe haberse preguntado: “¿Qué se había hecho de toda la gratitud que debían tenerle por sus servicios?” Además, no le pareció correcto que se apresuraran a hacer esa solicitud. Él sabía que Israel iba a llegar a tener rey, pues Dios había hecho provisión para eso en vida de Moisés (Deuteronomio 17:14-20), pero Samuel esperaba que el cambio proviniera de Dios.

La propuesta implicaba un lógico rechazo, y Samuel lo tomó como un asunto personal. Dios tuvo que esclarecerle que primeramente no estaban rechazando a la persona de Samuel, sino al mismo Creador: “Porque no te han desechado a tí, sino a mí me han desechado, para que no reine sobre ellos.” El asunto conllevaba el repudio de la teocracia, y el verdadero interés consistía en parecerse, tal como lo indicaban las expresiones que usaron, cada vez más a las demás naciones. La pompa y el fastuoso despliegue de poder que hacía la realeza les iba a traer el sentimiento de orgullo que buscaban. También creían que un rey los iba a guiar en la batalla, y este sentir era especialmente vívido ahora que Nahás, rey de los amonitas, lanzaba amenazas de guerra desde el otro lado del Jordán (12:12).

Antes de que se diera algún paso oficial, Dios le encargó a Samuel que les advirtiera solemnemente para que estuvieran bien al tanto de todo lo que se podría derivar de lo que estaban solicitando.

Es más que doloroso pensar que ya no se nos necesita ni se nos sigue apreciando; quizás se sobrevalora en demasía a la juventud y se desprecian las valiosas contribuciones que todavía pueden hacer quienes han vivido más. Dios aún tenía mucho que encomendarle a Samuel; y no hay razones para pensar que ya Dios no tiene nada en que podamos servirle.

Pero en un sentido más profundo, nuestra importancia no emana de nosotros mismos, ni de lo que podemos hacer, sino del hecho de que somos hijos amados de Dios, herederos gratuitos de sus dones, rescatados mediante el tremendo precio que pagó por nosotros.

### *Más de lo que pedimos*

**<sup>10</sup> Samuel repitió todas las palabras de Jehová al pueblo que le había pedido rey. <sup>11</sup> Dijo, pues:**

**—Así hará el rey que reine sobre vosotros: tomará vuestros hijos y los destinará a sus carros y a su gente de a caballo, para que corran delante de su carro. <sup>12</sup> Los empleará como jefes de millar y jefes de cincuentenas; los pondrá a que aren sus campos y sieguen sus mieses, y a que fabriquen sus armas de guerra y los pertrechos de sus carros. <sup>13</sup> Tomará también a vuestras hijas para perfumistas, cocineras y amasadoras. <sup>14</sup> Asimismo tomará lo mejor de vuestras tierras, de vuestras viñas y de vuestros olivares, para dárselo a sus siervos. <sup>15</sup> Diezmará vuestro grano y vuestras viñas, para dárselo a sus oficiales y a sus siervos. <sup>16</sup> Tomará vuestros siervos y vuestras siervas, vuestros mejores jóvenes y vuestros asnos, para emplearlos en sus obras. <sup>17</sup> Diezmará también vuestros rebaños y seréis sus siervos. <sup>18</sup> Aquel día os lamentaréis a causa del rey que habréis elegido, pero entonces Jehová no os responderá.**

**19 Pero el pueblo no quiso oír la voz de Samuel, y dijo:**

**—No. Habrá un rey sobre nosotros,<sup>20</sup> y seremos también como todas las naciones. Nuestro rey nos gobernará, saldrá delante de nosotros y hará nuestras guerras.**

**21 Oyó Samuel todas las palabras del pueblo y las repitió a oídos de Jehová. 22 Pero Jehová dijo a Samuel:**

**—Oye su voz y dales un rey.**

**Entonces dijo Samuel a los varones de Israel:**

**—Volveos cada uno a vuestra ciudad.**

Cada problema tiene dos caras, y cuando se trata de algo que está en juego que deseamos vehementemente, es muy poco probable que podamos verlas ambas. En este caso, Israel no veía nada más que las ventajas del reinado.

Samuel quería exponerles también el lado oscuro de la realeza. El rey iba a tomar a los hijos de sus padres para reclutarlos en el ejército, y algo similar iba a ocurrir con las hijas que tendrían que servir en la corte. Los impuestos se iban a incrementar y los tiranos gobernantes iban a confiscar las propiedades. Al menos la décima parte de los ingresos se iban a invertir en gastos propios de la monarquía. Las mejores tierras iban a ser para uso del rey y la sociedad iba a quedar dividida en clases: los pobres, los de clase media, los ricos y unos pocos privilegiados.

Pero la gente no quería oír nada de eso y dijo: “No. Habrá un rey sobre nosotros.” Lo que definitivamente querían era ser como los demás, y el señor accedió a lo que demandaban, o mejor dicho, tal era lo que parecía, porque en realidad, el Señor les iba a dar más de lo que ellos se imaginaban.

Pensemos en cómo sería el estado de nuestra vida si Dios nos diera siempre lo que queremos y no lo que necesitamos. Debemos estar agradecidos de que algunas de nuestras más inadecuadas peticiones hayan sido usadas por Dios como la oportunidad para darnos sus más ricas bendiciones. Israel iba a ver que esta petición sería el simbólico punto de partida de aquel que reinará por siempre.

Samuel no se dio prisa en buscar candidatos para el puesto, y despidió al pueblo diciendo: “Volveos cada uno a vuestra ciudad”, mientras le confiaba a Dios la elección del rey.

# VIDA DE SAÚL

## 1 SAMUEL 9—15

### *Dios establece su reino mediante Saúl*

---

Con el capítulo 9 comienza la segunda parte del libro de Samuel. Desde aquí hasta el capítulo 15 vemos la obra que hizo Dios para establecer su reinado mediante Saúl. Al ungirlo, Samuel hizo dejación de sus funciones de juez. La era de los jueces había terminado, y se dio comienzo al reinado.

En ese momento Samuel asumió una función mayor, la de líder espiritual. Samuel se convirtió en consejero de reyes, aunque fue sólo bajo el reinado de David que se le prestó la debida atención. En muchos sentidos, estos fueron los años más difíciles en su vida.

Las ideas que tenían los israelitas acerca de lo que debía ser un rey no correspondían con las del Señor, de manera que antes de que el pueblo pudiera valorar a un rey como David, era necesario que tuviera la experiencia de un rey como Saúl, un hombre por el estilo de ellos mismos. Esta es una lección que todos hemos tenido que aprender. Resulta muy fácil decirle a Dios qué es lo que debe hacer por nosotros, pero el asunto es que eso no es siempre lo mejor. Lo mejor que podemos hacer es dejar que Dios sea realmente el Señor de nuestra vida.

### *Fiel en lo poco*

**9** Había un hombre de Benjamín, hombre valeroso, el cual se llamaba Cis hijo de Abiel hijo de Zeror, hijo de Becorat, hijo de Afía, hijo de un benjaminita. <sup>2</sup> Tenía él un hijo que se llamaba Saúl, joven y hermoso. Entre los hijos de Israel no había otro más hermoso que él; de hombros arriba sobrepasaba a cualquiera del pueblo.

<sup>3</sup> Un día se perdieron las asnas de Cis, padre de Saúl; por lo que dijo Cis a su hijo Saúl:

«Toma ahora contigo alguno de los criados, levántate y ve a buscar las asnas.»

**4 Y él atravesó los montes de Efraín, y de allí pasó a la tierra de Salisa, y no las hallaron. Pasaron luego por la tierra de Saalim, y tampoco. Después pasaron por la tierra de Benjamín, y no las encontraron. 5 Cuando vinieron a la tierra de Zuf, Saúl dijo al criado que tenía consigo:**

**—Ven, volvámonos; porque quizá mi padre haya olvidado la preocupación por las asnas y esté intranquilo por nosotros.**

**6 Él le respondió:**

**—En esta ciudad hay un varón de Dios; es un hombre muy respetado: todo lo que él dice acontece sin falta. Vamos, pues, allá; quizá nos dará algún indicio acerca del objeto por el cual emprendimos nuestro camino.**

**7 Respondió Saúl a su criado:**

**—Vamos ahora; pero ¿qué llevaremos a ese hombre? Porque el pan de nuestras alforjas se ha acabado, y no tenemos qué ofrecerle al varón de Dios. ¿Qué le podemos dar?**

**8 Entonces replicó el criado y dijo a Saúl:**

**—Mira, tengo aquí en mi mano la cuarta parte de un siclo de plata; se lo daré al varón de Dios, para que nos indique el camino.**

**9 (Antiguamente en Israel cualquiera que iba a consultar a Dios, decía: «Venid y vamos al vidente»; porque al que hoy se llama profeta, entonces se le llamaba vidente.)**

**10 Dijo entonces Saúl a su criado:**

**—Dices bien; anda, vamos.**

**Y se fueron a la ciudad donde estaba el varón de Dios.**

En nuestro primer contacto con Saúl, lo vemos acompañado de su sirviente en busca de las asnas perdidas de su padre. Esa tarea los llevó a describir un amplio arco a través del territorio de Benjamín, empeñados en una labor que muchos otros hubieran abandonado sin prolongarla tanto, pero el joven Saúl estaba decidido a cumplir las órdenes recibidas, en todos sus detalles.



Esta cualidad es de valor ante Dios, así nos lo dice la parábola de Jesús en la que el propietario le dice al siervo bueno y fiel: “Sobre poco has sido fiel, sobre mucho te pondré” (Mateo 25:21).

Había otras características de Saúl que le hacían una opción atrayente para ser el primer rey de Israel; no había en toda la nación quien fuese mejor parecido, y se nos dice que su aspecto era en todo como el de un rey. Bien por encima de un metro y ochenta centímetros de estatura, sobresalía de los hombros arriba entre sus coterráneos, y Samuel estaba en lo cierto cuando dijo respecto de la apariencia física del futuro rey: “Entre los hijos de Israel no había otro más hermoso que él”. El primer versículo del capítulo que comentamos dice que Cis, el padre de Saúl, era un “hombre valeroso”. Quizá era un hombre rico. De lo que no podemos dudar es que de un modo u otro era un hombre destacado, o “respetado” como traduce la Nueva Versión Internacional.

Sin embargo, ya desde esta porción que comentamos se capta sutilmente que hacía falta algo más que imagen exterior para ser verdaderamente rey. Después de días de búsqueda, Saúl sugirió el regreso, no viendo razones para preocupar indebidamente a su padre con la demora. Fue su sirviente quien sugirió que buscaran el auxilio del profeta que estaba en la vecina Ramá, la población donde vivía Samuel. ¿Podría significar esto que Saúl no sabía de Samuel? Resulta extraño que no fuera a estar al tanto de una de las figuras más prominentes de Israel. Lo cierto es que fue el sirviente quien dijo que Samuel era “varón de Dios” y “hombre muy respetado” describiéndolo en términos que probablemente le hicieron concluir a Saúl que la principal función del profeta era predecir el futuro. En relación con esto, se nos informa que se usaba el término *vidente* como una manera corriente de referirse a un profeta; por otra parte, el título de profeta sugiere que se trata de un hombre que habla en nombre de Dios.

### ***Bendiciones inesperadas***

**<sup>11</sup> Cuando subían por la cuesta de la ciudad, hallaron unas jóvenes que salían por agua, a las cuales dijeron:**

—¿Está en este lugar el vidente?

<sup>12</sup> Ellas les respondieron:

—Sí; aquí está. Daos prisa pues precisamente ha venido a la ciudad en atención a que el pueblo tiene hoy un sacrificio en el lugar alto. <sup>13</sup> En cuanto entréis en la ciudad, buscadlo, antes que suba al lugar alto a comer; pues el pueblo no comerá hasta que él haya llegado, por cuanto él es el que bendice el sacrificio; después de esto comen los convidados. Subid, pues, ahora, porque ahora lo hallaréis.

<sup>14</sup> Ellos subieron entonces a la ciudad; y cuando estaban en medio de ella, vieron a Samuel que venía hacia ellos para subir al lugar alto.

<sup>15</sup> Un día antes de la llegada de Saúl, Jehová había hecho a Samuel esta revelación: <sup>16</sup> «Mañana a esta misma hora yo enviaré a ti un hombre de la tierra de Benjamín, al cual ungirás como príncipe sobre mi pueblo Israel, y él salvará a mi pueblo de manos de los filisteos; porque yo he visto la aflicción de mi pueblo, y su clamor ha llegado hasta mí.»

<sup>17</sup> Cuando Samuel vio a Saúl, Jehová le dijo: «Éste es el hombre del cual te hablé; él gobernará a mi pueblo.»

<sup>18</sup> Acercándose, pues, Saúl a Samuel en medio de la puerta, le dijo:

—Te ruego que me enseñes dónde está la casa del vidente.

<sup>19</sup> Samuel respondió a Saúl:

—Yo soy el vidente; sube delante de mí al lugar alto, y come hoy conmigo. Mañana por la mañana te despediré y te descubriré todo lo que hay en tu corazón. <sup>20</sup> En cuanto a las asnas que se te perdieron hace ya tres días, pierde cuidado de ellas, porque han sido halladas. Además, ¿para quién es todo lo que hay de codiciable en Israel, sino para ti y para toda la casa de tu padre?

<sup>21</sup> Saúl respondió y dijo:

—¿No soy yo hijo de Benjamín, de la más pequeña de las tribus de Israel? Y mi familia ¿no es la más pequeña de todas

**las familias de la tribu de Benjamín? ¿Por qué, pues, me has dicho cosa semejante?**

**<sup>22</sup> Entonces Samuel tomó a Saúl y a su criado, los introdujo a la sala y les dio un lugar a la cabecera de los convidados, que eran unos treinta hombres.**

**<sup>23</sup> Después dijo Samuel al cocinero:**

**—Trae acá la porción que te di, la que te dije que guardaras aparte.**

**<sup>24</sup> Entonces alzó el cocinero una espaldilla, con lo que estaba sobre ella, y la puso delante de Saúl. Y Samuel dijo:**

**—Aquí tienes lo que estaba reservado; ponlo delante de ti y come, porque para esta ocasión se te guardó, cuando dije: “Yo he convidado al pueblo.”**

**Saúl comió aquel día con Samuel.**

Cualquiera que lea este relato concluirá que no fue la casualidad la responsable de este encuentro entre Saúl y Samuel. Hasta el mismo Samuel tiene que haberse sorprendido de la forma en que Dios les hizo conocerse, anunciándole previamente a Samuel que se iba a encontrar en breve con un joven benjamita que iba a ser designado como el futuro rey de Israel.

¿Aún hoy utiliza Dios las circunstancias de nuestra vida para llevar a cabo sus misericordiosos planes? Sí, así lo hace. Pero no hay nada en la palabra de Dios que nos sugiera que él dispone o predestina todo lo que nos va a suceder. Esa clase de fatalismo divino no le hace justicia a Dios. Sólo de forma retrospectiva es que somos capaces de ver que Dios puede hacer que algunos de los sucesos menos relevantes de nuestra vida obren de manera inesperada para nuestro beneficio y bendición.

Era imposible que Saúl comprendiera el motivo de la acogida tan cálida que le brindó Samuel, ni el por qué de todos los honores con los que lo distinguió, tales como preceder a quien era mayor que él en el camino hacia el lugar alto, y participar como su invitado en el banquete sacrificial, en el que el anciano profeta iba a ofrecer la plegaria de bendición. La satisfactoria respuesta al

asunto particular de las asnas de su padre quedó eclipsada por el sorprendente anuncio con el que Samuel le declaraba que era “lo que Israel más deseaba” (v 20, NVI).\*

Probablemente Saúl no captó todo el alcance de las palabras del profeta, pero lo que entendió debe haberle comunicado la idea de que tanto a él como a su familia les aguardaba un gran futuro.

En su sencillez, Saúl dudaba de que el profeta se estuviera dirigiendo al hombre apropiado y destacó el hecho de que él pertenecía a la más pequeña de las tribus de Israel. Pero sus argumentos no detuvieron a Samuel, quien continuó multiplicándole honores. Lo sentó a la cabecera de la mesa en que se reunían como especial privilegio unos treinta invitados, y ordenó que le sirvieran la pierna o muslo del animal sacrificado. De acuerdo con las reglas sagradas, esa porción era normalmente reservada para el sacerdote (Levítico 7:32,33); la presentación de esa parte escogida era otro indicio de la distinción que esperaba a Saúl.

### *Saúl es ungido como rey*

**<sup>5</sup> Cuando hubieron descendido del lugar alto a la ciudad, él habló con Saúl en la azotea. <sup>26</sup> Al otro día madrugaron; al despuntar el alba, Samuel llamó a Saúl, el cual estaba en la azotea, y le dijo:**

**—Levántate, para que te despida.**

**Luego se levantó Saúl, y salieron ambos, él y Samuel.**

**<sup>27</sup> Habían descendido al extremo de la ciudad, cuando Samuel dijo a Saúl:**

**—Di al criado que se adelante —y se adelantó el criado—, pero espera tú un poco para que te declare la palabra de Dios.**

---

\* La Reina-Valera traduce: “Además ¿para quién es todo lo que hay de codiciable en Israel, sino para ti y para toda la casa de tu padre?” El planteamiento del anhelo de Israel por Saúl está claro en los textos anteriores, en los que el pueblo pedía un rey, aunque la Nueva Versión Internacional, que es la que el autor empleó originalmente, resulta más específica al respecto.

**10** Tomó entonces Samuel una redoma de aceite, la derramó sobre su cabeza, lo besó, y le dijo:

—¿No te ha ungido Jehová por príncipe sobre su pueblo Israel? <sup>2</sup> Hoy, después que te hayas apartado de mí, hallarás dos hombres junto al sepulcro de Raquel, en Selsa, en el territorio de Benjamín, los cuales te dirán: “Las asnas que habías ido a buscar se han hallado; tu padre ha dejado ya de inquietarse por las asnas, y está afligido por vosotros, y dice: ‘¿Qué haré acerca de mi hijo?’” <sup>3</sup> Más adelante, cuando llegues a la encina de Tabor, te saldrán al encuentro tres hombres que suben a Dios, en Bet-el, llevando uno tres cabritos, otro tres tortas de pan y el tercero una vasija de vino. <sup>4</sup> Luego que te hayan saludado, te darán dos panes, que tú tomarás de su mano. <sup>5</sup> Después de esto llegarás al collado de Dios, donde está la guarnición de los filisteos; y cuando entres en la ciudad encontrarás una compañía de profetas que descenden del lugar alto, precedidos de salterio, pandero, flauta y arpa, y ellos profetizando. <sup>6</sup> Entonces el espíritu de Jehová vendrá sobre ti con poder y profetizarás con ellos, y serás mudado en otro hombre. <sup>7</sup> Cuando se te hayan cumplido estas señales, haz lo que te parezca bien, porque Dios está contigo. <sup>8</sup> Luego bajarás delante de mí a Gilgal; entonces descenderé yo junto a ti para ofrecer holocaustos y sacrificar ofrendas de paz. Espera siete días, hasta que yo vaya a tu encuentro y te enseñe lo que has de hacer.

Las techumbres planas de las casas de Palestina se usaban para dormir, o como sitio para conversar en privado. Fue en ese lugar de su hogar donde Samuel habló con Saúl, sin duda hasta horas tempranas de la mañana. Tomando del tesoro de su rica experiencia, Samuel habló de los planes de Dios para Israel.

Bien temprano al otro día, Samuel despertó a Saúl y caminaron juntos hasta el extremo de la ciudad. Allí, junto al camino, en una ceremonia a la vez sencilla y solemne, Samuel vertió aceite sobre

la cabeza de Saúl, y lo ungió como rey sobre el pueblo de Dios. Aun cuando era el profeta quien llevaba a cabo la ceremonia, no dejó de confirmarle que lo hacía sólo en carácter de representante de Dios. En medio de las dificultades, Saúl podría encontrar consuelo, recordando que era Dios quien le había situado en esa posición. Demostrándole con ello su disposición a honrarle como rey, Samuel besó a Saúl.

Para despejar toda duda posible acerca de lo auténtico de su nombramiento, el profeta le predijo tres breves encuentros que iba a tener a su regreso a casa. Primero, se iba a encontrar con dos hombres junto al sepulcro de Raquel, inmediatamente al norte de Belén, quienes le iban a confirmar el hallazgo de las asnas de su padre. Después, iba a encontrar a tres hombres desconocidos en ruta hacia el santuario de Betel, cada uno de ellos llevando su ofrenda a Dios, una porción de la cual, dos panes, le iba a ser dada. ¿Significaría esto que ahora él iba a representar de algún modo a Dios? Por último, e inmediatamente en las afueras de Guibeá donde vivía, Saúl se iba a encontrar con un grupo de profetas jóvenes, acompañándose de música y alabando a Jehová.\*

Saúl se va a unir a ellos en adoración por el poder del Espíritu de Jehová, y va a ser “mudado en otro hombre”.

Esas tres señales le fueron dadas a Saúl para que tuviera confianza en que Dios iba a estar con él y en que podría servirle valientemente en todo lo que el Señor estimase apropiado. Por supuesto, iba a haber instrucciones más específicas de Dios. El primero de los encuentros de instrucción iba a ocurrir siete días después, cuando Samuel y Saúl se deberían ver en Gilgal. “Bajarás delante de mí”, le dijo el profeta. Saúl debía esperar hasta que recibiera esas instrucciones, antes de emprender lo que debía hacer.

Samuel grabó en Saúl la absoluta necesidad de esperar en el Señor y de hacer su voluntad. La condición más importante de cualquier rey es su disposición a seguir la voluntad de Dios.

---

\* Donde la Reina-Valera traduce “collado de Dios” en el versículo 5, la Nueva Versión Internacional dice “Guibeá de Dios”. Guibeá significa collado.

**¿Saúl también entre los profetas?**

**<sup>9</sup> Aconteció luego, que apenas volvió él la espalda para apartarse de Samuel, le mudó Dios el corazón; y todas estas señales acontecieron en aquel día. <sup>10</sup> Cuando llegaron allá al collado, la compañía de los profetas les salió al encuentro. Entonces el espíritu de Dios vino sobre él con poder, y profetizó entre ellos. <sup>11</sup> Todos los que lo conocían de antes, al verlo que profetizaba con los profetas, se decían unos a otros: «¿Qué le ha sucedido al hijo de Cis? ¿Saúl también está entre los profetas?»**

**<sup>12</sup> Y alguno de allí preguntó:**

**«¿Y quién es el padre de estos?»**

**Por esta causa se hizo proverbio: «¿También Saúl entre los profetas?»**

**<sup>13</sup> Cuando cesó de profetizar, llegó al lugar alto. <sup>14</sup> Un tío de Saúl dijo a él y a su criado:**

**—¿A dónde fuisteis?**

**Él respondió:**

**—A buscar las asnas; y como vimos que no aparecían, acudimos a Samuel.**

**<sup>15</sup> Dijo el tío de Saúl:**

**—Te ruego que me cuentes qué os dijo Samuel.**

**<sup>16</sup> Saúl respondió a su tío:**

**—Nos declaró expresamente que las asnas habían sido halladas.**

**Pero del asunto del reino, de que Samuel le había hablado, no le contó nada.**

Al darle la espalda a Samuel para marcharse, Saúl experimentó dentro de él la maravillosa obra de Dios y recibió un nuevo corazón: “Le mudó Dios el corazón”. Evidentemente eso significaba que tenía ahora un nuevo interés en Dios y en servirle. Recordemos que con anterioridad Saúl no parecía inclinarse a nada de carácter espiritual; este cambio de su corazón y su persona no podía ser el resultado de él mismo. Era necesaria la obra del

Espíritu de Dios para que esto se produjera.

Ahora podemos comprender el asombro de los habitantes del poblado de Saúl al observarlo en medio de los miembros de la escuela de profetas de la localidad, alabando a Dios y profetizando. “¿Saúl también está entre los profetas? ... ¿Y quién es el *padre* de estos?” El término “padre” sea usa aquí en el sentido de maestro o instructor, es decir, un *padre espiritual*. Se daban cuenta de que Saúl nunca había tenido una instrucción especial o teológica en estas cosas; de aquí surgía la pregunta que registramos arriba. Esa pregunta se convirtió en dicho popular para aplicarlo a cualquiera que se comportara de forma ajena a su estado habitual.

Un tío de Saúl se mostró interesado en los motivos de tan destacado cambio en su sobrino, pero Saúl fue particularmente reservado al responderle, y no sabemos si lo hizo por modestia o por temor a que no le creyeran, o si es que, sencillamente, esperaba a que el Señor anunciara públicamente su unción. No podemos estar seguros de cuál fuera la causa para que no le contara todo lo que había sucedido.

*¡Viva el rey!*

**<sup>17</sup> Después Samuel convocó al pueblo delante de Jehová en Mizpa, <sup>18</sup> y dijo a los hijos de Israel:**

**«Así ha dicho Jehová, el Dios de Israel: Yo saqué a Israel de Egipto, y os libré de manos de los egipcios y de manos de todos los reinos que os afligieron. <sup>19</sup> Pero vosotros habéis desechado hoy a vuestro Dios, que os guarda de todas vuestras aflicciones y angustias, y habéis dicho: “No, tú nos darás un rey”. Ahora, pues, presentaos delante de Jehová por vuestras tribus y familias.»**

**<sup>20</sup> Samuel hizo acercarse a todas las tribus de Israel, y fue designada la tribu de Benjamín. <sup>21</sup> Hizo que se acercara la tribu de Benjamín por familias, y fue designada la familia de Matri; y de ella fue tomado Saúl hijo de Cis. Lo buscaron, pero no fue hallado. <sup>22</sup> Preguntaron, pues, otra vez a Jehová si aún no había concurrido allí aquel hombre. Y respondió**



**Jehová: «Está ahí, escondido entre el bagaje.»** <sup>23</sup> Entonces corrieron, lo sacaron de allí y, puesto en medio del pueblo, sobresalía por encima de todos de los hombros para arriba.

<sup>24</sup> Samuel dijo a todo el pueblo:

—¿Habéis visto al elegido de Jehová? No hay nadie como él en todo el pueblo.

Entonces el pueblo gritó con alegría:

—¡Viva el rey!

<sup>25</sup> Samuel expuso luego al pueblo las leyes del reino, y las escribió en un libro, el cual guardó delante de Jehová. <sup>26</sup> Y envió Samuel a todo el pueblo cada uno a su casa. Saúl también se fue a su casa en Gabaa, y lo acompañaron los hombres de guerra cuyos corazones Dios había tocado.

<sup>27</sup> Pero algunos perversos dijeron: «¿Cómo nos ha de salvar éste?» Lo despreciaron y no le llevaron presentes; pero él disimuló.

Finalmente se fijó la fecha en que se iba a elegir el primer rey de Israel. Samuel no tuvo que hacer campaña para que cada familia enviara su delegado a la convención nacional que se iba a celebrar en Mizpá, población del territorio de Benjamín. Se trataba de una ocasión por la que habían estado anhelantes desde hacía tiempo; no hay duda de que muchos recordarían cómo veinte años antes Samuel había sido aclamado y reconocido como juez en ese mismo lugar, que ahora iba a ser el sitio de elección del primer monarca de Israel.

La expectativa se hacía mayor a medida se agrupaban que los representantes y los espectadores. Ni siquiera las observaciones iniciales de Samuel pudieron aplacar el entusiasmo; en ellas les señalaba que no existía la necesidad de un rey, ya que el propio Jehová se había encargado siempre de liberarlos. Pero esas palabras parecen haber tenido poca repercusión en ellos; la pregunta en todas las bocas era: “¿Quién será escogido rey?” No había ninguna familia que no soñara con tan alto honor para uno de los suyos.

La designación que hizo Dios, secreta hasta ese momento, se iba a hacer pública mediante la suerte. Fue así como, bajo el liderazgo de Josué, se distribuyeron las tierras de Canaán entre las tribus de Israel. Este procedimiento no sugiere que fuera el azar el que iba a regir, sino que más bien enfatiza el papel de Dios en la selección del primer rey de Israel.

Para sorpresa de todos, con excepción de Samuel y Saúl, la suerte cayó sobre éste último. Previendo este momento, Saúl se había escondido entre el bagaje y el equipamiento. El propio Dios se encargó de revelarle al pueblo dónde encontrar al recién designado rey. Mientras éste permanecía en pie ante la nación, Samuel habló elogiosamente diciendo: “¿Habéis visto el elegido de Jehová? No hay nadie como él en todo el pueblo?” Obviamente muchos estuvieron de acuerdo, y la multitud expresó su alegría gritando: “¡Viva el rey!”

Samuel redactó una constitución para la nación en la que, sin duda, dejaba bien claro que el rey de Israel iba a ser diferente del de las otras naciones; el rey de Israel tendría que responder ante una autoridad muy superior; y tendría que aprender la ley y ajustarse a ella: “Para que aprenda a temer a Jehová, su Dios, guardando todas las palabras de esta Ley y estos estatutos, y poniendolos por obra. Así no se elevará su corazón sobre sus hermanos, ni se apartará de estos mandamientos a la derecha ni a la izquierda”(Deuteronomio 17:19, 20).

No todos compartían el mismo entusiasmo al aceptar a Saúl; algunos dudaban de que llenara los requerimientos para el cargo, pues buscaban un líder más dinámico y más profundamente comprometido con la causa de ellos. Quizás nosotros mismos tengamos nuestras reservas al considerar su indecisión de marchar al frente y asumir el liderazgo. ¿Se debería esto a humildad, a temor reverencial ante tan alta responsabilidad, o era simplemente falta de voluntad para entregarse de todo corazón al servicio de Dios?

### **La primera actividad oficial de Saúl**

**1** Después subió Nahas, el amonita, y acampó contra Jabes de Galaad. Y todos los de Jabes dijeron a Nahas:

—Haz alianza con nosotros y te serviremos.

<sup>2</sup> Nahas, el amonita, les respondió:

—Con esta condición haré alianza con vosotros, que a todos y cada uno de vosotros le saque el ojo derecho, y ponga esta afrenta sobre todo Israel.

<sup>3</sup> Entonces los ancianos de Jabes le dijeron:

—Danos siete días para que enviemos mensajeros por todo el territorio de Israel, y si no hay quien nos defienda, nos rendiremos a ti.

<sup>4</sup> Cuando los mensajeros llegaron a Gabaa de Saúl y dijeron estas palabras a oídos del pueblo, todo el pueblo alzó su voz y lloró. <sup>5</sup> En ese momento venía Saúl del campo detrás de los bueyes, y preguntó:

—¿Qué tiene el pueblo que está llorando?

Y le contaron las palabras de los hombres de Jabes. <sup>6</sup> Al oír Saúl estas palabras, el espíritu de Dios vino sobre él con poder, y se apoderó de él una violenta ira. <sup>7</sup> Tomó entonces un par de bueyes, los cortó en trozos y los envió por todo el territorio de Israel por medio de mensajeros, diciendo: «Así se hará con los bueyes del que no salga detrás de Saúl y detrás de Samuel.»

El temor de Jehová cayó sobre el pueblo, y salieron todos como un solo hombre. <sup>8</sup> Los contó Saúl en Bezec, y eran los hijos de Israel trescientos mil, y treinta mil los hombres de Judá. <sup>9</sup> Luego respondieron a los mensajeros que habían venido:

—Así diréis a los de Jabes de Galaad: “Mañana, al calentar el sol, seréis librados.”

Fueron los mensajeros y lo anunciaron a los de Jabes, que se alegraron. <sup>10</sup> Y los de Jabes dijeron a los enemigos:

—Mañana nos rendiremos a vosotros, para que hagáis

**con nosotros lo que bien os parezca.**

**<sup>11</sup> Aconteció que al día siguiente dispuso Saúl al pueblo en tres compañías, que irrumpieron en medio del campamento en la vigilia de la mañana y abatieron a los amonitas hasta el mediodía. Los que quedaron fueron dispersados, de tal manera que no quedaron dos de ellos juntos.**

A pesar de haber sido elegido rey sobre todo Israel, Saúl prefirió volver a su casa y ocuparse de sus propios asuntos, retornando para atender los campos de la finca de su padre. Algunos creen que esa actitud es una demostración de su carácter retraído y humilde, mientras que otros se han preguntado si quizás la tarea no era demasiado para él. Ahora veremos que se necesitó de una crisis nacional para moverlo a la acción.

Israel tenía el aspecto de una nación a la deriva, sin que nadie estuviera al timón de la misma. Mientras los filisteos amenazaban con atacar por el oeste, Nahás, el arrogante rey amonita, vio en ello la oportunidad ideal para reconquistar el territorio al este del Jordán que su pueblo había perdido ante Israel en la época de los jueces, y se sentía confiado de hacerlo sin enfrentar represalias.

Entre los israelitas y los amonitas existía un parentesco distante; el origen de estos últimos se remontaba a la hija más joven de Lot (Génesis 19:38). Pero se trataba de primos enemistados y sin amor entre ellos. El problema se inició indudablemente desde los tiempos de Moisés, cuando los amonitas hicieron causa común con los moabitas para oponerse al paso de Israel por sus territorios. El rey Nahás dio muestra de desprecio por todo Israel cuando amenazó con sacarle el ojo derecho a todos los habitantes de Jabés.

Esta ciudad de Galaad era la más fortificada que había al este del Jordán, pese a lo cual la confianza de Nahás era tal que les concedió una semana para que buscaran la manera de defenderse. Como eran parientes por matrimonio (ver Jueces 21), era lógico que la gente de Jabés se volviera hacia Guibeá en busca de ayuda. Incluso los antecesores de la propia línea familiar de Saúl estaban



*Saúl al pie de los bueyes inmolados*

vinculados con Jabés.

Los ciudadanos de Guibeá sentían vivamente la desesperada situación de los habitantes de Jabés de Galaad. Ante la amenaza de la agresión, Saúl se encendió en ira; aquí su ira es un ejemplo de la ira justificable. “El espíritu de Dios vino sobre él con poder.” Cuando de modo injusto unos hombres les quitan a otros sus derechos, se arriesgan a sufrir la justa ira de Dios. El profeta Isaías advierte que la ira de Jehová se enciende contra aquellos que le quitan al justo sus derechos (Isaías 5:22-25).

Saúl mató dos de sus propios bueyes y envió con las porciones todavía sangrantes de los animales la terrible advertencia: “Así se hará con los bueyes del que no salga detrás de Saúl y detrás de Samuel.”

El temor de Jehová cayó sobre toda la nación, que respondió como un solo hombre. Así que en Bézec, en la parte central de Israel, se concentró un ejército de casi un tercio de millón de hombres que, cubiertos por la oscuridad de la madrugada, cruzaron el Jordán guiados por Saúl. Justo antes del amanecer, se lanzaron a la carga sobre el campamento de los amonitas; y al mediodía, ya era imposible encontrar dos soldados enemigos juntos.

La crisis había tenido su lado bueno, le había brindado a Saúl la oportunidad de apoyarse en Dios y dejar que él proveyera lo que la tarea requería. En tiempos de prueba, esto debió de servirle a Saúl de gran aliento, y debe serlo también para nosotros.

### ***Saúl es confirmado como rey***

**<sup>12</sup>Entonces el pueblo dijo a Samuel:**

—¿Quiénes son los que decían: “Acaso va a reinar Saúl sobre nosotros”? Dadnos esos hombres y los mataremos.

**<sup>13</sup>Pero Saúl dijo:**

—No morirá hoy ninguno, porque hoy Jehová ha traído salvación a Israel.

**<sup>14</sup>Y Samuel dijo al pueblo:**

—Venid, vamos a Gilgal para instaurar allí el reino.

**<sup>15</sup>Todo el pueblo fue a Gilgal, y allí en Gilgal, delante de**

**Jehová, invistieron a Saúl como rey. Y sacrificaron allí ofrendas de paz delante de Jehová, y se alegraron mucho Saúl y todos los de Israel.**

La victoria de Saúl les cerró la boca a sus más severos críticos; en adelante, ya nadie iba a cuestionar su capacidad de liderazgo. Algunos de sus más leales seguidores comenzaron a clamar por darles muerte a los que tomaron partido oponiéndosele; pero Saúl estaba consciente de que Jehová le había dado esa victoria, y sabía que no era justo comportarse vengativamente. Más bien, vio en esto la oportunidad de sanar heridas y promover en la nación los sentimientos de patriotismo y buena voluntad. Simultáneamente, tuvo el cuidado de no convertirse en el centro de la atención, ajustando sus palabras a la verdad: “Hoy Jehová ha dado salvación en Israel.”

No hay duda de que este fue el momento cumbre de Saúl. Su preocupación por darle todo el crédito a Dios apuntaba a que la monarquía iba a tener un brillante futuro en Israel.

Hasta el propio Samuel se vio envuelto en la ola de exaltación y entusiasmo que recorría a la nación, de modo que convocó a un día de celebración, donde se iba a reafirmar el reinado de Saúl. Nadie podría culpar a Samuel por esa decisión; la presentación de Saúl a la nación en Mizpá había sido poco impactante. La selección de Gilgal, localizada en el valle del Jordán, como sitio de la recoronación de Saúl era apropiada, comenzando por el hecho mismo de que el nombre significa “quitado el oprobio” (Josué 5:1-9). En este histórico lugar se reunieron: Jehová, su victorioso rey, y el pueblo de Israel para participar en un gozoso servicio de adoración y acción de gracias.

Finalmente, el pueblo había alcanzado lo que quería. Habían abrigado la esperanza de que un rey le iba a dar a su nación algo de la grandeza y de la gloria que habían admirado en los asuntos de las otras naciones. Por otra parte, Samuel los alentó a ver en el rey que ahora tenían una prolongación del gobierno de Dios en su vida.

*Discurso de despedida de Samuel*

**12** Dijo Samuel a todo Israel: —He oído vuestra voz en todo cuanto me habéis dicho, y os he dado un rey. <sup>2</sup> Ahora, pues, ahí tenéis al rey que ha de guiaros. Yo soy ya viejo y estoy lleno de canas; pero mis hijos están con vosotros, y yo he andado delante de vosotros desde mi juventud hasta este día. <sup>3</sup> Aquí estoy; atestigüad contra mí delante de Jehová y delante de su ungido, si he tomado el buey de alguno, si he tomado el asno de alguno, si he calumniado a alguien, si he agraviado a alguno o si de alguien he aceptado soborno para cerrar los ojos; y os lo restituiré.

<sup>4</sup> —Nunca nos has calumniado ni agraviado, ni has tomado nada de manos de ningún hombre —dijeron ellos.

<sup>5</sup> Él les dijo:

—Jehová es testigo contra vosotros, y su ungido también es testigo en este día, que no habéis hallado cosa alguna en mis manos.

—Así es —respondieron ellos.

<sup>6</sup> Entonces Samuel dijo al pueblo:

—Jehová, que designó a Moisés y a Aarón, y sacó a vuestros padres de la tierra de Egipto, es testigo. <sup>7</sup> Ahora, pues, aguardad, y discutiré con vosotros delante de Jehová acerca de todos los hechos de salvación que Jehová ha hecho con vosotros y con vuestros padres. <sup>8</sup> Cuando Jacob entró en Egipto y vuestros padres clamaron a Jehová, Jehová envió a Moisés y a Aarón, los cuales sacaron a vuestros padres de Egipto y los hicieron habitar en este lugar. <sup>9</sup> Pero ellos olvidaron a Jehová su Dios y él los entregó en manos de Sísara, jefe del ejército de Hazor, en manos de los filisteos y en manos del rey de Moab, que les hicieron guerra. <sup>10</sup> Ellos clamaron a Jehová, y dijeron: “Hemos pecado, porque hemos dejado a Jehová y hemos servido a los baales y a Astarot; líbranos ahora, pues, de manos de nuestros enemigos, y te serviremos.”



**<sup>11</sup>»Entonces Jehová envió a Jerobaal, a Barac, a Jefté y a Samuel, y os libró de manos de los enemigos que os rodeaban, y habitasteis seguros. <sup>12</sup>Pero cuando visteis que Nahas, rey de los hijos de Amón, venía contra vosotros, me dijisteis: “No, que reine sobre nosotros un rey”, siendo así que Jehová, vuestro Dios, era vuestro rey. <sup>13</sup>Ahora, pues, aquí tenéis al rey que habéis elegido, el cual pedisteis; ya veis que Jehová os ha dado un rey. <sup>14</sup>Si teméis a Jehová y lo servís, si escucháis su voz y no sois rebeldes a la palabra de Jehová, si tanto vosotros como el rey que reina sobre vosotros servís a Jehová, vuestro Dios, haréis bien. <sup>15</sup>Pero si no escucháis la voz de Jehová, si os rebeláis contra sus mandatos, la mano de Jehová estará contra vosotros como estuvo contra vuestros padres.**

**<sup>16</sup>»Esperad aún ahora y mirad esta gran cosa que Jehová hará ante vuestros ojos. <sup>17</sup>¿No es ahora la siega del trigo? Yo clamaré a Jehová, y él dará truenos y lluvias, para que conozcáis y veáis cuán grande es la maldad que habéis cometido ante los ojos de Jehová pidiendo para vosotros un rey.**

**<sup>18</sup>Luego clamó Samuel a Jehová, y Jehová dio truenos y lluvias en aquel día; y todo el pueblo sintió un gran temor de Jehová y de Samuel. <sup>19</sup>Entonces dijo todo el pueblo a Samuel:**

**—Ruega por tus siervos a Jehová, tu Dios, para que no muramos; porque a todos nuestros pecados hemos añadido este mal de pedir un rey para nosotros.**

**<sup>20</sup>Pero Samuel dijo al pueblo:**

**—No temáis; vosotros habéis hecho todo este mal; pero con todo eso no dejéis de seguir en pos de Jehová, sino servidle con todo vuestro corazón. <sup>21</sup>No os apartéis en pos de vanidades que no aprovechan ni libran, porque son vanidades. <sup>22</sup>Pues Jehová no desampará a su pueblo, por su gran nombre; porque Jehová ha querido haceros pueblo**

**suyo. <sup>23</sup> Así que, lejos de mí pecar contra Jehová dejando de rogar por vosotros; antes os instruiré en el camino bueno y recto. <sup>24</sup> Solamente temed a Jehová y servidle de verdad con todo vuestro corazón, pues habéis visto cuán grandes cosas ha hecho por vosotros. <sup>25</sup> Pero si perseveráis en hacer mal, vosotros y vuestro rey pereceréis.**

Samuel aprovechó la asamblea de la nación en Gilgal para anunciar su retiro; al mismo tiempo le hizo una súplica de despedida al pueblo que amaba tan entrañablemente y al que había servido con tanta fidelidad. Con un rey en funciones, hubiera sido desleal de su parte continuar en su función de juez, de modo que declinó honorablemente continuar en el oficio.

El viejo y encanecido profeta permaneció ante la multitud que participaba en la celebración sin remordimientos y sin nada que ocultar. El que estuviese acompañado por sus hijos puede haber sido su forma de decirle al pueblo que podían someterlos a juicio si en realidad sentían que esos jóvenes habían violado la ley. En cuanto a él mismo, Samuel quería que todo quedara bien aclarado: había llevado una vida de integridad extrema desde los días de su juventud. Pese a que se desarrolló en una sociedad donde el soborno y la corrupción eran prácticas aceptadas, no había defraudado a nadie ni se había aprovechado de nadie. Su historial era impecable, y todo Israel estuvo de acuerdo bajo juramento de que eso era así.

Samuel no estaba interesado en la defensa de su propia actuación; sus palabras eran preparatorias para la solemne advertencia que estaba a punto de dirigirles. Hecho esto, se concentró en el asunto que era más cercano a su corazón. ¿Iba a continuar reconociendo que Jehová Dios era la única fuente de ayuda en cada uno de sus problemas? El tema del sermón de Samuel fue la *fidelidad*, la fidelidad de Dios hacia ellos y la importancia de permanecer fieles a él. El anciano profeta repasó la historia de las misericordias de Jehová en su trato con ellos; en

particular enfatizó la última de las pruebas de la paciencia de Dios, cuando había atendido a la pecaminosa solicitud de rey que le hicieron, y había accedido, haciendo uso de ella para cumplir su propósito de salvación para con ellos. De hecho, Samuel les decía de Jehová: “Él ha visto cómo ustedes le han rechazado como rey y, sin embargo, él no los ha rechazado a ustedes.”

Era muy erróneo que pensarán que Dios tenía que probarlo todo ante ellos, cuando eran ellos los que tenían que responder ante Dios. Renegar de él y rebelarse en su contra sería invitar al desastre. “Si os rebeláis contra sus mandatos, la mano de Jehová estará contra vosotros.”

Debe sernos útil e interesante que comparemos las palabras con que se despide Samuel con los mensajes de despedida de Moisés (Deuteronomio 29) o de Josué (Josué 24). Los tiempos eran en algún modo distintos, pero los temas de los discursos con que clausuraron su dedicación a la obra realizada eran los mismos: “Sirvan a Jehová y vivirán, pero apártense de él, y lo perderán todo.”

Para confirmar sus palabras, Samuel clamó por una tormenta de truenos y lluvia, aun cuando estaban en una época del año en la que eso sería muy inusual. El fenómeno meteorológico se presentó en plena cosecha del trigo, durante la estación cálida y seca, y constituyó un espectáculo tan impresionante que la gente se sintió impulsada a pedirle a Samuel que rogara por ellos.

A Samuel le conmovió la disposición del pueblo a confesar sus pecados y les dio seguridades del deseo de Dios de continuar considerándolos como su nación. De igual modo, el profeta hizo voto de recordarlos en sus oraciones, sabiendo que, durante su retiro, éste iba a ser el mayor servicio que le podría ofrecer a su pueblo.

Hoy en día muchos se sienten incapaces de ofrecer alguna ayuda a otros que la necesitan, y muchas personas ancianas o minusválidas se preguntan qué podrían hacer para servir a su Salvador. Ojalá que el ejemplo de Samuel intercediendo ante Dios

en favor de su pueblo les sirva de respuesta. De hecho, tal como nos lo recuerda el profeta, el no orar por los demás es agraviar al Señor y negar nuestra fe.

*Pesado y hallado falto*

**13** Había ya reinado Saúl un año, y cuando llevaba reinando dos años sobre Israel, <sup>2</sup> escogió a tres mil hombres de Israel; estaban con Saúl dos mil en Micmas y en el monte Bet-el, y mil estaban con Jonatán en Gabaa de Benjamín, y envió al resto del pueblo cada uno a sus tiendas. <sup>3</sup> Jonatán atacó a la guarnición de los filisteos que había en el collado, y lo supieron los filisteos. Entonces Saúl hizo tocar trompeta por todo el país, diciendo: «¡Que oigan los hebreos!»

<sup>4</sup> Cuando todo Israel supo que se decía: «Saúl ha atacado a la guarnición de los filisteos», y también que Israel se había hecho odioso a los filisteos, se reunió el pueblo tras Saúl en Gilgal. <sup>5</sup> Se concentraron entonces los filisteos para pelear contra Israel: treinta mil carros, seis mil hombres de a caballo, y pueblo numeroso como la arena que está a la orilla del mar. Luego subieron y acamparon en Micmas, al oriente de Bet-avén.

<sup>6</sup> Cuando los hombres de Israel vieron que estaban en peligro (porque el pueblo estaba en grave aprieto), se escondieron en cuevas, en fosos, en peñascos, en rocas y en cisternas. <sup>7</sup> Algunos de los hebreos pasaron el Jordán hacia la tierra de Gad y de Galaad; pero Saúl permanecía aún en Gilgal, y todo el pueblo iba tras él temblando.

Probablemente no habían pasado más de tres años desde que Saúl fue designado rey cuando la situación, ya tensa entre israelitas y filisteos, hizo erupción. No se nos dice qué sutiles cambios habían ocurrido en el temperamento del rey; ya fuera que el poder hubiera empezado a corromperlo, o que la obstinación y el orgullo

hubiesen tomado el control de su personalidad, pero queda una certidumbre: en el plan de Dios había llegado el momento de evaluar la fe de Saúl y poner a prueba la obediencia que es fruto de la fe.

En el Antiguo Testamento de la versión Reina Valera 1995 que usamos como referencia, no se menciona qué edad tenía Saúl al comenzar su reinado, ni cuánto tiempo duró su reinado. El hecho de que recién comenzado a reinar ya tuviera un hijo en edad de estar al frente de mil hombres implica que probablemente tendría más de cuarenta años. Según algunos, reinó durante veintidós, aunque otros extienden la cifra hasta cuarenta años. De ser cierta esta última cifra, la duración de su reinado igualaría a los de David y Salomón.

Tampoco se nos dice por qué las fuerzas permanentes de Saúl se limitaban a tres mil hombres; quizás no pudiese proporcionar armamento apropiado a un número mayor. Recordemos que por esa época en Israel ni siquiera existían los herreros que pudieran forjarlo (13:19, 22) o personal capacitado para construir carros de guerra. Este ejército tenía sus fuerzas divididas como sigue: dos mil hombres permanecían con Saúl guardando el paso de Micmás, los restantes mil estaban en Guibeá, comandados por su hijo Jonatán. Esta era la población de donde era Saúl, y la podríamos considerarla como la capital de su reino.

Fue Jonatán quien tomó la iniciativa contra los odiados filisteos y, en una atrevida acción, atacó y venció a la pequeña guarnición que estos ocupaban al noreste de Guibeá llamada Gabaa. Las proezas de Jonatán le sirvieron de inspiración a Saúl, quien hizo uso de ellas para convocar a los israelitas a unírsele en Gilgal por el bien de la nación.

Mientras tanto, los filisteos se movilizaban contra las fuerzas de Saúl en Micmás, acumulando un formidable ejército, “numeroso como la arena que está a la orilla del mar”. Ante tal superioridad, los israelitas se desmoralizaron y muchos de ellos desertaron. Fugitivos, unos se escondieron en cuevas y pozos

secos, y otros cruzaron el Jordán, en su huida en dirección a la colinas de Moab.

Saúl estaba siendo sometido a una dura prueba; como comandante en jefe del ejército israelita se daba cuenta de que la situación no parecía nada buena. ¿Se acordaría del discurso de despedida de Samuel y confiaría solamente en Jehová, dando así ejemplo ante toda la nación? ¿Sería capaz de mantenerse esperando sin ir contra los filisteos hasta tanto que, como habían acordado, Samuel hubiese llegado a Gilgal para que juntos buscasen la bendición de Dios en este asunto?

**<sup>8</sup> Esperó siete días, conforme al plazo que Samuel había fijado, pero Samuel no llegaba a Gilgal y el pueblo se desbandaba. <sup>9</sup> Entonces dijo Saúl:**

—Traedme el holocausto y las ofrendas de paz.

**Y ofreció el holocausto.**

**<sup>10</sup> Cuando él acababa de ofrecer el holocausto, vio a Samuel que venía; y Saúl salió a su encuentro para saludarlo. <sup>11</sup> Samuel dijo:**

—¿Qué has hecho?

**Saúl respondió:**

—Porque vi que el pueblo se desbandaba y que tú no venías dentro del plazo señalado, mientras los filisteos estaban ya concentrados en Micmas, <sup>12</sup> me dije: “Ahora descenderán los filisteos contra mí a Gilgal y yo no he implorado el favor de Jehová.” Así que me vi forzado a ofrecer el holocausto.

**<sup>13</sup> Entonces Samuel dijo a Saúl:**

—Locamente has actuado; si hubieras guardado el mandamiento que Jehová, tu Dios, te había ordenado, Jehová habría confirmado tu reino sobre Israel para siempre. <sup>14</sup> Pero ahora tu reino no será duradero. Jehová se ha buscado un hombre conforme a su corazón, al cual ha designado para que sea príncipe sobre su pueblo, por cuanto

**tú no has guardado lo que Jehová te mandó.**

**<sup>15</sup> Samuel se levantó y subió de Gilgal a Gabaa de Benjamín.**

**Saúl contó la gente que se hallaba con él, y eran como seiscientos hombres.**

Los días pasaban mientras Saúl esperaba en Gilgal la llegada del profeta Samuel. Después de seis días de inactividad, Saúl no pudo soportar más; su ejército se había reducido a sólo seiscientos hombres y su paciencia se había agotado. Lo crítico del momento demandaba, según creía, que hiciera algo. De modo que, agarrando como se dice “el toro por los cuernos”, ordenó que se le llevara un animal y él mismo ofreció el sacrificio sin el servidor que Dios había designado para esa tarea.

Cuando Saúl estaba terminando de ofrecer el sacrificio, apareció Samuel. La débil excusa fue que la urgencia de la situación lo había forzado a pecar: simplemente, había escogido el menor de los dos males que lo agobiaban. El profeta quedó impactado, pues sabía que el permiso de Dios para ofrecer sacrificios les había sido concedido solamente a los miembros de la familia de Leví.

La respuesta de Samuel fue: “Locamente has actuado”, y era así, porque Saúl pensaba que Jehová no podría liberarlo con solamente seiscientos hombres. Se había olvidado de lo que Jehová hizo con Gedeón y sus trescientos hombres. Aquí vemos que fue la desobediencia de Saúl la que hizo que Dios lo rechazara, y comenzara la búsqueda de un “ hombre conforme a su corazón”. Saúl no había actuado con fe, sino con falsa piedad, y sin que la ofrenda del sacrificio fuera un acto del corazón. Ni siquiera hemos oído de que en esa hora de crisis orase a Dios; era como si su amor y su disposición a obedecerle estuvieran siendo puestos en una balanza y resultaran hallados faltos.

¿Cómo nos comportaríamos ante semejante prueba? ¿Con disposición de confiar en Dios y descansar en él, o más bien

decididos a mirar porque las cosas ocurran según nuestro horario? ¿Cuando recurrimos a caminos pecaminosos para llevar a cabo nuestra voluntad, nos excusamos diciendo que no nos queda otra opción? Recordemos que la voluntad de Dios es que confiemos solamente en él y esperemos pacientemente por su respuesta a la oración. Hacerlo de otra manera es actuar locamente.

**<sup>16</sup> Saúl, su hijo Jonatán, y el pueblo que con ellos se hallaba, se quedaron en Gabaa de Benjamín, mientras los filisteos acampaban en Micmas. <sup>17</sup> Entonces salió una avanzada del campamento de los filisteos en tres escuadrones; un escuadrón marchaba por el camino de Ofra hacia la tierra de Sual, <sup>18</sup> otro escuadrón marchaba hacia Bet-horón, y el tercer escuadrón marchaba hacia la región que mira al valle de Zeboim, hacia el desierto.**

**<sup>19</sup> En toda la tierra de Israel no se hallaba herrero, porque los filisteos habían dicho: «Para que los hebreos no hagan espada o lanza.» <sup>20</sup> Por lo cual todos los de Israel tenían que acudir a los filisteos para afilar cada uno la reja de su arado, su azadón, su hacha o su hoz. <sup>21</sup> El precio era un pim por las rejas de arado y por los azadones, y la tercera parte de un siclo por afilar las hachas y por componer las agujadas. <sup>22</sup> Así aconteció que en el día de la batalla ninguno de los del pueblo que estaban con Saúl y Jonatán tenía en sus manos una espada o una lanza, excepto Saúl y Jonatán, su hijo, que sí las tenían.**

Israel estaba aprendiendo que tener rey y tener éxito rápido y fácil no eran la misma cosa. Un monarca no podía garantizar la seguridad nacional, que en esos momentos estaba en una de las situaciones más desesperadas de las que pudiera haber enfrentado en toda su historia. Grupos de atacantes filisteos partían diariamente desde la zona de asentamiento de sus fuerzas en misión destructora, y los agricultores israelitas ni siquiera podían



afilarse sus propios implementos, a no ser pagándoles exorbitantes precios a los filisteos por ese servicio.

Los filisteos habían aprendido de los hititas el arte de la manufactura del hierro, y lo mantenían como secreto de estado, lo cual les daba el monopolio en esa área. Tan era así, que los únicos en el ejército de Israel que portaban espada o lanza de este metal eran el propio rey y su hijo Jonatán.

Pese a todo esto, Jehová dejó claro que no iba a abandonar a su pueblo, sino que estaba preparado para mantener todas las promesas que les había hecho. Incluso, parecía estar dispuesto a darle otra oportunidad a Saúl.

### *Jonatán ataca a los filisteos*

<sup>23</sup> Mientras tanto, un destacamento de los filisteos avanzó hasta el paso de Micmas.

**14** Aconteció un día, que Jonatán hijo de Saúl, dijo al criado que le traía las armas:

«Ven y pasemos a la guarnición de los filisteos, que está de aquel lado.»

Pero no lo hizo saber a su padre. <sup>2</sup> Saúl se hallaba al extremo de Gabaa, debajo de un granado que hay en Migrón, y las gentes que estaban con él eran como seiscientos hombres. <sup>3</sup> Ahías hijo de Ahitob, hermano de Icabod hijo de Finees hijo de Elí, sacerdote de Jehová en Silo, llevaba el efod.

El pueblo no sabía que Jonatán se había ido. <sup>4</sup> Entre los desfiladeros por donde Jonatán procuraba pasar a la guarnición de los filisteos, había un peñasco agudo de un lado, y otro del otro lado; uno se llamaba Boses y el otro Sene. <sup>5</sup> El primer peñasco estaba situado al norte, hacia Micmas, y el segundo al sur, hacia Gabaa. <sup>6</sup> Dijo, pues, Jonatán a su paje de armas:

—Ven, pasemos a la guarnición de estos incircuncisos; quizá haga algo Jehová por nosotros, pues no es difícil para Jehová dar la victoria, sea con muchos o con pocos.

**<sup>7</sup> Su paje de armas le respondió:**

**—Haz todo lo que tu corazón te dicte; ve, pues aquí estoy a tu disposición.**

**<sup>8</sup> Dijo entonces Jonatán:**

**—Vamos a pasar hacia esos hombres para que ellos nos vean. <sup>9</sup> Si nos dicen: “Esperad hasta que lleguemos a vosotros”, entonces nos quedaremos en nuestro lugar, y no subiremos adonde están ellos. <sup>10</sup> Pero si nos dicen: “Subid hacia nosotros”, entonces subiremos, porque Jehová los ha entregado en nuestras manos; esto nos servirá de señal.**

**<sup>11</sup> Los dos se dejaron ver por la guarnición de los filisteos, y estos dijeron: «Mirad a los hebreos que salen de las cavernas donde se habían escondido.» <sup>12</sup> Y los hombres de la guarnición, dirigiéndose a Jonatán y a su paje de armas, les dijeron:**

**«Subid a nosotros, y os haremos saber una cosa.»**

**Entonces Jonatán dijo a su paje de armas:**

**«Sube detrás de mí, porque Jehová los ha entregado en manos de Israel.»**

**<sup>13</sup> Subió Jonatán trepando con sus manos y sus pies, seguido de su paje de armas. A los que caían delante de Jonatán, su paje de armas, que iba detrás de él, los remataba. <sup>14</sup> En esta primera matanza que hicieron Jonatán y su paje de armas cayeron como veinte hombres, y todo en el espacio de una media yugada de tierra. <sup>15</sup> Cundió el pánico en el campamento y por el campo, y entre toda la gente de la guarnición; a los que habían salido en la avanzada también los asaltó el pánico, y la tierra tembló; hubo, pues, gran consternación.**

Jonatán, el hijo de Saúl, no podía permanecer ocioso mientras Dios y su pueblo eran afrentados por los filisteos. Mirando más allá de los intimidantes problemas del momento, vio la voluntad de Jehová actuando en favor de la nación. Estaba seguro de que Dios podía hacer tanto con dos personas como con doscientas mil.

Lo de su plan para probar la capacidad del enemigo fue algo que compartió con nadie más que con su paje de armas, ni siquiera su propio padre estaba al tanto de la propuesta acción de fe.

Lo que movía a Jonatán: no era una ambición ciega, ni el propósito de hacerse famoso, ni la intención de desviar de su padre hacia él el apoyo popular. Su propósito era sencillamente permitir que Dios revelara su poder salvador por medio de él.

Al mismo tiempo, Jonatán tuvo el cuidado de no actuar alocadamente adelantándose a Dios, y por ello le explicó a su paje de armas que Jehová los iba a guiar en cuanto a la decisión que debían de tomar (14:8-10). Cuando los filisteos los desafiaron provocadoramente diciendo: “Subid a nosotros, y os haremos saber una cosa”, esa fue toda la confirmación que necesitaban. Para Jonatán, esa era señal segura de que Dios había entregado al enemigo en sus manos; y comenzó a escalar con su escudero las empinadas protuberancias rocosas llamadas Bosés y Sené. Esos nombres, que significan “Espinoso” y “Resbaloso”, nos dan una idea de lo atrevido y riesgoso del empeño. Sin embargo, no era una acción temerariamente irresponsable, sino un acto de fe. Jonatán sabía que la batalla es de Dios, y que él puede salvar “por muchos o por pocos”.

Los detalles de la batalla que tuvo lugar a partir de aquí son esquemáticos. Sí sabemos que en aquella cumbre se libró un feroz combate cuerpo a cuerpo. Cuando concluyó, unos veinte guerreros filisteos yacían muertos sobre algo más de medio acre de terreno. El atrevido asalto desencadenó el pánico en el campamento filisteo y éste se incrementó por un violento temblor de tierra; aparentemente fue un fenómeno natural, pero nosotros sabemos que la mano de Dios estaba en ello.

Lo que ocurrió a continuación fue una réplica de la derrota que Gedeón les infligió a los madianitas, la noche en que con trescientos hombres penetró en el campamento de aquellos. De igual modo, el de los filisteos era ahora escenario del caos más absoluto.

**16** Los centinelas de Saúl vieron desde Gabaa de Benjamín cómo la multitud estaba turbada, iba de un lado a otro y se dispersaba. **17** Entonces Saúl dijo al pueblo que estaba con él:

**«Pasad ahora revista y ved quién se haya ido de los nuestros.»**

**Pasaron revista, y vieron que faltaban Jonatán y su paje de armas. 18** Entonces Saúl dijo a Ahías:

**«Trae el Arca de Dios.»**

**Porque el Arca de Dios estaba entonces con los hijos de Israel.**

**19** Pero aconteció que mientras aún hablaba Saúl con el sacerdote, el alboroto que había en el campamento de los filisteos aumentaba, e iba creciendo cada vez más. Entonces dijo Saúl al sacerdote: **«Detén tu mano.»**

**20** Luego Saúl reunió a todo el pueblo que con él estaba y llegaron hasta el lugar de la batalla. Allí vieron que cada uno había desenvainado su espada contra su compañero y que había gran confusión. **21** Los hebreos que desde tiempo antes habían estado con los filisteos, y que desde los alrededores habían subido con ellos al campamento, se pusieron también del lado de los israelitas que estaban con Saúl y con Jonatán. **22** Asimismo todos los israelitas que se habían escondido en los montes de Efraín, al oír que los filisteos huían, también los persiguieron en aquella batalla, **23** que se extendió hasta Bet-Avén. Así salvó Jehová aquel día a Israel.

Saúl, que había estado descansando bajo la refrescante sombra de un granado, estaba ajeno a lo que había ocurrido en el campamento filisteo. Fue un vigía alerta quien le dio el aviso de que, por alguna razón desconocida, los filisteos estaban siendo obligados a retroceder de su fortaleza y ello le hizo sospechar. Inmediatamente, ordenó que se llamara a lista, y confirmó lo que imaginaba: Jonatán y su paje de armas estaban ausentes.

Las alternativas que tenía Saúl en este momento eran: unirse a su hijo en la batalla o permanecer tal cual estaba. En concordancia con su típica falta de decisión, le ordenó al sacerdote Ahías que trajera el Arca de Dios de Quiryat-jeirim y buscara el consejo del Señor con respecto a este asunto. Este Ahías era biznieto de Elí, el sacerdote que había entrenado a Samuel cuando éste era joven.

Al oír Saúl la confusión y los quejidos de los que morían en el campamento filisteo, se llenó de impaciencia y le ordenó al sacerdote Ahías: “Detén tu mano”, para que pusiera fin a la consulta a Dios. Saúl reunió a sus hombres, y juntos marcharon a participar en el combate. Ya no le interesaba lo que Dios tuviera que decir, sino que ahora su principal deseo era tener parte en la gloria de la victoria.

Cuando Saúl y sus hombres llegaron al escenario del combate, resultaba obvio que la gloria de la victoria le pertenecía a otro. Incluso los soldados israelitas, que habían desertado y se habían escondido, se dieron cuenta de la certeza del triunfo y se unieron en la persecución del enemigo. ¿Habría dudas en ese día de que la batalla era de Jehová y que él había rescatado a Israel?

Es apropiado decir aquí acerca del joven Jonatán, de quien ya nos han impresionado su carácter y su devoción al deber, que su sincera fe en Dios y su amor y preocupación por los demás son sobresalientes. Esto nos permite comprender por qué él y David se iban a convertir en los mejores amigos.

### *Los necios juramentos de Saúl*

**<sup>24</sup> Pero los hombres de Israel fueron puestos en apuro aquel día, porque Saúl había hecho jurar al pueblo, diciendo: «Cualquiera que coma pan antes de caer la noche, antes que me haya vengado de mis enemigos, sea maldito.» Y nadie había probado bocado. <sup>25</sup> Todo el pueblo llegó a un bosque, donde había miel en la superficie del campo. <sup>26</sup> Entró, pues, el pueblo en el bosque, y vieron que allí corría la miel; pero no hubo quien la probara, porque el pueblo**

temía al juramento. <sup>27</sup> Jonatán, que no había oído cuando su padre había hecho jurar al pueblo, alargó la punta de una vara que traía en su mano, la mojó en un panal de miel y se llevó la mano a la boca. Entonces se le aclararon los ojos.

<sup>28</sup> Uno del pueblo le habló, diciendo:

—Tu padre ha hecho jurar solemnemente al pueblo: “Maldito sea el hombre que tome hoy alimento.” Y el pueblo desfallecía.

<sup>29</sup> Respondió Jonatán:

—Mi padre ha turbado al país. Ved ahora cómo han sido aclarados mis ojos por haber probado un poco de esta miel. <sup>30</sup> ¿Cuánto más si el pueblo hubiera comido libremente hoy del botín tomado a sus enemigos? ¿No hubiera sido mayor el estrago entre los filisteos?

<sup>31</sup> Aquel día derrotaron a los filisteos desde Micmas hasta Ajalón, pero el pueblo estaba muy cansado. <sup>32</sup> Así que el pueblo se lanzó sobre el botín, tomaron ovejas y vacas y becerros, y los degollaron en el suelo; y el pueblo los comió con la sangre. <sup>33</sup> Entonces le avisaron a Saúl:

—El pueblo está pecando contra Jehová, porque come carne con sangre.

Él dijo:

—¡Vosotros habéis sido infieles! Rodadme ahora acá una piedra grande. <sup>34</sup> Esparcíos por el pueblo —añadió—, y decidles que me traiga cada uno su vaca y cada cual su oveja; degolladlas aquí y comed, sin pecar contra Jehová por comer la carne con la sangre.

Aquella noche cada uno llevó su propio buey y lo sacrificaron allí. <sup>35</sup> Edificó Saúl un altar a Jehová, y ése fue el primero que edificó a Jehová.

<sup>36</sup> Dijo Saúl:

—Descendamos esta noche contra los filisteos y los saquearemos hasta la mañana; no dejaremos de ellos ninguno.

**Ellos dijeron:**

—Haz lo que bien te parezca.

**Dijo luego el sacerdote:**

—Acerquémonos aquí a Dios.

<sup>37</sup> Y Saúl consultó a Dios: «¿Debo descender tras los filisteos? ¿Los entregarás en manos de Israel?»

Pero Jehová no le dio respuesta aquel día. <sup>38</sup> Entonces dijo Saúl:

—Venid acá todos los principales del pueblo, averiguad y ved en qué ha consistido este pecado de hoy. <sup>39</sup> ¡Vive Jehová!, que ha salvado a Israel, que aunque se trate de mi hijo Jonatán, de seguro morirá.

Y no hubo en todo el pueblo quien le respondiera. <sup>40</sup> Dijo luego a todo Israel:

—Vosotros estaréis a un lado, y yo y Jonatán, mi hijo, estaremos al otro lado.

—Haz lo que bien te parezca —respondió el pueblo a Saúl.

<sup>41</sup> Entonces dijo Saúl a Jehová, Dios de Israel:

—Da a conocer la verdad.

La suerte cayó sobre Jonatán y Saúl, y el pueblo quedó libre.

<sup>42</sup> Saúl dijo:

—Echad suertes entre mí y mi hijo Jonatán.

Y la suerte cayó sobre Jonatán. <sup>43</sup> Entonces Saúl dijo a Jonatán:

—Cuéntame lo que has hecho.

Jonatán respondió:

—Ciertamente gusté un poco de miel con la punta de la vara que traía en mi mano; ¿y he de morir?

<sup>44</sup> Saúl le dijo:

—Traiga Dios sobre mí el peor de los castigos, si no te hago morir, Jonatán.

<sup>45</sup> Pero el pueblo dijo a Saúl:

**—¿Ha de morir Jonatán, el que ha logrado esta gran victoria en Israel? ¡No será así! ¡Vive Jehová! que no caerá en tierra ni un cabello de su cabeza, pues lo hizo con ayuda de Dios.**

**Así el pueblo libró de morir a Jonatán. <sup>46</sup> Saúl dejó de perseguir a los filisteos, y los filisteos se fueron a su tierra.**

Aquí vemos a Saúl carente no sólo de capacidades de liderazgo, sino de sentido común. Obligó a sus hombres a hacer el juramento de que no iban a probar bocado hasta que, tal como dijo: “Me haya vengado de mis enemigos”. Fijémonos en que se había desviado por completo del objetivo de este ataque. ¡No era su honor lo que estaba en juego! ¿Cómo es posible que alguien pueda ser tan egocéntrico, o tan ajeno a las necesidades del pueblo o al honor de Dios?

El juramento con que ataba a los soldados israelitas demostró ser pura necedad. Todo el mundo sabe que “un ejército necesita comer para poder andar”. Resultaba cruel exigir de los soldados en tan fatigante situación que se abstuvieran de toda comida y de toda bebida. Tal como se podría esperar, los hombres se comenzaron a debilitar y tuvieron que abandonar la persecución del enemigo. Ese día hubiera sido posible impedir que los filisteos volvieran a oprimirlos durante muchos años en el futuro, pero resultó que muchos enemigos pudieron escapar. Posteriormente se iban a reagrupar, y al final iban a regresar, sólo que para la próxima vez lo harían con un guerrero gigantesco para librar sus batallas.

No había manera de que Jonatán se pudiera haber enterado del alocado juramento bajo el cual su padre había puesto al ejército; así que cuando encontró panales con miel, no dudó en comer del dulce néctar para renovar sus fuerzas. Cuando se enteró de la maldición que había proferido su padre sobre todo aquel que comiera, hizo este perspicaz comentario: “Mi padre ha turbado al país ... ¿Cuánto más si el pueblo hubiera comido libremente hoy del botín tomado a sus enemigos? ¿No hubiera sido mayor el estrago entre los filisteos?”



El desatino total del juramento de Saúl se hizo evidente cuando al final del día los soldados comenzaron una desenfadada matanza de los animales que los filisteos habían dejado tras ellos, comiendo atropelladamente carne cruda de la que todavía goteaba la sangre. Esa era una flagrante violación de mandamiento que Dios dio por primera vez en días de Noé, después del diluvio (Génesis 9:4; Levítico 17:10-14). La razón para la prohibición de comer carne sin desangrar se basaba en que “la vida de la carne en la sangre está” y “porque sin derramamiento de sangre no hay perdón de pecados”. A través de los siglos del Antiguo Testamento, la sangre fue medio de expiación y no se la podía considerar como alimento.

El propio Saúl se horrorizó ante la enormidad de la transgresión que estaba viendo, pero continuó ignorando que él era el principal responsable de ello. Ordenó que cada uno de sus hombres trajera un animal que pudiera ser sacrificado como ofrenda por el pecado. El comentario del versículo 35: “Ese [altar] fue el primero que edificó a Jehová” dice mucho acerca del lugar en el que verdaderamente tenía su corazón.

A estas alturas Saúl estaba preparado para perseguir a los filisteos durante toda la noche. Tendríamos que asombrarnos de lo que Ahías el sacerdote pudiera tener en mente cuando dijo: “Acerquémonos aquí a Dios.” Si el propósito hubiera sido darle gracias, podríamos entenderlo, pero, ¿por qué preguntar por lo que resulta ser evidente por sí mismo? ¿Es que no resultaba claro que Dios quería que persiguieran a los filisteos? No en balde Dios no respondió a la pregunta que le formularon.

La incapacidad espiritual de Saúl queda evidenciada en que le atribuyó la causa del silencio de Dios al “pecado”, y aunque la mayoría de sus hombres habían desobedecido vergonzosamente a Jehová, y el propio Saúl más que ninguno, se empeñó en buscar a alguien que cargara con la culpa. De modo que iban a echar suertes para determinar quién era el responsable, y Saúl juró que si el azar señalaba a su propio hijo, éste tendría que morir.

Desde el momento en que Satanás trajo desgracia y problemas

en el jardín del Edén, hombres y mujeres han buscado la forma de echarle la culpa de sus malas acciones a cualquier otro. Usando de fingida piedad, el humano busca cubrir su propio pecado poniendo al descubierto la maldad de sus congéneres. Y esto también ocurre en nuestra vida, nosotros también queremos aparentar que somos buenos a expensas de los demás; y a menudo lo hacemos aun a expensas de los miembros de nuestra propia familia.

Es imposible descartar la sospecha de que Saúl sabía todo acerca de que su hijo había comido miel, y que por ende toda la investigación era una farsa. ¿Se habría fijado en la creciente popularidad de su hijo, y podría ser que estuviese celoso de él?

Sólo la tenaz insistencia del pueblo pudo salvar la vida de Jonatán, impidiendo que el rey llevara a cabo su insensato juramento y cumpliera una amenaza cuyo carácter malsano parecía no poder ver. Hubiera resultado inconcebible que se le quitara la vida a aquel joven a través del cual Dios había rescatado a su pueblo.

El desatino y la pecaminosidad de los juramentos sobre asuntos en los que no existe certidumbre queda otra vez al descubierto. No en balde Jesús advirtió: “No juréis de ninguna manera; ... Sea vuestra hablar: ‘Sí, sí’ o ‘No, no’, porque lo que es más de esto, de mal procede” (Mateo 5:34, 37).

### *El reinado de Saúl*

**<sup>47</sup> Después de haber tomado posesión del reino de Israel, Saúl hizo guerra a todos sus enemigos en derredor: contra Moab, contra los hijos de Amón, contra Edom, contra los reyes de Soba y contra los filisteos; dondequiera que iba, salía vencedor. <sup>48</sup> Reunió un ejército, derrotó a Amalec y libró a Israel de manos de los que lo saqueaban.**

**<sup>49</sup> Los hijos de Saúl fueron Jonatán, Isúí y Malquisúa. Los nombres de sus dos hijas eran, el de la mayor, Merab, y el de la menor, Mical. <sup>50</sup> El nombre de la mujer de Saúl era**

**Ahinoam, hija de Ahimaas. El nombre del general de su ejército era Abner hijo de Ner, tío de Saúl. <sup>51</sup> Porque Cis, padre de Saúl, y Ner, padre de Abner, fueron hijos de Abiel.**

**<sup>52</sup> Todo el tiempo de Saúl hubo guerra encarnizada contra los filisteos; y a todo el que Saúl veía que era hombre esforzado y apto para combatir, lo reclutaba para sí.**

Estos versículos ofrecen un resumen del reinado de Saúl, caracterizado por el continuo conflicto de Israel con sus ya tradicionales enemigos en continuas guerras de desgaste. Esto implicaba el reclutamiento de los mejores hombres de la nación para el servicio militar, y era exactamente lo que Samuel les había predicho desde la primera vez que el pueblo pidió un rey.

Saúl pudo haberse beneficiado mucho de algún sano consejo espiritual, pero al hombre que podía habérselo brindado lo mantenía alejado y sin participación en la política. No tenemos conocimiento ni de una sola ocasión en que Saúl se hubiera vuelto a Samuel en busca del consejo de Dios.

El reinado de Saúl pudo haber sido de mucha mayor brillantez y mucho mejor; sus hijos, de quienes apenas sabemos algo más que los nombres, no lo iban a suceder en el trono. Sin embargo, no hay duda de que Saúl había sido usado por Dios para establecer su reino eterno, ya que él lo emplea todo para sus propósitos.

### *Saúl es rechazado como rey*

**15** Un día Samuel dijo a Saúl:  
—Jehová me envió a que te ungiere rey sobre su pueblo Israel; ahora, pues, escucha las palabras de Jehová.  
<sup>2</sup> Así ha dicho Jehová de los ejércitos: “Yo castigaré lo que Amalec hizo a Israel, cortándole el camino cuando subía de Egipto. <sup>3</sup> Ve, pues, hiere a Amalec, destruye todo lo que tiene y no te apiades de él; mata hombres, mujeres y niños, aun los de pecho, y vacas, ovejas, camellos y asnos.”

<sup>4</sup> Saúl convocó, pues, al pueblo y les pasó revista en Telaim: doscientos mil de a pie y diez mil hombres de Judá.

**<sup>5</sup> Vino Saúl a la ciudad de Amalec y se emboscó en el valle.**

**<sup>6</sup> Entonces dijo Saúl a los ceneos:**

**«Idos, apartaos y salid de entre los de Amalec, para que no os destruya juntamente con ellos; porque vosotros mostrasteis misericordia a todos los hijos de Israel cuando subían de Egipto.»**

**Se apartaron los ceneos de entre los hijos de Amalec. <sup>7</sup>Y Saúl derrotó a los amalecitas desde Havila hasta llegar a Shur, que está al oriente de Egipto. <sup>8</sup>Capturó vivo a Agag, rey de Amalec, y a todo el pueblo lo mató a filo de espada. <sup>9</sup>Pero Saúl y el pueblo perdonaron a Agag, y a lo mejor de las ovejas y del ganado mayor, de los animales engordados, de los carneros y de todo lo bueno, y no lo quisieron destruir; pero destruyeron todo lo que era vil y despreciable.**

Siendo el ungido de Dios, se le ordenó a Saúl que cumpliera el juicio de Dios sobre los amalecitas. Estos descendientes de Esaú vivían cerca de la frontera sur de Palestina, y habían sido los primeros en atacar a Israel durante su viaje desde Egipto al monte Sinaí. Mientras Moisés oraba a Dios con los brazos extendidos, los amalecitas fueron derrotados por Josué (Éxodo 17:8-16). Ya desde entonces Dios le había advertido a su pueblo que se iban a enfrentar la oposición de los amalecitas durante las futuras generaciones.

Pero a estas alturas, los amalecitas habían colmado la medida de su pecado y había llegado el momento en el que Dios los iba a castigar conforme a lo que había predicho (Deuteronomio 25:17-19). Samuel le transmitió a Saúl la voluntad de Dios a este respecto: debía aniquilar a esa nación como advertencia para las otras, sin dejar escapar a ninguno en lo absoluto. A menos que recordemos que Dios estaba estableciendo su reinado en la tierra, esta medida nos puede parecer extremadamente cruel. Nadie se había opuesto tan atrevidamente a Jehová como lo habían hecho los amalecitas, y Saúl debía de llevar a cabo las ordenanzas de Jehová hasta el último detalle.

Acompañado de unos doscientos diez mil soldados de infantería, Saúl se adentró en la vasta región desértica del sur, acorralando exitosamente, en el valle que le servía de hogar, a la principal fuerza de Amalec: Pero antes de lanzar el ataque, les advirtió a los ceneos (la mujer de Moisés había sido cenea) que salieran de entre los amalecitas.

Saúl obtuvo ese día una contundente victoria. Desbordante de orgullo, se atribuyó la facultad de cambiar los términos de la guerra, porque no pudo resistir la tentación de llevar, en la orgullosa y triunfal procesión de su regreso, al cautivo rey de los amalecitas. De igual modo, no se sentía dispuesto a destruir lo que consideraba de valor, pues, de todas formas, para él esta ofensiva no se trataba de una guerra santa, sino de una batalla secular, común y corriente. Así que le preservó la vida a Agag, y conservó lo mejor de las ovejas y del ganado mayor como botín de guerra.

**<sup>10</sup> Vino luego esta palabra de Jehová a Samuel:**

**<sup>11</sup> «Me pesa haber hecho rey a Saúl, porque se ha apartado de mí y no ha cumplido mis palabras.»**

**Se apesadumbró Samuel y clamó a Jehová toda aquella noche. <sup>12</sup> Madrugó Samuel para ir al encuentro de Saúl por la mañana; y avisaron a Samuel: «Saúl llega a Carmel y se ha erigido un monumento; después se dio vuelta y siguió adelante para bajar a Gilgal.» <sup>13</sup> Vino, pues, Samuel a Saúl, y Saúl le dijo:**

**—Bendito seas tú de Jehová; yo he cumplido la palabra de Jehová.**

**<sup>14</sup>—¿Pues qué balido de ovejas y bramido de vacas es éste que yo oigo con mis oídos? —preguntó entonces Samuel.**

**<sup>15</sup>—De Amalec las han traído; porque el pueblo perdonó lo mejor de las ovejas y de las vacas, para sacrificarlas a Jehová tu Dios, pero lo demás lo destruimos —respondió Saúl.**

**<sup>16</sup> Entonces dijo Samuel a Saúl:**

—Déjame que te anuncie lo que Jehová me ha dicho esta noche.

—Habla —le respondió él.

<sup>17</sup> Y dijo Samuel:

—Aunque a tus propios ojos eras pequeño, ¿no has sido hecho jefe de las tribus de Israel, y Jehová te ha ungido rey sobre Israel? <sup>18</sup> Jehová te envió en misión y te ha dicho: “Ve, destruye a los pecadores de Amalec y hazles guerra hasta que los acabes.” <sup>19</sup> ¿Por qué, pues, no has oído la voz de Jehová? ¿Por qué te has lanzado sobre el botín y has hecho lo malo ante los ojos de Jehová?

<sup>20</sup> Saúl respondió a Samuel:

—Al contrario, ¡he obedecido la voz de Jehová! Fui a la misión que Jehová me envió, traje a Agag, rey de Amalec, y he destruido a los amalecitas. <sup>21</sup> Pero el pueblo tomó del botín ovejas y vacas, lo mejor del anatema, para ofrecer sacrificios a Jehová, tu Dios, en Gilgal.

Aunque a kilómetros del combate, Samuel oyó de todos los actos de desobediencia de Saúl. Jehová, usando una expresión humana, le dijo a Samuel: “*Me pesa* haber hecho rey a Saúl.” Eso no significa que Dios hubiera cambiado de modo de pensar o que se hubiera vuelto atrás en su palabra. En el versículo 29 de este capítulo, se señala que Jehová “no mentirá, ni se arrepentirá, porque no es hombre para que se arrepienta”. Lo que significan las palabras “*me pesa*” es que, como consecuencia de la desobediencia humana, se ve en ocasiones forzado a actuar diferentemente con el hombre. Tal afirmación expresa el gran disgusto de Dios con Saúl.

La frustración que sintió Samuel ante todo esto está más allá de nuestra comprensión.

Simplemente, procuremos imaginar su reacción cuando supo del orgulloso desfile de Saúl a través de las calles de la ciudad, llevando detrás al rey Agag. Sintamos su dolor al oír que el rey

había viajado a Carmel, población situada en las colinas de Judá, para erigir allí, en despliegue de arrogancia sin paralelo, un monumento, no a Jehová, sino a él mismo. No es de extrañar que Samuel “clamó a Jehová toda aquella noche”.

Todavía estaba Saúl disfrutando de la gloria de su muy pregonado triunfo, cuando Samuel le encontró en Gilgal; “Yo he cumplido la palabra de Jehová”, le dijo con obvia autocongratulación al anciano profeta, como si éste fuese un tonto cualquiera. “¿Pues qué balido de ovejas y bramido de vacas es este que yo oigo con mis oídos?”, le dijo el vidente.

Este era el momento para que Saúl hablara claro y confesara honestamente su pecado. En lugar de eso, el rey hizo una plausible defensa de su inocencia, convencido de que podía enmascarar su falta transfiriendo la culpa, de nuevo, a los demás. Resultaba que eran los soldados quienes habían tomado de los despojos, y él sólo había accedido a guardárselos pensando que se podrían sacrificar a Dios allí en Gilgal. Seguramente pensó que hasta el propio Samuel estaría de acuerdo con tan noble intención y que ello sobrepasaría con creces cualquier aspecto negativo de su conducta.

No es infrecuente que el mundo se deje impresionar por el triunfo exterior, pero los hijos de Dios, como Samuel, ven más allá de lo que muestran las apariencias y observan el fondo del asunto.

### ***La desobediencia es idolatría***

**<sup>22</sup> Entonces Samuel dijo:**

**—¿Acaso se complace Jehová//tanto en los holocaustos y sacrificios**

**como en la obediencia//a las palabras de Jehová?**

**Mejor es obedecer que sacrificar;**

**prestar atención mejor es//que la grasa de los carneros.**

**<sup>23</sup> Como pecado de adivinación //es la rebelión,**

**como ídolos e idolatría la obstinación.**

**Por cuanto rechazaste//la palabra de Jehová,**

**también él te ha rechazado//para que no seas rey.**

**24 Saúl dijo a Samuel:**

**—He pecado, pues he desobedecido el mandamiento de Jehová y tus palabras, porque temí al pueblo y consentí a la voz de ellos. Perdona, pues, ahora mi pecado. 25 Vuelve conmigo para que adore a Jehová.**

**26 —No volveré contigo, porque rechazaste la palabra de Jehová y Jehová te ha rechazado para que no seas rey sobre Israel —respondió Samuel a Saúl.**

**27 Samuel se volvió para irse, pero él se asió de la punta de su manto, y éste se desgarró. 28 Entonces Samuel le dijo:**

**—Jehová ha desgarrado hoy de ti el reino de Israel y lo ha dado a un prójimo tuyo mejor que tú. 29 Además, el que es la Gloria de Israel no mentirá ni se arrepentirá, porque no es hombre para que se arrepienta.**

Ninguna de las excusas de Saúl pudo engañar a Samuel. De hecho, las explicaciones engañosas del rey disgustaron tanto al profeta, que dijo: “Basta ya, y deja que te anuncie lo que Jehová me ha dicho esta noche.” Saúl no estaba oyendo, y de nuevo se proclamó inocente.

La respuesta que el profeta le dio al monarca es clásica: “Mejor es obedecer que sacrificar; prestar atención mejor es que la grasa de los carneros.” Samuel estaba diciendo que no hay nada que agrade más a Dios que la obediencia a su Palabra. La vía fundamental de que disponemos para expresar nuestro amor por Dios es a través de la obediencia a lo que él ha dicho. Jesús lo dejó claro cuando dijo: “Si me amáis, guardad mis mandamientos” (Juan 14:15). A los ojos de Dios no hay nada que sustituya la obediencia sincera; la conformidad externa a su ley no significa nada para él.

Samuel denunció la desobediencia de Saúl como rebelión e idolatría. Cada vez que pecamos, nos rebelamos contra Dios y servimos a Satanás. Lo que es más, cuando pecamos, nos establecemos a nosotros mismos como dioses. La desobediencia es tan ofensiva para el Todopoderoso como la adivinación, es decir,



como la involucración en lo oculto. Es presuntuoso por parte del hombre pensar que, mientras todas las criaturas y las leyes de la naturaleza funcionan exactamente según el propósito divino, sólo los humanos pueden salirse con la suya, yendo en contra de la voluntad de Dios.

El anuncio de que Jehová le había rechazado como rey doblegó a Saúl. Rogó por el perdón y por otra oportunidad, y le suplicó a Samuel que regresara con él como testimonio ante los ancianos de Israel de la aprobación del profeta.

Recordemos que, tal como en el caso de Saúl, el dolor y la pena que muchos experimentan cuando confrontan sus pecados no significan arrepentimiento. El apóstol Pablo enseña que esto es “tristeza del mundo”, y dice que sólo “la tristeza que es según Dios produce arrepentimiento para salvación” (2 Corintios 7:8-10).

Cuando Samuel dio la vuelta para irse, Saúl se desesperó y agarró el manto del profeta de tal forma que éste se rasgó. El incidente hizo que Samuel pudiera usar una comparación que grabó en Saúl la irrevocabilidad del designio divino: “Jehová ha desgarrado hoy de ti el reino de Israel”.

**<sup>30</sup>—Yo he pecado; pero te ruego que me honres delante de los ancianos de mi pueblo y delante de Israel, y que vuelvas conmigo para que adore a Jehová, tu Dios —dijo Saúl.**

**<sup>31</sup>Volvió Samuel en compañía de Saúl, y adoró Saúl a Jehová.**

**<sup>32</sup>Después dijo Samuel:**

**«Traedme a Agag, rey de Amalec.»**

**Agag vino hacia él alegremente. Y decía: «Ciertamente ya pasó la amargura de la muerte.»**

**<sup>33</sup>Samuel dijo:**

**«Como tu espada dejó a las mujeres sin hijos, así tu madre quedará privada de su hijo entre las mujeres.»**

**Entonces Samuel cortó en pedazos a Agag delante de Jehová en Gilgal. <sup>34</sup>Se fue luego Samuel a Ramá, y Saúl**

**subió a su casa en Gabaa de Saúl. <sup>35</sup> Nunca más vio Samuel a Saúl en toda su vida. Y lloraba Samuel por Saúl, porque Jehová se había arrepentido de haberlo hecho rey de Israel.**

Samuel accedió a acompañar al rey en la adoración. Después de todo, el que Dios lo rechazara como rey no implicaba el retiro de su gracia; todavía había perdón de Dios para su persona. Y aquí vemos que, aun cuando somos perdonados, nuestros pecados pueden lastimar nuestro honor o pueden todavía traernos dolorosas consecuencias, como la pérdida de nuestra más preciada situación en la vida.

Tras haber dado muerte al cruel y desalmado rey de Amalec, Samuel se alejó para siempre del rey. Pero, por favor, no pasemos por alto que eso no significa que Dios no hubiera perdonado a Saúl o no le amara. Samuel continuó lamentándose y rogando por él.

Dejamos esta escena imaginándonos qué hubiera podido suceder; qué grandeza verdadera no hubiera alcanzado Saúl de haberse sometido a la voluntad de Dios y complacerse en servirle. Pero tal como en realidad ocurrió, sus últimos años fueron: de deshonor, llenos de sospechas y de creciente endurecimiento hacia Dios.

Cumplida su misión, Samuel se volvió a su hogar en Ramá y allí vivió tranquilamente el resto de sus años. La unción de David iba a ser su último acto “oficial”.

# VIDA DE DAVID

## 1 SAMUEL 16—31

---

### *Dios establece su reinado mediante David*

Los siguientes veinticinco años fueron de confusión y disturbios para Israel, mayormente por culpa de Saúl, quien se tornó cada vez más paranoico (es decir, obsesionado con la idea de que se le quería hacer daño) y egocéntrico, además de preocupado por sus esfuerzos para eliminar a David como sucesor al trono.

El pueblo de Israel había deseado ser una especie de potencia mundial de la época, y había pedido un rey para que pudieran ser como las otras naciones. Al principio, Saúl parecía cumplir exactamente con cada una de esas aspiraciones; cada centímetro de su estatura reflejaba realeza, pero la nación tendría que llegar a pensar de otra forma, sin basarse en apariencias engañosas que tantas veces, si lo recordamos, nos han conducido al error a nosotros mismos. Al escoger un sucesor para Saúl, el Señor hizo mucho más que considerar el aspecto exterior. Escogió a un joven a quien pudo llamar “conforme a su corazón”.

David, el futuro rey de Israel, ocupa un lugar único en la historia bíblica; está entre aquellos sobre quienes más se escribe en el registro sagrado. El estudio de su vida es rico en instrucciones y aplicaciones. Hombre de grandeza y de verdadero corazón para las cosas de Dios, tenía a su vez serias debilidades. Aclamado y admirado, perseguido y hostigado, odiado y amado, pecador y adorador de Dios, conoció el triunfo y la tragedia. Pero a través de todo esto, supo lo que era confiar en Dios.

Escoger a David como rey de Israel fue una decisión de Dios; ya había hecho la selección, y ahora iba a obrar para hacerla conocer. Eso era importante, porque nadie debía tener temor de que Dios hubiera abandonado a su pueblo o hubiera desistido de su plan de salvación.

*Samuel unge a David*

**16** Dijo Jehová a Samuel: —¿Hasta cuándo llorarás por Saúl, habiéndolo yo rechazado para que no reine sobre Israel? Llena tu cuerno de aceite y ven, te enviaré a Isaí de Belén, porque de entre sus hijos me he elegido un rey.

<sup>2</sup> Samuel preguntó:

—¿Cómo iré? Si Saúl lo supiera, me mataría.

Jehová respondió:

—Toma contigo una becerra de la vacada, y di: “A ofrecer sacrificio a Jehová he venido.” <sup>3</sup> Invita a Isaí al sacrificio y yo te enseñaré lo que has de hacer; me ungirás al que yo te diga.

<sup>4</sup> Hizo, pues, Samuel como le dijo Jehová. Luego que él llegó a Belén, los ancianos de la ciudad salieron a recibirlo con miedo, y le preguntaron:

—¿Es pacífica tu venida?

<sup>5</sup> —Sí, vengo a ofrecer sacrificio a Jehová; santificaos y venid conmigo al sacrificio —respondió él.

Luego santificó él a Isaí y a sus hijos, y los invitó al sacrificio. <sup>6</sup> Aconteció que cuando ellos vinieron, vio él a Eliab, y se dijo: «De cierto delante de Jehová está su ungido.»

<sup>7</sup> Pero Jehová respondió a Samuel:

—No mires a su parecer, ni a lo grande de su estatura, porque yo lo desecho; porque Jehová no mira lo que mira el hombre, pues el hombre mira lo que está delante de sus ojos, pero Jehová mira el corazón.

<sup>8</sup> Entonces llamó Isaí a Abinadab y lo hizo pasar delante de Samuel, el cual dijo:

—Tampoco a éste ha escogido Jehová.

<sup>9</sup> Hizo luego pasar Isaí a Sama. Pero Samuel dijo:

—Tampoco a éste ha elegido Jehová.

<sup>10</sup> Hizo luego pasar Isaí siete hijos suyos delante de

**Samuel; pero Samuel dijo a Isaí:**

—**Jehová no ha elegido a estos.**

**<sup>11</sup> Entonces dijo Samuel a Isaí:**

—**¿Son estos todos tus hijos?**

**Isaí respondió:**

—**Queda aún el menor, que apacienta las ovejas.**

**Y dijo Samuel a Isaí:**

—**Envía por él, porque no nos sentaremos a la mesa hasta que él venga aquí.**

**<sup>12</sup> Envió, pues, por él, y lo hizo entrar. Era rubio, de hermosos ojos y de buen parecer. Entonces Jehová dijo:**

**«Levántate y úngelo, porque éste es.»**

**<sup>13</sup> Samuel tomó el cuerno del aceite y lo ungió en medio de sus hermanos. A partir de aquel día vino sobre David el espíritu de Jehová. Se levantó luego Samuel y regresó a Ramá.**

Resulta comprensible que, lamentando todavía lo de Saúl, Samuel careciera de entusiasmo para ungir a su sucesor, pues sin duda, temía enfrentar otra vez toda la frustración que ya había experimentado y, encima de ello, la cólera de Saúl. El irascible ánimo del rey, sus celos y su carácter inestable, eran del dominio público; bien podía esperarse de un hombre que había estado dispuesto a ejecutar a su propio hijo que no dudaría en quitarle la vida a un profeta de Dios.

Nos sentiríamos inclinados, de ser posible, a haberle dicho a Samuel: ¿Cuál es el problema? ¿Quién es más grande, Saúl o Dios? La pregunta nos parece superflua, mientras no estemos mezclados en algo similar en nuestra propia vida, y con nuestros propios problemas, en tal caso también nosotros sentimos pánico y nos volvemos temerosos. No neguemos lo que sentimos, pero recordemos que Dios provee.

Tranquilizado por Dios, Samuel marchó a Belén para ungir a uno de los ocho hijos de Isaí; éste, que era descendiente de Booz

y Rut (Rut 4:17), tenía diez hijos, incluyendo dos hijas. Los habitantes de la localidad se aterrorizaron con el anuncio de la llegada del profeta; sin duda estaban al tanto de lo que había hecho con el rey Agag, y temían de que viniera a ellos como ejecutor de un castigo divino semejante. Estos eran tiempos realmente duros para la nación.

Samuel calmó a los ancianos de Belén diciéndoles que había venido en son de paz, “a ofrecer sacrificio a Jehová”. Con lo dicho revelaba solamente una parte del motivo de su llegada, pero habían razones más profundas. Como hombre encargado de una misión de Jehová, estaba en extremo deseoso de llevarla a cabo.

Solamente Isaí y sus hijos fueron invitados a participar en este sacrificio; y tan pronto como Samuel vio a Eliab, el mayor de ellos, quedó convencido por el porte real, la buena presencia y la elevada estatura, de que estaba ante el sucesor de Saúl. Pero Dios le advirtió: “No mires a su parecer, ni a lo grande de su estatura...; porque Jehová no mira lo que mira el hombre, pues el hombre mira lo que está delante de sus ojos, pero Jehová mira el corazón.”

Con frecuencia, quizás mayor de la que percibimos, juzgamos únicamente a través de lo que vemos: la apariencia de la cara, la edad, el color de la piel o el vestuario. Gracias a Dios, él no lo hace así; nuestro valor delante de él reside enteramente en Jesucristo. Dios se deleita cuando ve en nosotros el mejor de sus dones: un corazón de fe, un corazón que admite su pecado y busca el perdón de Dios. Mediante la gracia del derramamiento del Espíritu Santo, se nos da ese corazón y se nos llama “amados” de Dios.

Uno tras otro, siete de los hijos de Isaí desfilaron ante Samuel; cada uno de ellos podía haber sido escogido, y si hubiera sido con base en su apariencia, la elección hubiera sido formidable. Pero no iba a ser así, de manera que el profeta le preguntó a Isaí: “¿Son estos todos tus hijos?” a lo que el padre, que parecía algo reticente a mencionar a David, respondió: “Queda aún el menor, que apacienta las ovejas.” Notemos que en la respuesta ni siquiera menciona el nombre de su hijo.

Cuando lo trajeron, Samuel vio en David un joven bien parecido, de ojos honestos y alerta, la imagen de la salud. Sin embargo, su juvenil y agradable apariencia no sugería que se tratara de alguien suficientemente fuerte como para regir a la nación. Pero Dios sabía mucho más, y lo que exactamente buscaba era el corazón humilde y confiado, cualidades de David que están apropiadamente reflejadas en su más amada oración, el Salmo 23: “Jehová es mi Pastor”.

El nombre *David* significa “amado” y encaja perfectamente en este caso. Dios amó la manera en que David se sometía a su voluntad, y amaba su ley. Amaba también: la forma en que reconocía haber sido escogido por gracia, la confianza que le tenía como su Pastor, y cuánto anhelaba la llegada del Salvador.

Isaí y sus otros siete hijos vieron asombrados que el anciano profeta tomaba su cuerno con aceite y lo derramaba sobre la cabeza del menor. Es dudoso que el joven haya entendido a plenitud el significado de ese sencillo acto que el profeta llevó a cabo sin usar la palabra rey, y se fue sin ofrecer ni dar ninguna instrucción explícita al joven.

La sencilla ceremonia puso una señal de “Reservado” en la vida de David, mientras que una renovada medida del Espíritu Santo vino sobre él en aquel día. Bajo su guía, iba a crecer en fe y en amor hacia Dios y, a su debido tiempo, iba a apreciar lo que Jehová había hecho por él en esta ocasión, al ponerle en la línea del Ungido, del gran Pastor y Rey de reyes.

Nosotros también debemos apreciar lo que Dios ha hecho por nosotros, escogiéndonos en Cristo, poniendo en nuestra vida su propia señal de “Reservado” mediante el bautismo y haciéndonos miembros de su propia familia.

### *El corazón para servir*

**<sup>14</sup>El espíritu de Jehová se apartó de Saúl, y un espíritu malo de parte de Jehová lo atormentaba. <sup>15</sup>Y los criados de Saúl le dijeron:**

—Mira, un espíritu malo de parte de Dios te atormenta.

<sup>16</sup> Diga, pues, nuestro señor a tus siervos que están en tu presencia, que busquen a alguno que sepa tocar el arpa, para que cuando esté sobre ti el espíritu malo de parte de Dios, toque con su mano y tengas alivio.

<sup>17</sup> Saúl respondió a sus criados:

—Buscadme ahora, pues, a alguno que toque bien, y traédmelo.

<sup>18</sup> Entonces uno de los criados respondió:

—He visto a un hijo de Isaí de Belén que sabe tocar; es valiente y vigoroso, hombre de guerra, prudente en sus palabras, hermoso, y Jehová está con él.

<sup>19</sup> Entonces Saúl envió mensajeros a Isaí, diciendo:

«Envíame a David tu hijo, el que está con las ovejas.» <sup>20</sup> Y tomó Isaí un asno cargado de pan, una vasija de vino y un cabrito, y lo envió a Saúl por medio de David, su hijo.

<sup>21</sup> David se presentó ante Saúl y se puso a su servicio. Saúl lo amó mucho y lo hizo su paje de armas. <sup>22</sup> Luego mandó a decir a Isaí: «Te ruego que David se quede conmigo, pues ha hallado gracia a mis ojos.» <sup>23</sup> Así, cuando el espíritu malo de parte de Dios venía sobre Saúl, David tomaba el arpa y la tocaba. Saúl se aliviaba y se sentía mejor, y el espíritu malo se apartaba de él.

El atractivo que encontramos en David no se debe solamente a que fuera humilde, sino porque mantuvo el corazón de un siervo deseoso de asumir cualquier tarea que Dios le asignara.

Ya vimos que Saúl se negó a arrepentirse, y el Espíritu de Dios se apartó de él, dejando libre el camino para que entrara Satanás; algo que Jehová permitió como juicio sobre él. Incluso los espíritus malignos tienen que cumplir la voluntad de Dios cuando él se lo ordena. Saúl se convirtió en un hombre atormentado, víctima de la inseguridad y de ataques de profunda depresión.

Hasta sus propios consejeros se percataron de la naturaleza mayormente espiritual de su depresión, cosa que se comprueba



porque al escoger un músico para calmar el atribulado corazón del rey, seleccionaron uno de quien podía decirse: “Jehová está con él”. Lo de: buen aspecto, valiente y prudente en sus palabras, eran para David valores adicionales.

Saúl le tomó inmediato afecto a David, hasta el punto que lo hizo su escudero y le pidió a su padre que le diera la exclusividad de recibir sus servicios. En todo esto no oímos ni siquiera de una sola vez en que David actuara como si fuese algo más que un sirviente del rey. Es esto lo que diferencia tanto a David de Saúl. El segundo era voluntarioso y orgulloso; el primero permanecía dispuesto a ser usado de cualquier manera que Dios lo necesitara.

Cuando el desespero y la intranquilidad asaltaban a Saúl, David tomaba su arpa y tocaba para el rey. Sin duda, cantó también algunos de los cantos de fe que había compuesto. Sus composiciones recitaban la fidelidad de Dios y lo maravilloso de sus caminos. La música es excelente compañera de las palabras de fe; se diría que es casi como si Dios la hubiese creado para dar expresividad a nuestras oraciones y alabanzas. Martín Lutero llamaba a la música “uno de los más gloriosos dones del Señor” y decía: “Después de la teología, le doy el sitio más alto y honorable a la música.”

El cambio desde la soledad de la tarea del pastor de ovejas a la emoción de la corte real tiene que haber sido enorme; pero la vida en el palacio no lo cambió, ni se le subió a la cabeza. El hecho de que retornara al campo para atender las ovejas de su padre es prueba de que no se había vuelto orgulloso (17:15).

### *Goliat desafía a Israel*

**17** Los filisteos reunieron sus ejércitos para la guerra, se congregaron en Soco, que es de Judá, y acamparon entre Soco y Azeca, en Efes-damim. <sup>2</sup> También Saúl y los hombres de Israel se reunieron, acamparon en el valle de Ela, y se pusieron en orden de batalla contra los filisteos. <sup>3</sup> Los filisteos estaban sobre un monte a un lado, e

**Israel estaba sobre otro monte al otro lado, quedando el valle entre ellos. <sup>4</sup>Salió entonces del campamento de los filisteos un paladín llamado Goliat, oriundo de Gat, que medía seis codos y un palmo de altura. <sup>5</sup>Llevaba un casco de bronce en su cabeza y vestía una coraza de malla; la coraza pesaba cinco mil siclos de bronce. <sup>6</sup>En sus piernas tenía canilleras de bronce y una jabalina de bronce a la espalda. <sup>7</sup>El asta de su lanza era como un rodillo de telar y la punta de su lanza pesaba seiscientos siclos de hierro. Delante de él iba su escudero. <sup>8</sup>Goliat se paró y dio voces a los escuadrones de Israel, diciéndoles:**

**—¿Para qué os habéis puesto en orden de batalla? ¿No soy yo el filisteo y vosotros los siervos de Saúl? Escoged de entre vosotros un hombre que venga contra mí. <sup>9</sup>Si él puede pelear conmigo y me vence, nosotros seremos vuestros siervos; y si yo puedo más que él y lo venzo, vosotros seréis nuestros siervos y nos serviréis. <sup>10</sup>Hoy yo he desafiado —añadió el filisteo— al campamento de Israel; dadme un hombre que pelee conmigo.**

**<sup>11</sup>Al escuchar Saúl y todo Israel estas palabras del filisteo, se turbaron y tuvieron mucho miedo.**

Los filisteos, perennes enemigos de los israelitas, estaban de regreso. Esta vez, parece que con el ánimo de vengar la derrota que habían sufrido a manos de Jonatán (capítulo 14). Partiendo de sus territorios ubicados en una estrecha franja de terreno a lo largo de la costa sudeste del Mediterráneo, se dirigieron hacia el norte y el este, hasta alcanzar Efes-Damim (literalmente la “frontera de la sangre”), ubicado al borde del valle de Ela, de unos 1.6 km de anchura y a través del cual corría un arroyo.

Los dos ejércitos ocuparon posiciones en las laderas opuestas que miran al amplio valle. Las tropas se observaban mutuamente sin combatir, situación que se mantuvo estática durante cuarenta días, sin que ninguno de los dos bandos pareciera dispuesto a hacer

el primer movimiento. En la persona de Goliat, un gigantesco guerrero de Gat que combatía como mercenario, los filisteos tenían una formidable ventaja psicológica. Podría ser posible que fuera descendiente de los anaceos, aquellos canaanitas que infundieron temor en los corazones de los espías enviados por Moisés a Canaán cuatrocientos años antes. De nuevo, los hombres de Israel se sentían como “langostas” ante ellos (Números 13:33).

A medida que leemos la descripción de Goliat, es lógico que simpaticemos con los israelitas. El gigante alcanzaba los 2.7 metros, blindado como un tanque y armado hasta los dientes; llevaba casco de bronce y una cota de malla con un peso de cerca de 57 kg. Su escudo era tan grande que se requería de un hombre fornido para que lo pudiera llevar delante del portentoso combatiente.

Más intimidantes que las amenazas de Goliat eran los insultos que profería. Dos veces al día se desplazaba a través del valle desafiando a Israel para que enviara a alguien, *a cualquiera*, para pelear contra él. Junto al reto iban palabras de hiriente sarcasmo para las tropas israelitas y de blasfemia y desprecio para Jehová.

Asombra que los filisteos no hubieran sido lo primeros en lanzarse al ataque. Quizás los recuerdos del último encuentro con Israel estuvieran aún frescos en sus mentes. Obviamente, sobrestimaban la fuerza del enemigo en quien los alardes de Goliat estaban teniendo un efecto mayor del que ellos apreciaban.

Para Saúl, la situación parecía sin esperanzas. Recluido en su tienda, no podía siquiera darle la cara a sus propias tropas. No era posible encontrar entre las filas israelitas a alguno que fuera digno contrincante de la fuerza y el tamaño de Goliat. Saúl, el más alto y el mejor armado de Israel, podría haber sido su obvio oponente, pero le faltaba valor y corazón para la tarea.

### ***Un malentendido***

**<sup>12</sup> David era hijo de aquel hombre efrateo, oriundo de Belén de Judá, llamado Isaí, el cual tenía ocho hijos. En**

tiempos de Saúl este hombre era ya viejo, de edad muy avanzada, <sup>13</sup> y los tres hijos mayores de Isaí se habían ido a la guerra para seguir a Saúl. Los nombres de sus tres hijos que se habían ido a la guerra eran: Eliab, el primogénito, el segundo, Abinadab, y el tercero, Sama. <sup>14</sup> David era el menor. Siguieron, pues, los tres mayores a Saúl, <sup>15</sup> pero David había ido y vuelto, dejando a Saúl, para apacentar las ovejas de su padre en Belén.

<sup>16</sup> Salía, pues, aquel filisteo por la mañana y por la tarde, y así lo hizo durante cuarenta días.

<sup>17</sup> Y dijo Isaí a David, su hijo:

«Toma ahora para tus hermanos un efa de este grano tostado y estos diez panes; llévalo pronto al campamento a tus hermanos. <sup>18</sup> Estos diez quesos de leche los llevarás al jefe de los mil; fijate si tus hermanos están bien y trae algo de ellos como prenda.»

<sup>19</sup> Mientras tanto, Saúl, ellos, y todos los de Israel, estaban en el valle de Ela, peleando contra los filisteos.

<sup>20</sup> Se levantó, pues, David de mañana, y dejando las ovejas al cuidado de un guarda, se fue con su carga como Isaí le había mandado. Llegó al campamento cuando el ejército salía en orden de batalla y daba el grito de combate.

<sup>21</sup> Se pusieron en orden de batalla Israel y los filisteos, ejército frente a ejército. <sup>22</sup> Entonces David dejó su carga en manos del que guardaba el bagaje, y corrió al ejército; cuando llegó preguntó por sus hermanos, si estaban bien.

<sup>23</sup> Mientras hablaba con ellos, aquel paladín que se ponía en medio de los dos campamentos, llamado Goliat, el filisteo de Gat, salió de entre las filas de los filisteos diciendo las mismas palabras, y lo oyó David.

<sup>24</sup> Todos los hombres de Israel que veían a aquel hombre huían de su presencia y sentían gran temor. <sup>25</sup> Y cada uno de los de Israel decía: «¿No habéis visto a aquel hombre que ha salido? Él se adelanta para provocar a Israel. Al que lo

**venza, el rey le proporcionará grandes riquezas, le dará a su hija y eximirá de tributos a la casa de su padre en Israel.»**

**<sup>26</sup> Entonces habló David a los que estaban junto a él, diciendo:**

**—¿Qué harán al hombre que venza a este filisteo y quite el oprobio de Israel? Porque ¿quién es este filisteo incircunciso para que provoque a los escuadrones del Dios viviente?**

**<sup>27</sup> El pueblo le repitió las mismas palabras, diciendo: «Así se hará al hombre que lo venza.» <sup>28</sup> Al oírlo hablar así con aquellos hombres, Eliab, su hermano mayor, se encendió en ira contra David y le dijo:**

**—¿Para qué has descendido acá? ¿A quién has dejado aquellas pocas ovejas en el desierto? Yo conozco tu soberbia y la malicia de tu corazón; has venido para ver la batalla.**

**<sup>29</sup> —¿Qué he hecho yo ahora? ¿No es esto mero hablar? —dijo David.**

**<sup>30</sup> Y, apartándose de él, se dirigió a otros y les preguntó de igual manera; y el pueblo le dio la misma respuesta de antes.**

**<sup>31</sup> Fueron oídas las palabras que había dicho David, y se lo contaron a Saúl, que lo hizo venir.**

El valle del Terebinto estaba a no más de 16 km al oeste de Belén; era lógico que un padre preocupado como Isaí enviara al más joven de sus hijos para que inquiriera en el propio frente cuál era la situación de sus hermanos mayores. A su edad, sus hijos le eran cada vez más preciados.

No está claro el por qué David no estaba con Saúl; quizás el estado de éste ya hubiese mejorado, y ya el joven no le era necesario para calmar su atribulado espíritu. O pudiera ser que al tener tres hijos alistados en el ejército, Isaí haya solicitado el retorno del menor para ayudar en el hogar paterno.

David no fue como combatiente, sino como portador de un “paquete de ayuda” desde la casa, en clara demostración a los

hermanos de que su padre los tenía siempre en el corazón. Justo a su arribo al frente de batalla, Goliat estaba lanzando su cotidiana serie de invectivas. El joven quedó sorprendido e irritado por lo que oía. En sus pocos años nunca había escuchado a alguien hablar tan desafiadamente contra Jehová, y le resultaba difícil creer que nadie se hubiese adelantado para defender el honor de Dios. Fue por ello que manifestó abiertamente su asombro de que faltara quién le respondiera a ese pagano idólatra. La baja moral de la tropa israelita salta a la vista. El deshonor con que se trataba a Dios era la motivación de David, y estaba ajena a las recompensas que el rey había prometido.

Los comentarios del joven pastor llamaron la atención. Su propio hermano Eliab comenzó a cuestionar sus motivos y le llamó orgulloso: “¿Para qué has descendido acá?... Yo conozco tu soberbia y la malicia de tu corazón”. Hay ocasiones en las que la oposición a nuestra fe y nuestro andar con Dios proviene de los de nuestra propia familia; así como algunas veces el pecado contra el cual más luchamos en nuestra vida es el mismo del que con mayor rapidez acusamos a los demás. ¿Nos sorprendería que a Eliab le doliera aún el haber sido descartado por Samuel?

Habla en favor de David el que no se detuviera a discutir con su hermano, mostrándole que tenía mejores cosas que hacer que enredarse en una discusión vana.

### *De Jehová es la batalla*

<sup>32</sup> **Dijo David a Saúl:**

—**Que nadie se desanime a causa de ése; tu siervo irá y peleará contra este filisteo.**

<sup>33</sup> **Dijo Saúl a David:**

—**Tú no podrás ir contra aquel filisteo, y pelear con él, porque eres un muchacho, mientras que él es un hombre de guerra desde su juventud.**

<sup>34</sup> **David respondió a Saúl:**

—**Tu siervo era pastor de las ovejas de su padre. Cuando**

venía un león o un oso, y se llevaba algún cordero de la manada, <sup>35</sup> salía yo tras él, lo hería y se lo arrancaba de la boca; y si se revolvía contra mí, le echaba mano a la quijada, lo hería y lo mataba. <sup>36</sup> Ya fuera león o fuera oso, tu siervo lo mataba; y este filisteo incircunciso será como uno de ellos, porque ha provocado al ejército del Dios viviente. <sup>37</sup> Jehová —añadió David—, que me ha librado de las garras del león y de las garras del oso, él también me librará de manos de este filisteo.

**Dijo Saúl a David:**

—Ve, y que Jehová sea contigo.

<sup>38</sup> Saúl vistió a David con sus ropas, puso sobre su cabeza un casco de bronce y lo cubrió con una coraza. <sup>39</sup> Ciñó David la espada sobre sus vestidos y probó a andar, porque nunca había hecho la prueba. Y dijo David a Saúl:

—No puedo andar con esto, pues nunca lo practiqué.

Entonces David se quitó aquellas cosas. <sup>40</sup> Luego tomó en la mano su cayado y escogió cinco piedras lisas del arroyo, las puso en el saco pastoril, en el zurrón que traía, y con su honda en la mano se acercó al filisteo. <sup>41</sup> El filisteo fue avanzando y acercándose a David, precedido de su escudero. <sup>42</sup> Cuando el filisteo miró y vio a David, no lo tomó en serio, porque era apenas un muchacho, rubio y de hermoso parecer. <sup>43</sup> El filisteo dijo a David:

—¿Soy yo un perro, para que vengas contra mí con palos?

Y maldijo a David invocando a sus dioses. <sup>44</sup> Dijo luego el filisteo a David:

—Ven hacia mí y daré tu carne a las aves del cielo y a las bestias del campo.

<sup>45</sup> Entonces dijo David al filisteo:

—Tú vienes contra mí con espada, lanza y jabalina; pero yo voy contra ti en el nombre de Jehová de los ejércitos, el Dios de los escuadrones de Israel, a quien tú has provocado.

**46** Jehová te entregará hoy en mis manos, yo te venceré y te cortaré la cabeza. Y hoy mismo entregaré tu cuerpo y los cuerpos de los filisteos a las aves del cielo y a las bestias de la tierra, y sabrá toda la tierra que hay Dios en Israel. **47** Y toda esta congregación sabrá que Jehová no salva con espada ni con lanza, porque de Jehová es la batalla y él os entregará en nuestras manos.

**48** Aconteció que cuando el filisteo se levantó y echó a andar para ir al encuentro de David, David se dio prisa y corrió a la línea de batalla contra el filisteo. **49** Metió David su mano en la bolsa, tomó de allí una piedra, la tiró con la honda e hirió al filisteo en la frente. La piedra se le clavó en la frente y cayó a tierra sobre su rostro. **50** Así venció David al filisteo con honda y piedra. Hirió al filisteo y lo mató, sin tener David una espada en sus manos. **51** Entonces corrió David y se puso sobre el filisteo; tomó su espada, la sacó de la vaina, lo acabó de matar, y le cortó con ella la cabeza.

Cuando los filisteos vieron muerto a su paladín, huyeron. **52** Se levantaron luego los de Israel y los de Judá, dieron gritos de guerra y siguieron tras los filisteos hasta el valle y hasta las puertas de Ecrón. Muchos filisteos cayeron heridos por el camino de Saaraim hasta Gat y Ecrón.

**53** Regresaron los hijos de Israel de perseguir a los filisteos, y saquearon su campamento. **54** Entonces David tomó la cabeza del filisteo y la trajo a Jerusalén, pero sus armas las puso en su tienda.

**55** Cuando Saúl vio a David que salía a encontrarse con el filisteo, dijo a Abner, general del ejército:

—Abner, ¿de quién es hijo ese joven?

Abner respondió:

**56** —¡Vive tu alma!, oh rey, que no lo sé.

Y el rey dijo:

—Pregunta de quién es hijo ese joven.

**57** Cuando David volvió de matar al filisteo, Abner lo



**tomó y lo llevó ante Saúl. David llevaba en su mano la cabeza del filisteo.** <sup>58</sup> **Saúl le preguntó:**

**—Muchacho, ¿de quién eres hijo?**

**David respondió:**

**—Soy hijo de tu siervo Isaí de Belén.**

Si no había quien diera el paso al frente para combatir contra Goliat, David dijo que él lo daría: “Que nadie se desanime a causa de esse”, le dijo David a Saúl, “tu siervo irá y peleará contra este filisteo.” Saúl miró al muchacho y sacudió la cabeza en señal de incredulidad. ¡Cómo! ¡Si tu no eres más que un muchacho! Palabras que nos hacen recordar las que le dijo Jehová a Samuel: *“El hombre mira lo que está delante de sus ojos”*. Pero no era esa la forma en que David miraba; sus ojos estaban en Dios y no en el gigante, y Dios era tan real para él como real era Goliat para todos los soldados del ejército de Israel. Tal como escribiría más tarde: “Jehová, roca mía y castillo mío, mi libertador; ... mi escudo y la fuerza de mi salvación” (Salmo 18:2).

Saúl no veía las cosas de esa manera y ridiculizó a David, quien por su parte recordó la fidelidad de Dios en el pasado y de allí tomó valor para el futuro. “Jehová que me ha librado de las garras del león y de las garras del oso, él también me libraré de manos de este filisteo.” Mucho nos ayudaría al enfrentar las adversidades de la vida mirar atrás y ver de nuevo la fidelidad de Dios para con nosotros.

Al no haber otro que se atreviera a luchar por Israel, Saúl aceptó el ofrecimiento, diciéndole: “Ve, y que Jehová sea contigo.” En cuanto a David, estas palabras expresaban la confianza de su corazón; en cuanto a Saúl, eran expresiones piadosas salidas de la boca de un corazón vacío.

La falta de entendimiento de Saúl se refleja en la insistencia en que David usara sus elementos de protección y sus armas; con un toque de humor, el escritor sagrado nos dice: “David ... probó a andar”. El asunto debe haber sido un espectáculo. La armadura

del rey le quedaba demasiado grande, como un traje muchas tallas superior a la de un pequeño usuario. Sabiamente, rechazó el ofrecimiento, se negó a apoyarse en instrumentos humanos cuando podía hacerlo en el Dios viviente. Su confianza no estaba en: la espada, el escudo o la armadura impenetrable; sino en la fuerza del Dios de su salvación.

Dudar del poder de Dios y de su capacidad y propósito de ayudarnos, es a veces la mayor de las tentaciones que enfrentamos como hijos suyos, de manera que nos volvemos al mundo y a sus mecanismos. Surgen problemas, nos abate la enfermedad, nos agobian las pérdidas, y recurrimos primero que todo a alguna fórmula que nosotros mismos hemos descubierto. David tenía conciencia de que hay una fuente de poder mayor que cualquier cosa que podamos hacer. Más tarde escribiría: “Aborrezco a los que esperan en ídolos vanos; mas yo en Jehová he esperado ... Mas yo en ti, Jehová, confío; digo: ‘¡Tú eres mi Dios. En tu mano están mis tiempos!’ Líbrame de manos de mis enemigos y de mis perseguidores” (Salmo 31:6,14,15).

David se despojó de la armadura, recogió cinco piedras lisas del arroyo, las puso en su saco de pastor, y honda en mano se internó en el valle para enfrentar a Goliat. Los ejércitos miraban asombrados sin que nadie en ellos le diera a David ni la sombra de una posibilidad de éxito. ¿Estaba solo en el valle del Terebinto? o ¿Estaba él allí? Invisible pero a su lado, caminaba *Alguien* más. Para David, incluso allí, la presencia de Dios era algo seguro. Tiempo después escribiría: “Aunque pase en valle de sombra de muerte, no temeré mal alguno, porque tú estarás conmigo” (Salmo 23:4).

Cuando Goliat vio que David era sólo un jovencito, de los que aún no se afeitan, se rió despreciándolo y maldiciéndolo por sus dioses. David le replicó: “Tú vienes contra mí con espada lanza y jabalina; pero yo voy contra ti en el nombre de Jehová de los ejércitos. ... Y toda esta congregación sabrá que Jehová no salva con espada ni con lanza, porque de Jehová es la batalla y él os

entregará en nuestras manos.”

Frente al peligro, David le dio todo el mérito a Dios ¡Qué manera de vivir! Ese era el secreto de su vida. ¿Estamos nosotros tratando de manejar toda nuestra vida a nuestra manera? No importa cuanto esfuerzo hagamos, nunca podremos. “*De Jehová es la batalla*”, no lo olvidemos.

David metió la mano en su zurrón de pastor y, tomando una piedra lisa, la puso dentro de la gastada bolsita de su honda y la lanzó hacia la frente de Goliat. El proyectil golpeó su objetivo; el gigante tropezó y cayó boca abajo. Sólo un momento y la batalla estaba concluida. El día cuarenta y uno en que Goliat desafiaba a Jehová resultó ser el último de su vida. Después David escribiría: “De no haber estado Jehová por nosotros, cuando se levantaron contra nosotros los hombres, vivos nos habrían tragado entonces. ... ¡Bendito sea Jehová! ... Nuestro socorro está en el nombre de Jehová, que hizo el cielo y la tierra” (Salmo 124:2,3,6,8).

Todos los obstáculos se pueden enfrentar; y cada enemigo puede ser conquistado por el poder de Dios. “Cantad a Jehová cántico nuevo, porque ha hecho maravillas; su diestra lo ha salvado y su santo brazo” (Salmo 98:1).

Cuando los soldados filisteos vieron muerto a su héroe, huyeron aterrorizados. El ejército de Israel los persiguió, dejando por el camino a Gat un reguero de enemigos muertos. David tomó para él la espada del gigante como trofeo de la batalla que Dios había ganado.

Ahora bien, ¿a qué conclusión llegaremos con respecto a la pregunta de Saúl en relación con la identidad de David? Probablemente no represente más que otro ejemplo de cuán poco conocen los encumbrados a quienes les sirven. Pero, no olvidemos que David no había estado últimamente al servicio de Saúl y que la pregunta fue sobre los antecedentes de su familia. Lamentablemente, no oímos que Saúl hablara del papel que jugó el Señor en la batalla.

*El corazón celoso produce vida sin gozo*

**18** Aconteció que cuando David acabó de hablar con Saúl, el alma de Jonatán quedó ligada con la de David, y lo amó Jonatán como a sí mismo. <sup>2</sup>Aquel día Saúl tomó consigo a David y no lo dejó volver a casa de su padre. <sup>3</sup>Hizo Jonatán un pacto con David, porque lo amaba como a sí mismo. <sup>4</sup>Se quitó Jonatán el manto que llevaba y se lo dio a David, así como otras ropas suyas, su espada, su arco y su cinturón.

<sup>5</sup>Y salía David a dondequiera que Saúl lo enviaba, y se portaba prudentemente. Entonces lo puso Saúl al frente de su gente de guerra, y era bien visto por todo el pueblo, y también por los siervos de Saúl.

<sup>6</sup>Aconteció que cuando volvían, después de haber matado David al filisteo, salieron las mujeres de todas las ciudades de Israel a recibir al rey Saúl cantando y danzando con panderos, con cánticos de alegría y con instrumentos de música. <sup>7</sup>Mientras danzaban, las mujeres cantaban diciendo:

«Saúl hirió a sus miles,  
y David a sus diez miles.»

<sup>8</sup>Saúl se enojó mucho y le desagradaron estas palabras, pues decía:

«A David le dan diez miles, y a mí miles; no le falta más que el reino.»

<sup>9</sup>Y desde aquel día Saúl no miró con buenos ojos a David.

Algunas veces las pruebas más duras que enfrentamos le andan siguiendo los pasos a un gran éxito. Consideremos lo que le ocurrió a David a partir de esta sobresaliente victoria.

Apenas salido del valle del Terebinto, y aun antes de ser vitoreado como héroe nacional, ya su nombre estaba en labios de todo el mundo. Por su parte, David estaba complacido con poder seguir llevando su vida de siempre. No hizo ninguna petición especial, y estaba dispuesto a asumir el papel que le asignara el

rey. De inmediato, el rey nombró al adolescente capitán de mil hombres, y se nos dice que todo Israel y Judá amaban a David (18:16). Además, se lo nombró músico residente de la corte. Obviamente alguien había quedado impresionado por sus habilidades musicales y lo había recomendado al rey.

De regreso a casa, le aguardaban los festejos de la victoria. Las mujeres salían de los poblados y danzaban delante de él, acompañando sus alabanzas con panderos e instrumentos musicales. Saúl entró primero en la ciudad, alto e imponente, y desbordante de orgullo por su reciente victoria militar. Lógicamente, suponía que los cánticos le estaban dedicados y estaba tan embargado de satisfacción, que realmente no oía lo que las mujeres estaban diciendo.

Entonces notó el nombre de David en las canciones que decían: “Saúl hirió sus miles, Y *David* a sus diez miles.” Como el canto se repetía, el estribillo resonaba una y otra vez en las calles y entre más lo oía, más le molestaba. El triunfador no es siempre amado por todos; la oposición y los celos pueden alcanzar niveles increíbles y desencadenarse inmediatamente a partir del éxito de otra persona.

Pensamos que Saúl podía haber dicho al mucho más joven David: “Este es tu día, anda delante de mí, tú mereces la más alta alabanza de parte de la nación.” Hubiera sido magnánimo y honorable de parte de Saúl, pero una actitud así es verdaderamente rara entre las personas. El alto y majestuoso rey no podía tolerar verse segundo de un pequeño adolescente, de un don nadie a quien se exaltaba. Se nos dice que el rey estaba muy airado. Es más, las palabras sugieren que ardía de ira. El súbito enrojecimiento de su rostro anunciaba otra inundación de fuertes emociones. ¡Y cómo le hería el corazón el canto de las mujeres! “A David dieron diez miles y a mí miles; no le falta más que el reino.” Así nació la envidia y terminó la estrecha relación entre Saúl y David. “Desde aquel día Saúl no miró con buenos ojos a David.”

**<sup>10</sup> Aconteció al otro día, que un espíritu malo de parte de Dios se apoderó de Saúl, y él deliraba en medio de la casa. David tocaba como otras veces. Saúl tenía la lanza en la mano. <sup>11</sup> Saúl arrojó la lanza, pensando: «Voy a clavar a David en la pared.» Pero David lo evadió dos veces.**

**<sup>12</sup> Temía Saúl a David, por cuanto Jehová estaba con él, y de Saúl se había apartado; <sup>13</sup> por eso Saúl lo alejó de su lado y lo puso al frente de un millar de hombres. Así David salía y entraba a la cabeza de sus hombres. <sup>14</sup> David se conducía prudentemente en todos sus asuntos y Jehová estaba con él. <sup>15</sup> Al ver Saúl que se portaba tan prudentemente, tenía temor de él. <sup>16</sup> Pero todo Israel y Judá amaba a David, pues salía y entraba a la cabeza de ellos.**

**<sup>17</sup> Entonces dijo Saúl a David:**

**—Voy a darte por mujer a Merab, mi hija mayor, con tal que me seas hombre valiente y pelees las batallas de Jehová.**

**Pero Saúl pensaba: «Que no sea mi mano la que se levante contra él, sino la mano de los filisteos.»**

**<sup>18</sup> Pero David respondió a Saúl:**

**—¿Quién soy yo, qué es mi vida o la familia de mi padre en Israel, para que yo sea yerno del rey?**

**<sup>19</sup> Cuando llegó el tiempo en que Merab, hija de Saúl, debía ser entregada a David, fue dada por mujer a Adriel, el meholatita.**

**<sup>20</sup> Pero Mical, la otra hija de Saúl, amaba a David. Le fue dicho a Saúl, y a éste le pareció bien, <sup>21</sup> porque pensó: «Se la daré, pero será para él un lazo que le hará caer en manos de los filisteos.» Dijo, pues, Saúl a David por segunda vez:**

**—Tú serás mi yerno hoy.**

**<sup>22</sup> Y mandó Saúl a sus siervos:**

**—Hablad en secreto a David, diciéndole: “He aquí el rey te ama, y todos sus siervos te quieren bien; acepta ser, pues, yerno del rey.”**

**<sup>23</sup> Los criados de Saúl repitieron estas palabras a los oídos de David. Y éste les respondió:**

—¿Os parece a vosotros que es poco ser yerno del rey; yo, que soy un hombre pobre y de humilde condición?

<sup>24</sup> Los criados de Saúl le informaron de la respuesta, diciendo: «Tales palabras ha dicho David.» <sup>25</sup> Saúl les dijo:

—Decid así a David: “El rey no desea la dote, sino cien prepucios de filisteos, para vengarse de los enemigos del rey.”

Pero Saúl pensaba hacer caer a David en manos de los filisteos. <sup>26</sup> Cuando sus siervos comunicaron a David estas palabras, pareció bien a los ojos de David la cosa de ser yerno del rey. Y antes que el plazo se cumpliera, <sup>27</sup> se levantó David, se fue con su gente y mató a doscientos hombres de los filisteos. Trajo David los prepucios de ellos y los entregó todos al rey, a fin de hacerse yerno del rey. Entonces Saúl le dio a su hija Mical por mujer.

<sup>28</sup> Al ver esto Saúl, comprendió que Jehová estaba con David, y que su hija Mical lo amaba. <sup>29</sup> Por eso tuvo más temor de David, y fue enemigo de David todos los días de su vida. <sup>30</sup> Salían en campaña los príncipes de los filisteos, y cada vez que salían, David tenía más éxito que todos los siervos de Saúl, por lo cual su nombre se hizo muy famoso.

Cuando el orgullo ronda, la envidia domina, y puede destruir las relaciones más cercanas y devorarnos desde dentro. Los celos son una de las actitudes pecaminosas más autodestructivas. Un antiguo proverbio de origen desconocido dice: “La envidia se hiere con sus propias flechas”, y el divinamente inspirado autor de Proverbios 14:30 dice: “El corazón apacible es vida para la carne; la envidia es carcoma de los huesos.”

Un estado de ánimo amargado y una profunda depresión descendieron sobre Saúl quien terminó convirtiéndose en un paranoico, incapaz de tener sano juicio. *La Reina-Valera, versión de 1995*, dice en el versículo 10 que Saúl “deliraba en medio de la casa”. El texto original en hebreo se puede entender como que Saúl

“*profetizaba ...*”, así como traduce la *New International Version* en inglés. El rey no había comenzado a hablar por Dios, sino que estaba bajo la influencia del espíritu maligno que tomó el control de su vida. Se nos dice que en dos ocasiones los celos de Saúl le llevaron a arrojar su lanza contra David mientras éste tocaba el arpa, quedando el arma clavada en la pared y el asta vibrando a pocos centímetros por encima de su cabeza.

Ahora la esperanza de Saúl estaba en que los filisteos se encargaran de hacer lo que él no había logrado; de modo que repetidamente enviaba a David al combate, esperando que cayera ante ellos. Sin embargo, en cada oportunidad retornaba victorioso. No es de asombrar que cada vez le temiera más, pues era obvio que el favor de Dios estaba con David.

Los celos del rey impidieron las nupcias de David con Merab, la hija mayor, quien le había sido prometida en recompensa por la derrota del gigante Goliat. La vejación a David aparece como el indudable propósito del rey, pues le ofreció la mano de Merab a otro hombre. De haberse efectuado el matrimonio prometido, la posición de David como aspirante al trono se hubiera visto fortalecida. La excusa que empleó el futuro suegro parece haber sido que simplemente David no podía pagar la dote.

Al saber Saúl que su otra y más joven hija, Mical, estaba enamorada de David y que los sentimientos eran evidentemente mutuos, creyó que podía usar a la joven para eliminar astutamente a su enemigo. Para ello le planteó a David lo que se pudiera llamar una “misión suicida”: en lugar de dote, debía aniquilar un centenar de filisteos. Se suponía que eso dejaría probada su calidad como hombre, hasta el punto de que se pudiera casar con la hija del rey. David permaneció bajo la misericordiosa protección de Dios, y regresó con no menos de doscientas sangrantes muestras de sus proezas.

Todo este capítulo es una demostración de cuán destructivo puede ser el pecado de los celos. Los de Saúl no sólo destruyeron su relación con David, sino que le quitaron todo sentimiento de



felicidad y contentamiento; convirtiéndolo en un paranoico, que iba a ser en adelante incapaz de ejercer su sano juicio. Sus temores con respecto a David no hicieron más que crecer, y mientras vivió, lo estuvo considerando como su mayor enemigo.

Se cuenta que cuando se planeaba la decoración de un gran recibidor en Florencia, Italia, todos los artistas sobresalientes del momento fueron convocados para que presentaran sus proyectos. Había pocas dudas de que el escogido sería obra del gran Leonardo da Vinci; pero un joven llamado Miguel Ángel presentó unos bocetos que llamaron en gran manera la atención del jurado, hasta el punto de que le concedieron el trabajo. Cuando da Vinci lo supo, el viejo artista entró en un declinar del que no se iba a recuperar plenamente jamás. Resulta evidente que la envidia hacia su joven competidor estaba haciendo estragos en él.

Todas estas consideraciones hacen que el desinteresado afecto de Jonatán, el hijo de Saúl, para David sea más sobresaliente. Ambos, padre e hijo, no podían haber sido más diferentes, porque mientras la suspicacia de Saúl contra David iba en aumento, lo que crecía en Jonatán hacia David era el afecto. El pacto de amistad que establecieron entre ellos brotó del auténtico afecto y del respeto de Jonatán por David (18:3). El regalo que le hizo de su manto principesco y de sus armas personales era evidencia de ese sentimiento que entretejía las vidas de estos jóvenes en una maravillosa amistad, una amistad en Dios.

Si David ascendía al trono, humanamente hablando, nadie tendría más que perder que Jonatán, pero éste tenía más interés en tener un amigo de confianza que en heredar un reino. En este joven no encontramos un rasgo de orgullo o de celos, y no hallamos en la Biblia otro personaje que nos resulte más atrayente. En Jonatán encontramos el amor desinteresado que es típico de aquel en quien Dios vive mediante su Espíritu.

*David y Jonatán*

**19** Habló Saúl a Jonatán, su hijo, y a todos sus siervos, para que mataran a David; pero Jonatán, hijo de Saúl, amaba mucho a David, <sup>2</sup> y le avisó diciendo:

—Mi padre Saúl procura matarte; por tanto, cuídate hasta la mañana, estáte en lugar oculto y escóndete. <sup>3</sup> Yo saldré y estaré junto a mi padre en el campo donde tú estés; hablaré de ti a mi padre y te haré saber lo que haya.

<sup>4</sup> Jonatán habló bien de David a su padre Saúl, y le dijo:

—No peque el rey contra su siervo David, porque ningún pecado ha cometido contra ti y, al contrario, sus obras han sido muy beneficiosas para ti, <sup>5</sup> pues él puso su vida en peligro para matar al filisteo, y Jehová le dio una gran victoria a todo Israel. Tú lo viste y te alegraste. ¿Por qué, pues, vas a pecar contra sangre inocente, matando a David sin causa?

<sup>6</sup> Escuchó Saúl las palabras de Jonatán y juró:

—¡Vive Jehová!, no morirá.

<sup>7</sup> Llamó entonces Jonatán a David y le contó todas estas palabras; él mismo llevó a David ante Saúl, y se quedó a su servicio como antes.

El intento que hizo Saúl de eliminar a David usando el ofrecimiento de matrimonio con su hija Mical le resultó contraproducente. El monarca israelita que se consumía de ira y celos lanzó una especie de contrato contra la vida de David, procurando involucrar a su propio hijo Jonatán en la tarea.

Pero el príncipe no se corrompió sino que alertó a su amigo para que se expusiera lo menos posible; habló bien de David ante Saúl y le recordó todas las grandes cosas que había hecho David en favor de la nación: “¿Por qué, pues, vas a pecar contra sangre inocente, matando a David sin causa?” Jonatán era el mayor defensor de David, y se regocijaba en sus triunfos; eso nos recuerda lo que escribió el apóstol Pablo en su carta: “Gozaos con

los que se gozan; llorad con los que lloran” (Romanos 12:15). A veces resulta difícil hacer esto; los celos nos pueden impedir que nos sintamos verdaderamente felices con los triunfos de los demás.

La conducta honesta y leal de Jonatán para con David debió haber avergonzado a Saúl, hasta el punto de que éste se puso bajo juramento de no procurar en lo adelante la muerte del amigo de su hijo. Jonatán quiso creerle, pero nosotros sabemos que fueron palabras huecas.

### ***David escapa de Saúl***

**<sup>8</sup> Después hubo de nuevo guerra; salió David y peleó contra los filisteos, les causó un gran estrago y huyeron ante él. <sup>9</sup> Pero el espíritu malo de parte de Jehová se apoderó de Saúl; y estando sentado en su casa con una lanza en la mano, mientras David tocaba, <sup>10</sup> Saúl procuró clavar a David con su lanza en la pared, pero él se apartó de delante de Saúl, y la lanza se clavó en la pared. David huyó y se puso a salvo aquella noche. <sup>11</sup> Saúl envió luego mensajeros a casa de David para que lo vigilaran y lo mataran por la mañana. Pero Mical, su mujer, le avisó a David:**

**«Si no salvas tu vida esta noche, mañana estarás muerto.»**

**<sup>12</sup> Descolgó Mical a David por una ventana. Él se fue y huyó poniéndose a salvo. <sup>13</sup> Tomó luego Mical una estatua y la puso sobre la cama, le acomodó por cabecera una almohada de pelo de cabra y la cubrió con la ropa. <sup>14</sup> Cuando Saúl envió mensajeros para capturar a David, ella dijo: «Está enfermo.» <sup>15</sup> Volvió Saúl a enviar mensajeros en busca de David, y les dijo:**

**«Traédmelo en la cama para que lo mate.»**

**<sup>16</sup> Cuando los mensajeros entraron, encontraron la estatua en la cama, y una almohada de pelo de cabra a su cabecera. <sup>17</sup> Entonces Saúl dijo a Mical:**

**—¿Por qué me has engañado así y has dejado escapar a mi enemigo?**

**Mical respondió a Saúl:**

—Porque él me dijo: “Déjame ir; si no, yo te mataré.”

<sup>18</sup> Huyó, pues, David, y se puso a salvo. Se fue adonde estaba Samuel en Ramá, y le contó todo lo que Saúl había hecho con él. Después, él y Samuel se fueron a habitar en Naiot. <sup>19</sup> Y avisaron a Saúl, diciéndole: «Mira, David está en Naiot de Ramá.» <sup>20</sup> Entonces Saúl envió mensajeros para que trajeran a David, los cuales vieron una compañía de profetas que profetizaban, y a Samuel que estaba allí y los presidía. Vino el espíritu de Dios sobre los mensajeros de Saúl y ellos también profetizaron.

<sup>21</sup> Cuando lo supo Saúl, envió otros mensajeros, los cuales también profetizaron. Saúl volvió a enviar mensajeros por tercera vez, y ellos también profetizaron. <sup>22</sup> Entonces él mismo fue a Ramá, y al llegar al gran pozo que está en Secú, preguntó diciendo:

—¿Dónde están Samuel y David?

Uno le respondió:

—Están en Naiot, en Ramá.

<sup>23</sup> Salió para Naiot, en Ramá, pero también se apoderó de él el espíritu de Dios, y siguió andando y profetizando hasta que llegó a Naiot, en Ramá. <sup>24</sup> También él se despojó de sus vestidos y profetizó igualmente delante de Samuel. Estuvo desnudo todo aquel día y toda aquella noche. De aquí el dicho: «¿También Saúl entre los profetas?»

Al estallar nuevamente la guerra con los filisteos, los triunfos de David le vuelven a destacar como héroe nacional. Eso bastó para que Saúl cayera en otro arrebato de cólera, nada disimulada, contra David, que culminó con el monarca arrojándole su lanza. David corrió por las oscuras calles hasta alcanzar la casa en que vivía con Mical y ya nunca más volvió al palacio.

Aquel sitio no era lugar seguro; bien al tanto de la locura de su padre, la joven le advirtió que no se atreviera a pasar allí la noche. Estaba en lo cierto, porque minutos más tarde los hombres

de Saúl estaban ante la puerta. Mical le ayudó a David para que escapara a través de una ventana, mientras se las arreglaba para entretener a los encargados del arresto, poniendo un ídolo cananeo sobre la cama de David, y excusando a su esposo diciendo que estaba enfermo. La posesión de ese ídolo pagano por parte Mical parece ser clara indicación de que no compartía la devoción de David por el verdadero Dios (Véase 2 Samuel 6:20-23).

Mical pudo haber pensado que le resultaba conveniente para su seguridad personal que le explicara a su padre que David la había amenazado para obligarla a cooperar. Recordemos que aunque era la hija del rey, no era su vida, sino la de su esposo la que estaba siendo amenazada. Lo único que hizo la excusa mentirosa de Mical fue perjudicar a David, porque le dio justificaciones adicionales a Saúl para sus criminales designios.

Algunos habrán pensado que David iba a regresar a Belén para organizar allí una fuerza e iniciar una rebelión; sin embargo, se mostró prudente al decidirse por huir y esconderse. Citando a Shakespeare, esto fue “la mejor parte del valor”. Un proverbio nos dice: “Honra es del hombre abandonar la contienda, pero cualquier insensato se enreda en ella” (Proverbios 20:3). Y otro añade: “No digas: ‘Yo me vengaré’; espera en Jehová y él te salvará” (20:22).

De acuerdo con la esencia de estos textos, David buscó refugio en Nayot de Ramá con Samuel. A ese lugar se había retirado previamente el anciano profeta, a quien la mayoría seguía considerado como el pastor espiritual de Israel. A él se volvió en primer lugar David en ese difícil momento de su vida. Samuel, que le había dado sabios consejos a Saúl, también iba a tener palabras de sabiduría para David.

Nayot, dicho sea de paso, debió ser el nombre de la escuela de profetas que Samuel había establecido en Ramá.

Alrededor de esta época de su vida, David debe haber escrito salmos como: “Líbrame de mis enemigos, Dios mío; ponme a salvo de los que se levantan contra mí. ... Pero yo cantaré de tu poder, alabaré de mañana tu misericordia, porque has sido mi

amparo y refugio en el día de mi angustia” (Salmo 59:1,16).

Tan pronto como Saúl supo que David se escondía en Ramá, envió inmediatamente a arrestarlo; pero cuando los soldados se aproximaron a la escuela de los profetas, el Espíritu de Dios vino sobre ellos, haciendo que también profetizaran. En tres ocasiones Saúl envió gente armada con ese propósito, y en cada una de ellas cayeron bajo la fuerte influencia de Dios.

Frustrado ante el fracaso de sus hombres, que no lograban cumplir lo que les ordenaba, él mismo fue personalmente a Ramá, sólo que para caer también ante el poder del Espíritu de Dios y empezar a declarar sus maravillas. Quienes lo vieron despojado de su manto real y de todas sus pretensiones no estaban seguros de qué conclusión sacar, y se preguntaban: “¿También Saúl entre los profetas?” Su conducta posterior iba a demostrar que no les faltaba razón para el escepticismo a los vecinos de Ramá.

### *Un amigo de verdad*

**20** Después huyó David de Naiot de Ramá, y fue a decirle a Jonatán:

—¿Qué he hecho yo? ¿Cuál es mi maldad, o cuál mi pecado contra tu padre, para que busque mi muerte?

<sup>2</sup> Él le dijo:

—De ninguna manera; no morirás. Mi padre no hace ninguna cosa, ni grande ni pequeña, que no me la descubra; ¿por qué, pues, me ha de ocultar mi padre este asunto? No será así.

<sup>3</sup> David volvió a jurar, diciendo:

—Tu padre sabe claramente que yo he hallado gracia delante de tus ojos, y dirá: “Que Jonatán no sepa esto, para que no se entristezca.” Pero, ¡vive Jehová y vive tu alma!, que apenas estoy a un paso de la muerte.

<sup>4</sup> Jonatán dijo a David:

—Haré por ti lo que desee tu alma.

<sup>5</sup> David respondió a Jonatán:

—Mañana será la luna nueva, y yo acostumbro sentarme con el rey a comer; pero tú dejarás que me esconda en el campo hasta pasado mañana por la tarde. <sup>6</sup> Si tu padre hace mención de mí, dirás: “Me rogó mucho que lo dejara ir corriendo a Belén, su ciudad, porque todos los de su familia celebran allá el sacrificio anual.” <sup>7</sup> Si él dijera: “Está bien”, entonces tendrá paz tu siervo; pero si se enoja, sabrás que por su parte está decretada mi perdición. <sup>8</sup> Harás, pues, misericordia con tu siervo, ya que has hecho a tu siervo contraer un pacto contigo ante Jehová; si hay maldad en mí, mátame tú, pues no hay necesidad de llevarme hasta tu padre.

<sup>9</sup> Jonatán le dijo:

—Nunca te suceda tal cosa; antes bien, si me entero que mi padre ha determinado hacerte mal, ¿no te lo avisaría yo?

<sup>10</sup> Dijo entonces David a Jonatán:

—¿Quién me avisará si tu padre te responde ásperamente?

<sup>11</sup> Jonatán dijo a David:

—Ven, salgamos al campo.

Y salieron ambos al campo. <sup>12</sup> Entonces dijo Jonatán a David:

—;Jehová, Dios de Israel, sea testigo! Cuando le haya preguntado a mi padre mañana a esta hora, o pasado mañana, si todo marcha bien para con David, entonces te lo haré saber. <sup>13</sup> Pero si mi padre intenta hacerte mal, traiga Jehová sobre Jonatán el peor de los castigos, si no te lo hago saber para que te vayas en paz. Que Jehová esté contigo como estuvo con mi padre. <sup>14</sup> Si para entonces estoy vivo, usa conmigo la misericordia de Jehová, para que no muera, <sup>15</sup> y nunca apartes tu misericordia de mi casa. Cuando Jehová haya eliminado uno por uno a los enemigos de David de la faz de la tierra, no dejes que el nombre de Jonatán sea quitado de la casa de David.

**16 Así hizo Jonatán un pacto con la casa de David, diciendo: «Demándelo Jehová de manos de los enemigos de David.» 17 Y Jonatán hizo jurar a David otra vez, porque lo amaba, lo amaba como a sí mismo. 18 Luego le dijo Jonatán:**

**—Mañana es nueva luna y tú serás echado de menos, porque tu asiento estará vacío. 19 Estarás, pues, tres días, y luego descenderás y vendrás al lugar donde estabas escondido el día que ocurrió esto mismo, y esperarás junto a la piedra de Ezel. 20 Yo tiraré tres flechas hacia aquel lado, como ejercitándome al blanco. 21 Luego enviaré al criado, diciéndole: “Ve, busca las flechas.” Si digo al criado: “Ahí están las flechas, más acá de ti, tómalas”, tú vendrás, porque todo va bien para ti y nada malo sucede, ¡vive Jehová! 22 Pero si yo digo al muchacho: “Allí están las flechas, más allá de ti”, vete, porque Jehová quiere que te vayas. 23 En cuanto al asunto de que tú y yo hemos hablado, esté Jehová entre nosotros dos para siempre.**

Con Saúl al tanto de su escondite, David ya no se sentía seguro al lado de Samuel en Ramá; entonces se volvió hacia su amigo Jonatán en busca de consejo y comprensión. Las almas de estos dos hombres estaban estrechamente ligadas en recíproca admiración y aprecio de la mutua amistad.

La implacable persecución de Saúl estaba agotando a David; su confianza en sí mismo y su estabilidad emocional se estaban empezando a derrumbar. Lo abrumaba la presión de vivir fugitivo y dijo: “¿Qué he hecho yo? ¿Cuál es mi maldad, o cuál mi pecado contra tu padre, para que busque mi muerte?” Aunque Jonatán trató de transmitirle seguridad, David estaba convencido de que: “Apenas estoy a un paso de la muerte” (20:3).

Jonatán quería creer que la tensión entre su padre y David iba a pasar, e intentó la interpretación más benévola posible de las acciones de su progenitor, añadiendo: “Mi padre no hace ninguna cosa, ni grande ni pequeña, que no me la descubra.”



David tenía buenas razones para dudar de lo que Jonatán decía, y se las dijo a su amigo: “Tu padre sabe claramente que yo he hallado gracia delante tus ojos”. Estas palabras convencieron a Jonatán por lo que se adhirió a la prueba propuesta por David, con la que iba a saber las verdaderas intenciones que tenía Saúl hacia el fugitivo.

La prueba consistía en que David iba a estar ausente durante la próxima celebración de la luna nueva.

Si se notaba su ausencia a la mesa del rey, y si la excusa de que estaba celebrando la festividad con su propia familia en Belén no era aceptada por el monarca, ello sería una clara señal de que la vida de David estaba en peligro.

**24 Se escondió, pues, David en el campo, y cuando llegó la nueva luna, se sentó el rey a la mesa, para comer. 25 El rey se sentó en su silla, como solía, en el asiento junto a la pared. Jonatán se levantó, se sentó Abner al lado de Saúl, y el lugar de David quedó vacío. 26 Pero aquel día Saúl no dijo nada, porque pensaba: «Le habrá acontecido algo y no está limpio; de seguro no está purificado.» 27 Al siguiente día, el segundo día de la nueva luna, aconteció que el asiento de David se quedó también vacío. Y Saúl dijo a su hijo Jonatán:**

**—¿Por qué no ha venido a comer hoy ni ayer el hijo de Isaí?**

**28 Jonatán respondió a Saúl:**

**—David me pidió encarecidamente que lo dejara ir a Belén. 29 Me dijo: “Te ruego que me dejes ir, porque nuestra familia celebra sacrificio en la ciudad y mi hermano me lo ha demandado; por lo tanto, si he hallado gracia a tus ojos, permíteme ir ahora para visitar a mis hermanos.” Por esto no ha venido a la mesa del rey.**

**30 Entonces se encendió la ira de Saúl contra Jonatán, y le dijo:**

**—Hijo de la perversa y rebelde, ¿acaso no sé yo que tú has elegido al hijo de Isaí para vergüenza tuya y vergüenza**

de la madre que te dio a luz? <sup>31</sup> Porque todo el tiempo que el hijo de Isaí viva sobre la tierra, ni tú ni tu reino estarán firmes. Así que manda ahora a buscarlo y tráemelo, porque ha de morir.

<sup>32</sup> Jonatán respondió a su padre Saúl, y le dijo:  
—¿Por qué morirá? ¿Qué ha hecho?

<sup>33</sup> Entonces Saúl le arrojó una lanza para herirlo; de donde comprendió Jonatán que su padre estaba resuelto a matar a David. <sup>34</sup> Se levantó Jonatán de la mesa con exaltada ira y no comió nada el segundo día de la nueva luna; pues estaba afligido a causa de David, porque su padre lo había ofendido. <sup>35</sup> Al otro día, de mañana, salió Jonatán al campo, con un muchacho pequeño, a la hora acordada con David.

<sup>36</sup> Y dijo al muchacho:

«Corre y busca las flechas que yo tire.»

Mientras el muchacho iba corriendo, él tiraba la flecha de modo que pasara más allá de él. <sup>37</sup> Al llegar el muchacho donde estaba la flecha que Jonatán había tirado, Jonatán le gritaba diciendo:

—¿No está la flecha más allá de ti?

<sup>38</sup> Y siguió gritando Jonatán tras el muchacho:

—Corre, date prisa, no te pares.

El muchacho de Jonatán recogió las flechas y volvió adonde estaba su señor. <sup>39</sup> Pero de nada se enteró el muchacho; solamente Jonatán y David sabían de lo que se trataba. <sup>40</sup> Luego dio Jonatán sus armas a su muchacho, y le dijo: «Vete y llévalas a la ciudad.»

<sup>41</sup> Cuando el muchacho se marchó, David se levantó del lado del sur y se inclinó tres veces postrándose hasta la tierra. Se besaron el uno al otro y lloraron juntos, pero David lloró más. <sup>42</sup> Jonatán dijo entonces a David:

«Vete en paz, porque ambos hemos jurado en nombre de Jehová, diciendo: “Que Jehová esté entre tú y yo, entre tu descendencia y mi descendencia, para siempre.”»

Se levantó David y se fue; y Jonatán volvió a la ciudad.



*Saúl arroja su lanza contra Jonatán*

El primer día de la festividad, Saúl notó la ausencia de David pero no dijo nada. Allí estaban sus hijos y Abner, primo y comandante en jefe del ejército; pero ¿dónde estaba David? Y como al siguiente día su sitio continuaba vacío, Saúl se airó enormemente. Las excusas que le ofreció Jonatán no lo pudieron calmar y dirigió su ira contra él, expresada en la mortífera intención con que arrojó su lanza contra su propio hijo.

Jonatán se levantó de la mesa y se marchó airado y ofendido. Después, usando una señal que habían acordado previamente, le hizo saber a su amigo que le sería riesgoso aparecer en la corte real. Jonatán salió para practicar el tiro al blanco en el mismo terreno en el que estaba escondido David y lanzó una saeta más allá del muchacho que las recogía. “Corre, date prisa, no te pares” le gritó Jonatán a su auxiliar, palabras que eran un claro mensaje para David.

Como de algún modo esta no parecía ser la manera apropiada para una despedida, los dos amigos esperaron un momento de privacidad en pleno campo, y entonces, se abrazaron afectuosamente y lloraron juntos. Los dos amigos hicieron votos de mantenerse mutuamente fieles sin importar lo que ocurriera. Con anterioridad, David le había prometido que como rey iba a mostrar permanente bondad hacia la familia de Jonatán; promesa que nunca olvidó (ver 2 Samuel 9).

Ambos jóvenes sabían cuánto vale un amigo; nos corresponde a nosotros mantener cuidadosamente las amistades que Dios nos ha dado, porque un amigo es uno de los tesoros más preciosos de la vida. Robert Louis Stevenson escribió en una ocasión: “¡Oh, qué amigo nos es Cristo!”(Culto Cristiano, 251:1). Después de todo, un amigo puede saberlo todo acerca de uno y continuar todavía apreciándolo y dispuesto a apoyarlo; incluso cuando uno ha actuado neciamente, un amigo no estará dispuesto a creer que nos hemos hecho peritos en hacer tonterías. Salomón escribió: “En todo tiempo ama el amigo y es como un hermano en tiempo de angustia” (Proverbios 17:17).

Y también escribió: “Amigos hay más unidos que un hermano” (Proverbios 18:24). ¡Ese amigo es Jesús! En su gran amor por nosotros sufrió la enemistad de la cruz, para que pudiésemos disfrutar eternamente la amistad de Dios. Joseph Scriven señaló: “¡Qué amigo tenemos en Jesús!” Con un amigo como él, ¿podremos negarnos a mostrarnos mutua bondad y amor? Por supuesto que no, la amistad distingue al pueblo de Dios.

### ***Tiempos de prueba***

Algunos de los días más negros de David vinieron antes de que fuera promovido oficialmente al trono de Israel. Los capítulos 21 a 23 nos relatan esos tiempos de prueba. Dios lo estaba preparando para una tarea inmensa, y usaba esas situaciones para convertir a su servidor en un hombre de madurez y fuerza interior. La próxima vez en que las pruebas aparezcan en su camino, considere que Dios las puede estar usando con el propósito de prepararlo para que usted cumpla con algún servicio especial de la obra de él.

David pasó años en los que perdió todo aquello en que podía confiar: su posición en la corte de Saúl, su hogar, el consejo de Samuel y la compañía de Jonatán. Incluso llegó a perder su autoestima. Todo lo que le podría servir de sustituto a Dios le fue quitado, de modo que pudiera llegar a confiar solamente en el Señor.

### ***David y el pan consagrado***

**21** Vino David a Nob, adonde estaba el sacerdote Ahimelec; éste salió a su encuentro, sorprendido, y le preguntó:

—¿Por qué estás tú solo, sin nadie que te acompañe?

<sup>2</sup> Respondió David al sacerdote Ahimelec:

—El rey me encomendó un asunto, y me dijo: “Nadie sepa cosa alguna del asunto a que te envío, y de lo que te he encomendado.” He citado a los criados en cierto lugar.

**<sup>3</sup> Ahora, pues, ¿qué tienes a mano? Dame cinco panes, o lo que tengas.**

**<sup>4</sup> El sacerdote respondió a David y dijo:**

**—No tengo pan común a la mano, solamente tengo pan sagrado; pero lo daré si es que los criados se han guardado al menos de tratos con mujeres.**

**<sup>5</sup> David respondió al sacerdote:**

**—En verdad las mujeres han estado lejos de nosotros ayer y anteayer; cuando yo salí, ya los cuerpos de los jóvenes estaban puros, aunque el viaje es profano; ¿cuánto más no serán puros hoy sus cuerpos?**

**<sup>6</sup> Así que el sacerdote le dio el pan sagrado, porque allí no había otro pan sino los panes de la proposición, los cuales habían sido retirados de la presencia de Jehová, para colocar panes calientes el día que tocaba retirarlos.**

Sabemos que el Arca del pacto se mantenía en Quiryat-jearim, aunque evidentemente el Tabernáculo había sido transferido a Nob, sitio cercano a Jerusalén. Ahimelec era el sumo sacerdote del lugar, asistido por otros ochenta y cuatro sacerdotes (22:18).

Sin duda, Ahimelec no podía ignorar por completo las tensiones que había entre Saúl y David. Cuando este último llegó a Nob, Ahimelec tuvo sus sospechas y le preguntó, “¿Por qué estás tú solo, sin nadie que te acompañe?” David mintió, explicando que estaba en una misión secreta “del rey”. “Realmente no es mentira”, debió haber pensado David, “ya que técnicamente yo soy el rey designado.” Como con tanta frecuencia ocurre, una mentira lleva a la otra. Ahimelec iba a pagar después muy caro por la deshonestidad de David (22:13-19).

El futuro rey le pidió cinco panes; el sumo sacerdote le explicó que no tenía pan ordinario, sino el que había sido puesto delante de Jehová (*pan de la proposición*) en el santuario (Levítico 24:5-9). Estos panes, en número de doce, eran presentados cada sábado en recuerdo de la misericordiosa provisión del pan cotidiano.

De acuerdo con la ley ceremonial, solamente a los sacerdotes les era permitido comer el pan que había sido puesto ante Dios. Sin embargo, David arguyó que se trataba de un caso de extrema necesidad. Así que, después de que David le dio la seguridad de que él y sus hombres estaban ceremonialmente limpios (Levítico 15:18), Ahimelec les entregó el pan consagrado.

En el Nuevo Testamento, nuestro Salvador se refirió a este incidente (Mateo 12:3,4). Mientras los discípulos caminaban a través de los campos cultivados en sábado, tomaron unos pocos granos de algunas espigas y los comieron. Los fariseos estuvieron prestos a acusarlos de trabajar en el día de reposo (“cosechando”) en violación de la ley. Jesús les explicó que la ley del amor sobrepasa cualquier otra ley humana o divina. El bienestar corporal o espiritual del prójimo es más importante que mantener la letra de la ley.

Así lo escribió el apóstol Pablo en su carta: “El amor no hace mal al prójimo; así que el cumplimiento de la Ley es el amor” (Romanos 13:10).

### ***David y la espada de Goliat***

**<sup>7</sup> Y estaba allí aquel día, detenido delante de Jehová, uno de los siervos de Saúl, cuyo nombre era Doeg, el edomita, el principal de los pastores de Saúl.**

**<sup>8</sup> David dijo a Ahimelec:**

**—¿No tienes aquí a mano una lanza o una espada? Porque no he traído ni mi espada ni mis armas, por cuanto la orden del rey era apremiante.**

**<sup>9</sup> El sacerdote respondió:**

**—La espada de Goliat el filisteo, al que tú venciste en el valle de Ela, está aquí envuelta en un velo detrás del efod; si quieres tomarla, tómala; porque aquí no hay otra sino ésa.**

**David respondió:**

**—Ninguna como ella; dámela.**

Además de los cinco panes, David le pidió al sumo sacerdote un arma de cualquier tipo, explicando que la misión en que Saúl lo había enviado era tan urgente que salió atropelladamente sin su lanza o espada. Esta explicación debió haber dejado asombrado a Ahimelec.

Por alguna razón que no se nos dice, la pesada espada de Goliat estaba guardada en el Tabernáculo. No sabemos cómo fue que pasó de las manos de David a las de los sacerdotes; de cualquier modo, David solicitó que se la devolvieran y partió apresuradamente.

Doeg el edomita, jefe de los pastores de Saúl, estaba en el Tabernáculo el mismo día, observando cuidadosamente cuánto David decía y hacía. Con posterioridad, el futuro rey iba a lamentar no haber sido más discreto y precavido en presencia de ese hombre (22:22).

### *David huye a Gat*

**<sup>10</sup> Se levantó David aquel día, y huyendo de la presencia de Saúl, se fue a Aquis, rey de Gat. <sup>11</sup> Y le dijeron a Aquis sus siervos:**

**—¿No es éste David, el rey de la tierra? ¿no es éste de quien cantaban en las danzas, diciendo:**

**“Hirió Saúl a sus miles,  
y David a sus diez miles”?**

**<sup>12</sup> David guardó en su corazón estas palabras y temió mucho a Aquis, rey de Gat. <sup>13</sup> Por eso cambió su manera de comportarse delante de ellos y se fingió loco en medio de ellos; arañaba las puertas y dejaba que la saliva le corriera por la barba. <sup>14</sup> Y Aquis dijo a sus siervos:**

**—Mirad, este hombre es un demente; ¿por qué lo habéis traído ante mí? <sup>15</sup> ¿Acaso me hacen falta locos, para que hayáis traído a éste a hacer sus locuras delante de mí? ¿Va a entrar éste en mi casa?**



Ahora David huía hacia el oeste adentrándose en territorio filisteo; de alguna manera se imaginaba que Saúl nunca lo iba a perseguir allí. Tendría que probar suerte con este pueblo que era enemigo tradicional de Israel. Lo que estaba haciendo no se basaba en ninguna orden de Dios, sino en los planes que el propio David se había forjado.

Así las cosas, fue a parar directamente ante las puertas de Gat, una de las cinco principales ciudades filisteas. ¡Y precisamente esa entre todas! ¡Cuna del héroe a quien él mismo había dado muerte! Es para asombrarse. En principio la idea parecía buena, pero David se dio cuenta rápidamente de que había cometido un terrible error. La gente lo reconoció y dijo: “¿No es éste David ... ? ¿no es éste de quien cantaban en las danzas, diciendo: Hirió Saúl a sus miles, y David a sus diez miles?”

Desesperado, David comenzó a fingir locura, actuando como un orate, garabateaba en la puerta de la ciudad y dejaba que la saliva le corriera por la barba. Meditemos en esto. Aquí está el próximo rey de Israel: arrojando espuma por la boca, arañando puertas, y comportándose como un demente. La gente de Gat tuvo que haber sabido de la locura de Saúl y llegaron a la conclusión de que, sin duda, David debía estar igual; y por eso no lo vieron como una amenaza para ellos.

¡Cuán frágiles son todos los planes de seguridad que se hacen fuera del Señor! Ya David no podría contar más con sus autoestima y su dignidad. Dios continuaba aún en el proceso de entrenarlo y prepararlo. Todo aquello en que alguna vez había confiado le había sido quitado.

### *David en la cueva de Adulam*

**22** Partió David de allí y se refugió en la cueva de Adulam; cuando sus hermanos y toda la casa de su padre lo supieron, fueron allí a reunirse con él. <sup>2</sup> Además se le unieron todos los afligidos, todos los que estaban endeudados y todos los que se hallaban en amargura de espíritu, y llegó a

**ser su jefe. Había con él como cuatrocientos hombres.**

**<sup>3</sup> De allí se fue David a Mizpa de Moab, y dijo al rey de Moab:**

**«Te ruego que mi padre y mi madre se queden con vosotros, hasta que sepa lo que Dios hará de mí.»**

**<sup>4</sup> Los trajo, pues, a la presencia del rey de Moab, y habitaron con él todo el tiempo que David estuvo en el lugar fuerte. <sup>5</sup> Pero el profeta Gad dijo a David:**

**«No te quedes en este lugar fuerte; anda y vete a tierra de Judá.»**

**Entonces partió David y entró en el bosque de Haret.**

David se dio cuenta de que no podía estar seguro con el rey Aquís en Gat y huyó, retornando al territorio montañoso de Judá, buscando refugio en una cueva, la cueva de Adulam, cerca de la frontera entre Judá y la tierra de los filisteos. Ahí, en ese sitio húmedo y oscuro, deseaba quedarse solo, sumido en su miseria y su desgracia. El hecho de que Dios dijera que David era “conforme a su corazón” no significa que no conoció el desaliento.

Muchos eruditos bíblicos creen que David compuso los Salmos 142 y 57, estando en esta cueva. También pudo haber escrito las palabras del Salmo 13:1,2: “¿Hasta cuándo, Jehová? ¿Me olvidarás para siempre? ¿Hasta cuándo esconderás tu rostro de mí? ¿Hasta cuándo tendré conflictos en mi alma, con angustias en mi corazón cada día? ¿Hasta cuándo será enaltecido mi enemigo sobre mí?” David estaba en la profundidad de la desesperación.

Jehová no permitió que David estuviera solo por mucho tiempo. Alrededor de cuatrocientos hombres fueron a unirse a él en su miseria. Se les describe como, “todos los afligidos, todos los que estaban endeudados y todos los que se hallaban en amargura de espíritu”, lo que no es exactamente el tipo de personas que le conviene a uno cuando necesita elevar su estado de ánimo. La situación de esos hombres daba cuenta, cual un barómetro, del lamentable estado de la nación bajo el reinado de Saúl. David se

convirtió en el líder de esos cuatrocientos hombres desalentados y se empeñó en la exigente tarea de moldearlos hasta lograr convertirlos en una tropa bien disciplinada y unida.

A menudo Dios impide que sintamos lástima por nosotros mismos, involucrándonos en la vida de otros y dándonos retadoras tareas que hacer a favor de ellos.

En esta etapa, David se involucró más en los asuntos familiares, preocupado particularmente por la seguridad de sus padres. Puede ser que Saúl hubiera comenzado a hacer amenazas contra la familia de David, quien, sabiendo que una cueva no era lugar apropiado para sus ancianos padres, apeló al rey de Moab en busca de refugio seguro para ellos. Al acudir a los moabitas, se volvía hacia un pueblo con el que estaba lejanamente emparentado a través de Rut, su antecesora de ese origen.

Gad, el profeta que en años posteriores iba a ser cercano consejero personal del rey (2 Samuel 24:11,19), le advirtió a David que no permaneciera demasiado tiempo en la cueva de Adulam, sino que se trasladara sin demora a los bosques de Haret en la zona montañosa de Judea.

### ***Saúl mata a los sacerdotes de Nob***

**<sup>6</sup> Oyó Saúl que David y los que estaban con él habían sido vistos. Estaba Saúl sentado en Gabaa, debajo de un tamarisco, sobre un alto, con la lanza en su mano, y rodeado de todos sus siervos. <sup>7</sup>Y dijo Saúl a los siervos que estaban alrededor de él:**

**—Oíd ahora, hijos de Benjamín: ¿Os dará también a todos vosotros el hijo de Isaí tierras y viñas, y os hará a todos vosotros jefes de millares y jefes de centenas, <sup>8</sup>para que todos vosotros hayáis conspirado contra mí? ¿No ha habido quien me informara de cómo mi hijo ha hecho alianza con el hijo de Isaí, ni hay ninguno de vosotros que se conduela de mí y me dé a conocer cómo mi hijo ha sublevado contra mí a un siervo mío para que me aceche, tal como lo hace hoy?**

**<sup>9</sup> Entonces Doeg, el edomita, que era el principal de los**

**siervos de Saúl, respondió:**

—Yo vi al hijo de Isaí venir a Nob, adonde estaba Ahimelec hijo de Ahitob. <sup>10</sup> Éste consultó a Jehová por él, le dio provisiones y también la espada de Goliat, el filisteo.

<sup>11</sup> Mandó el rey a llamar al sacerdote Ahimelec hijo de Ahitob, y a toda la casa de su padre, los sacerdotes que estaban en Nob, y todos vinieron ante el rey. <sup>12</sup> Y Saúl dijo:

—Oye ahora, hijo de Ahitob.

—Heme aquí, señor mío —respondió él.

<sup>13</sup> Saúl añadió:

—¿Por qué habéis conspirado contra mí, tú y el hijo de Isaí? Le diste pan y una espada, y consultaste a Dios por él, para que se subleve contra mí y me aceche, como lo hace en el día de hoy.

<sup>14</sup> Ahimelec respondió al rey:

—¿Y quién entre todos tus siervos es tan fiel como David, que además es yerno del rey, sirve a tus órdenes y todos lo honran en tu propia casa? <sup>15</sup> ¿Acaso he comenzado hoy a consultar a Dios por él? ¡No, lejos de mí! Que el rey no culpe de cosa alguna a su siervo, ni a toda la casa de mi padre; porque tu siervo ninguna cosa, grande ni pequeña, sabe de este asunto.

<sup>16</sup> Pero el rey respondió:

—Sin duda morirás, Ahimelec, tú y toda la casa de tu padre.

<sup>17</sup> Luego dijo el rey a la gente de su guardia que estaba a su lado:

—Volveos y matad a los sacerdotes de Jehová; porque también la mano de ellos está con David, pues sabiendo ellos que huía, no me lo hicieron saber.

Pero los siervos del rey no quisieron extender sus manos para matar a los sacerdotes de Jehová. <sup>18</sup> Entonces dijo el rey a Doeg:

—Vuélvete y arremete contra los sacerdotes.

**Y se volvió Doeg, el edomita, atacó a los sacerdotes y mató en aquel día a ochenta y cinco hombres que vestían efod de lino. <sup>19</sup>Y a Nob, ciudad de los sacerdotes, la pasó Saúl a filo de espada: a hombres, mujeres y niños, hasta los de pecho, y bueyes, asnos y ovejas, todo lo hirió a filo de espada. <sup>20</sup>Pero uno de los hijos de Ahimelec hijo de Ahitob, que se llamaba Abiatar, pudo escapar, y huyó tras David. <sup>21</sup>Abiatar dio aviso a David de cómo Saúl había dado muerte a los sacerdotes de Jehová. <sup>22</sup>Y David le dijo:**

**—Ya sabía yo aquel día que estando allí Doeg, el edomita, él se lo haría saber a Saúl. He ocasionado la muerte a todas las personas de la casa de tu padre. <sup>23</sup>Quédate conmigo, no temas; quien busque mi vida, buscará también la tuya; pero conmigo estarás a salvo.**

Al oír Saúl que David había juntado a su alrededor cuatrocientos hombres inconformes con el estado del país, la locura de los celos se apoderó de él. Empezó acusando a sus más cercanos colaboradores y a su propia escolta de simpatizar con el *enemigo*. Dijo que le ocultaban información e incluso imaginó que David le acechaba oculto en algún lugar cercano para asesinarlo. Pero, lo que le irritaba especialmente era que su propio hijo había hecho voto de lealtad al perseguido.

Saúl sufría de paranoia: sospechaba de todo el mundo, y al mencionar a quienes creía que conspiraban en su contra decía, no hay “ni hay ninguno de vosotros que se conduela de mí”, como acusación general. No extraña entonces que cuando Doeg, jefe de sus pastores, le informó que Ahimelec había *conspirado* con David, aprovisionándolo de alimento y dándole la espada de Goliat, ordenara que todos los sacerdotes fueran llevados a su casa en Guibeá para someterlos a juicio.

Ahimelec, el sumo sacerdote, declaró que ignoraba en absoluto el asunto y argumentó que era del todo razonable que cooperara con David. ¿Por qué no habría de ayudar: al yerno del rey, capitán

de su escolta y héroe de la nación?

Saúl se negó escuchar la defensa: la sentencia ya estaba dada antes de iniciarse el juicio, y el rey le ordenó a su guardia que ejecutara de una vez a todos los sacerdotes. Cuando los soldados se negaron a poner sus manos sobre esos hombres de Dios, Saúl recurrió a Doeg, su pastor; y éste, deseoso de ganar el favor real, cumplió la monstruosa orden. Solamente Abiatar, hijo de Ahimelec, escapó a la masacre.

Saúl, no conformándose con esta matanza, dio la orden de que Doeg regresara a Nob para asesinar a las familias de estos hombres.

Cuando David supo de la atrocidad, se conmovió; se sentía personalmente responsable de esas muertes. Su ira y su absoluta repulsión contra Doeg el edomita tomaron expresión en las siguientes palabras: “¿Por que tú, poderoso, te jactas de maldad?... Por tanto, Dios te destruirá para siempre, te arruinará y te echará de tu casa, te desarraigará de la tierra de los vivientes” (Salmo 52:1,5).

David invitó a Abiatar para que permaneciera con él, le ofreció protección, promesa que cumplió a lo largo de toda su vida. Lo hizo su sacerdote durante los días en que era perseguido y lo mantuvo en el cargo de sumo sacerdote cuando fue hecho rey (2 Samuel 8:15-17).

### *Seguro en las manos de Dios*

**23** Dieron aviso a David diciendo: «Los filisteos están combatiendo contra Keila y roban las eras.»

<sup>2</sup> Entonces David consultó a Jehová:

—¿Iré a atacar a estos filisteos?

Jehová respondió a David:

—Ve, ataca a los filisteos y libra a Keila.

<sup>3</sup> Pero los que estaban con David le dijeron:

—Mira, nosotros aquí en Judá estamos con miedo; ¿cuánto más si vamos a Keila contra el ejército de los

**filisteos?**

**<sup>4</sup> David volvió a consultar a Jehová. Y Jehová le respondió:**

**—Levántate, desciende a Keila, pues yo entregaré en tus manos a los filisteos.**

**<sup>5</sup> Fue, pues, David con sus hombres a Keila y peleó contra los filisteos; se llevó sus ganados, les causó una gran derrota y libró David a los de Keila.**

**<sup>6</sup> Aconteció que Abiatar hijo de Ahimelec, que se había refugiado junto a David, descendió a Keila con el efod en su mano. <sup>7</sup> Y le avisaron a Saúl que David había venido a Keila. Entonces dijo Saúl: «Dios lo ha entregado en mis manos, pues él mismo se ha encerrado al entrar en una ciudad con puertas y cerraduras.»**

**<sup>8</sup> Saúl convocó a todo el pueblo a la batalla para descender a Keila y poner sitio a David y a sus hombres.**

**<sup>9</sup> Pero al saber David que Saúl tramaba algo malo contra él, dijo al sacerdote Abiatar: «Trae el efod.» <sup>10</sup> Luego dijo:**

**—Jehová, Dios de Israel, tu siervo tiene entendido que Saúl intenta venir a Keila para destruir la ciudad por causa mía. <sup>11</sup> ¿Me entregarán los vecinos de Keila en sus manos? ¿Descenderá Saúl, como ha oído tu siervo? Jehová, Dios de Israel, te ruego que lo hagas saber a tu siervo.**

**Jehová dijo:**

**—Sí, descenderá.**

**<sup>12</sup> Dijo luego David:**

**—¿Me entregarán los vecinos de Keila a mí y a mis hombres en manos de Saúl?**

**Jehová respondió:**

**—Os entregarán.**

**<sup>13</sup> Entonces David partió con sus hombres, que eran como seiscientos, salieron de Keila y anduvieron de un lugar a otro. Llegó a Saúl la noticia de que David se había escapado de Keila y desistió de salir.**

**<sup>14</sup> David se quedó en el desierto, en lugares fuertes, y**

**habitaba en un monte en el desierto de Zif. Lo buscaba Saúl todos los días, pero Dios no lo entregó en sus manos.**

Nuestros propios problemas tienden a evitar que nos involucremos en las vidas de los demás. David y sus hombres tenían más que suficiente trabajo que hacer para sobrevivir y escapar al ejército de Saúl.

Sin embargo, cuando David supo que los ciudadanos de Keila, sus coterráneos, estaban bajo ataque filisteo, sintió la sagrada obligación de ir a rescatarlos. Keila era una ciudad amurallada, situada en tierras bajas de Judá. Al parecer, los filisteos se percataron de que Saúl estaba ocupado en la captura de David y aprovecharon la ocasión para ir al ataque contra la pequeña villa situada al sudeste de Jerusalén, con el aparente objetivo de apoderarse de la recién concluida cosecha de granos. David tuvo el cuidado de no apresurarse sin la bendición de Dios; le preguntó a Jehová y recibió la aprobación para la acción militar.

No obstante, sus hombres cuestionaban que fuera sabio abrir otro frente de batalla; aunque las fuerzas habían crecido hasta seiscientos efectivos, creían que no eran rival apropiado para el ejército filisteo. Fue por causa de ellos que David inquirió otra vez del Señor, y en esta oportunidad la respuesta fue aún más alentadora: “Yo entregaré en tus manos a los filisteos” (23:4).

Animados por la promesa de Dios, David y sus hombres dejaron su seguro escondite en Haret y marcharon a Keila. Aparentemente tomaron por sorpresa a los filisteos, cuando estaban a punto de saquear la ciudad y quemarla. La victoria de ese día sobre los tradicionales enemigos fue contundente: los pobladores fueron rescatados, y los hombres de David tomaron para sí los rebaños de los atacantes. Este botín de guerra los iba a sustentar durante los meses venideros.

Por algún motivo inexplicable, los ciudadanos de Keila, de quienes David tenía todas las razones para pensar que iban a estar eternamente agradecidos, le dieron información a Saúl de que David estaba entre ellos. Es difícil que entendamos la ingratitud



de los de Keila, pero esa es la naturaleza de la ingratitud. Muchas veces hemos traicionado a nuestro Señor y hemos pagado su bondad con ingratitud. David estaba aprendiendo una importante lección: es mucho mejor confiar en Jehová que en los hombres.

Saúl estaba convencido de que esta información le abría la brecha que necesitaba y dijo: “Dios lo ha entregado en mis manos”. Creía que iba a ser cosa fácil capturarlo ahora que él mismo se había encerrado tras las puertas y los cerrojos de esa ciudad de las tierras bajas. Para no permitirse casualidades, ordenó que todas sus tropas partieran al unísono hacia Keila.

David, informado de que todo el ejército de Israel estaba en camino, acudió al sacerdote Abiatar y le pidió que buscara el consejo de Dios sobre el asunto, lo que éste hizo empleando el efod que usaba habitualmente el sumo sacerdote (ver Éxodo 28:6-30). La pregunta que le hizo a Dios fue doble: ¿Atacará Saúl definitivamente? ¿Me entregarán a él los habitantes de Keila? La respuesta a ambas preguntas fue un “Sí” categórico.

Rápida y sigilosamente, los hombres de David se deslizaron fuera de la ciudad, para desaparecer una vez más en la montañosa e inhóspita región cercana al mar Muerto. Cuando Saúl supo que David había escapado, detuvo la marcha sobre Keilá; ya habría otra oportunidad para quien estaba tan decidido a seguir implacablemente la persecución. Pero “Dios no lo entregó en sus manos”.

Esta es una hermosa ilustración de la protección que Dios mantiene sobre los suyos. En sus manos permanecemos seguros. Como a David, nos rodean constantemente los peligros; si nos concentramos solamente en ellos, nos congelaremos de pánico. Escuchemos el mensaje de aliento que nos da Dios: “No temas, porque yo te redimí; te puse nombre; mío eres tú. Cuando pases por las aguas, yo estaré contigo. ... Cuando pases por el fuego, no te quemarás. ... Yo, yo soy Jehová, y fuera de mí no hay quien salve. ... No hay quien de mis manos libre” (Isaías 43:1,2,11,13).

***Encontremos nuestra fuerza en Dios***

**15** Viendo, pues, David que Saúl había salido en busca de su vida, se quedó en Hores, en el desierto de Zif.

**16** Jonatán hijo de Saúl se levantó y vino adonde estaba David, en Hores, y lo reconfortó en Dios <sup>17</sup> diciéndole:

—No temas, pues no te hallará la mano de Saúl, mi padre; tú reinarás sobre Israel y yo seré tu segundo. Hasta mi padre Saúl lo sabe.

**18** Ambos hicieron un pacto delante de Jehová; David se quedó en Hores y Jonatán se volvió a su casa.

David tiene que haber estado enormemente descorazonado por la ingratitud y la deslealtad de los moradores de Keila. Precisamente en esos momentos apareció Jonatán en medio de aquel desierto, buscando a su amigo. No hubiera podido llegar en mejor ocasión, y debe haber sentido que lo hacía enviado por Dios. Ayudó a su amigo: “lo reconfortó en Dios”, y le confirmó que, a su debido tiempo, iba a ser rey: “Hasta mi padre Saúl lo sabe”. Jonatán expresó la esperanza de que algún día él iba a ser el segundo al mando. Tras estas palabras, ambos renovaron su pacto de amistad y fidelidad.

Habían tenido una gozosa reunión, y la despedida tiene que haber estado llena de emoción. Sin que ninguno lo supiera, ésta iba a ser la última vez que se encontraban juntos; únicamente al encontrarse en la presencia del Salvador se verían nuevamente el uno al otro.

Jonatán había cumplido con el propósito de Dios, había ayudado a su amigo: “Lo reconfortó en Dios”. Y para esto habían sido todas las pruebas que David experimentó, y que le fueron quitando cada uno de sus apoyos humanos, hasta traerlo al Único en el cual podía apoyarse verdaderamente.

Muchos eruditos bíblicos sostienen que las palabras de David en el Salmo 34 brotaron de estos momentos. Escuchemos lo que nos dicen: “Busqué a Jehová, y él me oyó y me libró de todos mis temores... Este pobre clamó, y lo oyó Jehová. Y lo libró de todas

sus angustias... Gustad y ved que es bueno Jehová. ¡Bienaventurado el hombre que confía en él” (Salmo 34:4,6,8).

Notemos el cambio que acaeció en David: las circunstancias exteriores de su vida eran las mismas; Saúl continuaba acosándolo, las colinas de Judá continuaban áridas y solitarias, y las noches no habían modificado su fría oscuridad; pero su perspectiva había cambiado, había llegado a confiar más que nunca en Dios. Las pruebas están hechas para nosotros y no para nuestro ambiente; así aprendemos a apreciar el valor muy superior de las cosas espirituales. Lo que nos resulta duro en el cuerpo puede ser bueno para nuestra alma. Tal vez en alguna ocasión hayamos oído la canción del labrador ciego.

Pon mi mano sobre el arado,  
Mis pies sobre el suelo;  
Mi rostro hacia el este  
Y gracias a Dios.  
El Dios cuyo sol sobre todos brilla  
Por igual para ti y para mí.  
El Dios que tomó mis ojos,  
Para que mi alma pueda ver.

No hay experiencia en la vida como venir a quedar con sólo Dios, y nada más que Dios. “¡Bienaventurado el hombre que confía en él!” (Salmo 34:8).

### ***Dios es mi refugio***

**<sup>19</sup> Después subieron los de Zif para decirle a Saúl en Gabaa:**

—¿No está David escondido en nuestra tierra, en las peñas de Hores, en el collado de Haquila, que está al sur del desierto? <sup>20</sup> Por tanto, rey, desciende ahora pronto, conforme a tu deseo, y nosotros lo entregaremos en manos del rey.

**<sup>21</sup> Saúl les respondió:**

—Benditos seáis vosotros de Jehová, que habéis tenido compasión de mí. <sup>22</sup> Id, pues, ahora, aseguraos más, conoced y ved el lugar de su escondite, y quién lo haya visto allí; porque se me ha dicho que él es muy astuto. <sup>23</sup> Observad, pues, e informaos de todos los escondrijos donde se oculta; regresad a mí con información segura y yo iré con vosotros. Si él está en la región, yo lo buscaré entre todas las familias de Judá.

<sup>24</sup> Ellos se levantaron y se fueron a Zif delante de Saúl. Pero David y su gente estaban en el desierto de Maón, en el Arabá, al sur del desierto. <sup>25</sup> Fue Saúl con su gente a buscarlo; pero alguien avisó a David, el cual descendió a la peña y se quedó en el desierto de Maón. Cuando Saúl oyó esto, siguió a David al desierto de Maón. <sup>26</sup> Saúl iba por un lado del monte, y David con sus hombres por el otro lado del monte. Se daba prisa David para escapar de Saúl, pero Saúl y sus hombres habían rodeado a David y a su gente para capturarlos. <sup>27</sup> Entonces llegó un mensajero y dijo a Saúl:

«Ven en seguida, porque los filisteos han hecho una incursión en el país».

<sup>28</sup> Abandonó Saúl, por tanto, la persecución de David, y partió contra los filisteos. Por esta causa le pusieron a aquel lugar el nombre de Sela-hama-lecot. <sup>29</sup> De allí David se fue a habitar en los lugares fuertes de En-gadi.,

A donde quiera que fuese David, era un paria. Quizá éste fue el momento de su vida en el que escribió: “Pero yo soy gusano y no hombre; oprobio de los hombres y despreciado del pueblo” (Salmo 22:6).

Al huir hacia un lugar llamado el collado de Haquila, creyó haber encontrado refugio. El collado de Haquila estaba ubicado en el inhóspito territorio de Zif (al oeste del mar Muerto) y era, en cuanto podía discernir, territorio neutral; pero una vez más lo traicionaron. Los zifitas le refirieron a Saúl las andanzas de David,

diciéndole: “¿No está David escondido en nuestra tierra?”

Saúl estaba regocijado con la disposición para cooperar que manifestaron sus informantes, pero también estaba aleccionado por las numerosas veces en que David lo había eludido, sabía que un caso así tenía la necesidad de ser prudente; y quiso que le brindaran toda la información posible, insistiéndoles sobre el particular.

David, que no permanecía mucho tiempo en un mismo lugar, se desplazó enseguida al desierto de Maón en territorio de Judá. Nuevamente los zifitas le informaron a Saúl que David estaba entre ellos y la persecución continuó.

Guiado por el Espíritu Santo, David registró sus pensamientos en el Salmo 54 y se refugió en la oración: “Dios, sálvame por tu nombre y con tu poder defiéndeme... porque extraños se han levantado contra mí y hombres violentos buscan mi vida; no han puesto a Dios delante de sí. Dios es el que me ayuda; el Señor está con los que sostienen mi vida” (Salmo 54:1,3,4).

Mientras las fuerzas de Saúl iban por un lado de la montaña, las de David andaban por el otro. Cuando los perseguidos ya estaban a punto de ser rodeados, llegó un mensajero con el urgente informe de una invasión filistea que obligó a Saúl a suspender la persecución y regresar; razón por la que pusieron al lugar el nombre de *Sela-hamalcot*, “la roca de la separación”.

¡De cuántas formas nos libra Dios del mal! A algunos esto les parece un golpe de suerte que tuvo David, pero él vio en ello la mano de Dios: “Voluntariamente sacrificaré a ti; alabaré tu nombre, Jehová, porque es bueno, porque él me ha librado de toda angustia y mis ojos han visto la ruina de mis enemigos” (Salmo 54: 6,7). Quién sabe si años más tarde David también pensaba en esta experiencia cuando escribió del Señor: “Tú eres mi refugio; me guardarás de la angustia; con cánticos de liberación me rodearás” (Salmo 32:7).

### ***Justa respuesta al mal***

**24** Cuando Saúl volvió de perseguir a los filisteos, le avisaron: «David está en el desierto de En-gadi.»<sup>2</sup> Tomó entonces Saúl tres mil hombres escogidos de todo Israel y salió en busca de David y de sus hombres por las cumbres de los peñascos de las cabras monteses.<sup>3</sup> Al llegar a un redil de ovejas junto al camino, donde había una cueva, entró Saúl en ella para hacer sus necesidades. En el fondo de la cueva estaban sentados David y sus hombres.<sup>4</sup> Los hombres de David le dijeron:

—Mira, éste es el día que Jehová te anunció: “Yo entrego a tu enemigo en tus manos, y harás con él como te parezca.”

David se levantó y, calladamente, cortó la orilla del manto de Saúl.<sup>5</sup> Después de esto se turbó el corazón de David, porque había cortado la orilla del manto de Saúl.<sup>6</sup> Y dijo a sus hombres:

—Jehová me guarde de hacer tal cosa contra mi señor, el ungido de Jehová. ¡No extenderé mi mano contra él, porque es el ungido de Jehová!

<sup>7</sup> Con estas palabras reprimió David a sus hombres y no les permitió que se abalanzaran contra Saúl. Y Saúl, saliendo de la cueva, siguió su camino.<sup>8</sup> También David se levantó después y, saliendo de la cueva, le gritó a Saúl:

—¡Mi señor, el rey!

Cuando Saúl miró hacia atrás, David se postró rostro en tierra, hizo una reverencia,<sup>9</sup> y dijo a Saúl:

—¿Por qué escuchas las palabras de los que dicen: “Mira que David procura tu mal?”<sup>10</sup> Hoy han visto tus ojos cómo Jehová te ha puesto en mis manos en la cueva. Me dijeron que te matara, pero te perdoné, pues me dije: “No extenderé mi mano contra mi señor, porque es el ungido de Jehová.”

<sup>11</sup> »Mira, padre mío, mira la orilla de tu manto en mi mano; porque yo corté la orilla de tu manto y no te maté. Reconoce, pues, que no hay mal ni traición en mis manos, ni he pecado contra ti; sin embargo, tú andas a caza de mi vida

para quitármela. <sup>12</sup> Juzgue Jehová entre tú y yo, y véngueme de ti Jehová; pero mi mano no se alzaré contra ti. <sup>13</sup> Como dice el proverbio de los antiguos: “De los impíos saldrá la impiedad”; así que mi mano no se alzaré contra ti.

<sup>14</sup> ¿Contra quién ha salido el rey de Israel? ¿A quién persigues? ¿A un perro muerto? ¿A una pulga? <sup>15</sup> Jehová, pues, será juez, y él juzgará entre tú y yo. Que él vea y sustente mi causa, y me defienda de tu mano.

<sup>16</sup> Aconteció que cuando David acabó de decir estas palabras a Saúl, éste exclamó:

—¿No es ésta tu voz, David, hijo mío?

Alzando su voz, Saúl rompió a llorar, <sup>17</sup> y dijo a David:

—Más justo eres tú que yo, que me has pagado con bien, habiéndote yo pagado con mal. <sup>18</sup> Hoy me has mostrado tu bondad; pues Jehová me ha entregado en tus manos y no me has dado muerte. <sup>19</sup> Porque ¿quién encuentra a su enemigo y lo deja ir sano y salvo? Jehová te pague con bien lo que en este día has hecho conmigo. <sup>20</sup> Ahora tengo por cierto que tú has de reinar, y que el reino de Israel se mantendrá firme y estable en tus manos. <sup>21</sup> Ahora, pues, júrame por Jehová que no destruirás mi descendencia después de mí, ni borrarás mi nombre de la casa de mi padre.

<sup>22</sup> Así lo juró David a Saúl. Después se fue Saúl a su casa, mientras David y sus hombres subían al lugar fuerte.

Tan pronto como Saúl pudo hacer retroceder a los filisteos hacia su propio territorio, reinició la persecución de David; si de éste se trataba, lo devoraba la ira. Incluso el informe de que el perseguido se refugiaba ahora en el desierto montañoso de la ribera oeste del mar Muerto, en un sitio llamado *Engadi*, no le hizo refrenarse.

Tomando 3,000 de sus mejor entrenados efectivos, Saúl comenzó a buscar a los fugitivos en la región llamada *los peñascos de las cabras monteses*. Aquí se encuentra una bella corriente de

agua, la llamada *fuentes de las cabras*, que salta desde un alto risco para caer unos 180 metros y dando lugar, al chocar con las rocas, a un oasis. El nombre se justifica por lo difícil que resulta llegar a ella, para lo cual se necesita escalar alturas que requieren la agilidad y el equilibrio de una cabra montés.

Las numerosas cuevas de piedra caliza que salpicaban el lugar, lo hacían el sitio perfecto para el escondite de David. Había: abrigo, agua, y una posición altamente ventajosa, que permitía ver por adelantado al enemigo que se aproximara.

El propio Saúl participaba de la cacería humana, y eso le pudo costar la vida. Teniendo que satisfacer sus “necesidades”, Saúl entró a una cueva solo; esa cueva era parte de un redil natural, una especie de área cubierta donde el pastor podía resguardar a sus ovejas en la noche. El rey no se percató de que David y al menos algunos de sus hombres estaban escondidos en sitios más recónditos del mismo lugar. ¡La posición de Saúl era en extremo vulnerable, y pensar que él mismo se había metido en ella!

¿Qué hubiéramos hecho nosotros estando en el lugar de David? Sus acompañantes lo presionaron para que aprovechara al máximo la oportunidad para desquitarse. Incluso le sugirieron que Dios lo estaba alentando para que le diera su merecido a Saúl. ¿No era esto lo que Dios tenía en mente cuando dijo: “Yo entrego a tu enemigo en tus manos, y harás con él como te parezca”?

Pero, por lo que sabemos, Dios no había dicho nada como eso. Un asunto recurrente en su palabra es que, cuando se trata de quienes nos han hecho daño, no nos corresponde a nosotros emparejar la cuenta. Dios declara: “Mía es la venganza y la retribución” (Deuteronomio 32:35).

David sabía que lo que sus servidores le aconsejaban no venía exactamente de Dios; sabía que Saúl era todavía el rey, y que le debía lealtad bajo Dios, aunque no podía olvidar todo lo que le había hecho pasar. Mientras Saúl estaba de espaldas a él, David se deslizó silenciosamente y le cortó un trozo a su manto.

Al leer esto, podemos imaginar una conversación nuestra con



David en la que le diríamos asombrados: ¿Dónde está el problema? Esto no es desquite, desemparejarle un poco el borde del manto a Saúl para que se sienta un poco incómodo en público no paga todo lo que te ha hecho pasar.

David tiene el mérito de no haber visto las cosas de esa manera. Tan pronto volvió a poner la espada en su vaina, comenzó a sentir remordimientos de conciencia: “Jehová me guarde de hacer tal cosa contra mi señor, el ungido de Jehová.”

David no era como tantos que comparan sus pequeñas acciones con los males mayores que han sufrido, y concluyen que era justo que actuaran como lo hicieron. Como a David, la conciencia nos debe molestar cuando respondemos en ira o decimos cosas que hieren y lastiman. Nuestras represalias pudieran parecernos menores en comparación con los males recibidos, pero ellas también deshonran a Dios.

David sabía eso y sintió en su conciencia la reprobación de Dios por lo que había hecho, de modo que reprendió a sus hombres y se negó a permitirles que atacaran a Saúl. El diálogo debió haber sido tenso y algunos pudieron pensar que el jefe actuaba neciamente al desaprovechar la oportunidad. No obstante, David se mantuvo en su posición, insistiendo en que se debían regir por principios justos, y que los propósitos de Dios no se benefician de las venganzas de los hombres.

Cuando Saúl abandonó la cueva, David le siguió a alguna distancia, sosteniendo en la mano la parte que había cortado del manto real. Imaginemos la estupefacción de Saúl cuando oyó que a sus espaldas le llamaban por su nombre. Se dio la vuelta repentinamente, y allí estaba David, inclinándose delante de él, rostro en tierra; sintiéndose tan mal por su acto de venganza que anhelaba confesar su maldad. Igualmente, estaba ansioso de poner las cosas en claro: “¿Por qué escuchas las palabras de los que dicen: ‘Mira que David procura tu mal’? ... Reconoce, pues, que no hay mal ni traición en mis manos, ni he pecado contra ti; sin embargo, tú andas a caza de mi vida para quitármela.”

No es nuestro trabajo andar rectificando los males que hemos

sufrido, sin que ello signifique que debamos retirarnos a una cueva para sufrir en silencio. Como David, deseamos aclarar las cosas y sería de ayuda hacer saber que nuestra conciencia está tranquila: “Juzgue Jehová entre tú y yo”.

Saúl observó a David con la pequeña parte de su manto en la mano; escuchó sus palabras y probablemente se sonrojó. Lloró en alta voz y dijo: “Más justo eres tú que yo.” Lo que equivale a decir: “David, tú eres mejor persona que yo.” Al final, Saúl también reconoció que David iba a ser rey sobre Israel y le hizo entonces esta solicitud: “Ahora, pues, júrame por Jehová que no destruirás mi descendencia después de mí, ni borrarás mi nombre de la casa de mi padre.” Saúl rogó por su familia, y David recordó y mantuvo su promesa.

¿Estaría este incidente de la vida de David en la mente del apóstol Pablo cuando escribió: “No paguéis a nadie mal por mal. ... No os venguéis vosotros mismos. ... No seas vencido de lo malo, sino vence con el bien el mal”? (Romanos 12:17,19, 21).

Edwin Markham, el poeta americano, había confiado el cuidado de sus propiedades en manos de un fingido amigo. Un día se encontró sin un centavo, su “amigo” lo había engañado. Pero Markham inició rápidamente una campaña para llevar a ese hombre de regreso al redil cristiano. Resumió su método en estas líneas:

Trazó un círculo que me dejó fuera;  
Hereje, rebelde, burlador.  
Pero el amor y yo tuvimos tino para triunfar:  
Hicimos un círculo que lo volvió a encerrar.  
(*Outwitted*, Burlador burlado)

¿No tenemos todos nosotros razones para perdonar y olvidar los males que hemos sufrido en el pasado? El perdón de Dios en Jesucristo lo hace posible. ¿Haríamos menos nosotros?

## ***David y Nabal***

**25** Por entonces murió Samuel. Todo Israel se congregó para llorarlo y lo sepultaron en su casa, en Ramá. Entonces se levantó David y se fue al desierto de Parán.

<sup>2</sup> En Maón había un hombre que tenía su hacienda en Carmel. Era muy rico, tenía tres mil ovejas y mil cabras, y estaba esquilando sus ovejas en Carmel. <sup>3</sup> Aquel hombre se llamaba Nabal, y su mujer, Abigail. Aquella mujer era de buen entendimiento y hermosa apariencia, pero el hombre era rudo y de mala conducta; era del linaje de Caleb.

<sup>4</sup> Supo David en el desierto que Nabal esquilaba sus ovejas. <sup>5</sup> Entonces envió David diez jóvenes y les dijo: «Subid al Carmel e id a Nabal; saludadlo en mi nombre <sup>6</sup> y decidle: “Paz a ti, a tu familia, y paz a todo cuanto tienes. <sup>7</sup> He sabido que tienes esquiladores. Ahora bien, tus pastores han estado con nosotros; no los tratamos mal ni les faltó nada en todo el tiempo que han estado en Carmel. <sup>8</sup> Pregunta a tus criados y ellos te lo dirán. Hallen, por tanto, estos jóvenes gracia a tus ojos, porque hemos venido en buen día; te ruego que des lo que tengas a mano a tus siervos y a tu hijo David.”»

<sup>9</sup> Los jóvenes enviados por David fueron y dijeron a Nabal todas estas cosas en nombre de David, y callaron.

<sup>10</sup> Pero Nabal respondió a los jóvenes enviados por David:

—¿Quién es David, quién es el hijo de Isaí? Muchos siervos hay hoy que huyen de sus señores. <sup>11</sup> ¿He de tomar yo ahora mi pan, mi agua y la carne que he preparado para mis esquiladores, y darla a hombres que no sé de dónde son?

<sup>12</sup> Los jóvenes que había enviado David, dando media vuelta, tomaron el camino de regreso. Cuando llegaron a donde estaba David, le dijeron todas estas cosas. <sup>13</sup> Entonces David dijo a sus hombres:

«Cíñase cada uno su espada.»

Cada uno se ciñó su espada y también David se ciñó la suya. Subieron tras David unos cuatrocientos hombres, y dejaron doscientos con el bagaje. <sup>14</sup> Pero uno de los criados

**avisó a Abigail, mujer de Nabal, diciendo: «Mira que David ha enviado mensajeros del desierto para saludar a nuestro amo, y él los ha despreciado. <sup>15</sup> Aquellos hombres han sido muy buenos con nosotros, y cuando estábamos en el campo nunca nos trataron mal, ni nos faltó nada en todo el tiempo que anduvimos con ellos. <sup>16</sup> Muro fueron para nosotros de día y de noche, todos los días que hemos estado con ellos apacentando las ovejas. <sup>17</sup> Ahora, pues, reflexiona y mira lo que has de hacer, porque ya está decidida la ruina de nuestro amo y de toda su casa; pues él es un hombre tan perverso, que no hay quien pueda hablarle.»**

**<sup>18</sup> Tomó Abigail a toda prisa doscientos panes, dos cueros de vino, cinco ovejas guisadas, cinco medidas de grano tostado, cien racimos de uvas pasas y doscientos panes de higos secos, y lo cargó todo sobre unos asnos. <sup>19</sup> Luego dijo a sus criados:**

**«Id delante de mí, y yo os seguiré luego.»**

**Pero nada declaró a su marido Nabal.**

Por primera vez en años, David podía ahora conocer una temporada de paz y descanso. Saúl se había vuelto a casa y lo había dejado solo en el deshabitado territorio al suroeste del mar Muerto, el desierto de Parán, en medio de una soledad y una calma que apreció mucho.

Samuel murió por ese tiempo. Había sido el último juez que guiara a Israel; sus últimos años tienen que haber estado entristecidos por la continua dureza del corazón de Saúl y por las amenazas que afrontaba David, el ungido del Señor. Parece que en esos años de su decadencia fue poca la atención que se le prestó: aparentemente su actividad estuvo restringida a la escuela de profetas de Ramá.

La noticia de su muerte debe haber hecho recordar la enorme deuda que la nación tenía con él. Todo Israel se reunió en la ciudad del profeta, para presentarle sus respetos y honrar su memoria.

Debemos asumir que Saúl estuvo entre los asistentes. El servicio fúnebre fue un pobre sustituto de lo que más le hubiera complacido, y ello era un retorno a Dios y un renovado interés por atender su Palabra. Como frecuentemente ocurre, al morir se elogió al individuo que se ignoró en vida.

Nada se dice de la presencia de David en el funeral; al parecer permaneció en el desierto al sur de Judá. En este sitio, la gente de la zona tenía grandes rebaños de ovejas y él y sus hombres procuraban mantenerse y ganar el favor de sus vecinos, protegiendo a los rebaños y los pastores del ataque de bandas de ladrones.

Cuando las ovejas eran esquiladas y el propietario del rebaño obtenía las correspondientes ganancias, era cosa común, como es en nosotros el dar propina a un camarero, que el propietario compartiera una pequeña parte de los beneficios con quienes habían protegido a sus pastores. Uno de los más beneficiados por los servicios de David era Nabal, (nombre que en hebreo significa tonto), un descendiente de Caleb. Él y su esposa vivían en Carmel, donde años atrás Saúl se había erigido un monumento a él mismo (15:12). Las mil cabras y las tres mil ovejas de Nabal hacían de él un hombre extraordinariamente rico, pese a lo cual se negó a ofrecerle algo a David por los servicios prestados. Su actitud fue como si nunca hubiese oído de ese *forastero* David: “¿Quién es David, quién es el hijo de Isaí?”

El olvido muy conveniente de Nabal era algo que ya probablemente había usado para evadir deudas y trató de usar igual técnica en este caso. Al regreso, los hombres de David le informaron de la mezquina ingratitud de Nabal, lo que le hizo sentir airado e insultado, por decir poco. La sangre le hervía y estallaba de cólera. Ahora, en vez de enviar diez hombres solicitando la gracia de un favor, él mismo iría a visitarlo al frente de *cuatrocientos hombres* armados de espada. Pensemos en el número; no había forma de que Nabal pudiera sobrevivir a lo que se le avecinaba. ¡David le iba a enseñar a este *tonto* su última

lección!

Uno de los problemas que todos tenemos con la ira es lo difícil que nos resulta controlarla. Antes de que nos demos cuenta, ya ha tomado el control de nosotros y nos lleva a hacer cosas que luego lamentamos profundamente, a decir cosas que nunca hubiéramos querido haber dicho. Aquí tenemos a David, la imagen misma de la paciencia y de la gracia aun bajo presión; pero ahora, por alguna razón, la ingratitud de Nabal le hizo estallar, le hizo perder el autocontrol, y puso en su corazón un deseo de mortífera venganza.

Ninguno de nosotros debiera atreverse a decir que ha vencido la ira. Podemos señalar numerosos momentos en los que la hemos dominado, pero eso no significa que hayamos dejado atrás el problema.

Mientras David y sus cuatrocientos hombres se acercaban rápidamente, uno de los pastores jóvenes de Nabal le advirtió a Abigail, su esposa, acerca del inminente desastre. El propio hecho de que el servidor se acercara a Abigail, y no a Nabal, indica lo temido e inabordable que era ese sujeto. Dicho con las palabras del joven: “Él es un hombre tan perverso, que no hay quien pueda hablarle.”

Con esta noticia, el siervo también confirmó que era verdad todo lo que los hombres de David habían dicho del servicio que le habían rendido a Nabal. Parece que los combatientes de David habían subestimado la ayuda que le habían dado; el siervo dijo: “Aquellos hombres han sido muy buenos con nosotros, y cuando estábamos en el campo nunca nos trataron mal, ni nos faltó nada en todo el tiempo que anduvimos con ellos.”

Terco, beligerante, deshonesto e injusto era todo lo opuesto a su esposa Abigail. ¡Jamás se casaron dos personas tan diferentes! Y es difícil imaginar cómo se produjo la unión. Ella era inteligente y hermosa; persona alerta, y de pensamiento rápido; tenía la capacidad de comprender a la gente, cosa de gran valor práctico al resolver problemas.

Aun cuando su esposo no lo ameritaba, lo protegía y estaba

dispuesta a salvarlo a pesar de la clase de persona que era. Esta leal esposa ideó un plan ingenioso para aplacar a un hombre airado y calmar su apetito; en muy poco tiempo se las arregló para preparar comida para más de seiscientos varones medio muertos de hambre. Los víveres incluían: cien panes, cinco ovejas guisadas, cien racimos de uvas pasas y doscientos panes de higos. Mujer sobresaliente y muy capaz, lo hizo todo sin ayuda de Nabal.

### *La respuesta suave ablanda la ira*

<sup>20</sup> Montada en un asno, descendió por una parte secreta del monte, mientras David y sus hombres venían en dirección a ella; y ella les salió al encuentro.

<sup>21</sup> David había comentado: «Ciertamente en vano he guardado en el desierto todo lo que este hombre tiene, sin que nada le haya faltado de todo cuanto es suyo; y él me ha devuelto mal por bien. <sup>22</sup> Traiga Dios sobre los enemigos de David el peor de los castigos, que de aquí a mañana no he de dejar con vida ni a uno solo de los que están con él.»

<sup>23</sup> Cuando Abigail vio a David, se bajó en seguida del asno; inclinándose ante David, se postró en tierra, <sup>24</sup> y echándose a sus pies le dijo:

—¡Que caiga sobre mí el pecado!, señor mío, pero te ruego que permitas que tu sierva hable a tus oídos, y escucha las palabras de tu sierva. <sup>25</sup> No haga caso ahora mi señor de ese hombre perverso, de Nabal; porque conforme a su nombre, así es. Él se llama Nabal, y la insensatez lo acompaña; pero yo, tu sierva, no vi a los jóvenes que tú enviaste. <sup>26</sup> Ahora pues, señor mío, ¡vive Jehová, y vive tu alma!, que Jehová te ha impedido venir a derramar sangre y vengarte por tu propia mano. Sean, pues, como Nabal tus enemigos, y todos los que procuran el mal contra mi señor. <sup>27</sup> En cuanto a este presente que tu sierva te ha traído, que sea dado a los hombres que siguen a mi señor. <sup>28</sup> Te ruego que perdones a tu sierva esta ofensa; pues Jehová hará de cierto

**una casa perdurable a mi señor, por cuanto mi señor pelea las batallas de Jehová, y no vendrá mal sobre ti en todos tus días. <sup>29</sup> Aunque alguien se haya levantado para perseguirte y atentar contra tu vida, con todo, la vida de mi señor será atada al haz de los que viven delante de Jehová tu Dios, mientras que él arrojará las vidas de tus enemigos como quien las tira con el cuenco de una honda. <sup>30</sup> Cuando Jehová haga con mi señor conforme a todo el bien que ha hablado de ti, y te establezca como príncipe sobre Israel, <sup>31</sup> entonces, señor mío, no tendrás motivo de pena ni remordimientos por haber derramado sangre sin causa, o por haberte vengado con tu propia mano. Guárdese, pues, mi señor, y cuando Jehová haya favorecido a mi señor, acuérdate de tu sierva.**

**<sup>32</sup> Entonces David dijo a Abigail:**

**—Bendito sea Jehová, Dios de Israel, que te envió para que hoy me encontraras. <sup>33</sup> Bendito sea tu razonamiento y bendita tú, que me has impedido hoy derramar sangre y vengarme por mi propia mano. <sup>34</sup> Porque, ¡vive Jehová, Dios de Israel!, que me ha impedido hacerte mal, que de no haberte dado prisa en venir a mi encuentro, mañana por la mañana no le habría quedado con vida a Nabal ni un solo hombre.**

Ya David y sus hombres iniciaban el descenso hacia el pequeño valle cuando se acercó Abigail con todo el alimento cargado en burros. Había pensado cuidadosa y detenidamente todas las palabras que debía decir, y esas palabras son una lección de tacto y diplomacia. Después de desmontar de su burro, se inclinó, rostro en tierra, en señal de sumisión ante David. Lo trató de señor y no dudó en llamarse su sierva, diciendo: “¡Que caiga sobre mí el pecado!, señor mío ... porque conforme a su nombre, así es. Él se llama Nabal, y la insensatez lo acompaña.” Esta era una mujer que no estaba ciega a las faltas de su marido a quien conocía, pero no por ello desertaba de su matrimonio ni abandonaba los votos que había hecho el día de su boda. Actuando



como lo hizo, le mostró a David que había un lado noble en la familia, y se lamentó de no haber estado ahí para suavizar las cosas cuando los hombres de David se presentaron por primera vez.

Abigail dejó ver la clase de mujer perspicaz y comprensiva que era; conocía las pruebas y los problemas de David, y reconocía que ser un hombre de fe era lo que le había hecho grande. A esa fe apeló, recordándole que era Jehová quien misericordiosamente le había impedido derramar sangre al tomar venganza por su propia mano y rogándole que disculpara la ofensa de su esposo. “Aunque alguien se haya levantado para perseguirte y atentar contra tu vida, con todo, la vida de mi señor será atada al haz de los que viven delante de Jehová tu Dios, mientras que él arrojará las vidas de tus enemigos como quien las tira con el cuenco de una honda. Cuando Jehová haga con mi señor conforme a todo el bien que ha hablado de ti, y te establezca como príncipe sobre Israel, entonces, señor mío, no tendrás motivo de pena ni remordimientos por haber derramado sangre sin causa, o por haberte vengado con tu propia mano.” Abigail le dio un sabio y buen consejo.

El consejo recto y sano de esta mujer resuena en lo escrito por el apóstol Santiago: “Por esto, mis amados hermanos, todo hombre sea presto para oír, tardo para hablar, tardo para airarse, porque la ira del hombre no obra la justicia de Dios” (Santiago 1:19,20).

“Conforme a su corazón”; así era como Dios había llamado a David, y eso no nos debe asombrar, porque lo vemos abierto a su instrucción y corrección, aun cuando éstas vinieran a través de una mujer con quien nunca antes se había encontrado. David le agradeció a Abigail lo que había hecho por él; pero más importante aún, le dio gracias a Dios por haberla enviado: “Bendito sea Jehová, Dios de Israel, que te envió para que hoy me encontraras. Bendito sea tu razonamiento y bendita tú, que me has impedido hoy derramar sangre y vengarme por mi propia mano.” David se había dado cuenta de lo horriblemente cerca que estuvo de hacer algo que le hubiera pesado de por vida.

Quiera Dios, concedernos que, cuando la ira se agite dentro de

nosotros, haya una “Abigail”, que nos calme y nos ayude a poner las cosas en su justa perspectiva. No sería deseable que pasaráramos nuestros años abrumados por el recuerdo del mal que le hicimos a otro.

### *David y Abigail*

<sup>35</sup> David recibió de sus manos lo que le había traído, y le dijo:

—Sube en paz a tu casa, pues he escuchado tu petición y te la he concedido.

<sup>36</sup> Cuando Abigail volvió adonde estaba Nabal, éste estaba celebrando en su casa un banquete como de rey. Nabal estaba alegre y completamente ebrio, por lo cual ella no le dijo absolutamente nada hasta el día siguiente. <sup>37</sup> Pero por la mañana, cuando ya a Nabal se le habían pasado los efectos del vino, le contó su mujer estas cosas; entonces se le apretó el corazón en el pecho, y se quedó como una piedra. <sup>38</sup> Diez días después, Jehová hirió a Nabal, y éste murió. <sup>39</sup> Luego de oír David que Nabal había muerto, dijo:

«Bendito sea Jehová, que juzgó la causa de la afrenta que recibí de manos de Nabal, y ha preservado del mal a su siervo. Jehová ha hecho caer la maldad de Nabal sobre su propia cabeza.»

Después mandó David a decir a Abigail que quería tomarla por mujer. <sup>40</sup> Los siervos de David se presentaron ante Abigail en Carmel y le hablaron diciendo:

—David nos envía para tomarte por mujer.

<sup>41</sup> Ella se levantó, se postró rostro en tierra, y dijo:

—Aquí tienes a tu sierva, que será una sierva para lavar los pies de los siervos de mi señor.

<sup>42</sup> Se levantó luego Abigail y, acompañada de las cinco doncellas que la servían, montó en un asno, siguió a los mensajeros de David, y fue su mujer.

<sup>43</sup> También tomó David a Ahinoam de Jezreel, y ambas

**fuero sus mujeres. <sup>44</sup>Porque Saúl había dado a su hija Mical, mujer de David, a Palti hijo de Lais, que era de Galim.**

Después de que David y sus hombres dieron cuenta de la suntuosa comida que había preparado Abigail, David la envió de regreso a su casa en paz. Al llegar ella allá, encontró a su esposo celebrando desenfrenadamente su éxito: el vino corría, los ánimos estaban muy asaltados y Nabal estaba borracho e ignoraba lo cerca que había estado de la muerte. Abigail comprendió que no convenía hablarle en tal estado y esperó a que estuviera sobrio. A la mañana siguiente le describió a su marido cómo estuvo casi en la tumba; las noticias lo aterraron tanto, que sufrió un ataque cardíaco, a causa del cual falleció diez días después. Jehová, que se reserva el derecho a la venganza, había juzgado a Nabal.

David recibió la noticia de la muerte del esposo de Abigail con un suspiro de alivio. Dios le enseñaba misericordiosamente, otra vez, que la venganza era solamente de él. David le agradecía que le hubiese vindicado, y que le hubiera impedido, en su misericordia, que hiciese algo que después hubiera lamentado.

De este incidente surgió el romance. No mucho después del funeral, David le pidió a Abigail que fuera su esposa: sus cualidades especiales no le habían pasado inadvertidas.

Aparentemente, ella también apreciaba el corazón de David para las cosas de Dios; aunque se daba cuenta de que ser su esposa no iba a ser fácil; al menos al comienzo iba a tener que adoptar la condición de fugitiva. A pesar de ello, aceptó la propuesta de David, y se presentó sin demora a su nuevo esposo junto con sus cinco siervas. Sin duda, anhelaba tener un compañero que la apreciara por lo que era.

Aquí también es evidente que Dios puede sacar bendiciones de los tiempos difíciles, en este caso dándole a David una ayuda idónea para toda la vida. Nadie podía poner objeciones a ese matrimonio. Recientemente, Saúl le había dado a su hija Mical a

otro hombre, lo que dejaba libre a David para casarse otra vez.

Pero nos preocupa saber que David se casó también con Ahinoam de Jizreel, teniendo ahora dos esposas. El texto sugiere que hizo eso por su cuenta, sin consultar con Dios, y sin su bendición. Dios nunca ha dicho: “Es lícito tener múltiples parejas”, sino que desde el principio dijo muy claramente que el matrimonio es una relación de toda la vida entre un hombre y una mujer que se unen bajo Dios. Todo lo que podemos decir sobre este asunto en estos momentos es que David era un hombre, un producto de su tiempo.

*David perdona otra vez la vida a Saúl*

**26** Llegaron, pues, los zifeos adonde estaba Saúl, en Gabaa, diciendo: «¿No está David escondido en el collado de Haquila, al oriente del desierto?» <sup>2</sup> Entonces Saúl se levantó y descendió al desierto de Zif, llevando consigo tres mil hombres escogidos de Israel, para buscar a David en el desierto de Zif. <sup>3</sup> Acampó Saúl en el collado de Haquila, que está junto al camino, al oriente del desierto. Andaba David por el desierto, y advirtió que Saúl entraba a perseguirlo en el desierto, <sup>4</sup> por lo que envió unos espías, y supo con certeza que Saúl había llegado. <sup>5</sup> Se levantó luego David y fue al sitio donde Saúl había acampado. Observó el lugar donde dormían Saúl y Abner hijo de Ner, general de su ejército. Estaba Saúl durmiendo en el campamento, y el pueblo acampaba en derredor suyo. <sup>6</sup> Entonces David dijo a Ahimelec, el heteo, y a Abisai, hijo de Sarvia, hermano de Joab:

—¿Quién descenderá conmigo al campamento donde está Saúl?

Abisai dijo:

—Yo descenderé contigo.

<sup>7</sup> David y Abisai fueron, pues, de noche adonde estaba el ejército. Saúl se hallaba tendido durmiendo en el campamento, con su lanza clavada en tierra a su cabecera;

**Abner y el ejército estaban tendidos alrededor de él.**

**<sup>8</sup> Entonces dijo Abisai a David:**

**—Hoy ha entregado Dios a tu enemigo en tus manos; ahora, pues, déjame que lo hiera con la lanza: lo clavaré en tierra de un golpe, y no le hará falta un segundo golpe.**

**<sup>9</sup> David respondió a Abisai:**

**—No lo mates; porque ¿quién extenderá impunemente su mano contra el ungido de Jehová?**

**<sup>10</sup> Dijo además David:**

**—¡Vive Jehová!, que si Jehová no lo hiriera (sea que le llegue su día y muera, o descienda a la batalla y perezca),  
<sup>11</sup> guárdeme Jehová de extender mi mano contra el ungido de Jehová. Pero ahora toma la lanza que está a su cabecera y la vasija de agua, y vámonos.**

**<sup>12</sup> Se llevó, pues, David la lanza y la vasija de agua de la cabecera de Saúl y se fueron. No hubo nadie que los viera, ni se diera cuenta, ni se despertara, pues todos dormían; porque había caído sobre ellos un profundo sueño enviado por Jehová.**

La historia parece que se repite otra vez, quizás porque los que no aprenden de ella están obligados a vivirla de nuevo. Saúl fue uno de esos, con inaudita velocidad olvidó el magnánimo espíritu con que David le preservó la vida en la cueva de Adulam.

Cuando los zifeos, que habitaban en las regiones desérticas al oeste del mar Muerto, fueron por segunda vez a su casa de Guibeá, Saúl debió de haberlos despedido sin atender a sus palabras. En vez de eso, les dio la bienvenida. El mensaje era igual al anterior: “¿No está David escondido en el collado de Haquila ...?” Podemos hacer toda clase de conjeturas acerca de los motivos que tenían esos mensajeros, pero una cosa sí es segura, que no eran informantes desinteresados.

La primera vez que Saúl persiguió a David por estas regiones, tuvo que suspender la persecución porque los filisteos estaban intentando invadir a Israel; esta vez no quería fallar de nuevo y se

puso en marcha hacia el sur con tres mil de sus mejores soldados.

Ya David sabía por experiencia que Saúl no era de confiar y envió espías para estar al tanto de los movimientos del ejército atacante. De hecho, decidió ver de cerca el problema para valorarlo por sí mismo.

Convocó a un solo voluntario, que resultó ser Abisai, el sobrino de David y hermano de Joab, que por su parte le servía a David como comandante. Ambos se arrastraron sigilosamente hasta el campamento de Saúl, donde sus fuerzas dormían plácidamente. Pasaron el cerco exterior de soldados y el cerco interior formado por los cercanos consejeros del rey, hasta pasar por encima del propio Abner, comandante en jefe del ejército de Israel.

No tuvieron problemas para identificar a Saúl cuya enorme figura se podía ver fácilmente yaciendo sobre el suelo. Cercana a él, clavada en la arena, estaba su gigantesca lanza. Abisai no podía creer que hubieran podido penetrar tan fácilmente las defensas. Emocionado, le musitó a David: “Hoy ha entregado Dios a tu enemigo en tus manos”, rogándole que le permitiera clavarle su lanza atravesándole el corazón a Saúl, golpe que según dijo, no fallaría.

David le contestó rápidamente refrenándolo: “¿Quién extenderá impunemente su mano contra el ungido de Jehová?” Dios hallaría la forma de tratar con Saúl; le iba a llegar su momento e iba a fallecer por causas naturales, o iba a morir en batalla. La idea que le transmitió a Abisai fue la de que el asunto se debía dejar por completo en manos de Dios. Todo lo que David le permitió hacer a Abisai fue tomar la lanza del rey y su recipiente para el agua. Entonces, tan silenciosamente como habían entrado, se deslizaron fuera del campamento, pasando por entre los soldados dormidos. ¡No hubo accidentes! Era Jehová quien los había puesto a dormir.

**13 Luego pasó David al lado opuesto y se puso en la**

cumbre del monte a lo lejos, de manera que había una gran distancia entre ellos. <sup>14</sup>Y gritó David al pueblo y a Abner hijo de Ner, diciendo:

—¿No respondes, Abner?

Abner respondió:

—¿Quién eres tú que gritas al rey?

<sup>15</sup>Entonces dijo David a Abner:

—¿No eres tú un hombre? ¿Quién hay como tú en Israel? ¿Por qué, pues, no has guardado al rey tu señor? Porque uno del pueblo ha entrado a matar a tu señor el rey. <sup>16</sup>Esto que has hecho no está bien. ¡Vive Jehová!, que sois dignos de muerte, porque no habéis guardado a vuestro señor, al ungido de Jehová. Mira ahora dónde está la lanza del rey y la vasija de agua que tenía a su cabecera.

<sup>17</sup>Reconociendo Saúl la voz de David, dijo:

—¿No es ésta tu voz, David, hijo mío?

David respondió:

—Sí, es mi voz, rey y señor mío.

<sup>18</sup>Y añadió:

—¿Por qué persigue así mi señor a su siervo? ¿Qué he hecho? ¿Qué mal hay en mis manos? <sup>19</sup>Ruego, pues, que el rey mi señor oiga ahora las palabras de su siervo. Si es Jehová quien te instiga contra mí, que acepte él la ofrenda; pero si son los hombres, malditos sean ellos en presencia de Jehová, porque me han expulsado hoy para que no tenga parte en la heredad de Jehová, diciéndome: “Ve y sirve a dioses ajenos”. <sup>20</sup>Que no caiga, pues, ahora mi sangre en tierra delante de Jehová, porque ha salido el rey de Israel a buscar una pulga, como quien persigue una perdiz por los montes.

<sup>21</sup>Entonces dijo Saúl:

—He pecado; vuelve, David, hijo mío, que ya no te haré ningún mal, porque mi vida ha sido estimada preciosa hoy a tus ojos. He obrado neciamente, he cometido un gran error.

**22 David respondió:**

—Aquí está la lanza del rey; pase acá uno de los criados y tómela. **23 Que Jehová pague a cada uno según su justicia y su lealtad, pues Jehová te había entregado hoy en mis manos, pero yo no quise extender mi mano contra el ungido de Jehová. 24 Del mismo modo que tu vida ha sido estimada preciosa hoy a mis ojos, así sea mi vida a los ojos de Jehová, y me libre de toda aflicción.**

**25 Y Saúl dijo a David:**

—Bendito seas tú, David, hijo mío; sin duda emprenderás tú cosas grandes, y prevalecerás.

**Entonces David siguió su camino, y Saúl regresó a su lugar.**

Cuando David y Abisai llegaron hasta una colina algo distante del campamento, donde estaban las tropas de Israel, gritaron en voz alta. Las palabras de David iban dirigidas especialmente a Abner: “¿No respondes, Abner?” Semidormido, el comandante de Saúl tiene que haber imaginado que esa era una pesadilla. En poco tiempo, todos estaban despiertos y Saúl reconocía la voz de David que le reprochaba a Abner por custodiar tan ineficientemente al rey: “¡Vive Jehová!, que sois dignos de muerte”, le gritaba David, quien al mismo tiempo le mostraba la lanza y cantimplora del rey.

De nuevo, David demostraba que era un hombre de honor. Seguramente las noticias de esta embarazosa situación se diseminaron rápidamente por todo Israel y todos supieron que David era un hombre confiable y de carácter, que no representaba más amenaza para el país que la que pudiera representar una pulga o una perdiz perseguida por los montes (26:20).

Avergonzado profundamente por esta demostración de decencia y bondad por parte de David, Saúl confesó: “He pecado; vuelve, David, hijo mío... He obrado neciamente, he cometido un gran error.” Las palabras de Saúl tenían un gran acento de sinceridad, pero David había aprendido a desconfiar si venían de



él. En medio de la oscuridad, pidió que alguno acudiera para llevar de regreso la lanza y la cantimplora, pero dejó sin aceptar la riesgosa invitación de llegar hasta Saúl.

Al separarse, el rey le dijo al joven fugitivo: “Bendito seas tú, David, hijo mío”; a esto añadió la seguridad que tenía de que David iba a triunfar finalmente. Esas fueron las últimas palabras que le dijo Saúl a David; hasta donde sabemos, nunca más se volvieron a encontrar.

### *El sendero del desaliento*

**27** Dijo luego David en su corazón: «Cualquier día de estos voy a morir a manos de Saúl; por tanto, lo mejor será que me fugue a tierra de los filisteos, para que Saúl no se ocupe más de mí y no me siga buscando por todo el territorio de Israel; así escaparé de sus manos.» <sup>2</sup> Se levantó, pues, David, y con los seiscientos hombres que lo acompañaban se pasó a Aquis hijo de Maoc, rey de Gat. <sup>3</sup> Y vivió David con Aquis en Gat, él y sus hombres, cada cual con su familia; David con sus dos mujeres, Ahinoam, la jezreelita, y Abigail, la que fue mujer de Nabal, el de Carmel. <sup>4</sup> Saúl recibió la noticia de que David había huido a Gat, y no lo buscó más.

¿Qué hacemos: cuando las cosas empiezan a irnos mal, cuando la vida parece larga y dura y nos cansamos de luchar?

Ciertamente esos días vendrán. Según alguna gente, es de esperar que los cristianos no se depriman nunca, pero incluso un hombre de Dios como David conoció tiempos de profundo desaliento y en los que deseaba ver, como todos nosotros, días más brillantes; David se cansó de la vida y de vivir constantemente como fugitivo, escondiéndose de Saúl.

Empezó a ver su vida más negra de lo que realmente era: parecía que se estaba diciendose a sí mismo, “Es inútil, no hay esperanzas. Un día de estos me destruirá la mano de Saúl, lo único que queda es huir y unir fuerzas con el enemigo.”

Desafortunadamente estas palabras nos son familiares, ¿verdad?

David no estaba siendo honesto con él mismo; él sabía algo más y mejor que esto, pero comenzó a predecir el futuro sin que fuera su asunto tratar de hacerlo. Ya Dios le había prometido que iba a ser rey, Jonatán se lo había confirmado, lo mismo hizo su esposa Abigail y hasta el propio Saúl lo había reconocido: “Más justo eres tú que yo. ... yo me doy cuenta de que tú has de reinar.” Pero David dudaba, y negaba todas esas confirmaciones.

El primer versículo del capítulo que comenzamos a comentar da la clave para entender por qué tomó la senda del desaliento: “*Dijo luego David en su corazón*”. Con ello apartó su vista de Dios para fijarla en él mismo y ese fue el comienzo de 16 largos meses de: miseria, concesiones y desobediencia a Dios.

No analizando honestamente su vida, comenzó a buscar soluciones humanas a sus problemas. Esa era su idea al buscar refugio en tierras filisteas: “Saúl no se atreverá a buscarme allí, y al fin podré descansar.” ¡Increíble! David buscando seguridad en la tierra, sin Dios, de los filisteos.

Al frente de sus seiscientos hombres, junto con sus esposas e hijos, David se asentó en Gat donde reinaba Aquís; el asunto era impensable, pues esa había sido la ciudad de Goliat.

¿Funcionó este nuevo enfoque de la vida para hacerla más fácil? Nos pudiera parecer que al principio fue así, porque Saúl dejó de buscarlo cuando supo que había huído hacia ese lugar. ¡Qué alivio! Al fin podía dormir por la noche sin despertar sobresaltado al primer ruido. David se sintió seguro entre los filisteos, y Aquís estaba complacido de que, tal como lo veía, se hubiera pasado a su lado como desertor.

##### **<sup>5</sup> David dijo a Aquis:**

**—Si he hallado gracia ante tus ojos, haz que me den un lugar en alguna de las aldeas para que habite allí; pues ¿por qué ha de vivir tu siervo contigo en la ciudad real?**

**<sup>6</sup> Aquel mismo día Aquis le asignó Siclag, por lo cual Siclag pertenece a los reyes de Judá hasta hoy.**

<sup>7</sup> El número de los días que David habitó en la tierra de los filisteos ascendió a un año y cuatro meses. <sup>8</sup> David subía con sus hombres y hacían incursiones contra los gesuritas, los gezritas y los amalecitas; porque estos habitaban desde hacía largo tiempo la región que se extiende, en dirección a Shur, hasta la tierra de Egipto. <sup>9</sup> David asolaba el país, y no dejaba con vida hombre ni mujer; se llevaba las ovejas, las vacas, los asnos, los camellos y las ropas, y regresaba adonde estaba Aquis. <sup>10</sup> Y cuando Aquis le preguntaba: «¿Dónde habéis incursionado hoy?», David le respondía: «Por el Neguev de Judá» (o «por el Neguev de Jerameel» o «por el Neguev de los ceneos»).

<sup>11</sup> Ni hombre ni mujer dejaba David llegar con vida a Gat, pues decía: «No sea que den aviso de nosotros y digan: “Esto lo hizo David.”» Ésta fue su costumbre todo el tiempo que vivió en la tierra de los filisteos. <sup>12</sup> Pero Aquis confiaba en David, pues pensaba: «Él se ha hecho odioso a su pueblo Israel, y será mi siervo para siempre.»

**28** Aconteció en aquellos días, que los filisteos reunieron sus fuerzas para pelear contra Israel. Y Aquis dijo a David:

—Ten entendido que has de salir a campaña conmigo, tú y tus hombres.

<sup>2</sup> David respondió a Aquis:

—Muy bien, ahora sabrás lo que hará tu siervo.

Aquis dijo a David:

—En ese caso, te haré mi guarda personal mientras viva.

Un proceder de carácter mundano algunas veces parece ayudar. ¿Quién dice que los incrédulos no tienen una forma mejor para hacer las cosas? ¡Pero veamos lo que le costó esto a David! Viviendo entre gentes que negaban a Dios y los maldecían, y que tenían el peor y más idólatra estilo de vida, en cuanto más vivía allí, más se les parecía. David empezó por mostrar lealtad a Aquis,

llamándolo *señor* y reconociéndose como su servidor (29:8-10); y le solicitó que les permitiera a él y a sus hombres vivir en Siclag, villa situada al sur y cercana a la frontera entre el territorio de los filisteos y Judea. Allí estuvieron David y sus hombres viviendo como la gente que los rodeaba. Ese período de 16 meses no fue gozoso ni productivo en modo alguno para él, y en todo ese tiempo no sabemos que haya orado una sola vez, ni tenemos un salmo que se le atribuya de esa etapa, en la que debió tener pocas razones para regocijarse.

Para hacer el papel de aliado de los filisteos, tuvo que hacer más concesiones a expensas de una vida recta. Él y sus hombres salían a atacar las poblaciones de: los gesuritas, los gezritas y los amalecitas. Se trataba de tribus cercanas que tenían una posición neutral, que aunque en el pasado habían atacado a Israel, estaban ahora en calma, y no eran ni aliados ni enemigos de los filisteos. David atacaba las ciudades de estas tribus aparentando que promovía la causa filisteas, al tiempo que evitaba atacar a Israel. Intencionalmente vago y engañoso a la hora de reportar sus campañas militares, respondía a la pregunta de Aquís: “¿Dónde habéis incursionado hoy?” con algo tan impreciso como: “Por el Néguev”, es decir, en la región sur de Judea, para dejar así abierta la posibilidad de que los ataques se hubieran estado llevando a cabo contra Israel.

### *Saúl y la bruja de Endor*



De algún modo esto era suficiente para satisfacer al rey Aquís,

quien incluso le ofreció hacerlo su escolta de por vida. David hizo voto de lealtad al rey, pero de nuevo sus palabras suenan ambiguas: “Ahora sabrás lo que hará tu siervo.” Obviamente ambos tenían distinta interpretación de las mismas expresiones. A la luz de la conducta que había mantenido hacia Saúl, como ungido de Jehová, no había forma de pensar que se iba a unir a Aquís para combatir contra su propio pueblo. La orden del rey para que se le uniera en la batalla contra las fuerzas de Israel lo ponía en posición muy incómoda, por decir poco.

No es fácil sostener la mentira y mantener la fachada; las respuestas vagas llevaban a falsedades cada vez más abiertas. Para borrar sus huellas, empezó a matar a todos los residentes de las poblaciones que atacaba: hombres, mujeres y niños, sin dejar que ninguno escapara. Después de todo, los muertos no hablan.

¡Eran atrocidades horribles! Cuesta trabajo pensar que ese era el mismo David que hemos llegado a amar y admirar. No es de asombrarse que Dios no le permitiera construir un templo en su honor y gloria. No sería justo que la casa de Dios fuera construida por un hombre cuyas manos habían derramado tanta sangre innecesariamente.

### *Saúl y la bruja de Endor*

**<sup>3</sup>Ya Samuel había muerto. Todo Israel lo había lamentado y lo había sepultado en Ramá, su ciudad. Saúl había expulsado de la tierra a los encantadores y adivinos.**

**<sup>4</sup>Se reunieron, pues, los filisteos, y vinieron a acampar en Sunem. Mientras, Saúl reunió a todo Israel y acampó en Gilboa. <sup>5</sup> Cuando Saúl vio el campamento de los filisteos, tuvo miedo y se turbó sobremanera su corazón. <sup>6</sup> Consultó Saúl a Jehová, pero Jehová no le respondió ni por sueños ni por el Urim ni por los profetas. <sup>7</sup> Entonces Saúl dijo a sus criados:**

**—Buscadme una mujer que tenga espíritu de adivinación, para que vaya a consultar por medio de ella.  
Sus criados le respondieron:**

—Aquí, en Endor, hay una mujer que tiene espíritu de adivinación.

<sup>8</sup> Se disfrazó Saúl poniéndose otras vestiduras y, acompañado por dos hombres, se llegó de noche a aquella mujer y le dijo:

—Te ruego que me adivines, por el espíritu de adivinación, y hagas venir a quien yo te diga.

<sup>9</sup> La mujer le respondió:

—Bien sabes lo que Saúl ha hecho, cómo ha extirpado de la tierra a los evocadores y a los adivinos. ¿Por qué, pues, me pones esta trampa para hacerme morir?

<sup>10</sup> Entonces Saúl le juró por Jehová:

—¡Vive Jehová!, que ningún mal te sobrevendrá por esto.

<sup>11</sup> La mujer dijo:

—¿A quién te haré venir?

—Hazme venir a Samuel —respondió él.

<sup>12</sup> Al ver la mujer a Samuel, lanzó un grito y dijo a Saúl:

<sup>13</sup> —¿Por qué me has engañado?, pues tú eres Saúl.

—No temas. ¿Qué has visto? —le respondió el rey.

—He visto dioses que suben de la tierra —dijo la mujer a Saúl.

<sup>14</sup> —¿Cuál es su forma? —le preguntó él.

—Un hombre anciano viene, cubierto de un manto —respondió ella.

Comprendió Saúl que era Samuel, y cayendo rostro en tierra, hizo una gran reverencia.

<sup>15</sup> Samuel dijo a Saúl:

—¿Por qué me has inquietado haciéndome venir?

Saúl respondió:

—Estoy muy angustiado, pues los filisteos pelean contra mí. Dios se ha apartado de mí y ya no me responde, ni por medio de los profetas ni por sueños; por esto te he llamado, para que me digas lo que debo hacer.

<sup>16</sup> Samuel respondió:

—¿Para qué me preguntas a mí, si Jehová se ha apartado de ti y es tu enemigo? <sup>17</sup> Jehová te ha hecho como predijo por medio de mí, pues Jehová ha arrancado el reino de tus manos y lo ha dado a tu compañero, David. <sup>18</sup> Como tú no obedeciste a la voz de Jehová, ni atendiste al ardor de su ira contra Amalec, por eso Jehová te ha hecho esto hoy. <sup>19</sup> Junto contigo, Jehová entregará a Israel en manos de los filisteos; mañana estaréis conmigo, tú y tus hijos. Jehová entregará también al ejército de Israel en manos de los filisteos.

<sup>20</sup> De repente cayó Saúl en tierra cuan largo era, lleno de temor por las palabras de Samuel. Estaba sin fuerzas, porque no había comido durante todo aquel día y toda aquella noche. <sup>21</sup> La mujer se acercó a Saúl, y al ver que estaba muy turbado le dijo:

—Tu sierva ha obedecido a tu voz; he arriesgado mi vida y he cumplido la orden que me diste. <sup>22</sup> Te ruego, pues, que tú también oigas la voz de tu sierva; pondré delante de ti un bocado de pan para que comas, a fin de que cobres fuerzas y sigas tu camino.

<sup>23</sup> Él rehusó diciendo:

—No comeré.

Pero sus siervos le insistieron junto con la mujer, y él les obedeció. Se levantó, pues, del suelo, y se sentó sobre una cama. <sup>24</sup> Aquella mujer tenía en su casa un ternero engordado. Enseguida lo mató, tomó harina, la amasó y coció con ella panes sin levadura. <sup>25</sup> Luego sirvió todo aquello a Saúl y sus siervos, quienes, después de haber comido, se levantaron y se fueron aquella misma noche.

Durante años, Saúl había tratado a David como si éste fuese el peor enemigo del estado; su paranoia y sus locos recelos le impidieron concentrarse en los filisteos, quienes eran la verdadera amenaza para Israel. Tras reunir fuerzas quizás más poderosas que nunca antes, el antiguo enemigo estaba listo para atacar, concentrando sus efectivos en Sunem, un poblado de Isacar, justo



al norte del valle de Jezreel. Saúl y sus fuerzas tomaron posiciones en las laderas del monte Gilboa, hacia el borde sur del valle de Jezreel.

Veterano de muchas batallas, Saúl sabía cuando estaba en desventaja numérica y “tuvo miedo”, sin que le faltaran buenas razones para ello. No sólo iba a tener que enfrentar a los filisteos sin David, sino que iba a entrar en la batalla sin la guía y la dirección de Jehová. Su anterior endurecimiento de corazón, y la negativa a obedecer la voz de Dios, habían culminado en una terrible verdad: ¡El Señor lo había desechado! Había descubierto que “Dios no puede ser burlado ” (Gálatas 6:7).

Aterrorizado, Saúl oró y buscó la dirección divina, pero no hubo respuesta: “Ni por sueños ni por el Urim ni por profetas”. El *Urim* estaba asociado al pectoral (pieza sobre el pecho) que usaba el sumo sacerdote (véase Éxodo 28:30; Números 27:21). En tiempos antiguos se usaba para conocer la voluntad divina en asuntos de interés nacional. Quizás la razón por la que el *Urim* le resultaba inútil a Saúl era la matanza de los sacerdotes de Nob (22:17-20). Recordemos que Abiatar, el sumo sacerdote, se encontraba con David.

En su desesperación, Saúl se volvió hacia lo oculto en busca de ayuda, cosa que ocurre cuando se produce un vacío espiritual. El rey les ordenó a sus asistentes que buscaran una *mujer que tuviera espíritu de adivinación*, una bruja, a quien pudiera consultar. La práctica particular de intentar entrar en contacto con los muertos se llama *necromancia* o más popularmente *espiritismo*. Constituye una violación del Primer Mandamiento, y está claramente prohibida en el Antiguo Testamento: “Si os dicen: ‘Preguntad a los encantadores y a los adivinos, que susurran hablando’, respondió: ‘¿No consultará el pueblo a su Dios? ¿Consultará a los muertos por los vivos?’” (Isaías 8:19).

Aparentemente, no mucho antes de esto, Saúl había emitido un decreto, respaldado solamente a medias por su corazón, acerca de la práctica de la adivinación y el espiritismo. La prohibición no

había sido puesta en vigor estrictamente, y los hombres de Saúl no tuvieron problemas para localizar una médium en la cercana Endor, a sólo unos 13 km del campamento. Encubierto por la noche, y disfrazado con el atuendo de un israelita común y corriente, Saúl marchó al encuentro de la espiritista. Ésta, que no era nada ajena a los engaños, pudo darse cuenta fácilmente de que su cliente no era quien pretendía ser. Cautelosa y prudente en su comportamiento, no procedió con la sesión hasta que Saúl le hubo hecho el juramento de que no habría persecución por eso. El rey le pidió que llamara al espíritu de Samuel; el propósito era forzar al fiel profeta para que hiciera por Saúl lo que en vida había dicho que no haría más: es decir, traerle un mensaje de Dios.

Esa sesión de espiritismo resultó diferente de todas las otras que la mujer había llevado a cabo antes. Incluso antes de llamar al espíritu de Samuel, el profeta ya estaba frente a ella, por lo que gritó aterrorizada. De alguna manera era evidente en la visión que se trataba del profeta Samuel, que había venido con una palabra solemne para Saúl. La bruja le dijo a su disfrazado peticionario: “¿Por qué me has engañado?, pues tú eres Saúl.”

Evidentemente el rey no vio lo que veía la mujer, y ella necesitó la exhortación de Saúl para proceder. Cuando la mujer describió lo que veía como “un hombre anciano ... cubierto de un manto”, Saúl *entendió* que se trataba de Samuel. La última vez que lo había visto, Samuel llevaba un manto como el que describió la mujer; manto que, de hecho, había sido desgarrado por él al sujetarlo en el momento en que el profeta se daba la vuelta para marcharse por última vez.

Se ha escrito mucho sobre de la naturaleza de este suceso, y de la identidad de este “Samuel”. Algunos comentaristas bíblicos creen que la adivina simulaba que lo veía, y que de algún modo engañó al rey, haciéndole creer que la voz de ella era la del difunto profeta. Otros sostienen que se trataba de un espíritu demoníaco enviado para engañar a Saúl. Nos parece más probable que Samuel apareciera como un milagro de Dios; esto le daría carácter único

a ese acontecimiento, aunque algunos lo han comparado con la presencia de Moisés y Elías en el monte de la Transfiguración. Favorecen esta última opinión la sorpresa de la médium ante lo que vio, y el hecho de que el profeta le hablara directamente a Saúl sin que ella interviniera, dándole un mensaje casi idéntico a las últimas palabras que anteriormente le había dirigido. Lo más convincente es que se cumplieron todos los detalles de la profecía. Esta es la norma por la que Dios dice que debemos probar la validez de quien afirma que habla en nombre del Señor: “Si el profeta habla en nombre de Jehová, y no se cumple ni acontece lo que dijo, esa palabra no es de Jehová. Por presunción habló el tal profeta; no tengas temor de él” (Deuteronomio 18:22).

No debemos emplear la aparición real de Samuel para apoyar el espiritismo. Cualquier intento de contactar los espíritus de los muertos nos expondrá ampliamente al engaño de Satanás.

El mensaje de Samuel dejó devastado a Saúl, que había venido temblando de miedo y se marchaba quebrantado. Había oído otra vez que Jehová iba a quitar el reino de su mano y lo iba a entregar a David. Encima de eso estaban las palabras: “Mañana estaréis conmigo, tú y tus hijos. Jehová entregará también al ejército de Israel en manos de los filisteos.”

Saúl se desmayó, sus fuerzas lo habían abandonado. No solamente estaba sin haber comido en todo el día, sino que no se alimentaba espiritualmente desde años atrás. A pesar de todo lo dicho, Saúl calló. Su corazón se había endurecido tanto que fue incapaz de reconocer su pecado o de clamar a Dios por misericordia.

La mujer hizo cuanto pudo por consolarlo, le ofreció prepararle comida, pero Saúl se negó a comer. Finalmente sus propios hombres lo persuadieron, y se decidió a comer con la mujer. ¡Escena trágica y descorazonadora! La última comida de Saúl en este mundo no ocurre en comunión con Dios, sino con alguien que se contamina con lo oculto y practica la brujería.

### ***En las profundidades de la depresión***

**29** Los filisteos reunieron todas sus fuerzas en Afec, e Israel acampó junto a la fuente que está en Jezreel. <sup>2</sup> Mientras los príncipes de los filisteos pasaban revista a sus compañías de a ciento y de a mil hombres, David y sus hombres iban en la retaguardia con Aquis. <sup>3</sup> Entonces los príncipes de los filisteos dijeron:

—¿Qué hacen aquí estos hebreos?

Aquis respondió a los príncipes de los filisteos:

—¿No ven que es David, el siervo de Saúl, rey de Israel? Ha estado conmigo por días y años, y no he hallado falta en él desde que se pasó a mi servicio hasta el día de hoy.

<sup>4</sup> Entonces los príncipes de los filisteos se enojaron contra él, y le dijeron:

—Despide a este hombre, para que regrese al lugar que le señalaste y no venga con nosotros a la batalla, no sea que en la batalla se vuelva enemigo nuestro; porque ¿con qué cosa retornaría mejor a la gracia de su señor que con las cabezas de estos hombres? <sup>5</sup> ¿No es éste el David de quien cantaban en las danzas:

“Saúl hirió a sus miles,  
y David a sus diez miles”?

<sup>6</sup> Entonces Aquis llamó a David y le dijo:

—¡Vive Jehová, tú has sido un hombre recto!, y me ha parecido bien que salgas y entres en el campamento conmigo, porque ninguna cosa mala he hallado en ti desde que viniste a mí hasta el día de hoy; pero no eres grato a los ojos de los príncipes. <sup>7</sup> Regresa, pues, y vete en paz, para no desagradar a los príncipes de los filisteos.

<sup>8</sup> David dijo a Aquis:

—¿Qué he hecho yo? ¿Qué has hallado en tu siervo desde que entré a tu servicio hasta el día de hoy, para que yo no vaya y pelee contra los enemigos del rey, mi señor?

<sup>9</sup> Aquis respondió a David:

—**Sé que has sido bueno ante mis ojos, como un ángel de Dios; pero los príncipes de los filisteos me han dicho: “No venga con nosotros a la batalla.”** <sup>10</sup> **Levántate, pues, de mañana, tú y los siervos de tu señor que han venido contigo, y marchaos de aquí en cuanto amanezca.**

**<sup>11</sup> Se levantaron David y sus hombres de mañana para irse y regresar a la tierra de los filisteos; y los filisteos se fueron a Jezreel.**

La idea que tuvo David de buscar refugio entre los filisteos había parecido al comienzo una solución perfecta para su problema; pero, como hemos visto, lo puso camino al desaliento. Lo que al principio prometía alivio, trajo increíbles inquietudes y penas.

Ahora lo estamos viendo hundirse en las profundidades de la depresión. Ya había perdido su autoestima, ahora perdía su rango militar y quedaba sin patria. Mientras él y sus hombres marchaban junto con Aquis para enfrentarse a los israelitas, los otros cuatro jefes filisteos se fijaron en ellos y comenzaron a hacerse algunas preguntas muy bien fundamentadas: “¿Qué hacen aquí estos hebreos?” Estos jefes no estaban nada convencidos de que David fuera confiable; en definitiva él fue quien derrotó a Goliat, y la caída de ese héroe era un recuerdo aún vívido para ellos. “Aquis, estos *hebreos* pueden ser nuestra ruina, nuestro talón de Aquiles: ¡elimínelos!”

Esa noche, mientras Samuel visitaba a la bruja en Endor, el debate entre los cinco principales jefes filisteos era candente. Aquis había sido plenamente persuadido por David y estaba convencido de su lealtad; tan era así, que llegó a considerarlo como un enviado, un ángel de Dios. Pero los otros reyes estaban disgustados con la ingenuidad de Aquis y se negaban a ir a la batalla con David y sus hombres. Al final prevaleció la opinión de aquellos y Aquis no tuvo otra opción que despedirlos, y despojándolos con profundo pesar y excusas de sus cargos e

insignias les envió a casa.

David quedó profundamente humillado ante la escena y, en horas tempranas de la mañana, él y sus hombres partieron del campamento con rumbo a Siclag.

**30** Cuando David y sus hombres llegaron al tercer día a Siclag, los de Amalec habían invadido el Neguev y Siclag, habían asolado a Siclag y le habían prendido fuego.

<sup>2</sup> Se habían llevado cautivas a las mujeres y a todos los que estaban allí, del menor hasta el mayor, pero a nadie habían dado muerte, sino que se los llevaron y siguieron su camino.

<sup>3</sup> Llegó, pues, David con los suyos a la ciudad, y se encontró que estaba quemada, y que sus mujeres, sus hijos e hijas, habían sido llevados cautivos. <sup>4</sup> Entonces David y la gente que lo acompañaba lloraron a voz en cuello, hasta que les faltaron las fuerzas para llorar. <sup>5</sup> Las dos mujeres de David, Ahinoamjezreelita y Abigail, la que fue mujer de Nabal, el de Carmel, también habían sido llevadas cautivas.

<sup>6</sup> David se angustió mucho, porque el pueblo hablaba de apedrearlo, pues el alma de todo el pueblo estaba llena de amargura, cada uno por sus hijos y por sus hijas. Pero David halló fortaleza en Jehová, su Dios,

Mientras retornaban a Siclag, después de una ausencia de casi una semana, vieron con horror desde lejos cómo yacía en ruinas su poblado. Descorazonado, humillado y desilusionado, el regreso a casa culminaba para David encontrando que su hogar y el de sus soldados eran humo y cenizas. Algo así como si al doblar la calle en que vivimos, viéramos los carros contra incendios y el centelleo de las luces frente a los restos humeantes de nuestro hogar.

Mientras David y sus hombres estaban fuera, los amalecitas habían asaltado Siclag. Era la misma tribu que él había asolado, con la diferencia de que estos atacantes no habían matado a las mujeres y los niños como él había hecho con ellos, sino que los habían tomado cautivos. Imaginemos los sentimientos de David

en aquel momento, si es que podemos. Primero el horror y la sorpresa, después el desaliento y la desesperanza. Todo cuanto valía en su vida estaba perdido; él y sus hombres lloraron a más no poder. Estaban anonadados. Se nos dice que, “David se angustió mucho”; el término equivale a se *deprimió*.

El colmo de la desgracia llegó cuando sus propios hombres se rebelaron y hablaron de apedrearlo, lo que indica hasta qué punto estaban frustrados. No olvidemos que eran la misma banda de don nadie, los mismos fracasados y descontentos, que David había entrenado y unido para formar una tropa que estaba dispuesta a ir con él a cualquier lugar. Ahora, incluso hasta ellos estaban en su contra, y la vida de David alcanzaba su punto más bajo.

Le quedaba un sólo camino que tomar, y felizmente lo siguió. En el versículo 6 leemos: “*Pero David halló fortaleza en Jehová, su Dios*”, y éste es el primer signo de esperanza en largo tiempo. No debió haber demorado tanto en darse cuenta de lo que necesitaba; pero al fin lo logró. Ahora que sus apoyos externos y sus propios planes le resultaban inútiles, no quedaba otro sitio a donde ir y, por primera vez en casi año y medio, David clamaba: “Dios mío, ayúdame. Yo solo no puedo.”

En lugar de encerrarse en sí mismo alimentando su propia depresión, David comenzó a mirar lejos de él, hacia arriba, y se dirigió a Dios. “Mas yo en ti, Jehová, confío; digo: ‘Tú eres mi Dios. En tu mano están mis tiempos’; Líbrame de manos de mis enemigos y de mis perseguidores” (Salmo 31:14,15).

Corri Ten Boom fue una mujer que pudo haber sido fácilmente abrumada por la depresión cuando estaba en una prisión nazi. Aunque pasó días muy oscuros, aun así alentaba a sus compañeros de sufrimientos con estas palabras: “Si miras a tu alrededor te descorazonas. Si miras dentro de ti te deprimes. Mira a Jesús y descansa.”

“Esforzaos todos vosotros, los que esperáis en Jehová, y tome aliento vuestro corazón” (Salmo 31:24).

### ***David recupera lo perdido***

**7 y dijo al sacerdote Abiatar hijo de Ahimelec:**

**«Te ruego que me acerques el efod.»**

**Abiatar acercó el efod a David,<sup>8</sup> y David consultó a Jehová diciendo:**

**—¿Perseguiré a esta banda de salteadores? ¿Los podré alcanzar?**

**Él le dijo:**

**—Síguelos, porque ciertamente los alcanzarás, y de cierto librarás a los cautivos.**

**<sup>9</sup>Partió, pues, David, junto a los seiscientos hombres que lo acompañaron, y llegaron hasta el torrente del Besor, donde se quedaron algunos. <sup>10</sup>David siguió adelante con cuatrocientos hombres; pues se quedaron atrás doscientos que, cansados, no pudieron pasar el torrente del Besor.**

**<sup>11</sup>Hallaron en el campo a un egipcio, al cual trajeron ante David, le dieron pan y comió, y le dieron a beber agua.**

**<sup>12</sup>También le dieron un pedazo de masa de higos secos y dos racimos de pasas. Luego que comió, se sintió reanimado, pues no había comido pan ni bebido agua durante tres días y tres noches. <sup>13</sup>Entonces le preguntó David:**

**—¿A quién perteneces, y de dónde eres?**

**El joven egipcio respondió:**

**—Soy siervo de un amalecita, y mi amo me abandonó hace tres días porque estaba enfermo. <sup>14</sup>Hicimos una incursión a la parte del Neguev que pertenece a los cereteos, al de Judá, y al Neguev de Caleb. También incendiamos Siclag.**

**<sup>15</sup>—¿Me llevarás tú adonde está esa tropa? —le preguntó David.**

**—Júrame por Dios que no me matarás, ni me entregarás en manos de mi amo, y te llevaré adonde está esa gente — dijo él.**

**<sup>16</sup>Lo llevó, pues; y los encontraron desparramados sobre toda aquella tierra, comiendo, bebiendo y haciendo fiesta,**



**por todo aquel gran botín que habían tomado de la tierra de los filisteos y de la tierra de Judá. <sup>17</sup>Y David los batió desde aquella mañana hasta la tarde del día siguiente. Ninguno de ellos escapó, salvo cuatrocientos jóvenes que montaron sobre los camellos y huyeron.**

Las pruebas y los problemas de David le habían hecho bien. Había ganado una nueva conciencia de su necesidad de volverse a Dios en busca de consuelo y guía. En su hora de desaliento, llamó al sacerdote Abiatar, a través del cual, empleando el efod sagrado (Éxodo 28:4-35), buscó conocer la voluntad de Dios. ¿Debería perseguir a los amalecitas? ¿Iba a triunfar? La respuesta fue que todo lo perdido iba a ser recuperado.

David y sus hombres tuvieron que apresurarse para alcanzar a los asaltantes. Al llegar al torrente de Besor, muchos soldados estaban tan extenuados que no pudieron escalar las paredes del empinado cañón. Doscientos de ellos se quedaron atrás vigilando el bagaje, mientras los otros continuaban.

En el camino dieron con un esclavo egipcio débil y desnutrido, al cual había abandonado su amo amalecita cuando lo vio enfermo. Los hombres de David le dieron de comer y lo llevaron ante él, quien al interrogarlo se dio cuenta de que este joven había estado entre los que habían arrasado a su ciudad, y por lo tanto, de lo útil que podría ser para guiarlos al campamento amalecita. David vio sin duda que la mano de Dios estaba en el asunto, pues sin la información que el esclavo les daba, nunca hubieran podido derrotar a sus enemigos.

David y su ejército cayeron sobre ellos cuando ya atardecía. Mientras los amalecitan preparaban su comida al fuego y celebraban su triunfo bebiendo y haciendo chistes relajadamente, David y sus hombres atacaron. El combate duró toda la noche hasta el siguiente día, con el resultado de que ninguno de los combatientes amalecitas sobrevivió, a excepción de cuatrocientos jóvenes que escaparon montados en camellos.

<sup>18</sup>**Rescató David todo lo que los amalecitas habían**

tomado, y libró asimismo a sus dos mujeres. <sup>19</sup> No les faltó nadie, ni chico ni grande, así de hijos como de hijas, ni nada del robo, de todas las cosas que les habían tomado; todo lo recuperó David. <sup>20</sup> Tomó también David todas las ovejas y el ganado mayor. Los que iban delante conduciendo aquel tropel decían: «Éste es el botín de David.»

<sup>21</sup> Llegó David a donde estaban los doscientos hombres que, muy cansados para seguirlo, se habían quedado en el torrente del Besor; y ellos salieron a recibir a David y al pueblo que con él estaba. Cuando David llegó, saludó a la gente en paz. <sup>22</sup> Pero todos los malos y perversos que había entre los que iban con David, se pusieron a decir: «Puesto que no han ido con nosotros, no les daremos del botín que hemos recuperado; que cada uno tome a su mujer y a sus hijos y se vaya.» <sup>23</sup> Pero David dijo:

—No hagáis eso, hermanos míos, con lo que nos ha dado Jehová. Nos ha guardado y ha entregado en nuestras manos a los salteadores que nos atacaron. <sup>24</sup> ¿Quién os dará razón en este caso? Porque conforme a la parte del que desciende a la batalla, así ha de ser la parte del que se queda con el bagaje; les tocará por igual.

<sup>25</sup> Desde aquel día en adelante fue esto ley y norma en Israel, hasta hoy.

<sup>26</sup> Cuando David llegó a Siclag, envió parte del botín a los ancianos de Judá, sus amigos, diciendo: «Aquí tenéis un presente para vosotros del botín tomado a los enemigos de Jehová.» <sup>27</sup> Se lo envió a los de Bet-el, Ramot del Neguev, Jatir, <sup>28</sup> Aroer, Sifmot, Estemoa, <sup>29</sup> Racal, a las ciudades de Jerameel, a las ciudades del ceneo, <sup>30</sup> a los de Horma, Corasán, Atac, <sup>31</sup> Hebrón, y a todos los lugares donde David había estado con sus hombres.

Todo fue recuperado, cada mujer y cada niño fue hallado con vida. Hubo lágrimas de júbilo y prolongados abrazos en lo que tiene que haber sido memorable celebración. De regreso al torrente

de Besor, la escena se repitió en otras doscientas familias también felices.

En ese momento, algunos de los guerreros de David declararon que no iban a compartir su botín con los soldados que habían quedado atrás debido al cansancio. David les habló diciendo que no iba a tolerar ese egoísmo; después de todo, era Jehová quien les había dado todas estas bendiciones y los había protegido. De esta manera también fueron protegidos los rezagados, lo que se había recibido se iba a compartir por igual; esa regla quedó establecida como norma para el futuro. Una vez más vemos por qué Dios dijo que David era “conforme a mí corazón”.

En gesto adicional de buena voluntad, David compartió parte de lo obtenido con los menos afortunados, enviando presentes a todos los poblados de Judea e Israel en que había estado con sus hombres. Quería que supieran aquellos a quienes había dejado atrás, que no los había olvidado, y de igual forma ellos no se iban a olvidar de esta generosidad.

La actitud de David hacia las bendiciones recibidas refleja el consejo del escritor de Hebreos: “Y de hacer el bien y de la ayuda mutua , porque de tales sacrificios se agrada Dios” (Hebreos 13:16).

En sus últimos salmos, David escribió lo que Dios había hecho por ellos. “De no haber estado Jehová por nosotros, cuando se levantaron contra nosotros los hombres, vivos nos habrían tragado entonces, cuando se encendió su furor contra nosotros. Entonces nos habrían inundado las aguas; ... Nuestro socorro está en el nombre de Jehová, que hizo el cielo y la tierra” (Salmo 124:2-4,8).

### *El trágico final de Saúl*

**31** Los filisteos, pues, pelearon contra Israel, y los de Israel, huyendo ante los filisteos, cayeron muertos en el monte Gilboa. <sup>2</sup> Los filisteos siguieron de cerca a Saúl y a sus hijos, y mataron a Jonatán, a Abinadab y a Malquisúa, hijos de Saúl. <sup>3</sup> La batalla arreció contra Saúl; lo alcanzaron

**los flecheros y tuvo mucho miedo de ellos. <sup>4</sup> Entonces dijo Saúl a su escudero:**

**«Saca tu espada y traspásame con ella, para que no vengan estos incircuncisos a traspasarme y burlarse de mí.»**

**Pero su escudero no quería, pues tenía gran temor. Tomó entonces Saúl su propia espada y se echó sobre ella. <sup>5</sup> Al ver que Saúl había muerto, su escudero se echó también sobre su espada y murió junto con él. <sup>6</sup> Así murió Saúl aquel día, junto con sus tres hijos, su escudero, y todos sus hombres.**

El primer libro de Samuel cierra con una tragedia: la muerte de Saúl y la de Jonatán, el amado amigo de David. Sin embargo, mayor tragedia es cuando uno vive neciamente y se enfrenta a la muerte sin Dios.

El trágico final de Saúl es espejo de su vida; una escena triste y patética. Ya sabemos de la gigantesca ofensiva que los filisteos planeaban lanzar contra Israel. Por la breve descripción de la batalla, parece que la ejecutaron con la velocidad de un rayo. Las fuerzas de Israel no tuvieron oportunidad alguna frente a la caballería y los arqueros de las ciudades filisteas.

Los hombres de Saúl huyeron atemorizados hacia la parte alta del monte Gilboa, y al dar la espalda en su huída, eran derribados por los bien dirigidos flechazos de los filisteos. Con los muertos esparcidos por todas partes de las rocosas laderas del monte, la derrota era total. Sin poder evitarlo, Saúl vio que sus tres hijos: Jonatán, Abinadab y Melquisúa, caían en el combate, mientras que él mismo yacía críticamente herido en medio de la masacre.

Aterrorizado, Saúl le pidió a su escudero que le quitara la vida: no quería que los paganos filisteos dieran con él y lo vejaran; pero al igual que David, este joven lo reconocía como ungido del Señor y no quiso tener nada que ver en poner fin a los días del rey. ¿Reconoció también que sólo el Dios que da la vida tiene derecho a decidir su final?

En un último acto de desesperación, Saúl se echó sobre su

espada y se dio muerte. Sus palabras postreras revelan algo al respecto: “Para que no vengan estos incircuncisos a traspasarme y burlarse de mí”.

¡Qué trágico! Su última preocupación estaba centrada en su imagen pública, y no en sus relaciones con Dios. Aun estando frente a la muerte: no ofreció una oración de arrepentimiento y pesar por una vida malgastada, ni una petición de ayuda, ni llanto por el perdón. Habiendo vivido neciamente, no se hizo sabio al final, como algunos de la misma tonta manera imaginan que sucedió.

Aterrorizado ante el final del rey, su escudero se echó también sobre su espada y murió. No son estos los únicos suicidios que registra la Biblia, pero ilustran el error de cometer suicidio, que no es un problema pequeño en la actualidad. Muchos que, como Saúl, enfrentan las presiones de la vida, ven en el suicidio la única salida a sus problemas. Pero el suicidio es criminal, porque es un último acto de desesperanza que niega la participación de Dios en nuestra vida. Algo anda mal cuando tantos jóvenes en nuestros días ven en el suicidio la respuesta a problemas que al paso de una semana serán insignificantes. El suicidio no resuelve nada.

**<sup>7</sup> Los de Israel que estaban al otro lado del valle y al otro lado del Jordán, al ver que Israel había huido y que Saúl y sus hijos habían muerto, abandonaron sus ciudades y huyeron. Luego vinieron los filisteos y habitaron en ellas.**

**<sup>8</sup> Aconteció al siguiente día que, al llegar los filisteos a despojar a los muertos, hallaron a Saúl y a sus tres hijos tendidos en el monte Gilboa. <sup>9</sup> Le cortaron la cabeza y lo despojaron de las armas. Entonces enviaron mensajeros por toda la tierra de los filisteos para que llevaran las buenas noticias al templo de sus ídolos y al pueblo. <sup>10</sup> Pusieron sus armas en el templo de Astarot y colgaron su cuerpo en el muro de Bet-sán.**

**<sup>11</sup> Cuando los de Jabes de Galaad se enteraron de lo que**

**habían hecho los filisteos con Saúl, <sup>12</sup> todos los hombres valientes se levantaron y, caminando toda aquella noche, quitaron el cuerpo de Saúl y los cuerpos de sus hijos del muro de Bet-sán, y llevándolos a Jabes los quemaron allí. <sup>13</sup> Tomaron sus huesos, los sepultaron debajo de un árbol en Jabes y ayunaron siete días.**

Cuando la gente de las poblaciones vecinas vio a los ejércitos de Israel huyendo en tropel, abandonaron villas y hogares tratando de salvar su vida, mientras que los filisteos se adueñaban de lo que habían abandonado. Al día siguiente de la batalla, cuando los vencedores despojaban de cuanto tuviese valor a los cadáveres de los caídos, dieron con los cuerpos de Saúl y sus tres hijos. Manifestando lo impío de su carácter, le cortaron la cabeza a Saúl, la llevaron con partes de su armadura a los templos de sus dioses para pública exhibición. Finalmente, la cabeza de Saúl fue colgada en el templo de Dagón (1 Crónicas 10:10), y eso lo vieron los filisteos como prueba de la superioridad de sus dioses sobre el Señor Dios de Israel. Posteriormente, en un acto de indignidad final, ataron los cuerpos de Saúl y su hijos a las murallas exteriores de Bet-sán, ciudad fortificada a unos 19 km al sur del mar de Galilea, para que se corrompieran allí y sirvieran de alimento a los buitres.

Algún tiempo antes, Saúl había escrito su propio epitafio cuando, hablándole a David en la segunda oportunidad en que éste le perdonó la vida, negándose a tomar venganza, dijo: “He pecado; ... He obrado neciamente, he cometido un gran error” (26:21). Lo expresa, en sólo tres simples palabras: “*He obrado neciamente*”. Él había sido un hombre bendecido por Dios como pocos: era alto, bien parecido, líder natural, y escogido por Dios para ser el primer rey de Israel; sin embargo, Saúl despreció a quien le dio cada una de estas cosas que llamó suyas. Escogió no seguir fielmente la palabra de Dios y, así, sus últimos días fueron de creciente desaliento y amargura. “He obrado neciamente”.

No hay hasta nuestros días tragedia mayor que cuando un

individuo no sigue fielmente lo que Dios ha dicho y le da la espalda. ¿Cuántos no actúan neciamente, viviendo sin Jesucristo, y sin ninguna esperanza de una vida futura?

En este trágico episodio brilla la nota de los hombres de Jabes de Galaad, que cuando supieron del desprecio con que habían tratado los filisteos a los cuerpos de Saúl y sus hijos, marcharon de noche y, arriesgando su vida, los quitaron de las murallas de Bet-sán. Tras cruzar de regreso el Jordán, esos valientes quemaron los restos que habían trasladado y los enterraron bajo un árbol en Jabes. Sin duda, todavía recordaban tiempos más felices, cuando en su primer acto oficial, cuarenta años atrás, Saúl convocó a los hombres de Israel para rescatarlos (11:1-11). Fue algo que nunca olvidaron y, por respeto a Saúl y a sus hijos, hicieron duelo siete días completos.

## 2 SAMUEL

### VIDA DE DAVID

#### 1—24

---

#### *David se entera de la muerte de Saúl*

**1** Aconteció después de la muerte de Saúl, que vuelto David de derrotar a los amalecitas, estuvo dos días en Siclag. <sup>2</sup>Al tercer día, llegó uno del campamento de Saúl, con los vestidos rotos y la cabeza cubierta de tierra. Cuando se presentó ante David, se postró en tierra e hizo una reverencia. <sup>3</sup>David le preguntó:

—¿De dónde vienes?

—Me he escapado del campamento de Israel —le respondió él.

<sup>4</sup>—¿Qué ha acontecido? Te ruego que me lo digas —le preguntó David.

—El pueblo huyó de la batalla; han caído muchos del pueblo y murieron. También Saúl y su hijo Jonatán murieron —respondió él.

<sup>5</sup>Dijo David a aquel joven que le daba la noticia:

—¿Cómo sabes que han muerto Saúl y su hijo Jonatán?

<sup>6</sup>El joven que le daba la noticia respondió:

—Casualmente fui al monte Gilboa, y hallé a Saúl que se apoyaba sobre su lanza; tras él venían carros y gente de a caballo. <sup>7</sup>Se volvió y al verme me llamó; yo respondí: “Heme aquí.” <sup>8</sup>Me preguntó: “¿Quién eres tú?” Yo le respondí: “Soy amalecita.” <sup>9</sup>Luego me dijo: “Te ruego que te acerques y me mates, porque se ha apoderado de mí la angustia; pues aún sigo vivo.” <sup>10</sup>Yo entonces me acerqué y lo maté, porque sabía que no podía vivir después de su caída. Tomé la corona que llevaba sobre su cabeza y el brazalete que tenía en su brazo, y se los he traído aquí a mi señor.

<sup>11</sup>Entonces David, tirando de sus vestidos, los rasgó, y lo mismo hicieron los hombres que estaban con él. <sup>12</sup>Lloraron,



se lamentaron y ayunaron hasta la noche, por Saúl y por su hijo Jonatán, por el pueblo de Jehová y por la casa de Israel, pues habían caído al filo de la espada. <sup>13</sup> David preguntó luego a aquel joven que le había traído la noticia:

—¿De dónde eres tú?

—Soy hijo de un extranjero, amalecita —respondió él.

<sup>14</sup>—¿Cómo no tuviste temor de extender tu mano para matar al ungido de Jehová? —le dijo David.

<sup>15</sup> Entonces llamó David a uno de sus hombres, y le dijo:

—Ve y mátalos.

Él lo hirió, y murió, <sup>16</sup> mientras David decía:

—Tu sangre sea sobre tu cabeza, pues tu misma boca atestiguó contra ti, al decir: “Yo maté al ungido de Jehová.”

Las primeras noticias de la muerte de Saúl le llegaron a David mediante un corredor que, desde el campo de batalla 160 km al norte, arribaba con la ropa rota y polvo sobre la cabeza, y que se identificó como portador de malas noticias.

El joven desertor amalecita traía una versión de la muerte de Saúl que no concuerda con lo que hemos leído en 1 Samuel 31. Parece obvio que inventó gran parte de su historia para que encajara con lo que suponía que David quería oír y porque, sin duda, esperaba alguna recompensa especial por “su participación” en la muerte de Saúl.

David no reaccionó como este hombre esperaba que lo hiciera. En lugar de eso, lo abrumó el pesar y lloró a gran voz por Saúl y por su hijo Jonatán, y por todos los hombres de Israel que habían caído en la batalla.

Cuando le preguntó al joven: “¿Cómo no tuviste temor de extender tu mano para matar al ungido de Jehová?”, el amalecita tuvo que saber que había cometido un gran error y estaba en un serio problema. Resultó que se le había hecho demasiado tarde para deshacer su mentira y David le ordenó a uno de sus hombres que lo ejecutara.

El ajusticiamiento nos puede parecer duro y precipitado; sin embargo, concuerda a fondo con el respeto que sentía David por el ungido de Jehová. Era firme su convicción de que estaba mal que cualquiera levantase su mano contra el escogido por Dios.

***¡Cómo han caído los valientes!***

**<sup>17</sup> David entonó este lamento por Saúl y Jonatán, su hijo,  
<sup>18</sup> y dijo que debía enseñarse a los hijos de Judá. Así está escrito en el libro de Jaser:**

**<sup>19</sup> «¡Ha perecido la gloria de Israel//sobre tus alturas!**

**¡Cómo han caído los valientes!**

**<sup>20</sup> No lo anunciéis en Gat,**

**ni deis las nuevas//en las plazas de Ascalón;**

**para que no se alegren//las hijas de los filisteos,**

**para que no salten de gozo//las hijas de los incircuncisos.**

**<sup>21</sup> »Montes de Gilboa,**

**ni rocío ni lluvia caiga sobre vosotros,**

**ni seáis tierras de ofrendas;**

**porque allí fue desechado//el escudo de los valientes,**

**el escudo de Saúl,//como si no hubiera sido ungido con aceite.**

**<sup>22</sup> »Sin la sangre de los muertos,//sin la grasa de los valientes,**

**el arco de Jonatán jamás retrocedía,**

**ni la espada de Saúl volvió vacía.**

**<sup>23</sup> »Saúl y Jonatán, amados y queridos;**

**inseparables en la vida,//tampoco en su muerte fueron separados;**

**más ligeros eran que águilas,**

**más fuertes que leones.**

**24** »Hijas de Israel, llorad por Saúl,  
quien os vestía de escarlata y lino fino,  
quien adornaba vuestras ropas//con ornamentos de oro.  
**25** ¡Cómo han caído los valientes//en medio de la batalla!  
¡Jonatán, muerto en tus alturas!  
**26** Angustia tengo por ti,//Jonatán, hermano mío,  
cuán dulce fuiste conmigo.  
Más maravilloso me fue tu amor  
que el amor de las mujeres.  
**27** ¡Cómo han caído los valientes,  
cómo han perecido las armas de guerra!»

Uno de los fragmentos literarios más hermosos que tenemos en la Biblia es este conmovedor tributo que les hace David a Saúl y a su querido amigo Jonatán. Esta elegía, escrita para que todo Judá e Israel la leyera y meditara, brotó del corazón de David en cuanto supo de tan trágicas muertes. Era una remembranza mucho más perdurable que cualquier monumento de bronce o piedra, y en ocasiones ha sido llamada el “Cántico del Arco” (véase la NVI, v. 18). Quizás el nombre guarde relación con la terrible destrucción que provocaron los arqueros filisteos sobre los montes de Gilboa.

El lamento de David no tiene alabanzas vacías para Saúl, ni se ocupa de sus defectos o pecados. David cantó: “¡Cómo han caído los valientes! No lo anunciéis en Gat, ni deis las nuevas en las plazas de Ascalón; para que no se alegren las hijas de los filisteos. ... Saúl y Jonatán, amados y queridos; inseparables en la vida, tampoco en su muerte fueron separados; ... Angustia tengo por ti, Jonatán, hermano mío, cuán dulce fuiste conmigo. ... ¡Cómo han caído los valientes, cómo han perecido las armas de guerra!”

Es comprensible que David hablara de su gran amor y admiración por Jonatán: había sido su mejor amigo de siempre; pero también dijo: “No permitan que el enemigo lo sepa o se alegrará maliciosamente.” Fijémonos que él no lo hizo. De haber estado en su lugar, nos podríamos haber complacido en la caída

de Saúl; hubiera habido baile en las calles; pero no con David. Recordemos que fue Saúl quien lo obligó a vivir como fugitivo durante más de doce años. Sin embargo, hasta el mismo final, se mantuvo respetando y honrando a Saúl como el ungido de Jehová y procurando fervientemente que los demás lo vieran como Dios lo había visto.

David nos recuerda que es posible que amemos aun a nuestros enemigos. Él amaba a Saúl porque amaba a Dios. En el Salmo 18:1 escribió: “Te amo, Jehová, fortaleza mía.” Su amor a Dios lo llevó a amar a aquellos a quienes Dios había puesto en su vida.

### *David, rey de Judá en Hebrón*

**2** Después de esto aconteció que David consultó a Jehová diciendo:

—¿Subiré a alguna de las ciudades de Judá?

Jehová le respondió:

—Sube.

David volvió a preguntar:

—¿A dónde subiré?

—A Hebrón —le respondió él.

<sup>2</sup> David subió allá con sus dos mujeres, Ahinoam, la jezreelita y Abigail, la que fue mujer de Nabal, el de Carmel.

<sup>3</sup> También llevó David consigo a los hombres que lo acompañaban, cada uno con su familia, los cuales habitaron en las ciudades de Hebrón. <sup>4</sup> Luego vinieron los hombres de Judá y ungieron allí a David como rey sobre la casa de Judá.

Cuando avisaron a David que los de Jabes de Galaad habían sepultado a Saúl, <sup>5</sup> envió unos mensajeros a los de Jabes de Galaad, diciéndoles: «Benditos seáis vosotros de Jehová, por haber hecho esta obra de misericordia con vuestro señor, con Saúl, dándole sepultura. <sup>6</sup> Ahora, pues, que Jehová os trate con misericordia y verdad. También yo os trataré bien por esto que habéis hecho. <sup>7</sup> Esfuércense, pues, ahora vuestras manos y sed valientes; pues murió Saúl,

**vuestro señor, y los de la casa de Judá me han ungido para que sea su rey.»**

**<sup>8</sup> Pero Abner hijo de Ner, general del ejército de Saúl, tomó a Is-boset hijo de Saúl, lo llevó a Mahanaim<sup>9</sup> y lo proclamó rey sobre Galaad, sobre Gesuri, sobre Jezreel, sobre Efraín, sobre Benjamín y sobre todo Israel. <sup>10</sup> De cuarenta años era Is-boset hijo de Saúl cuando comenzó a reinar sobre Israel, y reinó dos años. Solamente los de la casa de Judá siguieron a David. <sup>11</sup> El número de días que David reinó en Hebrón sobre la casa de Judá fue de siete años y seis meses.**

La trágica muerte de Saúl por su propia mano marcó el final de los años de fugitivo de David; años que no estuvieron vacíos de propósito, pues a través del sufrimiento que conllevaron, Dios lo había estado preparando. Sin embargo, los planes de Dios no se podían apresurar, él sabe no sólo qué, sino cuándo hacer las cosas.

Israel estaba herido. Las pérdidas que había sufrido la nación a manos de los filisteos habían sido devastadoras. Había la necesidad imperiosa de que alguien se hiciera cargo de la situación y le diera nueva dirección al país. El pueblo de Dios necesitaba quien lo protegiera.

David pudo haber argumentado que tenía todas las razones para ocupar el trono por la fuerza. ¿Es que no había sido ungido por el profeta Samuel como rey sobre Israel desde años atrás? (1 Samuel 16). Sin embargo, tuvo el mérito de no apresurarse, sino que se decidió a alcanzar su meta de forma que fuera agradable a Dios. ¿Qué sentido tiene forzar un asunto que no está de acuerdo con la voluntad del Señor?

David consultó a Dios: “¿Subiré a alguna de las ciudades de Judá?” Tras la espera, Jehová le respondió: “Sube.” David preguntó “¿A dónde subiré?” “A Hebrón” le respondió él. Fue una conversación sencilla. Hoy Dios nos habla a través de su Palabra, y está tan interesado en que esperemos en él y lo busquemos como lo estaba entonces.

Quizá algunos tenían la esperanza de que Belén, la pequeña ciudad donde había nacido, iba a ser el sitio que escogiera David para comenzar su reinado. No carecía de lógica la suposición, pero Dios dirigió a David hacia Hebrón, un sitio de rica historia y significación para su pueblo. En ese lugar estaba el primero y el único lugar que Abraham había poseído en Palestina, y ahí había sepultado a Sara. Él mismo fue sepultado ahí, como lo fueron Isaac y su esposa Rebeca, así como Jacob y su esposa Lea.

Si algo había aprendido David en sus años de fugitivo, era la importancia de esperar en el Señor, es decir, a ser paciente. Esta idea aparece frecuentemente en los salmos. En el 37, escribió: “Encomienda a Jehová tu camino, confía en él y él hará.... Guarda silencio ante Jehová y espera en él. ... Espera en Jehová, guarda su camino” (37:5,7,34).

Probablemente David llegó a Hebrón pensando que tenía todo el derecho a ser rey sobre todo Israel. Pero eso no iba a ser así, al menos no de inmediato. La gente de Judá, por supuesto que lo conocía y admiraba, de manera que le pidieron que reinara sobre ellos. Recordaban que los había defendido cuando fueron atacados por los filisteos, y que había compartido con ellos el botín de guerra. Pero para las tribus del norte, los filisteos no habían significado los mismos peligros, y además de eso, Abner, el comandante de Saúl, era todavía muy estimado allí. Is-boset, el único sobreviviente de los hijos de Saúl, fue establecido por Abner como rey sobre las tribus del norte, empezando su reinado a los cuarenta años de edad; y ejerciéndolo desde la ciudad de Mahanaim, situada al este del Jordán.

Si esto hizo que David se sintiera frustrado, no lo demostró. En lugar de eso, consideró como legítimo el gobierno de Is-boset, y le reconoció todo el derecho a gobernar sobre las otras tribus de Israel. Por el momento, Dios había puesto a David en Hebrón, eso era lo que Dios quería, y eso era lo que David aceptaba. No se menciona ninguna ceremonia de “coronación”: se trataba de un comienzo humilde. David tenía treinta años cuando comenzó a

reinar (5:4), y gobernó sobre Judá desde Hebrón durante siete años y medio.

Con tacto y dignidad, David trabajó para ganarse el respeto de los demás. Su primer acto oficial fue el envío de una delegación a los hombres de Jabés de Galaad, agradeciéndoles la generosidad de haberle dado honorable sepultura a Saúl.

¿Aceptamos nosotros, tal como lo hacía David, cualquier papel o responsabilidad que Dios nos asigne? Una de las preocupaciones de Dios es que aprendamos a ser fieles en las cosas pequeñas, antes de confiarnos las mayores; Dios quiere ver de qué manera nos desempeñamos en las cosas menores. Jesús lo comentó en una de sus parábolas: “Sobre poco has sido fiel, sobre mucho te pondré” (Mateo 25:23). Nunca seremos felices en esta vida si no aprendemos a estar contentos con el papel que se nos ha asignado.

### ***Guerra entre las casas de David y Saúl***

**<sup>12</sup>Abner hijo de Ner salió de Mahanaim a Gabaón con los siervos de Is-boset hijo de Saúl. <sup>13</sup>Joab, hijo de Sarvia y los siervos de David salieron también y los encontraron junto al estanque de Gabaón; se pararon, los unos a un lado del estanque y los otros al otro lado. <sup>14</sup>Dijo entonces Abner a Joab:**

**—Levántense ahora los jóvenes y maniobren delante de nosotros.**

**Joab respondió:**

**—Que se levanten.**

**<sup>15</sup>Entonces se levantaron y avanzaron en número igual, doce de Benjamín por Is-boset hijo de Saúl, y doce de los siervos de David. <sup>16</sup>Cada uno echó mano de la cabeza de su adversario y metió la espada en el costado de su adversario, y cayeron todos a la vez; por eso aquel lugar, que está en Gabaón, fue llamado «Helcat-hazurim». <sup>17</sup>Aquel día se libró una batalla muy reñida, y Abner y los de Israel fueron vencidos por los siervos de David.**

Lo último que hubiera querido ver David era que la familia de Saúl y la nación de Israel continuaran sufriendo. Saúl y tres de sus hijos habían muerto, y el ejército de Israel estaba virtualmente eliminado. No faltaban quienes tenían en Israel planes y programas distintos a los de Dios. Entre ellos estaban Joab, el comandante del ejército de David, y sus dos hermanos Asael y Abisai; ninguno de estos excelentes guerreros parecían ser hombres de Dios. En los próximos años David se iba a quejar de sus violentas acciones. Tenían corazón para la guerra, pero no para las cosas de Dios.

El otro responsable de precipitar a la nación en la contienda civil fue Abner, el comandante en jefe de Saúl, ya que abrigaba aspiraciones al trono mientras dirigía sus tropas para combatir con las fuerzas de David. Los soldados de ambos bandos coincidieron en el estanque de Gabaón. La tranquila escena podía haber llevado a negociaciones pacíficas, pero Abner propuso una competencia de fuerza, quizás un encuentro de lucha entre doce de los hombres más capaces de cada bando. El encuentro se tornó sangriento cuando los guerreros comenzaron a sacar sus espadas y a matarse mutuamente a la vista de sus camaradas, que observaban desde cada lado. Nos es fácil entender por qué el sitio de la batalla se llegó a conocer como *Helcat-hazurim*, que significa, “campo de las dagas”.

Lo que había comenzado como una competencia atlética, se convirtió al final en una intensa batalla entre los dos ejércitos, que terminó con la derrota de Abner y sus hombres, quienes fueron puestos en fuga. Ese día, trescientas sesenta preciosas vidas de Israel y veinte de la tribu de Judá se vieron arrebatadas en el torbellino de la violencia (2:30,31).

**<sup>18</sup> Estaban allí los tres hijos de Sarvia: Joab, Abisai y Asael. Asael, que era ligero de pies como una gacela del campo, <sup>19</sup> se lanzó detrás de Abner, sin apartarse ni a derecha ni a izquierda. <sup>20</sup> Abner volvió la vista y dijo:**

- ¿No eres tú Asael?
- Sí —respondió él.



**21 Entonces Abner le dijo:**

—Apártate a la derecha o a la izquierda, echa mano de alguno de los hombres y toma para ti sus despojos.

Pero Asael no quiso dejar de perseguirlo. **22 Abner volvió a decir a Asael:**

—Deja de perseguirme; ¿por qué he de herirte hasta derribarte? ¿Cómo podría levantar entonces mi rostro delante de tu hermano Joab?

**23 Como no quiso irse, Abner lo hirió con la empuñadura de la lanza por la quinta costilla. La lanza le salió por la espalda, y cayó muerto allí mismo. Y todos los que venían por aquel lugar donde Asael había caído muerto, se detenían.**

**24 Pero Joab y Abisai persiguieron a Abner. Cuando el sol se puso, llegaron a la colina de Amma, que está delante de Gía, junto al camino del desierto de Gabaón. 25 Se agruparon los hijos de Benjamín detrás de Abner, formando un solo ejército, e hicieron un alto en la cumbre de la colina.**

**26 Entonces Abner gritó a Joab diciendo:**

—¿Nos devorará la espada perpetuamente? ¿No sabes tú que al cabo todo será amargura? ¿Hasta cuándo esperarás para decir al pueblo que deje de perseguir a sus hermanos?

**27 Joab respondió:**

—¡Vive Dios!, que de no haber hablado tú, el pueblo habría dejado de perseguir a sus hermanos sólo en la mañana.

**28 Entonces Joab tocó el cuerno: todo el pueblo se detuvo y no persiguió más a los de Israel, ni peleó más. 29 Abner y los suyos caminaron por el Arabá toda aquella noche, pasaron el Jordán, cruzaron por todo Bitrón y llegaron a Mahanaim.**

**30 Joab también dejó de perseguir a Abner y reunió a todo el pueblo. De los siervos de David faltaron Asael y diecinueve hombres. 31 Pero los siervos de David hirieron a trescientos sesenta de los hombres de Benjamín y de Abner, los cuales murieron.**

**<sup>32</sup> Tomaron luego a Asael y lo sepultaron en el sepulcro de su padre en Belén. Después de caminar toda aquella noche, Joab y sus hombres llegaron a Hebrón al amanecer.**

Asael, hermano de Joab, estaba dispuesto a hacerse de renombre y se mantuvo infatigablemente en la persecución de Abner, el comandante de las fuerzas de las tribus del norte. Advertido dos veces por éste de que dejara de perseguirlo y se ocupara de cualquier otro, no lo pudo ser disuadir. Súbitamente y en medio de la carrera, Abner se volvió contra Asael y lo atravesó con su lanza, lo que le provocó instantáneamente la muerte.

Joab y Abisai, hermanos del fallecido, retomaron la persecución a partir de ese momento. Ya oscurecía cuando llegaron al collado en que se habían detenido Abner y sus hombres. Desde allí, este último ofreció una tregua: “¿ Nos devorará la espada perpetuamente? ¿No sabes tú que al cabo todo será amargura?”

Joab estuvo de acuerdo. Quizás estaba demasiado cansado para seguir. Ambos bandos se retiraron y anduvieron toda la noche. Joab y sus hombres regresaron a Hebrón, mientras que Abner y sus fuerzas volvieron a cruzar el Jordán en camino hacia Mahanaim, sus capitales respectivas que estaban separadas por unos escasos ochenta km de distancia.

### *Mujeres e hijos de David*

**3** Hubo una larga guerra entre la casa de Saúl y la casa de David; pero David se iba fortaleciendo, mientras que la casa de Saúl se iba debilitando.

<sup>2</sup> A David le nacieron hijos en Hebrón; su primogénito fue Amnón, de Ahinoam, la jezreelita; <sup>3</sup> su segundo, Quileab, de Abigail, la mujer de Nabal, el de Carmel; el tercero, Absalón, hijo de Maaca, hija de Talmai, rey de Gesur; <sup>4</sup> el cuarto, Adonías, hijo de Haguit; el quinto, Sefatías, hijo de Abital; <sup>5</sup> el sexto, Itream, de Eglá, mujer de David. Estos le nacieron a David en Hebrón.

En los meses siguientes, el ya abierto conflicto degeneró en guerra civil. Las fuerzas de David, poderosas desde el comienzo, lo eran cada vez más, en tanto que las de Is-boset se debilitaban continuamente. Como ocurre a menudo con las guerras civiles, el conflicto se prolongó por años.

En esta sección se hace mención de los seis hijos que le nacieron a David mientras se encontraba en Hebrón, todos ellos de un total de seis mujeres diferentes. Quizás sea oportuno hablar aquí del asunto de la poligamia de David, porque luego oímos también del regreso de Mical, su primera esposa. Una de las condiciones que se le impusieron a Abner, cuando éste vino en busca de una alianza con David, fue que debía traer a Mical, que le había sido dada a otro hombre, cuando David se vio forzado a huir. Ahora Abner la obligó a volver al lado de David, mientras su segundo esposo la siguió llorando a alguna distancia, hasta que Abner le ordenó al sollozante marido que regresara a casa. La escena nos resulta triste y patética. En los capítulos que siguen, nos enteramos de más esposas, más concubinas, y del nacimiento de más hijos de David (5:13-16). Contamos al menos veinte hijos, y quién sabe cuantas hijas aparte de Tamar, que es la única cuyo nombre conocemos.

Es un hecho trágico de la vida de David que su desinterés por lo que Dios había dicho acerca del matrimonio le trajera tan indecible pesar y dolor, convirtiéndolo en víctima de su propio estilo de vida pecaminoso. Eran demasiadas mujeres y demasiados hijos e hijas para que los pudiera criar y disciplinar apropiadamente: sencillamente, no tenía tiempo para poder involucrarse en sus vidas.

David fue: un gran rey, brillante militar y estratega, y escritor de bellas poesías; pero un terrible fracaso como padre y esposo. Los siguientes capítulos mostrarán las consecuencias de su fracaso para disciplinar e instruir a su propia familia. Cierta vez un padre de familia dijo que los hijos pueden perdonarlo todo, excepto la falta de disciplina.

Veremos que no importa cuán exitoso sea un hombre en sus negocios o en su carrera, si no cumple con su alta comisión como padre. Aunque sea: rey sobre todo Israel, extremadamente rico, hombre de gran éxito en los negocios, o el pastor de una gran congregación, ¿de qué le sirve todo eso si no lleva sus hijos a Jesús? Es verdad que también hay perdón para ese pecado, pero algunas veces cuando Dios cura las heridas, deja las cicatrices. Preguntémosle a David.

### *Abner se pasa a David*

**<sup>6</sup> Como había guerra entre la casa de Saúl y la de David, aconteció que Abner se fortalecía cada vez más en la casa de Saúl. <sup>7</sup> Había tenido Saúl una concubina llamada Rizpa, hija de Aja. E Is-boset dijo a Abner:**

**—¿Por qué te has llegado a la concubina de mi padre?**

**<sup>8</sup> Abner se enojó mucho por las palabras de Is-boset, y le dijo:**

**—¿Acaso soy un perro al servicio de Judá? Hasta hoy he tenido misericordia con la casa de Saúl, tu padre, con sus hermanos y con sus amigos, y no te he entregado en manos de David; ¿y ahora tú me acusas de haber pecado con esta mujer? <sup>9</sup> Traiga Dios sobre Abner el peor de los castigos, si no hago como Jehová ha jurado a David, <sup>10</sup> que trasladará el reino de la casa de Saúl, y que confirmará el trono de David sobre Israel y sobre Judá, desde Dan hasta Beerseba.**

**<sup>11</sup> Is-boset no fue capaz de responder una palabra a Abner, porque le temía. <sup>12</sup> Entonces envió Abner mensajeros a David para que de su parte le dijeran: «¿De quién es la tierra?» Y también: «Haz pacto conmigo, y mi mano estará contigo para que vuelva a ti todo Israel.»**

**<sup>13</sup> David respondió:**

**—Bien; haré pacto contigo, pero una cosa te pido: No te presentes ante mí sin que primero traigas a Mical, la hija de Saúl, cuando vengas a verme.**

**14 Después de esto envió David mensajeros a Is-boset hijo de Saúl, diciendo: «Restitúyeme a Mical, mi mujer, la cual desposé por cien prepucios de filisteos.»**

**15 Entonces Is-boset mandó a quitársela a su marido Paltiel hijo de Lais. 16 Su marido fue con ella, siguiéndola y llorando hasta Bahurim. Pero Abner le dijo: «¡Anda, vuélvete!» Y él se volvió.**

**17 Entonces habló Abner con los ancianos de Israel, y les dijo: «Ya hace tiempo que procurabais que David fuera vuestro rey. 18 Ahora, pues, hacedlo; porque Jehová ha dicho a David: “Por medio de mi siervo David libraré a mi pueblo Israel de manos de los filisteos, y de manos de todos sus enemigos.”»**

**19 Habló también Abner a los de Benjamín, y luego fue a Hebrón a decirle a David todo lo que parecía bien a los de Israel y a toda la casa de Benjamín. 20 Abner, acompañado de veinte hombres, llegó donde estaba David en Hebrón, y David le ofreció un banquete a Abner y a los que con él habían venido. 21 Abner dijo a David:**

**—Me levantaré e iré a reunir a todo Israel junto a mi señor, el rey; harán un pacto contigo, y reinarás como lo desea tu corazón.**

**Luego David despidió a Abner, que se fue en paz.**

Abner buscaba los medios para fortalecer su posición y demostrar que era el verdadero poder en lo que quedaba de la dinastía de Saúl. Tomar una de las concubinas de Saúl fue, más que nada, un acto simbólico, fue una manera de decir que era a Abner a quien legítimamente le correspondía heredar lo que había sido de Saúl.

Is-boset hizo un débil intento de disciplinar a Abner y mantenerlo bajo control, pero su poco enérgico cuestionamiento al general lo único que aparentemente logró fue estimular a Abner para demostrar quien era realmente el que ostentaba el poder. “Yo te hice y yo te puedo destruir”, era lo que Abner parecía estarle

diciendo a su rey.

Abner le hizo ofrecimientos a David sobre una posible alianza. Sus palabras traslucen la confianza que tenía en su propia influencia: “Haz pacto conmigo, y mi mano estará contigo para que vuelva a ti todo Israel”. No hay duda de que en el ofrecimiento de Abner estaba la condición de que se le diese alguna posición militar de importancia.

David estaba presto a extender una mano amistosa a este ambicioso guerrero, estaba dispuesto a hacer lo que fuera necesario para ponerle fin a ese conflicto. Lo único que pidió David fue que Abner cumpliera la condición que le había impuesto en lo concerniente a su antigua esposa Mical.

Antes de ir a Hebrón, Abner sentó las bases para unificar todo Israel bajo el gobierno David. Reunido con los ancianos de estas tribus, les recordó que Dios había dicho años atrás que iba a hacer rey a David. Abner sabía que durante años los líderes de Israel habían estado hablando acerca de hacer rey al antiguo perseguido: “Ahora, pues, hacedlo”, les dijo. “David es en verdad el único que nos puede rescatar de mano de los filisteos.” Abner les repitió el mismo mensaje a los líderes de la casa de Benjamín.

David le dio una cálida bienvenida en su palacio a Abner y a los veinte hombres de su escolta. El banquete fue suntuoso, y la franqueza y hospitalidad de David deben de haber impresionado a Abner. Se selló el trato, y Abner se marchó con la seguridad de que no tendría nada que temer. Tenía la palabra de David de que así sería, y estaba ansioso por enfrascarse en la unificación de Israel bajo el liderazgo de David.

### *Joab asesina a Abner*

**<sup>22</sup>Llegaron entonces del campo los siervos de David y Joab, y traían consigo un gran botín. Pero Abner no estaba con David en Hebrón, pues ya lo había despedido, y él se había ido en paz. <sup>23</sup>Apenas llegó Joab con todo el ejército que lo acompañaba, le avisaron a Joab que Abner hijo de Ner había venido ante el rey, y que se había marchado en paz**

luego de haberlo despedido. <sup>24</sup> Entonces Joab se presentó al rey y le dijo:

«¿Qué has hecho? Abner vino ante ti; ¿por qué, pues, dejaste que se fuera? <sup>25</sup> Tú conoces a Abner hijo de Ner. No ha venido sino para engañarte, para enterarse de tus idas y venidas y saber todo lo que tú haces.»

<sup>26</sup> Joab salió de la presencia de David y envió mensajeros en busca de Abner, los cuales lo hicieron volver desde el pozo de Sira, sin que David lo supiera. <sup>27</sup> Cuando Abner volvió a Hebrón, Joab lo llevó aparte, a un lado de la puerta, como para hablar con él en secreto; y allí, en venganza por la muerte de su hermano Asael, lo hirió a la altura de la quinta costilla, y lo mató. <sup>28</sup> Después, cuando David lo supo, dijo: «Yo y mi reino somos inocentes delante de Jehová, para siempre, de la sangre de Abner hijo de Ner. <sup>29</sup> Caiga sobre la cabeza de Joab, y sobre toda la casa de su padre; que nunca falte en la casa de Joab quien padezca flujo de sangre, ni leproso, ni quien ande con bastón, ni quien muera a espada, ni quien padezca hambre.»

<sup>30</sup> Así pues, Joab y su hermano Abisai mataron a Abner, porque él había dado muerte a Asael, hermano de ellos, en la batalla de Gabaón.

<sup>31</sup> Después dijo David a Joab y a todo el pueblo que con él estaba: «Rasgad vuestros vestidos, ceñíos de ropas ásperas y haced duelo delante de Abner.» Y el rey David iba detrás del féretro <sup>32</sup> cuando sepultaron a Abner en Hebrón. Alzando la voz, el rey lloró junto al sepulcro de Abner, y lloró también todo el pueblo. <sup>33</sup> Entonces el rey entonó este lamento por Abner:

«¿Había de morir Abner//como muere un villano?

<sup>34</sup> Tus manos no estaban atadas  
ni tus pies sujetos con grillos.

Caíste como los que caen//ante malhechores».

**Y todo el pueblo volvió a llorar por él. <sup>35</sup> Entonces todo el pueblo vino a persuadir a David para que comiera antes que acabara el día. Pero David juró diciendo: «Traiga Dios sobre mí el peor de los castigos, si antes que se ponga el sol pruebo yo pan o cualquiera otra cosa.»**

**<sup>36</sup> Todo el pueblo lo supo y le agradó; pues todo lo que el rey hacía agradaba a todo el pueblo. <sup>37</sup> Y supo aquel día todo el pueblo y todo Israel, que el rey no había tenido participación en la muerte de Abner hijo de Ner. <sup>38</sup> También dijo el rey a sus siervos: «¿No sabéis que un príncipe y un grande ha caído hoy en Israel? <sup>39</sup> Aunque ungido rey, me siento débil hoy; pero estos hombres, los hijos de Sarvia, son más duros que yo. ¡Que Jehová le pague al que mal hace conforme a su maldad!»**

David había sido receptivo ante el ofrecimiento de Abner, pero faltaba ver lo que iba a pensar de eso Joab, el general de David, que se encontraba lejos, cumpliendo una misión en el momento del encuentro narrado.

Cuando Joab se enteró del pacto entre David y Abner, se puso fuera de sí. No podía creer lo que David había hecho, y se apresuró en ver al rey, preguntándole cómo era posible que le hubiese dejado marchar. ¿No se daba cuenta de que Abner no era un hombre confiable?

Diciéndole que David quería verle de inmediato en Hebrón, Joab envió a buscar a Abner, lo esperó a la puerta de la ciudad y, tan pronto como lo vio, lo llamó a un lado como si tuviera algo personal que decirle de parte del rey. Así, a corta distancia, clavó su daga en Abner, asesinándolo a plena luz del día. Ahora, el asesino pensaba que su cargo estaba seguro y que su hermano Asael había sido vengado de su muerte ocurrida a manos del recién fallecido.

Cuando David supo lo ocurrido, se horrorizó. Recriminó públicamente a Joab, y exigió que él y sus hombres participaran en la procesión fúnebre; así mismo maldijo a la familia de Joab,



aunque no llegó al punto de castigar a su poderoso general.

David declaró ese día como de luto nacional, en señal de respeto a Abner. Él mismo demostró su pena públicamente, tomando parte en la prosección fúnebre. Ante la tumba, David declamó los versos que compuso para la ocasión: un lamento que expresaba su profundo pesar por la muerte de Abner. “¿Había de morir Abner como muere un villano?” Todos los que escucharon la composición de David se conmovieron hasta las lágrimas; y ese día Abner fue sepultado con plenos honores militares en Hebrón. Como señal adicional de duelo, David ayunó durante todo el día.

Las poblaciones de las tribus del norte observaron cuidadosamente cómo manejó David todo el asunto, y lo que vieron les agradó. La sensibilidad del rey les mereció respeto. Era obvio que él no había tenido participación en el asesinato de Abner.

David se tomó el cuidado de distanciarse de sus líderes militares, expresando públicamente su temor y preocupación por el creciente poder de Joab y Abisai. Evidentemente, éstos y David no eran del mismo pensar ni sentir.

### *Is-boset es asesinado*

**4** Luego que el hijo de Saúl supo que Abner había muerto en Hebrón, las manos se le debilitaron, y todo Israel se sintió atemorizado. <sup>2</sup> Con el hijo de Saúl estaban dos hombres, capitanes de bandas de salteadores; el nombre de uno era Baana, y el del otro, Recab, hijos de Rimón, el beerotita, de los hijos de Benjamín (porque Beerot era también contado con Benjamín, <sup>3</sup> pues los beerotitas habían huido a Gitaim, y viven allí como forasteros hasta hoy).

<sup>4</sup> Jonatán hijo de Saúl tenía un hijo lisiado de los pies. Tenía cinco años de edad cuando llegó de Jezreel la noticia de la muerte de Saúl y de Jonatán; su nodriza lo tomó y huyó, pero mientras huía apresuradamente, se le cayó el niño y quedó cojo. Su nombre era Mefi-boset.

<sup>5</sup> Los hijos de Rimónbeerotita, Recab y Baana, se pusieron en camino, y a la hora de más calor, entraron en

casa de Is-boset, que estaba durmiendo la siesta en su alcoba. <sup>6</sup> La portera de la casa se había quedado dormida mientras estaba limpiando el trigo; y fue así como Recab y Baana, su hermano, se introdujeron en la casa. <sup>7</sup> Cuando entraron en la casa, Is-boset dormía sobre su lecho en la alcoba; lo hirieron y lo mataron; luego le cortaron la cabeza y tomándola caminaron toda la noche por el camino del Arabá. <sup>8</sup> Llevaron la cabeza de Is-boset a David en Hebrón, y le dijeron al rey:

—Aquí tienes la cabeza de Is-boset hijo de Saúl, tu enemigo, que procuraba matarte. Jehová ha vengado hoy a mi señor, el rey, de Saúl y de su linaje.

<sup>9</sup> David respondió a Recab y a su hermano Baana, hijos de Rimónbeerotita, y les dijo:

—¡Vive Jehová!, que ha redimido mi alma de toda angustia. <sup>10</sup> Al que me dio la noticia de que Saúl había muerto, imaginándose que traía buenas noticias, yo lo prendí y lo maté en Siclag, como pago por esa noticia. <sup>11</sup> ¿Cuánto más a los malos hombres que mataron a un hombre justo en su casa y sobre su cama? Ahora, pues, ¿no he de demandar yo su sangre de vuestras manos, y quitaros de la tierra?

<sup>12</sup> Entonces David dio una orden a sus servidores, que los mataron, les cortaron las manos y los pies y los colgaron junto al estanque de Hebrón. Luego tomaron la cabeza de Is-boset, y la enterraron en el sepulcro de Abner, en Hebrón.

Estos capítulos no son fáciles de leer; un asesinato le sigue al otro, como vemos ahora cuando Is-boset, rey de Israel, es víctima de los propios oficiales de su ejército.

Is-boset se sintió cada vez más inseguro y temeroso tras el asesinato de Abner, lo que no auguraba buenas consecuencias. Toda la nación se alarmó, y resultaba obvio que el colapso de su breve reinado era inminente.

Dos hermanos, Baana y Recab, hijos de Rimón, viendo en ello la oportunidad de asegurar su propio futuro, comenzaron a planear el asesinato del rey de Israel. Poco después del mediodía, y bajo

el pretexto de que necesitaban más trigo para las tropas, entraron en el palacio de Mahanaim, y se dirigieron directamente al dormitorio del rey.\*

El monarca estaba en su cama tomando la siesta a esa hora, y allí fue rápidamente apuñalado en el estómago y cruelmente decapitado. Los asesinos lograron escapar, huyendo en la noche hacia Hebrón, distante unos ochenta km.

A la mañana siguiente, los dos mercenarios se presentaron ante David, le ofrecieron la cabeza del hijo de Saúl, y le sugirieron que habían sido instrumentos de Dios para llevar a cabo la venganza contra Saúl y su familia. Por supuesto, suponían que David les iba a estar muy agradecido y que los iba a recompensar generosamente.

Pero estos hombres habían juzgado muy erróneamente el carácter de David, quien afirmó que era Jehová, y no ellos, quien le había librado de toda angustia. Comparó la acción que habían ejecutado con la del mensajero que se atribuyó la muerte de Saúl (1:1-15). La diferencia estaba en que este acto de ahora era, con mucho, más despiadado y reprochable. No le habían dado muerte a un hombre ya gravemente herido en el campo de batalla, sino a uno que dormía en su propia cama. David ordenó que se les ejecutara, y que la cabeza del hijo de Saúl fuera puesta en la tumba de Abner allí en Hebrón.

Con la muerte de Is-boset, no quedaban descendientes de Saúl que pudieran reclamar el trono. El escritor sagrado menciona aquí al hijo cojo de Jonatán, Mefi-bóset, y el pensamiento que se trasluce es que su limitación hacía poco probable que se le considerara para el cargo. En el capítulo 9 volveremos a oír más acerca de este joven.

---

\*La Reina-Valera, versión de 1995, sigue la Septuaginta en el versículo 6. Otras traducciones de la Biblia dicen que los asesinos entraron en la casa “con el pretexto de sacar un poco de trigo” (NVI).

*David ungido como rey sobre todo Israel*

**5** Vinieron todas las tribus de Israel adonde estaba David en Hebrón y le dijeron: «Mira, hueso tuyo y carne tuya somos. <sup>2</sup>Aun antes de ahora, cuando Saúl reinaba sobre nosotros, eras tú quien sacabas a Israel a la guerra, y lo volvías a traer. Además, Jehová te ha dicho: “Tú apacientarás a mi pueblo Israel, y tú serás quien gobierne a Israel.”»

<sup>3</sup> Vinieron, pues, todos los ancianos de Israel ante el rey en Hebrón. El rey David hizo un pacto con ellos allí delante de Jehová; y ungieron a David como rey de Israel.<sup>4</sup> Tenía David treinta años cuando comenzó a reinar, y reinó cuarenta años. <sup>5</sup> Reinó en Hebrón sobre Judá durante siete años y seis meses, y reinó en Jerusalén treinta y tres años sobre todo Israel y Judá.

El sincero pesar con que David se comportó en relación con las muertes de Abner y de Is-boset le ganó la admiración de las tribus del norte. Comenzaron a recordar sus comunes vínculos de sangre con David, y las numerosas veces en que, en el pasado, había guiado exitosamente a la nación contra sus enemigos. Los ancianos de Israel llegaron ahora hasta David en Hebrón, y le pidieron que reinara sobre ellos como su rey y pastor. De esa manera, a la edad de treinta y siete años, David fue ungido rey sobre todo Israel. Durante siete años y medio reinó sobre Judá, y treinta y tres sobre Judá e Israel, totalizando entre ambos períodos cuarenta años.

Unificada como nunca antes bajo el reinado de David, la nación expandió sus fronteras de quince mil a ciento cincuenta mil km cuadrados. El rey se encargó de abrir extensas rutas comerciales con otras naciones, convirtiendo a su patria en una potencia con la que había que contar. Pero por encima de todo, David levantó la adoración del verdadero Dios y restauró el interés de la nación en las cosas espirituales.

### ***David convierte a Jerusalén en su capital***

**<sup>6</sup> El rey y sus hombres marcharon sobre Jerusalén, contra los jebuseos que habitaban en aquella tierra, los cuales le dijeron a David: «Tú no entrarás aquí, pues aun los ciegos y los cojos te echarán» (queriendo decir: David no puede entrar aquí). <sup>7</sup> Pero David tomó la fortaleza de Sión, que es la ciudad de David. <sup>8</sup> David había dicho aquel día: «Todo el que ataque a los jebuseos, que suba por el canal y hiera a los cojos y ciegos, a los cuales aborrece el alma de David.» De aquí el dicho: «Ni ciego ni cojo entrará en la Casa.» <sup>9</sup> David se instaló en la fortaleza y le puso por nombre la Ciudad de David. Edificó una muralla en derredor, desde Milo hacia el interior. <sup>10</sup> E iba David adelantando y engrandeciéndose, y Jehová Dios de los ejércitos estaba con él.**

**<sup>11</sup> También Hiram, rey de Tiro, envió embajadores a David, así como madera de cedro, carpinteros y canteros para los muros, los cuales edificaron la casa de David.**

**<sup>12</sup> David supo entonces que Jehová lo había confirmado como rey de Israel, y que había engrandecido su reino por amor de su pueblo Israel.**

**<sup>13</sup> David tomó más concubinas y mujeres de Jerusalén, después que vino de Hebrón, y le nacieron más hijos e hijas.**

**<sup>14</sup> Éstos son los nombres de los que le nacieron en Jerusalén: Samúa, Sobab, Natán, Salomón, <sup>15</sup> Ibhar, Elisúa, Nefeg, Jafia, <sup>16</sup> Elisama, Eliada y Elifelet.**

No hay duda de que muchos supondrían que David iba a permanecer en Hebrón para gobernar desde allí a la nación. Después de todo, esa era una ciudad prominente en el mundo antiguo y tenía una tradición que la respaldaba.

Pero Hebrón era también una ciudad sureña, y estaba situada en un valle que la hacía difícil de defender. Además, David quería hacer algo que proclamara su intención de ser rey sobre *todo* Israel: iba a poner su capital en Jerusalén, la ciudad más al norte

de las de Judá, cercana a la frontera con Benjamín.

Se podría decir que Jerusalén era un “sitio neutral”; ninguna de las partes del reino la había tenido bajo su control. Para el caso, era como lo que es Washington, D.C., en cuanto a capital de los Estados Unidos, ubicada entre el norte y el sur. Ocupada por los jebuseos y originalmente llamada Salem en época de Abraham, la ciudad fue retenida por sus habitantes durante los tiempos de la conquista de Palestina por Josué. En el transcurso de todos esos años, nadie había sido capaz de desalojarlos de sus fortificaciones.

La ubicación de Jerusalén tenía mucho que ver con esto, estaba construida sobre una meseta y flanqueada por los profundos cañones de los valles de Cedrón (o Quedrón) e Hinom; los jebuseos se vanagloriaban ante David de que incluso “los cojos y los ciegos” podrían defenderla contra su ataque. Hasta ese punto llegaba el convencimiento que tenían de la inexpugnabilidad de su ciudad. Esa burla encolerizó a David, que después la iba a usar en contra de ellos.

David, sin embargo, encontró la forma de que sus hombres pudieran penetrar en la ciudad sin ser vistos. Sabía que existía un túnel que llevaba el agua desde la fuente de Gijón hasta un estanque que estaba situado bajo el nivel de la ciudad, y que a través de una abertura vertical que llegaba hasta el estanque, los habitantes se proveían de agua fresca, sacándola con cubos que hacían bajar hasta el pozo. Según 1 Crónicas 11:4-6, David les planteó a sus hombres el desafío de llegar a la ciudad a través de esta vía, ofreciéndole al primero que lo lograra el cargo de jefe militar. El decidido Joab encabezó la travesía y llevó a cabo exitosamente el sorpresivo ataque, asegurándose de paso el puesto de comandante en jefe del ejército.

La ciudad fue capturada sin que sufriera graves daños. Una vez en posesión de la plaza, David reforzó las fortificaciones, construyendo en especial la rampa hacia el norte, a la cual se le daba en ocasiones el nombre de *Milo*. Sin demora, David se mudó con su familia a la ciudad fortificada, y la llamó “Ciudad de

David”.

A través de los años a Jerusalén se le han dado los nombres de: *Sión, monte Sión, la ciudad de nuestro Dios, y la ciudad de David*. Sión se convirtió en sinónimo del reino de Dios y de su pueblo, los creyentes. El profeta Isaías escribió: “Extendiendo los cielos, echando los cimientos de la tierra y diciendo a Sión: ‘Pueblo mío eres tú’” (Isaías 51:16). En el salmo leemos: “¡Hermosa provincia, el gozo de toda la tierra es el monte Sión, a los lados del norte! ¡La ciudad del gran Rey! En sus palacios Dios es conocido por refugio” (Salmo 48:2,3). Como creyentes en Cristo, se nos describe como habiéndonos “acercado al monte Sión, a la ciudad del Dios vivo, Jerusalén la celestial” (Hebreos 12:22).

Jerusalén también se convirtió en símbolo del cielo y del descanso que nos aguarda. Nuestro Señor nos ha preparado una bella ciudad: “Y yo, Juan, vi la santa ciudad, la nueva Jerusalén, descender del cielo, de parte de Dios, ataviada como una esposa hermoseedada para su esposo” (Apocalipsis 21:2). Como viajeros cansados, anhelamos el día en que estaremos seguros para siempre con el Señor.

La toma de Sión fue solo el comienzo de los logros de David. David no hubiera podido alcanzar esos logros por sí mismo; era cada vez más obvio que “Jehová de los ejércitos estaba con él”. Hiram, rey de Tiro, ciudad estado situada en la costa del Mediterráneo, tomó nota del creciente poder de David; en gesto de amistad, le envió: albañiles, carpinteros y madera de cedro a Jerusalén para la construcción del palacio real. Nuevamente volveremos a oír de Hiram en relación con los planes y el comienzo de las obras de construcción del templo.

David demostró que era ser un hombre sensible y alerta a las bendiciones de Dios, reconociéndole como quien “lo había confirmado como rey de Israel, y que había engrandecido su reino por amor de su pueblo Israel”. Esta debió haber sido la época en la que escribió: “Te glorificaré, Jehová, porque me has exaltado y

no has permitido que mis enemigos se alegren de mí. Jehová, Dios mío, a ti clamé y me sanaste. ... Porque tú, Jehová, con tu favor me afirmaste como a monte fuerte” (Salmo 30:1,2,7).

¿Estamos nosotros en igual disposición de reconocer a Dios en nuestros días de logros y éxitos?

### ***David derrota a los filisteos***

**<sup>17</sup> Cuando los filisteos oyeron que David había sido ungido como rey de Israel, subieron todos para buscar a David. David lo supo y descendió a la fortaleza. <sup>18</sup> Llegaron los filisteos y se desplegaron por el valle de Refaim.**

**<sup>19</sup> Entonces consultó David a Jehová, diciendo:**

**—¿Iré contra los filisteos? ¿Los entregarás en mis manos?**

**Respondió Jehová a David:**

**—Ve, porque ciertamente entregaré a los filisteos en tus manos.**

**<sup>20</sup> Llegó David a Baal-perazim. Allí los venció David, y dijo: «Jehová me abrió brecha entre mis enemigos, como corriente impetuosa.» Por esto llamó el nombre de aquel lugar Baal-perazim. <sup>21</sup> Los filisteos dejaron allí sus ídolos, y David y sus hombres los quemaron.**

**<sup>22</sup> Los filisteos vinieron otra vez y se desplegaron en el valle de Refaim. <sup>23</sup> David consultó a Jehová, y él respondió:**

**—No subas, sino rodéalos y atácalos frente a las balsameras. <sup>24</sup> Y cuando oigas ruido como de marcha por las copas de las balsameras, entonces atacarás, porque Jehová saldrá delante de ti para derrotar el campamento de los filisteos.**

**<sup>25</sup> David lo hizo así, como Jehová se lo había mandado; e hirió a los filisteos desde Geba hasta llegar a Gezer.**

Los filisteos no se limitaron a sentarse a observar mientras David reconstruía la nación; ellos veían la reunificación de la



nación de Israel con creciente inquietud. Sabían que tenían que decidirse a actuar de inmediato, antes de que David se hiciera más fuerte. Planearon una ofensiva general, y con todas sus fuerzas militares se pusieron en marcha hacia Jerusalén.

La maniobra no sorprendió a David. Cuando los enemigos llegaron hasta el valle de Refaim (a veces llamado “valle de los Gigantes”) cerca de Belén, David consultó a Jehová sobre si debía atacarlos. La seguridad de que iba a triunfar, que le fue dada en la respuesta, lo impulsó a lanzarse sorpresivamente al ataque en un lugar que posteriormente fue conocido como “Baal-perazim” (que significa “quebrantó Jehová delante de mí a mis enemigos”). Tan rotunda fue la derrota de los filisteos que dejaron tras sí todos sus ídolos.

Algún tiempo más tarde, los filisteos volvieron a lanzar un segundo ataque, llegando otra vez hasta el valle de Refaím. Sin asumir que esta segunda situación era muy similar a la primera, David buscó el consejo de Dios de nuevo, con lo que nos hace recordar que la experiencia pasada no puede ser nuestra única guía. En todos nuestros asuntos debemos buscar el consejo del Señor.

Esta vez, Dios le dio instrucciones a David para que rodeara a los filisteos desde atrás, y los atacara en cuanto oyera un milagroso “ruido como de marcha por las copas de las balsameras”. Quizás fue una referencia a huestes de ángeles que marchaban a la batalla. Los hombres de David hicieron retroceder a los filisteos hasta lo que hoy es conocido como la Franja de Gaza, unos 32 km hacia el oeste. Estos enemigos ya no serían nuevamente problema para Israel durante algún tiempo.

En ese día, Israel aprendió que “de Jehová es la batalla” (1 Samuel 17:47). Y David cantó: “Pues me has revestido de fuerzas para el combate; ... Has hecho que mis enemigos me vuelvan las espaldas, para que yo destruya a los que me aodian. ... Me has librado de las contiendas del pueblo; me has hecho cabeza de naciones; pueblo que yo no conocía me sirvió” (Salmo 18:39, 40, 43).

*David lleva el arca a Jerusalén*

**6** David volvió a reunir a todos los escogidos de Israel, treinta mil hombres. <sup>2</sup> Se levantó David y partió de Baala de Judá con todo el pueblo que lo acompañaba para trasladar de allí el Arca de Dios, sobre la cual era invocado el nombre de Jehová de los ejércitos, que tiene su trono entre los querubines. <sup>3</sup> Pusieron el Arca de Dios sobre un carro nuevo, y se la llevaron de la casa de Abinadab, que estaba en la colina. Uza y Ahío, hijos de Abinadab, guiaban el carro nuevo. <sup>4</sup> Mientras se llevaban de la casa de Abinadab, que estaba en la colina, el Arca de Dios, Ahío iba delante del Arca. <sup>5</sup> David y toda la casa de Israel danzaban delante de Jehová con toda clase de instrumentos de madera de haya, con arpas, salterios, panderos, flautas y címbalos. <sup>6</sup> Cuando llegaron a la era de Nacón, Uza extendió su mano hacia el Arca de Dios y la sostuvo, pues los bueyes tropezaban. <sup>7</sup> Entonces el furor de Jehová se encendió contra Uza: allí mismo lo hirió Dios por aquella temeridad, y cayó allí muerto junto al Arca de Dios.

<sup>8</sup> David se entristeció por haber herido Jehová a Uza, y fue llamado aquel lugar Pérez-uza, hasta el día de hoy. <sup>9</sup> Y temiendo David a Jehová aquel día, dijo: «¿Cómo ha de entrar en mi casa el Arca de Jehová?» <sup>10</sup> De modo que David no quiso llevar a su casa, a la ciudad de David, el Arca de Jehová, sino que la hizo llevar a casa de Obed-edom, el geteo. <sup>11</sup> Y estuvo el Arca de Jehová en casa de Obed-edom, el geteo, tres meses; y bendijo Jehová a Obed-edom y a toda su casa.

Durante los últimos días del reino de Saúl, se había producido un triste abandono de la adoración a Dios, lo que se reflejó en la vida de la nación por la transigencia de ese rey en cuanto a lo que Jehová había dicho. Pocas personas, quizá ninguna, celebraban

cultos. El Tabernáculo, es decir, la tienda de la reunión que se había usado a través de todo el tiempo que anduvieron errantes por el desierto, se había deteriorado, y su mobiliario estaba disperso por todas partes. Durante casi setenta años el Arca del pacto había permanecido en una casa particular.

Como la presencia de Dios estaba asociada con el Tabernáculo, el pueblo de Israel no sentía su proximidad, y ya no tenía más el sentido de sobrecogimiento y reverencia ante Dios. Se comprende entonces el interés primordial que tenía David en restaurar la adoración a Jehová en el lugar central que le correspondía en la vida de la nación.

Esa restauración implicaba reunir el disperso mobiliario del Tabernáculo, cuya pieza más importante era el Arca del pacto, el sitio donde Dios moraba entre su pueblo y le revelaba su gloria.

La palabra “arca” significa caja o cofre. El Arca estaba hecha de madera y recubierta de láminas de oro por dentro y por fuera; era de unos 1.2 m de longitud, por 0.6 m de anchura y 0.6 m de altura. Tenía sobre la parte superior una cubierta llamada “el asiento de la misericordia” o el “propiciatorio”, en cuyos extremos había una pequeña figura de un querubín o un ángel de oro labrado a martillo. Las figuras tenían las alas extendidas sobre el Arca y con el rostro dirigido hacia abajo, mirándola. En las esquinas inferiores del Arca había unos anillos a través de los cuales se podía introducir una vara para transportarla. En su interior había tres objetos: un recipiente de oro con maná, la vara de Aarón, y los Diez Mandamientos grabados en dos tablas de piedra (véase Éxodo 25 y 37). Todos estos detalles nos pueden parecer extraños si no recordamos que, antes del Calvario, la mayor parte de la adoración tenía lugar mediante tipos o símbolos de las cosas que vendrían. El Arca era el símbolo de la presencia de Dios en medio de pueblo, y era considerada como el trono terrenal de Dios, el lugar donde el Dios que se sienta en las alturas tiene el estrado de sus pies en la tierra. A su vez, el Arca les hacía recordar que nuestro

Dios es el Dios a la vez cercano para ayudar, y digno de que estemos delante de él con reverencia y sobrecogimiento.

Sabiendo esto, podemos apreciar el ferviente deseo que tenía David de que el Arca fuese traída a la nueva capital; su apuro por hacerlo lo metió en problemas. Pragmático como era, es decir, directo para resolver problemas sin tomarse mucho tiempo para discutir lo que se había de hacer, David enfrentó la tarea de llevar el Arca desde el hogar de Abinadab en Baala de Judá (Quiryat-jearim). La distancia que había desde ese lugar hasta la tienda que le había erigido en Jerusalén era de unos 16 km. Para el transporte había construido un carro nuevo que iba a ser tirado por bueyes y sobre el que se puso el sagrado mueble. Los hijos de Abinadab, Uza y Ayo, guiaban el carro. Para David era obvio que esa era la forma más rápida y conveniente para cumplir la tarea.

Los preparativos que hizo David no se detuvieron aquí, sino que convocó a 30,000 hombres en representación de toda la nación, para salir y escoltar el Arca hasta Jerusalén. Había músicos tocando instrumentos de todo tipo para guiar al pueblo en los cantos. La celebración era realmente jubilosa y nadie estaba más alegre que él.

Pero las cosas salieron mal cuando uno de los bueyes tropezó. El carro se inclinó hacia delante, y parecía como si el Arca se fuera a volcar. Uza, hijo de Abinadab, reaccionó como lo hubiera hecho cualquier persona alerta y extendió la mano para estabilizar el Arca. Al tocarla, cayó muerto. Se nos dice que “Entonces el furor de Jehová se encendió contra Uza: allí mismo lo hirió Dios por aquella temeridad.”

La emoción del momento dio paso a un silencio mortal, mientras el cuerpo sin vida de Uza yacía al lado del carro. David no sabía que hacer; estando primero triste, y después temeroso, se preguntó: “¿Cómo ha de entrar en mi casa el Arca de Jehová?” Quizás resultaba muy presuntuoso de su parte el querer llevar el Arca de Jehová a su propia ciudad. Decidió dejarla justamente en el sitio del suceso, y durante los siguientes tres meses el Arca

permaneció en casa de un hombre llamado Obed-edom.

### ***El corazón para Dios***

<sup>12</sup> Cuando se le avisó al rey David: «Jehová ha bendecido la casa de Obed-edom y todo lo que tiene a causa del Arca de Dios», fue David y trasladó con alegría el Arca de Dios de casa de Obed-edom a la ciudad de David. <sup>13</sup> Y cuando los que llevaban el Arca de Dios habían dado seis pasos, él sacrificó un buey y un carnero engordado.

<sup>14</sup> David, vestido con un efod de lino, danzaba con todas sus fuerzas delante de Jehová. <sup>15</sup> Así, con júbilo y sonidos de trompeta, David y toda la casa de Israel conducían el Arca de Jehová.

<sup>16</sup> Cuando el Arca de Jehová llegaba a la ciudad de David, aconteció que Mical, hija de Saúl, miró desde una ventana, y al ver al rey David que saltaba y danzaba delante de Jehová, lo despreció en su corazón.

<sup>17</sup> Metieron, pues, el Arca de Jehová, y la pusieron en su lugar, en medio de una tienda que David le había levantado; y sacrificó David holocaustos y ofrendas de paz delante de Jehová. <sup>18</sup> Cuando David acabó de ofrecer los holocaustos y ofrendas de paz, bendijo al pueblo en el nombre de Jehová de los ejércitos. <sup>19</sup> Después repartió a todo el pueblo y a toda la multitud de Israel, tanto a hombres como a mujeres, un pan a cada uno, un pedazo de carne y una torta de pasas. Y se fue todo el pueblo, cada uno a su casa.

<sup>20</sup> Volvió luego David para bendecir su casa; y salió a recibirlo Mical, y le dijo:

—¡Cuán honrado ha quedado hoy el rey de Israel, descubriéndose hoy delante de las criadas de sus siervos, como se descubre sin decoro un cualquiera!

<sup>21</sup> Entonces David respondió a Mical:

—Fue delante de Jehová, quien me eligió en preferencia a tu padre y a toda tu casa, para constituirme como príncipe

**sobre el pueblo de Jehová, sobre Israel. Por tanto, danzaré delante de Jehová. <sup>22</sup>Y me humillaré aún más que esta vez; me rebajaré a tus ojos, pero seré honrado delante de las criadas de quienes has hablado.**

**<sup>23</sup>Y Mical, hija de Saúl, no tuvo ya hijos hasta el día de su muerte.**

Cuando David vio todas las bendiciones que descendían sobre la familia de Obed-edom en tanto adoraban a Jehová en su propio hogar, se incrementó aún más su interés por hacer que el Arca fuera llevada a Jerusalén. Debemos reconocerle que en esta ocasión se tomó el tiempo necesario para aprender cómo se debía efectuar el traslado. Reconociendo su pecado, admitió que había hecho mal y actuado apresuradamente: “Jehová, nuestro Dios, nos quebrantó, por cuanto no le buscamos según su ordenanza” (1 Crónicas 15:13), dijo posteriormente.

Los problemas de David tienen su antecedente. Podía recordar que los filisteos, muchos años atrás, habían enviado de regreso el Arca a la tierra de Israel. Desde el mismo momento en que llegó a tierras filisteas, lo único que les llevó fue problemas. Estando en extremo ansiosos por devolverla, y no sabiendo cómo hacerlo, la habían puesto sobre un carro al que engancharon dos vacas (1 Samuel 6). Pero no agradó a Dios que, años más tarde, David empleara el mismo método pagano para transportarla. Por medio de Moisés, Dios había dado instrucciones específicas acerca de la forma en que se debía transportar este sagrado objeto. Recordemos los anillos de las esquinas inferiores del cofre: a través de ellos se debían de introducir las varas que luego debían poner sobre sus hombros los hijos de la familia de Coat, el levita. Ellos habían sido los únicos autorizados para transportar el Arca (Números 4:15).

Para algunos podría ser como si Dios exagerara con detalles tan pequeños como eso de: las varas, los anillos y los hijos de Coat. Pues bien, Dios se ocupa de eso y le interesa; él sabe que a veces hay importantes verdades que están incorporadas en diminutos requisitos. Ser una persona conforme al corazón de Dios significa



*David danzando delante del Arca*

ocuparse en lo que Dios dice, y estar dispuesto a acatar sus instrucciones.

En esta ocasión, David tuvo el cuidado de hacer todo lo que el Señor había dicho. Los hijos de Coat fueron designados para transportar el Arca del pacto. Durante la marcha, después de que habían andado seis pasos, David detenía la procesión y ofrecía en sacrificio un toro o un becerro engordado. Para David, esto era más que un rito religioso: era una manera de recordar el perdón de Dios para todos los participantes en la celebración.

Mientras la procesión marchaba rumbo a Jerusalén, David iba encabezando el desfile. Le era imposible estar simplemente a un lado mirándola con indiferente realeza. Despojado de su manto real, y vistiendo el efod de lino de los sacerdotes, danzaba con toda su fuerza delante de Jehová, lleno de jubiloso entusiasmo. Un corazón para Dios es un corazón lleno de gratitud por todo lo que él ha hecho. Tomémonos un tiempo y leamos el Salmo 105 que David compuso y cantó especialmente para esta ocasión.

La fe cristiana debe ser para nosotros una religión de júbilo. No quiere decir que nuestra respuesta a la gracia y la bondad de Dios deba tomar necesariamente la forma en que David la expresó mientras danzaba ante el Señor. Nosotros podemos manifestarla en forma de himnos y oraciones que expresen nuestra gratitud, o respaldando económicamente con nuestras donaciones el trabajo de su iglesia. Lo cierto es que los que tienen corazón para Dios encontrarán la manera de hacerles conocer a otros lo que Dios ha hecho: “¡Alabad a Jehová, invocad su nombre, dad a conocer sus obras entre los pueblos! ... Gloriaos en su santo nombre; alégrese el corazón de los que buscan a Jehová” (Salmo 105:1,3).

Pero no todos tienen un corazón para Jehová. Cuando Mical, la hija de Saúl, vio por la ventana que su esposo saltaba y danzaba delante del Señor, “lo despreció en su corazón”. Lo que llenaba de agradecimiento el corazón de su esposo era algo que no significaba nada para ella; sarcástica e hiriente, al referirse al entusiasmo de David por la adoración a Dios, le dijo: “¡Cuán honrado ha quedado



hoy el rey de Israel, descubriéndose hoy delante de las criadas de sus siervos, como se descubre sin decoro un cualquiera!” David le replicó a su esposa diciendo: “Y me humillaré aún más que esta vez; me rebajaré a tus ojos”, si eso hiciera que Jehová el Señor fuera glorificado. En este pasaje se nos dice, sin otra explicación, que Mical no tuvo hijos mientras vivió: quizás David no tuvo nunca más relaciones íntimas con ella.

Una vergonzosa característica de nuestros días es la de tantos que dan por otorgadas todas las misericordias de Dios y no tienen lugar en su corazón para la adoración. Consideran que todo lo bueno que les ocurre no es más que producto de la buena suerte. No en balde se angustian y se atemorizan al enfrentar el futuro, actuando como si todo dependiera de ellos. La adoración, al poner a Dios en el lugar que le corresponde en nuestra vida, vence esas dificultades: “Servid a Jehová con alegría; venid ante su presencia con regocijo. Reconoced que Jehová es Dios; él nos hizo y no nosotros a nosotros mismos; pueblo suyo somos y ovejas de su prado” (Salmo 100:2,3).

### *Los “sí” y los “no” de Dios*

**7** Aconteció que cuando ya el rey habitaba en una casa, después que Jehová le había dado paz con todos sus enemigos de alrededor, <sup>2</sup> dijo el rey al profeta Natán:

—Mira ahora, yo habito en casa de cedro, mientras que el Arca de Dios está entre cortinas.

<sup>3</sup> Natán respondió al rey:

—Anda, y haz todo lo que está en tu corazón, porque Jehová está contigo.

<sup>4</sup> Aconteció aquella noche, que vino palabra de Jehová a Natán, diciendo: <sup>5</sup> «Ve y di a mi siervo David: “Así ha dicho Jehová: ¿Tú me has de edificar una casa en la que yo more?

<sup>6</sup> Ciertamente no he habitado en casas desde el día en que saqué a los hijos de Israel de Egipto hasta hoy, sino que he peregrinado en una tienda que me servía de santuario. <sup>7</sup> En todo cuanto he andado con todos los hijos de Israel, nunca he

**dicho a ninguna de las tribus de Israel, a quien haya mandado apacentar a mi pueblo de Israel: ‘¿Por qué no me habéis edificado una casa de cedro?’<sup>8</sup> Ahora, pues, dirás así a mi siervo David: ‘Así ha dicho Jehová de los ejércitos: Yo te tomé del redil, de detrás de las ovejas, para que fueras príncipe de mi pueblo Israel;<sup>9</sup> y he estado contigo dondequiera que has ido, he exterminado delante de ti a todos tus enemigos, y te he dado nombre grande, como el nombre de los grandes que hay en la tierra.<sup>10</sup> Además, yo fijaré un lugar para mi pueblo Israel y lo plantaré allí, para que habite en él y nunca más sea removido, ni los inicuos lo aflijan más, como antes,<sup>11</sup> en el tiempo en que puse jueces sobre mi pueblo Israel; y a ti te haré descansar de todos tus enemigos.**

Durante la mayor parte de su vida, David había estado involucrado en asuntos de luchas y guerras. Combatiente valeroso, había llevado a cabo algunas de las campañas militares más exitosas de la historia de Israel. Pero ahora, al menos en cuanto concernía a su vida, experimentaba una época de descanso y paz. Se nos dice que: “Jehová le había dado paz con todos sus enemigos de alrededor.”

Mientras disfrutaba relajado en su hermoso palacio, verdaderamente digno de un gran rey, algo le pareció que estaba terriblemente incorrecto. No le pudo parecer bien que, mientras él vivía en ese esplendor, en un palacio cuyas paredes estaban recubiertas de hermosas maderas de cedro, el Arca de Jehová estuviese en una tienda. David comenzó a soñar el gran sueño: ¡Iba a construir una casa para el Señor! La iba a hacer de piedra y madera: un lugar permanente para que allí estuviese el Arca del pacto. No había egocentrismo en ese acto, ni deseo de alcanzar renombre: lo único que quería era glorificar a Dios.

David compartió con su fiel amigo y consejero Natán, quien era además su pastor, el plan para la construcción de la casa de Dios. El profeta se entusiasmó sobremanera con la propuesta, a la

que respondió: “Anda, y haz todo lo que está en tu corazón, porque Jehová está contigo.”

Esa misma noche, Dios le envió un mensaje a través de una visión que le dio a Natán. El contenido era este: “¿Tú me has de edificar casa en la que yo more?” ¿Te pedí que hicieras esto para mí? ¿Es esto algo que yo deseo que se haga? Para Natán no debió ser muy fácil transmitirle esas palabras a David, pero no estaba interpretando mal lo que Dios dijo. La respuesta que Dios le daba era “No”.

Dios no estaba castigando a David por algo del pasado, ni era tampoco que no le fuera útil, simplemente, no estaba en el plan de Dios que le construyera un templo, aunque tenía otras cosas para que hiciera David: “Yo te tomé del redil, de detrás de las ovejas, para que fueras príncipe de mi pueblo Israel”. De hecho, era como decirle: “David, yo te he designado para ser rey; y no constructor del templo, te he dado el don de gobernar a mi pueblo, eres un hombre de guerra y un brillante estratega. Te he bendecido de forma tal que todos tus enemigos están sometidos a ti; pero tus manos están manchadas de sangre, y yo quiero que el constructor de mi templo, de la casa a mi nombre, sea un hombre de paz” (ver 1 Crónicas 28:3).

### *Tu trono será establecido para siempre*

**Asimismo Jehová te hace saber que él te edificará una casa. <sup>12</sup>Y cuando tus días se hayan cumplido y duermas con tus padres, yo levantaré después de ti a uno de tu linaje, el cual saldrá de tus entrañas, y afirmaré su reino. <sup>13</sup>Él edificará una casa para mi nombre, y yo afirmaré para siempre el trono de su reino. <sup>14</sup>Yo seré padre para él, y él será hijo para mí. Si hace mal, yo lo castigaré con vara de hombres, y con azotes de hijos de hombres; <sup>15</sup>pero no apartaré mi misericordia de él como la aparté de Saúl, a quien quité de delante de ti. <sup>16</sup>Tu casa y tu reino permanecerán siempre delante de tu rostro, y tu trono será estable eternamente.”»**

<sup>17</sup>Así, conforme a todas estas palabras, y conforme a toda

## **esta visión, habló Natán a David**

El “No” de Dios en un área de la vida de David, no significaba que abarcara todas sus facetas. A veces Dios nos cierra una puerta para abrirnos otra más conveniente.

Así le aseguró al rey que lo iba a usar para construir su casa, pero no del modo en que él había imaginado. “Y cuando tus días se hayan cumplido y duermas con tus padres, yo te levantaré después de ti a uno de tu linaje, ... Él edificará una casa para mi nombre, y yo afirmaré para siempre el trono de su reino.” El cumplimiento inmediato de esas palabras fue que Salomón, el hijo de David, iba a supervisar la construcción del templo. Pero en esa promesa estaba incluida una de mayor alcance. Dios dijo: “Tu casa y tu reino permanecerán siempre delante de tu rostro, y tu trono será estable eternamente.” Obviamente se estaba hablando aquí de alguien mayor que Salomón; se hablaba de Cristo mismo, del Salvador que vendría, de quien el profeta Isaías escribió: “Lo dilatado de su imperio y la paz no tendrán límite sobre el trono de David y sobre su reino...”(Isaías 9:7). En los días de su ministerio Jesús lo esclareció: “Y en este lugar hay alguien que es más que Salomón” (Mateo 12:42).

Esta promesa que le hizo Dios a David fue como la que le hizo a Abraham, sólo que más claramente definida: “El Salvador vendrá de tu familia y, en él, tu trono será establecido para siempre”. Todos los que conocen la historia de la Navidad saben del cumplimiento de esta promesa; desde el comienzo del relato se nos dice que María y José fueron de Nazaret a Belén, porque ambos pertenecían al linaje y casa de David.

A David también se le dio el privilegio de hacer preparativos para la construcción del templo; y así tuvo el gozo de ver que su pueblo daba generosamente para el proyecto. El oro, la plata, el bronce, el hierro, la piedra y la madera que se recolectaron debieron haber tenido un valor estimado en miles de millones de dólares.

Esto es lo maravilloso de los “No” de Dios. Aunque de primero pudieran darnos la impresión de que nos priva de una alegría, en realidad, el propósito es darnos más. ¡Cuánto error hay en pensar que sabemos más que Dios! ¡Cuán tonto creer que le superamos!

*¿Quién soy yo?*

<sup>18</sup> Entonces entró el rey David y se puso delante de Jehová, y dijo: «Señor Jehová, ¿quién soy yo, y qué es mi casa, para que tú me hayas traído hasta aquí? <sup>19</sup> Y aun te ha parecido poco esto, Señor Jehová, pues también has hablado de la casa de tu siervo en lo por venir. ¿Es así como procede el hombre, Señor Jehová? <sup>20</sup> ¿Y qué más puede añadir David hablando contigo? Pues tú conoces a tu siervo, Señor Jehová. <sup>21</sup> Todas estas grandezas has hecho por tu palabra y conforme a tu corazón, haciéndolas saber a tu siervo. <sup>22</sup> Por tanto, tú te has engrandecido, Jehová Dios; por cuanto no hay como tú, ni hay Dios fuera de ti, conforme a todo lo que hemos oído con nuestros oídos. <sup>23</sup> ¿Y quién como tu pueblo, como Israel, nación singular en la tierra? Porque Dios fue para rescatarlo como pueblo suyo, para ponerle nombre, para hacer cosas grandes a su favor, y obras terribles en tu tierra, por amor de tu pueblo, el que rescataste para ti de Egipto, de las naciones y de sus dioses. <sup>24</sup> Porque tú estableciste a tu pueblo Israel como pueblo tuyo para siempre; y tú, oh Jehová, eres su Dios.

<sup>25</sup> »Ahora pues, Jehová Dios, confirma para siempre la palabra que has hablado sobre tu siervo y sobre su casa, y haz conforme a lo que has dicho. <sup>26</sup> Que sea engrandecido tu nombre para siempre, y se diga: “Jehová de los ejércitos es el Dios de Israel”; y que la casa de tu siervo David se mantenga firme delante de ti. <sup>27</sup> Porque tú, Jehová de los ejércitos, Dios de Israel, has hecho esta revelación al oído de tu siervo, diciendo: “Yo te edificaré Casa.” Por esto tu siervo ha hallado en su corazón valor para hacer delante de ti esta súplica. <sup>28</sup> Ahora pues, Jehová Dios, tú eres Dios, y tus

**palabras son verdad, y tú has prometido este bien a tu siervo. <sup>29</sup>Ten ahora a bien bendecir la casa de tu siervo, para que permanezca perpetuamente delante de ti, porque tú, Jehová Dios, lo has dicho, y con tu bendición será bendita la casa de tu siervo para siempre.»**

Quizás la mayor frustración en la vida de David ocurrió cuando Dios le negó el privilegio de construirle un templo. Esto podría haberlo convertido en un amargado y resentido, pero no fue así, sino que fue y “se puso delante de Jehová”. Al parecer, esa fue la manera de expresar su disposición a escuchar y aceptar la instrucción de Dios.

En lugar de ponerse a pensar en lo que le había sido negado y había perdido, David se maravillaba de lo que le había sido dado y de todo lo que Dios le había permitido hacer. “¿Quién soy yo, y qué es mi casa, para que tú me hayas traído hasta aquí? ... ¿Es así como procede el hombre, Señor Jehová?” Con esa actitud como de niño agregó: “¿Y qué más puede añadir David hablando contigo? ... Todas estas grandezas has hecho por tu palabra y conforme a tu corazón, haciéndolas saber a tu siervo”. Estamos ante un hombre agradecido, que se sentía así por todo lo que Jehová había hecho, y por lo que había decidido que era lo mejor para él, incluyendo que Dios iba a cumplir la mayor de sus promesas.

¿Actuamos así nosotros? ¿Le damos gracias a Dios por lo que nos da y por lo que nos deja? ¿Por las veces que nos dice “No” y cierra una puerta, para abrir la otra? Podemos dejar que nos consuma la idea de lo que falta en nuestra vida, o podemos aceptar lo que nos ha dado y lo que nos ha permitido hacer, expresando nuestra gratitud por esos privilegios. Podemos escoger entre pasar el resto de nuestros días sin saber por qué Dios ha hecho algo, o pensando que él sabe lo que hace.

¿Podemos imaginar una bendición mayor para nuestra vida que la de ser capaces de ver el propósito de Dios donde otros no ven más que tragedia? Habrá momentos en los que sabremos del

dolor y las frustraciones de los “No” de Dios para algunas situaciones, y sería bueno que recordáramos la respuesta de David: “¿Quién soy yo, y qué es mi casa, para que tú me hayas traído hasta aquí?”

### *Resumen de las guerras de David*

**8** Después de esto, aconteció que David derrotó a los filisteos, los sometió y tomó a Meteg-ama de manos de los filisteos. <sup>2</sup> Derrotó también a los de Moab, y los midió con una cuerda, haciéndolos tenderse en tierra; los que quedaban a lo largo de dos cuerdas los condenó a morir, y a una cuerda llena la dejó con vida. Y fueron los moabitas siervos de David, pagando tributo.

<sup>3</sup> Asimismo derrotó David a Hadad-ezer hijo de Rehob, rey de Soba, al ir éste a recuperar su territorio al río Éufrates. <sup>4</sup> David les capturó mil setecientos hombres de a caballo y veinte mil hombres de a pie, y mutiló los caballos de todos los carros, pero dejó suficientes para cien carros.

<sup>5</sup> Y vinieron los sirios de Damasco para dar ayuda a Hadad-ezer, rey de Soba; pero David hirió a veintidós mil hombres entre los sirios. <sup>6</sup> Puso luego David una guarnición en Siria de Damasco, y los sirios quedaron sometidos a David, pagando tributo. Y Jehová dio la victoria a David por dondequiera que fue.

<sup>7</sup> Después tomó David los escudos de oro que traían los siervos de Hadad-ezer y los llevó a Jerusalén. <sup>8</sup> Asimismo tomó el rey David gran cantidad de bronce de Beta y de Berotai, ciudades de Hadad-ezer.

<sup>9</sup> Toi, rey de Hamat, supo que David había derrotado a todo el ejército de Hadad-ezer, <sup>10</sup> y le envió a su hijo Joram para que lo saludara pacíficamente y lo bendijera, porque había peleado con Hadad-ezer y lo había vencido, ya que Toi era enemigo de Hadad-ezer. Joram llevaba en su mano utensilios de plata, de oro y de bronce, <sup>11</sup> los cuales el rey David dedicó a Jehová, junto con la plata y el oro que le

**había consagrado, provenientes de todas las naciones que había sometido: <sup>12</sup> de los sirios, los moabitas, los amonitas, los filisteos, los amalecitas, y del botín de Hadad-ezer hijo de Rehob, rey de Soba.**

**<sup>13</sup> Así ganó David fama. Cuando regresaba de derrotar a los sirios, destrozó a dieciocho mil edomitas en el valle de la Sal. <sup>14</sup> Además, puso guarnición en Edom; por todo Edom puso guarnición, y todos los edomitas quedaron sometidos a David. Y Jehová dio la victoria a David por dondequiera que fue.**

Aquí se consolidan en un solo y corto capítulo los años de enfrentamiento militar y de victorias en conflictos que, de haber existido periódicos en esa época, hubieran encabezado los titulares. Hoy, su significación nos resulta menor.

Vale distinguir que, mientras las luchas de Saúl fueron mayormente defensivas, las de David se libraron en lo que era entonces territorio extranjero. Bajo el liderazgo de David, las fronteras de Israel se ampliaron en todos los sentidos, hasta que la nación quedó convertida en una potencia con la que había que contar. Sus dominios iban a llegar a alcanzar desde la península del Sinaí y el Mediterráneo hasta Damasco en Siria y el río Éufrates.

La primera campaña de David lo llevó hacia el oeste combatiendo contra los filisteos, veteranos enemigos de los israelitas, a quienes sometió, confinando la actividad militar de los mismos a un territorio muy reducido. Se nos dice que tomó a Meteg-ama, que traducido significa “la cuna de la ciudad madre”. Un relato paralelo en 1 Crónicas 18:1 nos permite identificar el lugar como Gat, la principal de las ciudades filisteas.

Sorprende saber que David también guerreó contra Moab, el vecino al sudeste de Israel, del otro lado del mar Muerto. Los moabitas eran descendientes de Lot. Las relaciones entre las dos naciones fueron a veces tensas, pero en general Moab no había sido hostil hacia Israel. Tampoco se debe olvidar que Rut, su



antecesora, era moabita (Rut 4:21,22), y que en Moab encontraron refugio los padres de David cuando éste huía de Saúl (1 Samuel 22:3,4). Algo muy serio debió de provocar este conflicto y hacer que David ordenara la muerte de las dos terceras partes del ejército de Moab.

Posteriormente, David concentró su atención en el reino de los arameos (Siria), una de cuyas áreas estratégicas era la de Soba, justamente al oeste del río Éufrates donde derrotó al rey Hadad-ezer, capturando numerosos soldados de infantería y carros. La mayoría de los caballos que se habían empleado en esos vehículos fueron desjarretados, quedando así inservibles para usos militares. David preservó solamente un centenar de carros con sus correspondientes caballos para su uso personal.

A fin de mantener segura la frontera norte, emplazó una guarnición cerca de Damasco. Sus victorias sobre Siria abrieron un rico flujo de tributos en forma de oro y bronce, materiales que fueron dedicados al Señor para la construcción del templo; y propiciaron una alianza con Toy, rey de Hamat, uno de los reinos más pequeños de Siria, cuyo rey se encontraba a su vez en guerra con Hadad-ezer.

Nuevamente se mencionan otras guerras con Edom, al sur y al este del mar Muerto, campañas que le dieron a David un puerto sobre el mar Rojo, pero que se distinguieron por lo difíciles. Una referencia específica aparece en relación con la sangrienta batalla que se libró en el valle de la Sal. El Salmo 60, que según la nota introductoria fue compuesto en ese tiempo, es expresión de los miedos y ansiedades que lo asediaban mientras marchaba al combate contra Edom: “¿Quién me llevará a la ciudad fortificada? ¿Quién me llevará hasta Edom? ¿No serás tú, Dios, ... ? Danos socorro contra el enemigo, porque vana es la ayuda de los hombres. Con Dios haremos proezas” (60:9-12).

La confianza que David tenía en Dios estaba bien fundada. Dos veces leemos en este capítulo: “Y Jehová dio la victoria a

David por dondequiera que fue.”

### ***Los funcionarios de David***

**<sup>15</sup> Reinó David sobre todo Israel, actuando con justicia y rectitud para con todo su pueblo. <sup>16</sup> Joab hijo de Sarvia era general de su ejército, y Josafat hijo de Ahilud, el cronista; <sup>17</sup> Sadoc hijo de Ahitob y Ahimelec hijo de Abiatar eran sacerdotes; Seraías, el escriba; <sup>18</sup> Benaía hijo de Joiada mandaba a los cereteos y peleteos, y los hijos de David eran los príncipes.**

David se dio cuenta de que reinar no era sólo mantener el poderío militar de la nación, y se encargó de mejorar la vida de los ciudadanos, en especial, estableciendo cortes que protegieran los derechos de la población y administraran justicia.

La administración de los asuntos civiles y militares de la nación fue puesta en manos de los competentes funcionarios que se mencionan en estos versículos y que se convirtieron en consejeros del rey. Joab quedó a cargo del ejército. Muchos de los hijos de David sirvieron como asesores especiales. Los sumos sacerdotes fueron dos durante esta época, Sadoc y Abiatar, también llamado Ahimelec, el hijo de Abiatar. Abiatar fue el único sobreviviente de la masacre sin sentido que ejecutó Saúl en Nob (1 Samuel 22:11-20). En cumplimiento de lo que Dios le dijo a Elí desde muchos años atrás (1 Samuel 2:30-32), Ahimelec iba a ser desplazado más tarde de su oficio por Salomón. David se encargó de organizar el sacerdocio en 24 grupos, cada uno de los cuales servía en el templo de Jehová durante un cierto período (1 Crónicas 24; Lucas 1:5,8). Otros descendientes de Leví fueron designados para encargarse de la música en los servicios de la casa

de Dios (1 Crónicas 25).

*Gracia por gracia*

**9** Preguntó David: «¿Ha quedado alguno de la casa de Saúl a quien pueda yo favorecer por amor de Jonatán?» <sup>2</sup> Había un siervo de la casa de Saúl llamado Siba, al cual llamaron para que viniera ante David. Y el rey le preguntó:

—¿Eres tú Siba?

—Sí, para servirte —respondió él.

<sup>3</sup> El rey le dijo:

—¿No ha quedado nadie de la casa de Saúl, para que yo lo favorezca con la misericordia de Dios?

Respondió Siba al rey:

—Aún queda un hijo de Jonatán, lisiado de los pies.

<sup>4</sup> —¿Dónde está? —le preguntó entonces el rey.

Siba respondió al rey:

—Está en casa de Maquir hijo de Amiel, en Lo-debar.

<sup>5</sup> Entonces el rey David mandó a traerlo de la casa de Maquir hijo de Amiel, de Lo-debar. <sup>6</sup> Al llegar Mefi-boset hijo de Jonatán hijo de Saúl, ante David, se postró sobre su rostro e hizo una reverencia. David le dijo:

—Mefi-boset.

—Aquí tienes a tu siervo —respondió él.

<sup>7</sup> Luego David añadió:

—No tengas temor, porque a la verdad yo tendré misericordia contigo por amor de Jonatán tu padre. Te devolveré todas las tierras de tu padre Saúl, y tú comerás siempre a mi mesa.

<sup>8</sup> Inclínándose él dijo:

—¿Quién es tu siervo, para que mires a un perro muerto como yo?

<sup>9</sup> Entonces el rey llamó a Siba, siervo de Saúl, y le dijo:

—Todo lo que fue de Saúl y de toda su casa, yo lo he dado

**al hijo de tu señor. <sup>10</sup>Tú, pues, le labrarás las tierras, tú con tus hijos y tus siervos, y almacenarás los frutos, para que el hijo de tu señor tenga pan para comer; pero Mefi-boset, el hijo de tu señor, comerá siempre a mi mesa.**

**Siba, que tenía quince hijos y veinte siervos, <sup>11</sup>respondió al rey:**

**—Conforme a todo lo que ha mandado mi señor, el rey, a su siervo, así lo hará tu siervo.**

**—Mefi-boset —dijo el rey— comerá a mi mesa, como uno de los hijos del rey.**

**<sup>12</sup>Tenía Mefi-boset un hijo pequeño, llamado Micaía. Todos los que vivían en la casa de Siba eran siervos de Mefi-boset. <sup>13</sup>Pero Mefi-boset, que estaba lisiado de ambos pies, vivía en Jerusalén, porque comía siempre a la mesa del rey.**

La nación estaba ahora segura y prosperaba, David gozaba de buena salud y disfrutaba de felicidad. Tenía mucho porque estar agradecido. Reflexionando sobre el misericordioso trato que Dios le había prodigado, recordó la promesa que le hizo primeramente a su querido amigo Jonatán, y posteriormente al rey Saúl, padre de Jonatán (1 Samuel 20:13-16 y 24:21,22). De alguna manera, en medio del torbellino de actividades que lo ocuparon al ascender al trono, había pasado por alto el solemne compromiso que había hecho. El compromiso era defender y velar por los miembros de la familia de Jonatán. “¿No ha quedado nadie de la casa de Saúl, para que yo lo favorezca con la misericordia de Dios?” Esa fue la considerada pregunta de un hombre agradecido.

La palabra *misericordia* que aparece en la pregunta de David ha sido traducida como “bondad misericordiosa” o “gracia”. En el Nuevo Testamento este último término es el más aceptado. Se define como bondad inmerecida e incondicional, que nunca puede ser recompensada.

Lo que hace tan única y sobresaliente la pregunta de David es que era lo último que pudiera esperarse que dijera acerca de su

antiguo enemigo. La prioridad inmediata después de la ascensión al trono de un nuevo rey en épocas antiguas era el dar muerte a todos los miembros de la familia de aquel que le había precedido en el poder; no fuera que se les ocurriese reclamar algún día el título real. Notemos, también, que el ofrecimiento no es condicional; no pregunta: “¿Hay alguno que merezca bondad o sea digno de ella?” No, simplemente pregunta por *alguno*. ¡Esta es la gracia!

Pues bien, en realidad *había* ese alguno. Siba, quien con anterioridad había sido un servidor empleado por Saúl, llevaba cuenta de lo que le había ocurrido a la familia, y le informó a David. Todavía existía un hijo de Jonatán: era un hombre joven llamado Mefi-boset. “Pero David”, añadió el informante, “hay algo que debes saber: es lisiado de ambos pies”. La insinuación parecía implicar que debía pensarlo dos veces. “David, el hombre es minusválido”.

Pero David no preguntó por la severidad del impedimento físico, sino que indagó: “¿Dónde está?” y “¿Cómo lo puedo contactar?” La respuesta de Siba fue: “Está en casa de Maquir hijo de Amiel, en Lodebar”. Como lo indica este último nombre, cuyo significado literal es “sin pasto”, el hijo de Jonatán vivía en un lugar árido y desolado.

¿Cómo pudo ocurrir que el hijo de Jonatán hubiera quedado lisiado y que viviera en un lugar tan desértico? Eso ocurrió cuando Mefi-boset tenía sólo cinco años de edad, cuando la niñera que lo cuidaba supo de la muerte en combate de Saúl y Jonatán. En aquel momento, tomó al niño en brazos y huyó con él, creyendo que si lo capturaban le darían muerte. Como la niñera iba corriendo con el niño en brazos, el pequeño se le deslizó de las manos y quizás cayó al suelo empedrado, haciéndose daño en ambos pies. El niño nunca se recuperó por completo de la caída, y por el resto de sus días caminó con la ayuda de muletas o cojeando (4:4).

Podemos imaginar la sorpresa y hasta el terror de Mefi-boset cuando, tras años de ocultarse en ese desértico lugar, un

representante del rey llegó de improvisto a su puerta para decirle que el soberano requería verlo a la mayor brevedad. Traído apresuradamente a su presencia, el hijo de Jonatán echó a un lado sus muletas y se postró delante del rey, quien le aseguró que no tenía nada que temer. No obstante, el miedo debió estarlo estremeciendo todavía cuando David le anunció que le estaba devolviendo todas las tierras que habían sido de su abuelo, y le dijo también que mientras viviera, sería invitado permanente a la mesa real y tratado como uno de la familia.

A duras penas podía Mefi-boset creer lo que estaba oyendo. Si recapitulaba su vida, no podía encontrar las razones por las que el rey debiera demostrarle semejante bondad a quien se veía a sí mismo de tan poco valor e indeseado como un perro muerto. Pero nada de eso importaba, David quería mostrarle misericordia, no por algo que hubiese hecho, ni por lástima, sino por amor a su padre, Jonatán, y por encima de todo, por el amor y la misericordia de Dios.

Imaginémonos el cambio en la vida de Mefi-boset: de vivir junto a su hijo Mica en un lugar árido y desolado, pasaba ahora a ser residente permanente del palacio real. De la vestimenta de harapos y la comida miserable, pasaba a las vestiduras reales y a compartir la misma comida que se le servía al rey.

De la manera como la bondad de Dios se expresó mediante David sobre Mefi-boset, así debe su misericordia y su gracia expresarse en nuestra vida siempre. “Amados, si Dios así nos ha amado, también debemos amarnos uno a otros” (1 Juan 4:11). Es impensable que, habiendo conocido la bondad de Dios, nuestro corazón no se preocupe por las necesidades de los otros. La gracia de Dios debe encontrar allí un lugar para los demás.

Este capítulo nos ilustra la forma en que actúa la gracia de Dios. Al igual que Mefi-boset, nosotros somos sacados de nuestra desolación espiritual y restaurados a su compañerismo. Él nos rescató y nos convirtió en sus propios hijos e hijas, no tratándonos como mereceríamos, sino según su misericordia. “Pero cuando el

pecado abundó, sobreabundó la gracia” (Romanos 5:20).

### *David derrota a los amonitas*

**1** Después de esto, aconteció que murió el rey de los hijos de Amón, y reinó en lugar suyo su hijo Hanún. <sup>2</sup> Dijo David: «Yo tendré misericordia con Hanún hijo de Nahas, como su padre la tuvo conmigo.» Y envió David a sus siervos para que lo consolaran por su padre. Pero cuando los siervos de David llegaron a la tierra de los hijos de Amón, <sup>3</sup> los príncipes de los hijos de Amón dijeron a Hanún, su señor: «¿Crees acaso que por honrar a tu padre, David te ha enviado mensajeros a que te consuelen? ¿No te ha enviado David sus siervos para reconocer la ciudad, inspeccionarla y destruirla?»

<sup>4</sup> Entonces Hanún tomó a los siervos de David, les rapó la mitad de la barba, les cortó los vestidos por la mitad hasta las nalgas, y los despidió. <sup>5</sup> Cuando se le hizo saber esto a David, envió gente a su encuentro, porque ellos estaban en extremo avergonzados. Y el rey les mandó a decir: «Quedaos en Jericó hasta que os vuelva a nacer la barba, y entonces volved.»

<sup>6</sup> Viendo los hijos de Amón que se habían hecho odiosos a David, mandaron a tomar a sueldo veinte mil hombres de a pie entre los sirios de Bet-rehob y los sirios de Soba, mil hombres del rey de Maaca, y doce mil hombres de Is-tob. <sup>7</sup> Cuando David oyó esto, envió a Joab con todo el ejército de los valientes. <sup>8</sup> Los hijos de Amón salieron y se pusieron en orden de batalla a la entrada de la puerta; pero los sirios de Soba, de Rehob, de Is-tob y de Maaca tomaron posiciones aparte en el campo. <sup>9</sup> Viendo, pues, Joab que se le presentaba la batalla de frente y desde la retaguardia, seleccionó a lo mejor de los escogidos de Israel, y se puso en orden de batalla contra los sirios. <sup>10</sup> Entregó luego el resto del ejército en manos de su hermano Abisai, y lo alineó frente a los

**amonitas. <sup>11</sup> Y dijo: «Si los sirios pueden más que yo, tú me ayudarás; y si los hijos de Amón pueden más que tú, yo te daré ayuda. <sup>12</sup> Ten fortaleza, esforcémonos por nuestro pueblo y por las ciudades de nuestro Dios. Que Jehová haga lo que bien le parezca.»**

**<sup>13</sup> Se acercó Joab, y el pueblo que con él estaba, para pelear contra los sirios; pero ellos huyeron delante de él. <sup>14</sup> Entonces los hijos de Amón, viendo que los sirios habían huido, huyeron también ellos ante Abisai y se refugiaron en la ciudad, mientras que Joab dejó de luchar contra los hijos de Amón y volvió a Jerusalén.**

Los moabitas y los amonitas eran ambos descendientes de Lot. Nos es fácil recordar que la primera actividad oficial de Saúl fue rescatar al pueblo de Jabés de Galaad cuando los amonitas trataron de esclavizarlos. Esto lo logró marchando con sus hombres durante la noche, cruzando el Jordán, y derrotándolos rotundamente. Con el paso de los años, se estableció cierta amistad entre David y Nahás, rey de Amón, quizás fundada en que éste le hubiera dado asilo a David en sus años de destierro, o en que hubiera compartido con él los suministros que tanto necesitaba el fugitivo.

Nahás falleció estando aún en el trono, y lo sucedió su hijo Hanún, a quien David le envió una delegación en sincero gesto de simpatía y respeto, con el interés de transmitirle sus condolencias. Sin duda, David estaba también deseoso de establecer buenas relaciones con el joven rey. Desafortunadamente, los consejeros de Hanún vieron con desconfianza el proceder de David, y consideraron que los enviados habían ido en misión de espionaje. En una decisión de grandes consecuencias, Hanún hizo que se los arrestara y procedió a humillarlos afeitándoles la mitad de la barba y cortando la parte posterior de las vestiduras de cada hombre, de manera que quedara una abertura que les impedía estar decentemente cubiertos. Enterado del asunto, David, que entendía que la barba era señal de masculinidad y sabiduría, les dijo a sus



emisarios que permanecieran en Jericó hasta que les creciera la barba y se les reparara el vestuario.

Temiendo que el grosero insulto que le habían infligido a David llevara a la guerra, los amonitas contrataron una fuerza de 33,000 hombres de caballería e infantería al costo de 1,000 talentos de plata, para que combatiera a favor de ellos (ver 1 Crónicas 19:6). Obviamente, esperaban una ofensiva masiva de parte de Israel.

Cuando el monarca israelita supo de los preparativos militares del adversario, envió a todo el ejército de Israel contra Amón bajo el mando de Joab, pero sin acompañarlos personalmente a la batalla. El general de David marchó contra Rabá, la ciudad capital donde descubrió que tendría que pelear en dos frentes. El asunto debió haberlo alarmado: una gran fuerza de mercenarios lo había rodeado por la retaguardia. Dividiendo sus tropas en dos, el comandante israelita decidió dirigir uno de los grupos contra los sirios, mientras que su hermano Abisai se iba a enfrenar a las fuerzas amonitas posicionadas fuera de Rabá. Por encima de todo, Joab les pidió a sus hombres que hallaran valor y fortaleza en Jehová. Viendo los amonitas el éxito de Joab contra los mercenarios, se retiraron tras las murallas de la ciudad, y Joab no prosiguió el ataque, sino que retornó a Jerusalén.

### *La derrota de los sirios*

**<sup>15</sup> Pero los sirios, al ver que habían sido derrotados por Israel, se volvieron a reunir. <sup>16</sup> Hadad-ezer mandó a buscar a los sirios que estaban al otro lado del Éufrates, los cuales llegaron a Helam comandados por Sobac, general del ejército de Hadad-ezer. <sup>17</sup> Cuando le fue dado aviso, David reunió a todo Israel, pasó el Jordán y llegó a Helam. Los sirios se pusieron en orden de batalla contra David y pelearon contra él. <sup>18</sup> Pero los sirios huyeron delante de Israel, y David les mató a la gente de setecientos carros, y cuarenta mil hombres de a caballo. Hirió también a Sobac,**

**general del ejército, quien murió allí. <sup>19</sup> Cuando todos los reyes que ayudaban a Hadad-ezer vieron cómo habían caído derrotados ante Israel, hicieron las paces con Israel y les quedaron sometidos. De ahí en adelante, los sirios temieron seguir ayudando a los hijos de Amón.**

Al principio, los sirios estaban combatiendo junto a los amonitas en calidad de mercenarios, pero la guerra había cambiado súbitamente, y ahora lo hacían por la seguridad de sus propias ciudades y poblados, de modo que llevaron refuerzos desde zonas tan alejadas como la región del río Éufrates.

En esta ocasión, David cruzó el Jordán junto con sus hombres, y el ejército de Israel encontró a las fuerzas enemigas de Siria, comandadas por Sobac, en un lugar llamado Helam. La batalla dio por resultado un elevadísimo número de víctimas. Más de 40,000 jóvenes combatientes perdieron la vida ese día y eso era más de lo que Siria podía soportar. Viendo los reyes que se habían aliado con Hadad-ezer la magnitud de la derrota, pidieron la paz, aceptando no aliarse con Amón, lo que significaba que éste tendría que enfrentar a Israel solo.

De esa manera, David aseguró las fronteras de Israel, y las expandió mucho más allá de donde habían estado en el reinado de Saúl. En sentido general, los tiempos subsiguientes fueron de paz y prosperidad para el rey y para su pueblo. Pero, tal como iba a aprender David, las pruebas más grandes de nuestra salud espiritual no nos llegan en días de adversidad, sino en los de prosperidad.

### *La caída de David*

**11** Aconteció al año siguiente, en el tiempo que salen los reyes a la guerra, que David envió a Joab, junto a sus siervos y a todo Israel, y ellos derrotaron a los amonitas y sitiaron a Rabá, mientras David se quedó en Jerusalén.

<sup>2</sup> Un día, al caer la tarde, se levantó David de su lecho, y

se paseaba sobre el terrado de la casa real, cuando vio desde el terrado a una mujer que se estaba bañando, la cual era muy hermosa. <sup>3</sup> Envió David a preguntar por aquella mujer, y le dijeron: «Aquella es Betsabé, hija de Eliam, mujer de Urías, el heteo.» <sup>4</sup> Envió David mensajeros que la trajeran, y la tomó; cuando llegó, él durmió con ella. Luego ella se purificó de su inmundicia, y regresó a su casa.

<sup>5</sup> La mujer concibió y mandó a decir a David: «Estoy encinta.» <sup>6</sup> Entonces David envió a decir a Joab: «Envíame a Urías, el heteo.» Y Joab envió a Urías a David. <sup>7</sup> Cuando Urías llegó ante él, David le preguntó por la salud de Joab, por la salud del pueblo y por la marcha de la guerra.

<sup>8</sup> Después dijo David a Urías: «Desciende a tu casa, y lava tus pies.»

Cuando Urías salió de la casa del rey, le enviaron un presente de la mesa real. <sup>9</sup> Pero Urías durmió a la puerta de la casa del rey, con todos los guardias de su señor, y no descendió a su casa. <sup>10</sup> Le hicieron saber esto a David diciendo: «Urías no ha descendido a su casa.» Entonces David dijo a Urías:

—¿Acaso no vienes de viaje? ¿Por qué, pues, no descendiste a tu casa?

<sup>11</sup> Urías respondió a David:

—El Arca, Israel y Judá habitan bajo tiendas; mi señor Joab y los siervos de mi señor, en el campo; ¿cómo iba yo a entrar en mi casa para comer y beber, y dormir con mi mujer? ¡Por vida tuya y por vida de tu alma, nunca haré tal cosa!

<sup>12</sup> David dijo entonces a Urías:

—Quédate aquí hoy también, y mañana te despediré.

Se quedó Urías aquel día y el siguiente en Jerusalén.

<sup>13</sup> David lo convidó a comer y a beber con él hasta embriagarlo. Por la tarde salió a dormir en su cama, junto a los guardias de su señor; pero no descendió a su casa.

**14** A la mañana siguiente, escribió David una carta a Joab, la cual envió por mano de Urías. **15** En ella decía: «Poned a Urías al frente, en lo más recio de la batalla, y alejaos de él, para que sea herido y muera.»

**16** Así, cuando Joab sitió la ciudad, puso a Urías en el lugar donde sabía que estaban los hombres más valientes.

**17** Salieron los de la ciudad y pelearon contra Joab; cayeron algunos del ejército de los siervos de David, y murió también Urías, el heteo.

**18** Entonces Joab mandó a comunicar a David todos los asuntos de la guerra. **19** Y dio esta orden al mensajero: «Cuando acabes de contar al rey todos los asuntos de la guerra, **20** si el rey comienza a enojarse, y te dice: “¿Por qué os habéis acercado tanto a la ciudad para combatir? ¿No sabíais lo que suelen tirar desde el muro? **21** ¿Quién hirió a Abimelec hijo de Jerobaal? ¿No arrojó una mujer desde el muro un pedazo de rueda de molino, y murió él en Tebes? ¿Por qué os habéis acercado tanto al muro?” Entonces tú le dirás: “También tu siervo Urías, el heteo, ha muerto.”»

**22** Partió el mensajero y, al llegar, contó a David todo aquello que Joab le había mandado. **23** Dijo el mensajero a David:

—Pudieron más que nosotros los hombres que salieron al campo en contra nuestra, bien que les hicimos retroceder hasta la entrada de la puerta; **24** pero los flecheros tiraron contra tus siervos desde el muro, y murieron algunos de los siervos del rey; también murió tu siervo Urías, el heteo.

**25** David respondió al mensajero:

—Así dirás a Joab: “No tengas pesar por esto, porque la espada consume, ora a uno, ora a otro; refuerza tu ataque contra la ciudad, hasta que la rindas.” Y tú alientale.

**26** Al oír la mujer de Urías que su marido Urías había muerto, hizo duelo por él. **27** Pasado el luto, envió David por ella, la trajo a su casa y la hizo su mujer; ella le dio a luz un hijo. Pero esto que David había hecho fue desagradable ante

## los ojos de Jehová.

Con la excepción de la caída de Adán y Eva, este relato del adulterio y el asesinato cometidos por David es quizás la más familiar de todas las catástrofes espirituales que se relatan en el Antiguo Testamento. Aunque ha sido romantizada por el cine, y muchos la miran como una apasionante historia de amor, no lo es; sino que se trata de un horrible recordatorio de lo vulnerables que somos todos nosotros. Biógrafo honesto y confiable, el Espíritu Santo no oculta los pecados de los grandes hombres y mujeres de Dios, sino que nos los relata, de manera que seamos advertidos e instruidos por ellos.

David había alcanzado la cima de su carrera, distinguiéndose de múltiples formas; pero muchas veces, los tiempos más peligrosos de nuestra vida, aquellos en los que somos más propensos al error, son los momentos en que todo parece marchar como deseamos. Cuando la vida es dura y luchamos por sobrevivir, Dios no está lejos de nuestros pensamientos; pero cuando nos va bien, es cuando estamos más propensos a caer.

Al quedarse en Jerusalén mientras sus tropas salían en campaña, David se permitía el ocio y la complacencia, y tenía demasiado tiempo libre en sus manos.

Sucedió que un hermoso anochecer de primavera, al final de la estación de las lluvias y cuando soplaban las cálidas brisas de la tarde, llenando el aire con la fragancia de las enredaderas en flor, el monarca, aburrido y sin sueño, buscaba algo que lo distrajera. Mientras sus hombres estaban inmersos en la lucha, sitiando la ciudad de Rabá, conocida hoy como Amán en Jordania, él se paseaba por la azotea del palacio, que estaba muy por encima del nivel de la calle, y desde allí vio una hermosa mujer que se bañaba. Su nombre era Betsabé.

Al contemplarla, David olvidó su devoción a Dios y envió a uno de sus servidores para averiguar más sobre ella. Este sirviente debía conocer bien la debilidad de su patrón cuando se trataba de

pasiones carnales y regresó con un cortés recordatorio para David, quien ya tenía numerosas mujeres. “ Aquella es Betsabé, hija de Eliam, mujer de Urías, el heteo”. De hecho, le estaba diciendo: “¡David, la mujer es casada y le pertenece a otro, a uno de tus soldados de más confianza!”

Pero el rey no oyó la advertencia, e insistió en que le fuese traída la mujer. Ella vino, pasó con él la noche, y se marchó temprano a la mañana siguiente. Por supuesto que ella no era completamente inocente en todo el asunto, pues no demostró ser una mujer modesta y discreta. Pocas semanas más tarde le iba a enviar un mensaje a David diciéndole: “Estoy encinta”.

David debió haber admitido su error abierta y decididamente. Debió haberse presentado a la nación, diciendo: “Quiero que sepan toda la verdad: he pecado.” Confesando sus faltas a Dios, podía haber buscado y encontrado su ayuda para enfrentar el futuro. En lugar de eso, entró en componendas con su pecado, tratando de encubrirlo y ocultarlo de todos. En su hipocresía, llamó al esposo de Betsabé para que viniera a casa desde el frente, fingiendo que estaba interesado en saber de la marcha de la lucha, cuando su único interés era que la gente pudiera concluir que el niño era de Urías.

Éste, que era un hombre de honor, acampó esa noche a la puerta de la casa del rey, porque no le pareció apropiado que se quedara en su hogar con su mujer, mientras sus hombres estaban en el frente encarando graves riesgos. Incluso, la noche siguiente, cuando David lo emborrachó, continuó negándose a hacerlo. Hasta embriagado, Urías demostraba mayor integridad que David, sobrio.

Fue en este momento cuando David cedió al pánico y decidió que su única salida era asesinar a Urías, y lo envió de regreso al frente con su propia orden de ejecución en la mano. Mediante ella, instruía a Joab, su general, para que lo enviara a lo más encarnizado del combate y lo dejara solo. Como resultado de esa maniobra, no sólo Urías, sino otros soldados murieron

innecesariamente. Cuando supo de las pérdidas ocurridas, David simuló que estaba lastimado y entristecido, pero rápidamente descartó el asunto diciendo: “Bien, así son las cosas. Esto ocurre en la guerra. No permitas que esto te detenga en tus esfuerzos.”

Después del funeral, los servicios correspondientes, y un breve período de duelo, David envió de nuevo por Betsabé y la hizo ahora oficialmente su propia esposa. Exteriormente, todo parecía decente y honorable, e incluso hasta apropiado que David le mostrara esa consideración a la viuda de un soldado fallecido. Pero aunque engañó a la mayoría de la nación, no pudo mantener su pecado escondido de los ojos de Dios. “Esto que David había hecho fue desagradable ante los ojos de Jehová”. David no había buscado ni una sola vez el consejo y el perdón de Dios. Su integridad ante la nación se podía haber mantenido, pero su relación con Dios estaba rota.

*Una vida restaurada mediante un corazón arrepentido*

**12** Jehová envió a Natán ante David; y al llegar le dijo:

—Había dos hombres en una ciudad, uno rico y el otro pobre. <sup>2</sup> El rico tenía numerosas ovejas y vacas, <sup>3</sup> pero el pobre no tenía más que una sola corderita, que él había comprado y criado, y que había crecido con él y con sus hijos juntamente, comiendo de su bocado, bebiendo de su vaso y durmiendo en su seno igual que una hija. <sup>4</sup> Un día llegó un viajero a visitar al hombre rico, y éste no quiso tomar de sus ovejas y de sus vacas para dar de comer al caminante que había venido a visitarlo, sino que tomó la oveja de aquel hombre pobre, y la preparó para quien había llegado de visita.

<sup>5</sup> Se encendió el furor de David violentamente contra aquel hombre, y dijo a Natán:

—¡Vive Jehová, que es digno de muerte el que tal hizo!

<sup>6</sup> Debe pagar cuatro veces el valor de la cordera, por haber



*David y Natán*



**hecho semejante cosa y no mostrar misericordia.**

**<sup>7</sup> Entonces dijo Natán a David:**

—**Tú eres ese hombre. Así ha dicho Jehová, Dios de Israel: “Yo te ungué como rey de Israel y te libré de manos de Saúl, <sup>8</sup> te entregué la casa de tu señor y puse en tus brazos a sus mujeres; además te di la casa de Israel y de Judá; y como si esto fuera poco, te habría añadido mucho más. <sup>9</sup> ¿Por qué, pues, has tenido en poco la palabra de Jehová, y hecho lo malo delante de sus ojos? A Urías, el heteo, lo mataste a espada y tomaste a su esposa como mujer. Sí, a él lo mataste con la espada de los hijos de Amón. <sup>10</sup> Por lo cual ahora no se apartará jamás de tu casa la espada, por cuanto me menospreciaste y tomaste la mujer de Urías, el heteo, para que fuera tu mujer.” <sup>11</sup> Así ha dicho Jehová: “Yo haré que de tu misma casa se alce el mal contra ti. Tomaré a tus mujeres delante de tus ojos y las entregaré a tu prójimo, el cual se acostará con ellas a la luz del sol. <sup>12</sup> Porque tú lo hiciste en secreto; pero yo haré esto delante de todo Israel y a pleno sol.”**

**<sup>13</sup> Entonces dijo David a Natán:**

—**Pequé contra Jehová.**

**Natán dijo a David:**

—**También Jehová ha perdonado tu pecado; no morirás.**

David mantuvo encubierto su mal por más de un año, negándose a confesarlo. Esta etapa de silencio y duplicidad resultó ser un punto bajo en su vida espiritual. Quien había derramado su corazón a Dios en oración, permitía ahora que, en este sentido, su vida de oración dejara prácticamente de existir. No parece que haya escrito un sólo salmo durante ese período. Estaba deprimido y aturdido, y carente de todo gozo en la vida. En un salmo posterior, describe su vida de esa época con estas palabras: “Mientras callé, se envejecieron mis huesos en mi gemir todo el día, porque de día y de noche se agravó mí tu mano; se volvió mi verdor en sequedades de verano” (Salmo 32:3,4). Estaba

emocionalmente agotado y se sentía como una planta reseca por el calor del verano.

Esa clase de remordimiento no es realmente arrepentimiento, porque lleva: solamente a la amargura, al lamento y a la pérdida de la paz de la mente y el corazón; se concentra solamente en las consecuencias de los pecados y no en Dios. Fue por eso que Dios envió en ese momento a Natán para que hablara con él. El profeta esperó el momento oportuno; era viejo amigo del rey, y habían planeado juntos la construcción del templo. Esta iba a ser una de las misiones más difíciles que jamás enfrentara Natán.

Pensando cuidadosamente lo que iba a decir, le relató la conmovedora historia de un hombre pobre que tenía solamente una oveja, a la que trataba como su mascota; y de un vecino rico que tomó un día esa oveja para servirla a sus invitados. David seguía la apasionante relación con el máximo interés mientras Natán la narraba con toda habilidad. Habiendo sido pastor, el rey comprendía lo que sintió el hombre pobre del relato y, airado, ordenó que se sentenciara a muerte al vecino rico y despiadado. ¡Increíble pero cierto!

En este momento, Natán llevó la historia a su verdadero propósito cuando le dijo a David: *“Tú eres ese hombre.”* Imaginémoslo sonrojándose en ese momento. ¿Cómo es que se le pudo escapar el punto de la historia? Sin ocultar más el pasado, confesó: *“Pequé contra Jehová.”* Dios espera que cada uno de nosotros confiese y reconozca su pecado de la misma manera.

También, él desea: perdonar, sanar y restaurar los corazones de todos los que se vuelven a él en arrepentimiento. Así, tan pronto como David confesó su pecado, Natán le anunció: *“También Jehová ha perdonado tu pecado; no morirás.”*

¡Qué alivio! Como un baño refrescante en el calor del día, la misericordia de Dios en Jesucristo lavó el pecado y silenció su atormentadora conciencia. Con esto, la parte principal de la tarea de Natán estaba concluida. Había hablado una palabra de absolución y no tenía que decir nada más. Creemos que fue en

estas circunstancias en las que David escribió el Salmo 51: “Ten piedad de mí, Dios, conforme a tu misericordia; conforme a la multitud de tus piedades borra mis rebeliones. ¡Lávame más y más de mi maldad y límpiame de mi pecado!, porque yo reconozco mis rebeliones, y mi pecado está siempre delante de mí. Contra tí, contra tí solo he pecado; he hecho lo malo delante de tus ojos, para que seas reconocido justo en tu palabra y tenido por puro en tu juicio... ¡Crea en mí, Dios, un corazón limpio, y renueva un espíritu recto dentro de mí! No me echés de delante de tí y no quites de mí tu santo Espíritu” (51:1-4; 10,11). David no dijo nada para atenuar su falta o minimizar su culpa. Lo suyo no fue otra cosa que la franca admisión de la culpa y una ferviente petición de perdón. Oró: “Oh Dios, borra mis delitos; lávame y límpiame de mi pecado; levántame otra vez por tu Espíritu Santo.” Y Dios lo hizo, retornándolo al sitio que le pertenecía.

¡Qué alivio para nosotros! Él también ha echado fuera nuestros pecados y no vamos a morir.

### ***Dios disciplina a aquellos a quienes ama***

**<sup>14</sup> Pero, por cuanto con este asunto hiciste blasfemar a los enemigos de Jehová, el hijo que te ha nacido, ciertamente morirá.**

**<sup>15</sup> Y Natán se fue a su casa.**

**Jehová hirió al niño que la mujer de Urías había dado a David, y enfermó gravemente. <sup>16</sup> Entonces David rogó a Dios por el niño; ayunó David, se retiró y se pasó la noche acostado en tierra. <sup>17</sup> Los ancianos de su casa fueron a rogarle que se levantara del suelo, pero él no quiso, ni comió nada con ellos.**

**<sup>18</sup> Al séptimo día murió el niño. Los siervos de David temían hacerle saber que el niño había muerto, comentando entre sí: «Cuando el niño aún vivía, le hablábamos y no quería oír nuestra voz; ¿cuánto más se afligirá si le decimos que el niño ha muerto?»**

**<sup>19</sup> Pero David, viendo a sus siervos hablar entre sí,**

**comprendió que el niño había muerto; por lo que preguntó David a sus siervos:**

—¿Ha muerto el niño?

—Ha muerto —respondieron ellos.

**<sup>20</sup> David se levantó entonces de la tierra, se lavó y se ungió; cambió sus ropas, entró a la casa de Jehová y adoró. Después vino a su casa y pidió que le pusieran pan, y comió.**

**<sup>21</sup> Sus siervos le dijeron:**

—¿Qué es lo que haces? Cuando el niño aún vivía ayunabas y llorabas; cuando murió, te levantaste y comiste pan.

**<sup>22</sup> David respondió:**

—Mientras el niño aún vivía, yo ayunaba y lloraba, diciéndome: “¿Quién sabe si Dios tenga compasión de mí y viva el niño?” <sup>23</sup> Pero ahora que ha muerto, ¿para qué he de ayunar? ¿Podré yo hacerle volver? Yo voy hacia él, pero él no volverá a mí.

**<sup>24</sup> David consoló a Betsabé, su mujer, se llegó a ella y durmió con ella. Ella le dio a luz un hijo y le puso por nombre Salomón. Jehová lo amó, <sup>25</sup> y envió un mensaje por medio del profeta Natán; así le puso por nombre Jedidías, como había dicho Jehová.**

Resulta errónea la idea de que con la gracia y el perdón de Cristo, cada asunto de nuestra vida es puesto de inmediato en el sitio en que debía estar. ¿Quién dice que nuestros actos pecaminosos no tendrán consecuencias? Cosechamos lo que sembramos, a pesar del perdón. De hecho, podemos pasar el resto de nuestros días viviendo bajo las penosas consecuencias de nuestros necios pecados del pasado.

David había reconocido su pecado y, a través de Natán, Dios le había asegurado el perdón. Pero aunque estaba completamente perdonado, Natán le dijo que iba a tener que cargar con las consecuencias de ese pecado. Los capítulos siguientes despliegan las dolorosas secuelas de estos hechos pecaminosos. En su

sabiduría, Dios ajusta las consecuencias del pecado a la persona, y en su amor no evita el dolor. Las palabras de Salomón en Proverbios 3:11,12 ilustran esta verdad: “No menosprecies, hijo mío, el castigo de Jehová, no te canses de que él te corrija, porque Jehová al que ama castiga, como el padre al hijo a quien quiere.”

Natán le dio a conocer a David cuáles iban a ser algunas de las consecuencias de sus pecados: “Pero, por cuanto con este asunto hiciste blasfemar a los enemigos de Jehová, el hijo que te ha nacido, ciertamente morirá.” Ya antes le había dicho: “No se apartará jamás de tu casa la espada, ... Yo haré que de tu misma casa se alce el mal contra ti ” (12:10,11). Natán habló bajo la inspiración y guía del Espíritu Santo, y le hizo saber David que, debido a la ofensa pública que su pecado había conllevado, al ser usada por los enemigos de Dios como causa de ridículo, sus consecuencias también iban a ser ampliamente divulgadas, dando un mensaje para que las gentes de todas las épocas prestasen atención.

El primer resultado fue tal como predijo Natán, el fallecimiento del hijo recién nacido. Quizás todo comenzó con una súbita enfermedad febril que llenó de dolor el corazón de David. Es interesante tener en cuenta que el escritor sagrado habla del “niño que la mujer de Urías había dado a David”, puntualizando que la mujer era de Urías y no del rey.

No hay duda que David se culpaba a sí mismo mientras comenzaba su ayuno. Pasaba la noche postrado en tierra en oración, y le imploraba a Jehová para que preservara la vida a su hijo. “¿Quién sabe si Dios tenga compasión de mí y viva el niño?” Los ancianos servidores de su casa trataron de levantarlo para que comiera y siguiera las obligaciones de la vida diaria, pero le era imposible, todo lo que podía hacer era pensar acerca de su pequeño hijo.

Al séptimo día, el niño que les nació a David y Betsabé falleció, y los sirvientes estaban temerosos de comunicárselo a David, susurrando entre ellos. Tan abrumado estaba el rey, que temían que la noticia de la muerte del hijo lo afligiera aún más.

Cuando los vio en esa actitud, se dio cuenta de que algo había ocurrido. Pero más que romper a llorar o hundirse en la angustia, David se levantó para enfrentarse a la vida y a las consecuencias de su pecado. Se bañó, cambió sus ropas, y fue directamente a la casa de Dios para adorar. Eso nos recuerda a Job, cuando dijo: “Jehová dio y Jehová quitó: ¡Bendito sea el nombre de Jehová” (Job 1:21). La amargura podría haber ahogado el espíritu de David en momentos como estos, pero él adoró a Dios, y retornó a su hogar para comer por primera vez durante en una semana.

Desde tiempos lejanos, la muerte del pequeño hijo de David ha preocupado a muchos, les ha parecido como si Dios estuviese castigando al hijo por los pecados del padre. Pero el propio David no lo veía de esta forma, tal como lo revelan sus palabras al explicarles a sus sirvientes los motivos de su semana de ayuno y oración: “¿Quién sabe si Dios tenga compasión de mí y viva el niño?” No hablaba de compasión hacia el niño, sino de compasión para con *él*, ahorrándole el dolor y el recuerdo de lo que había hecho. En lugar de ahorrárselos a David, fue al niño a quien se le ahorraron los sufrimientos de no tener que vivir con el peso de señalamientos que cuestionaran su legitimidad. Para nosotros es difícil entenderlo, pero Dios sabía lo que estaba haciendo cuando llevó consigo al niño.

David no olvidó completamente su pecado, aunque sabía que había sido perdonado. A veces pensamos que el olvido total del pasado sería nuestro mayor bien, pero eso no es necesariamente así. En el Salmo 51 David oró: “Mi pecado está siempre delante de mí” (51:3). Es de dudar que pudiera oír el llanto de un niño sin que le hiciera recordar siempre al que había perdido. Quizás nunca pudo volver al terrado de la azotea del palacio sin acordarse de su falta. El pecado pasional de su hijo Amnón tiene que haberle recordado él de su propia pasión descontrolada. Dios nos da esos recordatorios, no para entristecernos, sino para que seamos humildes, no sea que volvamos a caer.

David se consoló en la esperanza de la resurrección y en la perspectiva de ver nuevamente a su hijo al lado del Salvador. “Yo

voy hacia él, pero él no volverá a mí.” Estar ausente del cuerpo es estar presente con el Señor. David consoló a su esposa, y ella dio a luz otra vez a un hermoso niño a quien le dieron el nombre de *Salomón*, que significa “paz”. Quizás eso fue la expresión de su restaurada relación con Dios, quien ciertamente tenía grandes planes para el recién nacido. El nombre que le dio Jehová al niño fue *Jedidías*, que significa “amado de Jehová”. Dios sabe cómo traer grandes bendiciones incluso a partir de grandes males.

No despreciemos la disciplina del Señor cuando ésta llegue a nuestra vida, recordemos que: “Jehová al que ama castiga, como el padre al hijo a quien quiere.” Obviamente, Dios no ha terminado de bendecir nuestra vida.

### *David toma a Rabá*

**<sup>26</sup> Joab peleaba contra Rabá de los hijos de Amón, y tomó la ciudad real. <sup>27</sup> Entonces envió Joab mensajeros a David diciendo: Yo he puesto sitio a Rabá, y he tomado la ciudad de las aguas. <sup>28</sup> Reúne, pues, ahora al pueblo que queda, y acampa contra la ciudad y tómala, no sea que tome yo la ciudad y sea llamada con mi nombre.**

**<sup>29</sup> Y juntando David a todo el pueblo, fue contra Rabá, y combatió contra ella, y la tomó. <sup>30</sup> Y quitó la corona de la cabeza de su rey, la cual pesaba un talento de oro, y tenía piedras preciosas; y fue puesta sobre la cabeza de David. Y sacó muy gran botín de la ciudad. <sup>31</sup> Sacó además a la gente que estaba en ella, y los puso a trabajar con sierras, con trillos de hierro y hachas de hierro, y además los hizo trabajar en los hornos de ladrillos; y lo mismo hizo a todas las ciudades de los hijos de Amón. Y volvió David con todo el ejército a Jerusalén.**

Estos últimos versículos del capítulo 12 concluyen el relato de la guerra con los amonitas que se inició en los capítulos 10 y 11. Joab, el comandante de David, prácticamente había conquistado

Amón. A estas alturas, ya estaba en condiciones de sellar el destino de Rabá, la capital, cortándole el suministro de agua. Su caída era sólo cuestión de días. Ante la desesperada situación, la ciudad se vio forzada a rendirse.

Joab le envió un mensaje urgente a David para que, acudiendo de inmediato al sitio de la batalla, encabezara las tropas que iban a entrar en la ciudad derrotada y fuera declarado victorioso sobre la nación amonita.

El botín de guerra resultó cuantioso, e incluyó la pesada corona de oro del rey, incrustada de piedras preciosas. Los prisioneros de guerra fueron puestos: a laborar en la tala de madera, en el cultivo de las cosechas y en la fabricación de ladrillos.

### *Problemas familiares*

**13** Aconteció después de esto que, teniendo Absalón hijo de David una hermana muy hermosa, llamada Tamar, Amnón hijo de David se enamoró de ella. <sup>2</sup> Estaba Amnón tan angustiado que se enfermó a causa de su hermana Tamar, pues, por ser ella virgen, le parecía a Amnón que sería difícil hacerle cosa alguna. <sup>3</sup> Y tenía Amnón un amigo llamado Jonadab, hijo de Simea, hermano de David. Jonadab era un hombre muy astuto, <sup>4</sup> y le dijo:

—Hijo del rey, ¿por qué de día en día vas enflaqueciendo así? ¿No me lo revelarás a mí?

Amnón le respondió:

—Amo a Tamar, la hermana de mi hermano Absalón.

<sup>5</sup> Jonadab le dijo:

—Acuéstate en tu cama y finge que estás enfermo; cuando tu padre venga a visitarte, dile: “Te ruego que Tamar, mi hermana, venga a darme de comer; que prepare alguna vianda en mi presencia para que yo la vea y ella misma me la sirva.”

<sup>6</sup> Se acostó, pues, Amnón, y fingió que estaba enfermo. El rey vino a visitarlo, y Amnón le dijo:

—Te ruego que venga mi hermana Tamar a preparar



delante de mí dos hojuelas, y me las sirva con sus propias manos.

<sup>7</sup> Entonces David envió a decir a Tamar a su casa:

—Ve ahora a casa de Amnón, tu hermano, y hazle de comer.

<sup>8</sup> Tamar fue a casa de su hermano Amnón, que estaba acostado, tomó harina, la amasó, hizo hojuelas delante de él y las coció. <sup>9</sup> Tomó luego la sartén y las sacó delante de él; pero él no quiso comer, sino que dijo: “Echad fuera de aquí a todos.” Y todos salieron de allí. <sup>10</sup> Entonces Amnón dijo a Tamar:

«Trae la comida a la alcoba y dame de comer con tus manos.»

Tamar tomó las hojuelas que había preparado y las llevó a su hermano Amnón a la alcoba. <sup>11</sup> Cuando se las puso delante para que comiera, él la sujetó y le dijo:

—Ven, hermana mía, acuéstate conmigo.

<sup>12</sup> Ella entonces le respondió:

—No, hermano mío, no me fuerces, pues no se debe hacer así en Israel. No cometas tal infamia. <sup>13</sup> Porque ¿adónde iría yo con mi deshonra? Y aun tú serías estimado como un perverso en Israel. Te ruego pues, ahora, que hables al rey; él no se negará a entregarme a ti.

<sup>14</sup> Pero él no la quiso oír y, como podía más que ella, la violentó y se acostó con ella.

<sup>15</sup> Después Amnón la aborreció tan terriblemente, que el odio con que la aborreció fue mayor que el amor con que la había amado. Y le dijo Amnón:

—Levántate y vete.

<sup>16</sup> Ella le respondió:

—No hay razón; mayor mal es éste de arrojarme, que el que me has hecho.

Pero él no la quiso oír, <sup>17</sup> sino que llamando al criado que le servía, le dijo:

—Échame a ésta fuera de aquí, y cierra tras ella la puerta.

<sup>18</sup> Llevaba ella un vestido de diversos colores, traje que vestían las hijas vírgenes de los reyes. Su criado, pues, la echó fuera, y cerró la puerta tras ella. <sup>19</sup> Entonces Tamar tomó ceniza y la esparció sobre su cabeza, rasgó el vestido de diversos colores que tenía puesto, y con las manos sobre la cabeza, se fue gritando.

<sup>20</sup> Su hermano Absalón le dijo:

—¿Ha estado contigo tu hermano Amnón? Pues calla ahora, hermana mía; es tu hermano. Que no se angustie tu corazón por esto.

Tamar se quedó desconsolada en casa de su hermano Absalón. <sup>21</sup> Cuando el rey David oyó todo esto, se enojó mucho. <sup>22</sup> Pero Absalón no dijo a Amnón ni malo ni bueno, aunque Absalón aborrecía a Amnón porque había forzado a su hermana Tamar.

La pérdida de un hijo resultó algo muy difícil de soportar para David, pero estaba llamado a soportar aún más. La segunda calamidad que se cernió sobre él, tal como se lo había predicho Natán, fue el terrible conflicto y la contienda dentro de su propia familia, que le acabaron con el placer de vivir. Al menos en parte, estos eventos partían de su falta de participación en la vida familiar. Con tantas mujeres y tantos hijos, era imposible que fuera la clase de padre que debió haber sido.

En el capítulo 13, nos informamos de que uno de los hijos de David violó a su media hermana, una bella joven llamada Tamar. Ésta y Absalón eran hijos de David con Maaca, la hija de Talimay, rey de Gesur (3:3). La escena vergonzosa que se nos presenta no se puede contemplar sin sentir repulsión y espanto. Todo comenzó cuando Amnón, el mayor de los hijos de David y heredero al trono, albergó hacia Tamar un amor que era a su vez antinatural e incestuoso; tan intenso fue su pervertido sentimiento que llegó a



*Amnón y Tamar*

enfermarlo. Tamar, bella y recta, rechazó cada una de sus insinuaciones.

Amnón dio muestra de lo despreciable que era cuando se fingió enfermo para pedirle entonces a su padre que le permitiera a Tamar acudir a su casa para prepararle pan y alimentarlo personalmente. El plan, pecaminoso y malsano, fue idea de Jonadab, primo de Amnón. Por supuesto, David ignoraba la marcha de los acontecimientos en su propia familia, pues le encargó a Tamar que cuidara de su hermano mayor. En la privacidad de su habitación, y sin nadie alrededor, Amnón echó mano de la hermana de Absalón; y aunque ella le rogó que no hiciera algo tan miserable y le pidió que se compadeciera de ella, Amnón se negó a escucharla. Usando la fuerza, la violó, y después, la echó fuera de su habitación. Se nos dice que la odió entonces con un odio más intenso que el amor que había sentido por ella con anterioridad.

Tamar quedó emocionalmente devastada por el trato que recibió de parte de su medio hermano. Fuera de sí por la vergüenza, huyó a la casa de su hermano Absalón, cubierta la cabeza con cenizas y rota la hermosa vestimenta que la cubría. Al verla tan abrumada y confundida, Absalón no tuvo más que preguntarle: “¿Ha estado contigo tu hermano Amnón?” Sin duda, todo lo que Tamar pudo hacer fue asentir en silencio.

Leer sólo una vez algo de este tipo es ya demasiado; sin embargo, el asunto se ha convertido en síntoma de nuestra época enferma. La nuestra es una sociedad que refleja el carácter de Amnón; en ella, la gente es estimulada a satisfacer sus apetitos sexuales sin considerar el daño y la desesperación que pueda acarrear a otros. ¿No es sorprendente entonces que las mujeres de nuestros días sean víctimas de la misma explotación y de los mismos abusos que le infligió Amnón a su hermana?

¿Cuál fue la postura de David ante todo esto? El registro sagrado nos dice que estaba furioso, pero no dice que tomara ninguna acción ¿Se habría vuelto débil e incapaz por el recuerdo

de sus propias faltas para confrontar a sus hijos con sus pecados?

***Absalón le da muerte a su hermano Amnón***

<sup>23</sup> Pasados dos años, Absalón, que tenía esquiladores en Baal-hazor, junto a Efraín, convidó a todos los hijos del rey.

<sup>24</sup> Se presentó Absalón al rey, y le dijo:

—Tu siervo tiene ahora esquiladores; ruego que vengan el rey y sus siervos con tu siervo.

<sup>25</sup> El rey respondió a Absalón:

—No, hijo mío, no vamos todos, para que no te seamos gravosos.

Aunque porfió con él, el rey no quiso ir, pero lo bendijo.

<sup>26</sup> Entonces dijo Absalón:

—Pues si no, te ruego que venga con nosotros Amnón, mi hermano.

—¿Para qué ha de ir contigo? —le respondió el rey.

<sup>27</sup> Pero como Absalón insistía, dejó ir con él a Amnón y a todos los hijos del rey.

<sup>28</sup> Absalón había dado orden a sus criados diciendo: «Os ruego que miréis cuando el corazón de Amnón esté alegre por el vino; y al decir yo: “Herid a Amnón”, entonces matadlo. No temáis, pues yo os lo he mandado. Esforzaos, pues, y sed valientes.»

<sup>29</sup> Los criados de Absalón hicieron con Amnón como Absalón les había mandado. Entonces se levantaron todos los hijos del rey, y montando cada uno en su mula, huyeron.

<sup>30</sup> Aún estaban en camino cuando llegó a David un rumor que decía: «Absalón ha dado muerte a todos los hijos del rey; ninguno de ellos ha quedado.» <sup>31</sup> Levantándose entonces David, rasgó sus vestidos y se echó en tierra; todos los criados que estaban junto a él, también se rasgaron los vestidos. <sup>32</sup> Pero Jonadab, hijo de Simea, hermano de David, habló y dijo:

—No diga mi señor que han dado muerte a todos los

**jóvenes hijos del rey, pues sólo Amnón ha muerto; porque por mandato de Absalón había sido esto determinado desde el día en que Amnón forzó a su hermana Tamar. <sup>33</sup> Por tanto, ahora no haga caso mi señor, el rey, de ese rumor que dice: “Todos los hijos del rey han muerto”, pues sólo Amnón ha muerto, <sup>34</sup> y Absalón ha huido.**

**Entre tanto, alzando sus ojos el joven que estaba de atalaya, miró y vio a mucha gente que venía por el camino que estaba a sus espaldas, del lado del monte. <sup>35</sup> Entonces dijo Jonadab al rey:**

**—Son los hijos del rey, que vienen; tal como tu siervo había dicho.**

**<sup>36</sup> Cuando acabó de hablar, llegaron los hijos del rey, y alzando su voz lloraron. También el mismo rey y todos sus siervos lloraron con muy grandes lamentos. <sup>37</sup> Pero Absalón huyó y fue a refugiarse junto a Talmai hijo de Amiud, rey de Gesur. Y David lloraba por su hijo todos los días. <sup>38</sup> Así huyó Absalón, se fue junto a Gesur y estuvo allí tres años. <sup>39</sup> Y el rey David deseaba ver a Absalón, pues ya se había consolado de la muerte de Amnón.**

Los problemas de la familia de David continuaban incrementándose; ahora David tenía que ver como la desgarraba el intenso odio; tan fiero era, que Absalón se negó a hablarle a su hermano Amnón durante más de dos años, mientras el fuego de su ira era avivado por sus planes para vengar el mal que Amnón le hizo a su hermana Tamar. Dos años estuvo Absalón planeando la forma más adecuada para eliminar a su hermano.

La mayoría estará de acuerdo en que el odio más intenso que se pueda ver ocurre a veces dentro de los miembros de la propia familia. Una vez más tenemos que preguntarnos: ¿Dónde estaba David en medio de este conflicto? ¿Estaría al tanto del violento disgusto que había entre los miembros de su familia? ¿Por qué no hizo nada para calmar la situación o intervenir en ella? Uno de los

argumentos más fuertes contra la poligamia está dado por la incapacidad de David para ser el tipo de esposo y padre de familia que Dios quiso que fuera. Tal vez excusaba su falta de participación en la vida de sus hijos diciendo simplemente que estaba demasiado atareado. Mientras él estaba a cargo de los asuntos del estado, probablemente sus hijos estarían a cargo de las cosas de la casa.

Vivimos en la generación del padre desinteresado y ausente. Son demasiadas las madres que se quedan como la única fuente de disciplina y autoridad en el hogar. Podemos estar seguros de que Dios nunca planeó que las cosas ocurrieran así.

Silenciosamente, Absalón alimentó durante más de dos años el odio contra su hermano mayor, hasta que finalmente supo lo que iba a hacer. Era la época de esquila de las ovejas, e invitó a toda la familia a una comida. David declinó la invitación, diciendo que sería mucha carga tenerlos a todos en esa ocasión, a lo que Absalón replicó: “Pues si no, te ruego que venga con nosotros Amnón, mi hermano.” En ese preciso instante David debió darse cuenta de que algo andaba mal y preguntó: “¿Para qué ha de ir contigo?” Pero Absalón: solicitó, rogó y presionó a su padre para que le concediera lo que pedía. Los hijos resultan a veces muy eficientes en la manipulación de sus padres, especialmente cuando éstos no les están dando el tiempo que saben que deberían darles.

Ocurrió entonces que en la reunión familiar, mientras todos la estaban pasando bien, Absalón les ordenó a sus hombres que atacaran y mataran a su hermano Amnón. Los otros vieron horrorizados y huyeron en pánico.

Las primeras noticias de la tragedia familiar daban la impresión de que Absalón les había dado muerte a todos sus hermanos. Cuando David se enteró, el pesar lo puso fuera de sí, rasgó su manto real y se postró rostro en tierra lamentándose. Pero Jonadab, que parece haber sido parte de todo este sórdido asunto desde su comienzo, sabía que únicamente Amnón había sido asesinado, y le informó a su tío de que eso era lo que había ocurrido.

Absalón huyó, y rápidamente los hijos del rey se presentaron en el palacio y lloraron juntos. La tragedia y la vergüenza era aún mayor porque el asesinato había sido cometido por uno de los propios hermanos. Gesur, el pequeño reino al norte de Israel, fue el sitio donde Absalón buscó refugio con la familia de su madre. En ese lugar de la antigua Siria reinaba su abuelo Talmai.

David hizo duelo durante muchos días por su hijo Amnón, que era su primogénito, y se apesadumbró también por Absalón. En realidad, había perdido dos hijos: uno asesinado, y el otro buscado y para el caso como si estuviera muerto.

Ese era otro recordatorio para David de su propio crimen y apartamiento de Dios. Otra vez, las palabras de Natán vinieron a su mente: “No se apartará jamás de tu casa la espada” (12:10). Dios no le estaba permitiendo que olvidara.

### *El intento de Joab por restaurar a Absalón*

**14** Conoció Joab hijo de Sarvia que el corazón del rey se inclinaba por Absalón, <sup>2</sup> por lo que mandó a traer una mujer astuta de Tecoa, y le dijo: «Te ruego que finjas estar de duelo y te vistas ropas de luto; no te unjas con óleo, sino preséntate como una mujer que hace mucho tiempo está de duelo por algún muerto. <sup>3</sup> Luego te presentarás al rey y le dirás de esta manera.» Y le explicó Joab lo que debía decir.

<sup>4</sup> Entró, pues, aquella mujer de Tecoa al rey, y postrándose sobre su rostro en tierra, hizo una reverencia, y dijo:

—¡Socórreme, oh rey!

<sup>5</sup> —¿Qué tienes? —le dijo el rey.

Ella respondió:

—Yo a la verdad soy una mujer viuda; mi marido ha muerto. <sup>6</sup> Tu sierva tenía dos hijos. Los dos riñeron en el campo, y como no había quien los separara, uno hirió al otro y lo mató. <sup>7</sup> Y ahora toda la familia se ha levantado contra tu sierva, diciendo: “Entrega al asesino de su hermano, para



que lo hagamos morir por la vida del hermano a quien él mató, y matemos también al heredero.” Así apagarán el ascua que me ha quedado, y dejarán a mi marido sin nombre ni descendencia sobre la tierra.

<sup>8</sup> Entonces el rey dijo a la mujer:

—Vete a tu casa, y yo daré órdenes con respecto a ti.

<sup>9</sup> La mujer de Tecoa dijo al rey:

—¡Rey y señor mío, que caiga la culpa sobre mí y sobre la casa de mi padre!, pero que el rey y su trono queden sin culpa.

<sup>10</sup> El rey respondió:

—Al que hable contra tí, tráelo ante mí, y no te tocará más.

<sup>11</sup> Dijo ella entonces:

—Te ruego, oh rey, que te acuerdes de Jehová, tu Dios, para que el vengador de la sangre no aumente el daño y no destruya a mi hijo.

Él respondió:

—¡Vive Jehová, que no caerá en tierra ni un cabello de la cabeza de tu hijo!

<sup>12</sup> La mujer siguió diciendo:

—Te ruego que permitas a tu sierva decir algo a mi señor, el rey.

—Habla —respondió el rey.

<sup>13</sup> La mujer añadió:

—¿Por qué, pues, has pensado tú cosa semejante contra el pueblo de Dios? Porque diciendo el rey estas cosas se confiesa culpable él mismo, por cuanto el rey no deja volver a su desterrado. <sup>14</sup> Todos de cierto morimos y somos como agua derramada en tierra que no puede volver a recogerse. Ni Dios quita la vida, sino que provee medios para que el desterrado no siga alejado de él. <sup>15</sup> Si yo he venido ahora para decir esto al rey, mi señor, es porque el pueblo me ha atemorizado. Y tu sierva pensó: “Hablaré ahora al rey; quizá

**haga lo que su sierva le diga, <sup>16</sup> pues el rey me oirá y libraré a su sierva de manos del hombre que quiere extirparme a mí, junto con mi hijo, de la heredad de Dios.” <sup>17</sup> Tu sierva dice pues: “Sea ahora de consuelo la respuesta de mi señor, el rey, pues mi señor, el rey, es como un ángel de Dios para discernir entre lo bueno y lo malo. Y que Jehová, tu Dios, sea contigo.”**

El duelo de David por sus hijos no pasó rápidamente. Habían transcurrido tres años de la huída de Absalón a donde vivía su abuelo materno en Gesur, y todavía no podía dejar de pensar en el hijo ausente, anhelando ver otra vez a su bien parecido muchacho. Sin embargo, la negativa de Absalón a reconocer que había hecho algo malo tuvo que haberle causado problemas. El joven había tomado la justicia en su mano y había asesinado brutalmente a su hermano, sin haber dado ni una vez señales de remordimiento.

Joab, el comandante de David, sabía que el rey estaba muy afectado por la pérdida de Absalón y tomó a su cargo la tarea de lograr la reconciliación entre el padre y el hijo; procuró encontrar una vía para el retorno de Absalón. Debemos asumir que la motivación de Joab en todo este asunto no era otra que la preocupación por el rey. Debemos recordar, sin embargo, que la idea de huir había sido de Absalón: el no había sido desterrado por su padre, ni había recibido una sola palabra de corrección de él, y mucho menos había intentado David hacerle comparecer ante la justicia.

Joab no se sentía confiado de hablar con David directamente sobre el asunto, y llamó a una mujer de Tecoa para emplear las habilidades que ella tenía como comunicadora y narradora de historias, con el propósito de cambiar la forma de pensar del rey. Tecoa era una pequeña villa situada a unos ochos km al sur de Belén, mejor conocida por ser el hogar del profeta Amós.

Esta inteligente mujer debió haber tenido una sólida reputación como actriz. El papel que Joab la llamó a desempeñar era el de una madre apesadumbrada. Para ello se presentó ante David

vestida de luto, y sin maquillaje, con este ruego: “¡ Socórreme, oh rey!” A partir de aquí, desarrolló la historia de cómo sus dos hijos, mientras trabajaban en el campo, se vieron envueltos en una discusión que se tornó violenta. Al calor del intercambio de palabras, uno de ellos había matado al otro, por lo que la familia de ella demandaba que el hijo asesino fuese traído a juicio por su crimen.

Pero aquí estaba el dilema: siendo viuda, ese hijo era todo cuanto ella tenía, y en el caso de que lo sentenciaran a muerte por el asesinato de su hermano, eso significaría que no iba a quedar quien mantuviera el nombre de su esposo. Y más que eso, añadió, una luz se apagaría dentro de ella. “Así apagarán el ascua que me ha quedado.”

Algunos han comparado la historia tan hábilmente narrada de la mujer con la parábola de Natán acerca de la corderita del hombre pobre; pero las similitudes son sólo de carácter externo. Natán había sido dirigido por Dios para que fuera a David con el propósito de guiarlo al arrepentimiento. La historia de la mujer de Tecoa no tenía como objetivo lograr que Absalón se arrepintiera, sino que era un brillante intento de Joab para forzar al rey a que pasara por alto el mal hecho.

Conmovido por la historia de la mujer, David le prometió que iba a dictar una orden de protección para su hijo; pero ella continuó perseverando en el asunto y le insinuó al rey que si tomaba partido por ella, eso podría tener repercusiones sobre el mismo soberano. David le aseguró su disposición a asumir total responsabilidad y, cuando avanzando aún más, la mujer le pidió que se lo confirmara por juramento, David juró: “No caerá en tierra ni un cabello de la cabeza de tu hijo.”

Tan pronto hizo esto, la mujer le dio vuelta a la historia e hizo uso de la moraleja de la misma contra el rey: “Porque diciendo el rey estas cosas se confiesa culpable él mismo, por cuanto el rey no deja volver a su desterrado.” La mujer sugirió también que el Dios que ella conocía nunca castigaría a nadie, no importara lo

que se hubiese hecho. ¡Pobre David! Había caído atrapado en sus propias palabras. A pesar de cualquier dolorosa conclusión a la que hubiera llegado acerca de su hijo, ahora se veía forzado a revertirla.

### *Absalón regresa a Jerusalén*

**<sup>18</sup> Entonces David respondió a la mujer:**

—Te ruego que no me ocultes nada de lo que yo te pregunte.

—Hable mi señor, el rey —dijo la mujer.

**<sup>19</sup> El rey preguntó:**

—¿No está metida la mano de Joab en todas estas cosas?

**La mujer respondió:**

—¡Vive tu alma, rey señor mío, que no se aparta ni a derecha ni a izquierda todo lo que mi señor el rey ha hablado!; porque fue tu siervo Joab quien me mandó, y él puso en boca de tu sierva todas estas palabras. <sup>20</sup> Para mudar el aspecto de las cosas, Joab, tu siervo, ha hecho esto. Pero mi señor es sabio, con la sabiduría de un ángel de Dios, para conocer lo que hay en la tierra.

**<sup>21</sup> Luego el rey dijo a Joab:**

—Mira, he decidido esto: vete y haz volver al joven Absalón.

**<sup>22</sup> Joab se postró en tierra sobre su rostro, hizo una reverencia, y después que bendijo al rey, dijo:**

—Hoy ha entendido tu siervo: he hallado gracia a tus ojos, rey y señor mío, pues el rey ha hecho lo que su siervo ha dicho.

**<sup>23</sup> Se levantó luego Joab, fue a Gesur, y trajo a Absalón a Jerusalén. <sup>24</sup> Pero el rey dijo: «Que se vaya a su casa y no vea mi rostro.» Absalón volvió a su casa y no se presentó ante el rey.**

**<sup>25</sup> No había en todo Israel ninguno tan alabado por su hermosura como Absalón; desde la planta de su pie hasta la coronilla no había en él defecto. <sup>26</sup> Cuando se cortaba el**

**cabello, lo cual hacía al fin de cada año, pues le causaba molestia —por eso se lo cortaba—, pesaba el cabello de su cabeza doscientos siclos, según el peso real. <sup>27</sup> A Absalón le nacieron tres hijos y una hija, que se llamaba Tamar y fue una mujer de hermoso semblante.**

¿Habría pensado Joab que podría permanecer detrás de la escena en su plan de cambiar el pensar de David? Tan pronto el rey se dio cuenta de la verdadera intención de la historia de la mujer, comenzó a ver la mano de Joab en todo el asunto: “¿No está metida la mano de Joab en todas estas cosas?”

La mujer de Tecoa intentó adular a David y describir a Joab como un leal servidor, pero dudamos de que el rey considerara seriamente lo que dijo. Sabía que había sido forzado a hacer algo que no deseaba. “Mira, he decidido esto: vete y haz volver al joven Absalón.” Dio las órdenes, pero sin que le salieran del corazón. Todavía estaba el problema de la impenitencia del culpable.

Por otra parte, Joab se complacía en pensar que había sido capaz de influir en el rey, y no podía esperar para traer a Absalón. Pero mientras aún estaba en camino, David le añadió una condición al retorno. No le sería permitido visitar el palacio; no quería ver a su hijo, o aparentar que ya todo estaba bien: Absalón pasó los dos años siguientes en Jerusalén sin ver a su padre ni una vez.

Su regreso no fue en modo alguno de ayuda; sino que trajo de vuelta a la atención pública los problemas de la familia real. Y ¿quién sabe cuántos empezaron ahora a simpatizar con el apuesto hijo del rey, al que se le negaba la entrada al palacio? En todo ese tiempo el corazón de David seguía doliendo por causa de su descarriado hijo.

Aquí se menciona brevemente la impresionante apariencia de Absalón. Dotado de todos los atributos físicos que la gente admira, llamaba la atención a dondequiera que iba; la nota acerca de su largo y suelto cabello, que pesaba casi 1.5 kg, es una anticipación

de lo que se va a narrar después.

Se nos dice que Absalón tuvo cuatro hijos: tres varones, y una bella mujer a la que puso por nombre Tamar, como su tía. Este pequeño detalle nos habla mucho acerca de la actitud de Absalón, que estaba resuelto a no olvidar nunca lo que Amnón le había hecho a su hermana. Nadie podría convencerlo jamás de que había actuado mal en tomar venganza.

### ***David y Absalón reconciliados***

**<sup>28</sup> Estuvo Absalón por espacio de dos años en Jerusalén sin presentarse ante el rey. <sup>29</sup> Llamó Absalón a Joab para enviarlo al rey, pero él no quiso venir. Todavía lo llamó una segunda vez, pero tampoco quiso venir. <sup>30</sup> Entonces dijo a sus siervos:**

**—Mirad, el campo de Joab está junto al mío, y tiene allí cebada; id y prendedle fuego.**

**Y los siervos de Absalón prendieron fuego al campo.**

**<sup>31</sup> Entonces se levantó Joab, vino a casa de Absalón, y le dijo:**

**—¿Por qué han prendido fuego tus siervos a mi campo?**

**<sup>32</sup> Absalón le respondió:**

**—Te he mandado a decir que vinieras acá, con el fin de enviarte al rey para decirle: “¿Para qué vine de Gesur? Mejor me fuera estar aún allá. Ahora deseo ver el rostro del rey; si hay pecado en mí, máteme.”**

**<sup>33</sup> Fue, pues, Joab a ver al rey, y se lo hizo saber. Entonces llamó a Absalón, el cual se presentó ante el rey y se postró rostro en tierra delante de él. Y el rey besó a Absalón.**

Absalón se estaba impacientando con la situación en la que se encontraba. La orden que le restringía el acceso al palacio sugería que había hecho algo malo, cuestión cuya sola insinuación bastaba para irritarlo; de ahí la expresión que le dijo a Joab con respecto al rey: “Si hay pecado en mí, máteme”, palabras que dejan ver que no albergaba, ni por un momento, la idea de que fuera culpable de

algo.

Absalón apeló a Joab para que intercediera en su favor ante su padre, en dos ocasiones le envió mensajes al comandante en jefe de su padre, sin que respondiera a ninguno de ellos. Aparentemente, Joab sabía cuan intransigente estaba David al respecto, y no quería hacer más de lo que había hecho hasta el momento.

El joven Absalón no estaba acostumbrado a que lo ignoraran, ni incluso en el caso de que lo hiciera el principal jefe militar de la nación, por lo que les ordenó a sus hombres que quemaran el campo de cebada de Joab, lo que llamó la atención de Joab y lo llevó a acudir a la puerta de Absalón. “¿Por qué han prendido fuego tus siervos a mi campo?”, le preguntó Joab. Absalón no se acobardó ante la airada acusación de Joab y le replicó: “¿Para qué vine de Gesur? Mejor me fuera estar aún allá. Ahora deseo ver el rostro del rey.”

Joab se retractó, y fue personalmente a presentar el caso de Absalón ante el rey.

David convocó a su hijo y le concedió la tan largamente esperada audiencia. Absalón se presentó y se inclinó, rostro a tierra, delante del rey en un acto de respeto a su padre y de pena por lo sucedido. David quería realmente creer en lo auténtico de todo ello y extendió los brazos en gesto de perdón, lo abrazó y le dio la bienvenida a casa a su hijo pródigo.

### *La conspiración de Absalón*

**15** Aconteció después de esto, que Absalón se hizo de carros, caballos y cincuenta hombres que corrieran delante de él. <sup>2</sup> Se levantaba Absalón de mañana y se ponía a un lado del camino junto a la puerta, y a cualquiera que tenía pleito y venía ante el rey a juicio, Absalón lo llamaba y le decía: «¿De qué ciudad eres?» Él respondía: «Tu siervo es de una de las tribus de Israel.»

<sup>3</sup> Entonces Absalón le decía: «Mira, tus palabras son buenas

y justas; pero no tienes quien te oiga de parte del rey.»<sup>4</sup> Y añadía Absalón: «¡Quién me pusiera por juez en el país, para que vinieran ante mí todos los que tienen pleito o negocio, y yo les haría justicia!»<sup>5</sup> Cuando alguno se acercaba para postrarse ante él, le tendía la mano, lo abrazaba y lo besaba.<sup>6</sup> De esta manera hacía con todos los israelitas que venían ante el rey a juicio; y así les robaba Absalón el corazón a los de Israel.

<sup>7</sup> Al cabo de cuatro años, Absalón dijo al rey:

—Te ruego que me permitas ir a Hebrón a pagar el voto que he prometido a Jehová.<sup>8</sup> Porque cuando estaba en Gesur de Siria tu siervo hizo este voto: “Si Jehová me hace volver a Jerusalén, yo serviré a Jehová”.

<sup>9</sup> —Ve en paz —le dijo el rey.

Se levantó y fue a Hebrón.<sup>10</sup> Entonces envió Absalón mensajeros por todas las tribus de Israel diciendo: «Cuando oigáis el sonido de la trompeta diréis: “¡Absalón reina en Hebrón!”»<sup>11</sup> Con Absalón fueron doscientos hombres de Jerusalén convidados por él, los cuales iban inocentemente, sin saber nada.<sup>12</sup> Mientras Absalón ofrecía los sacrificios, mandó a buscar en la ciudad de Gilo a Ahitofel, el gilónita, consejero de David. Así la conspiración se fortalecía y aumentaba el pueblo que seguía a Absalón.

Una sola de las dificultades de la familia de David sería más que suficiente para apesadumbrar la vida de cualquiera, pero las dificultades familiares de David parecería que no tenían fin. La conspiración de Absalón no era sino la última de una serie de experiencias dolorosas.

David podía pensar que su hijo había madurado acercándose a Dios pero, obviamente, el hijo díscolo sólo tenía corazón para lo que convenía a sus propios intereses, y comenzó una campaña abierta y total para ganar la aprobación de la nación y desacreditar a su padre. Su primer paso fue hacerse de carros y caballos, así como de una escolta de cincuenta hombres que lo acompañaban.



Solamente con eso ya la gente tenía para hablar.

Absalón hacía un marcado contraste con su padre, quien parece haber sido mucho más tranquilo y ajeno a pretensiones; posiblemente nunca apareció en público montado en un carro. Después de todo, leemos en Deuteronomio 17:16 lo que Jehová había ordenado para el rey de Israel: “No deberá tener muchos caballos”; y David hace referencia a esto cuando dice: “Estos confían en carros, y aquellos en caballos; mas nosotros del nombre de Jehová, nuestro Dios, haremos memoria” (Salmo 20:7).

Levantándose temprano, Absalón pasaba muchas horas a lo largo del camino que llevaba a Jerusalén, situándose en un lugar desde donde fuera bien visible. Particularmente, le interesaba ver a cualquiera que llegara a la ciudad con un agravio o un litigio, que tuviera que ser presentado ante el rey. En ese caso, y sin importar los méritos del asunto en cuestión, Absalón llamaba aparte a la persona y le hacía saber que la apoyaba enérgicamente; y hasta llegaba a añadir: “Es muy triste que no se le otorgue a su queja la oportunidad de un juicio justo ante el rey.”

Además de las mentiras y difamaciones, estaba la exhibición pública de afecto para gentes totalmente extrañas. Los besos y los apretones de manos eran parte de una componenda para hacer que pareciera como un humilde compañero que sólo quería ser amigo de ellos. Esa conducta continuó por años y “así les robaba Absalón el corazón a los de Israel”.

Absalón esperaba únicamente el momento oportuno para hacer su movida final hacia el trono. La insurrección se mantuvo a escondidas de su padre hasta el último momento. Bajo el pretexto de que necesitaba cumplir con un voto que había hecho mientras estaba exiliado, Absalón solicitó permiso para ir a Hebrón, sabiendo que su padre iba a estar más que complacido al ver su interés por cumplir con una promesa sagrada hecha a Dios. David vería en eso un indicio de que su hijo se acercaba a Dios. Fue estando en la ciudad de Hebrón, su lugar de nacimiento, que envió mensajeros a cada una de las tribus de Israel, anunciando que había

sido proclamado rey en esa ciudad. Quizás el apoyo más fuerte a su pretensión provenía del pueblo de Hebrón; quizá no les había gustado que David trasladara la capital de Hebrón a la ciudad de Jerusalén.

El hecho de que unos doscientos hombres estuvieran dispuestos para acompañar a Absalón desde Jerusalén hasta Hebrón, sin saber en lo que se involucraban, da una idea de la capacidad que tenía este hombre para manipular y usar a las personas. Entre quienes acudieron estaba Ahitofel, uno de los más respetados consejeros de David. Si comparamos 2 Samuel 1:3 con 23:34, nos parece que podría ser una razón de la disposición de Ahitofel para desertar de David, pues era abuelo de Betsabé, y pudiera haber desaprobado la forma en que el rey la hizo su mujer. También esto podría explicar el consejo que le dio a Absalón en 16:21.

### *David huye*

**<sup>13</sup> Llegó un mensajero adonde estaba David, diciendo: «El corazón de todo Israel se va tras Absalón.» <sup>14</sup> Entonces David dijo a todos sus siervos que estaban con él en Jerusalén:**

**—Levantaos y huyamos, porque no podremos escapar ante Absalón; daos prisa a partir, no sea que apresurándose él nos alcance, nos cause una desgracia y hiera la ciudad a filo de espada.**

**<sup>15</sup> Los siervos del rey le respondieron:**

**—Tus siervos están listos para todo lo que nuestro señor y rey decida.**

**<sup>16</sup> El rey salió entonces, seguido de toda su familia. Y dejó el rey a diez concubinas para que guardaran la casa. <sup>17</sup> Salió, pues, el rey con todo el pueblo que le seguía, y se detuvieron en un lugar distante. <sup>18</sup> Todos sus siervos estaban a su lado. Todos los cereteos y peleteos, todos los geteos y seiscientos hombres que le habían seguido a pie desde Gat, iban delante del rey. <sup>19</sup> Y dijo el rey a Itai, el geteo:**

—¿Para qué vienes tú también con nosotros? Vuelve y quédate con el rey, pues eres extranjero y estás desterrado también de tu lugar. <sup>20</sup> Ayer viniste, ¿y voy a obligarte hoy a que andes con nosotros? En cuanto a mí, yo iré a donde pueda ir; tú vuélvete y haz volver a tus hermanos. ¡Que Jehová te muestre amor permanente y fidelidad!

<sup>21</sup> Itai respondió al rey diciendo:

—¡Vive Dios, y vive mi señor, el rey, que para muerte o para vida, donde esté mi señor, el rey, allí estará también tu siervo!

<sup>22</sup> Entonces David dijo a Itai:

—Ven, pues, y pasa.

Itai, el geteo, pasó con todos sus hombres y toda su familia. <sup>23</sup> Todo el mundo lloraba a gritos. Pasó toda la gente el torrente Cedrón; luego pasó el rey, y todo el pueblo pasó por el camino que va al desierto

A medida que el número de simpatizantes que acudían a Absalón se hacía mayor, el asunto se veía peor para el rey, y algunos decían que bien pudiera ser que este fuese su final. Pero David demostró lo que lo había hecho grande ante los ojos de Dios; había pasado demasiadas pruebas para dejar de apoyarse en él en esta ocasión. Los pensamientos de su corazón mientras oraba fueron preservados para nosotros en el salmo: “¡Jehová, cuánto se han multiplicado mis adversarios! Muchos son los que se levantan contra mí; muchos son los que dicen de mí: ‘No hay para él salvación en Dios.’ Mas tú, Jehová, eres escudo alrededor de mí; ... Yo me acosté y dormí, y desperté, porque Jehová me sustentaba” (Salmo 3:1,2,3,5).

Temprano en la mañana siguiente, David le ordenó a todo el personal de su palacio que empacaran lo que pudieran, y se prepararan para salir de Jerusalén. Las fuerzas insurrectas estaban ya en camino a la ciudad, y las noticias que le llegaban a David eran que los corazones de los hombres de Israel estaban con

Absalón. ¡Imaginemos cómo le debió doler oír estas cosas!

La decisión de David fue la de escapar y no quedarse a combatir. No quería arriesgar la pérdida de numerosas vidas o ver destruida su amada ciudad. Además, era lo suficientemente sensible como para ver que eso también era parte de la disciplina que Dios tenía para él.

David huyó rumbo al este, alejándose de la ciudad con todos los sirvientes de su casa y la guardia del palacio. La mención de las diez concubinas que quedaron detrás es de importancia en relación con lo que se nos dice en el capítulo siguiente. Al llegar a la última casa de los límites de la ciudad, nos lo imaginamos mirando atrás por sobre su hombro hacia la gran Sión. Fue un momento doloroso para él; allí se detuvo con abundantes lágrimas, viendo pasar a todos sus hombres como si se tratase de una revista militar, o algo así como una última inspección. Incluidos entre quienes desearon ir con él estaban: los cereteos y peleteos, la guardia real de David, y seiscientos guerreros filisteos de Gat.

En momentos como estos, David debió haber sentido que no tenía un amigo en todo el mundo, pero encontró apoyo y aliento de donde menos podía esperarlo. Un oficial llamado Itai el geteo, que sólo recientemente se había unido a las fuerzas del rey, se negó a aceptar la invitación a regresar. “Tú eres extranjero”, le dijo David, “y tú no me debes obediencia a mí. No tengo derecho a pedirte que arriesgues tu vida por causa mía.” David estaba convencido de que no habría forma de que los seiscientos hombres de la ciudad natal de Goliat quisieran identificarse con él bajo estas circunstancias. Pero estos soldados habían llegado a amarlo y respetarlo. Itai, el jefe, habló por todos ellos cuando dijo: “Vive Dios, y vive mi señor, el rey, que para muerte o para vida, donde esté mi señor, el rey, allí estará también tu siervo.” ¡Cuánto nos recuerdan estas palabras a las que Rut, la antecesora de David, le dijo a su suegra! (Rut 1:16,17). Cuando muchos se apartaban de él, David encontró un fiel amigo en Itai geteo.

Es una gran bendición de Dios disponer de una o dos personas

que estén de nuestro lado, cuando todos los demás nos han abandonado. A veces estos amigos vienen de los sitios más insospechados; solamente Dios puede haberlos enviado.

Infinidad de lágrimas tienen que haberse derramado ese día mientras David y sus leales seguidores cruzaban el valle del Cedrón y subían al monte de los Olivos. Casi mil años después, Jesús iba a andar por el mismo camino, pero en sentido contrario, acompañado de un grupo de afligidos discípulos. Iba hacia Jerusalén y hacia la cruz por nosotros. Ambas procesiones eran similares en algunos aspectos, pero en realidad muy diferentes.

### *David alentado por amigos leales*

**<sup>24</sup> Y he aquí, también iba Sadoc, y con él todos los levitas que llevaban el arca del pacto de Dios; y asentaron el arca del pacto de Dios. Y subió Abiatar después que todo el pueblo acabó de salir de la ciudad.**

**<sup>25</sup> Pero dijo el rey a Sadoc: Vuelve el arca de Dios a la ciudad. Si yo hallo gracia ante los ojos de Jehová, él hará que yo vuelva, y permitirá que pueda verla de nuevo en su tabernáculo. <sup>26</sup> Y si dice: No me has agradado; aquí estoy, haga de mí lo que bien le parezca.**

**<sup>27</sup> Dijo además el rey al sacerdote Sadoc: ¿No eres tú el vidente? Vuelve en paz a la ciudad, y con vosotros vuestros dos hijos: Ahimaas tu hijo, y Jonatán hijo de Abiatar. <sup>28</sup> Mirad, yo me detendré en los vados del desierto, hasta que venga respuesta de vosotros que me dé aviso. <sup>29</sup> Entonces Sadoc y Abiatar volvieron el arca de Dios a Jerusalén, y se quedaron allí.**

**<sup>30</sup> Y David subió la cuesta de los Olivos; y la subía llorando, llevando la cabeza cubierta, y los pies descalzos. También todo el pueblo que tenía consigo cubrió cada uno su cabeza, e iban llorando mientras subían. <sup>31</sup> Y dieron aviso a David, diciendo: Ahitófel está entre los que conspiraron con Absalón. Entonces dijo David: Entorpece ahora, oh Jehová,**

**el consejo de Ahitófel.**

**<sup>32</sup> Cuando David llegó a la cumbre del monte para adorar allí a Dios, he aquí que Husay arquita le salió al encuentro, rasgando sus vestidos, y cubierta de tierra la cabeza. <sup>33</sup> Y le dijo David: Si pasas conmigo, me serás carga. <sup>34</sup> Mas si te vuelves a la ciudad, y dices a Absalón: Rey, yo seré tu siervo, como hasta aquí he sido siervo de tu padre, así seré ahora siervo tuyo; entonces tú harás fracasar el plan de Ahitófel. <sup>35</sup> ¿No estarán allí contigo los sacerdotes Sadoc y Abiatar? Por tanto, todo lo que oigas en la casa del rey, se lo comunicarás a los sacerdotes Sadoc y Abiatar. <sup>36</sup> Y he aquí que están con ellos sus dos hijos, Ahimaas el de Sadoc, y Jonatán el de Abiatar; por medio de ellos me enviaréis aviso de todo lo que oigas.**

**<sup>37</sup> Así vino Husay amigo de David a la ciudad; y Absalón entró en Jerusalén.**

En momentos como estos, lo que David necesitaba era un amigo como Itai dispuesto a estar de parte de su rey sin importar lo que ocurriera. Misericordiosamente, Dios envió varios amigos más para alentar a su siervo.

Los que le siguieron fueron Sadoc y Abiatar; ambos habían sido designados por David como sumos sacerdotes de la nación y le causó grata sorpresa el verlos correr a su encuentro. Junto con ellos vinieron los miembros de la familia de Leví, designados por Dios, quienes transportaban el Arca de Dios que pusieron en el valle de Cedrón, mientras Abiatar ofrecía sacrificios a Dios hasta que todos los leales seguidores de David hubieron abandonado la ciudad.

Aparentemente Sadoc y Abiatar estaban dispuestos a acompañarlo a cualquier lugar a donde se viera forzado a escapar. Parecía que pensaban que la presencia del Arca iba a garantizar la seguridad del rey durante su huida. Pero David no estaba convencido de que fuera correcto hacer eso. Sin duda recordaba

lo que había ocurrido años atrás, cuando Ofni y Fineés, los malvados hijos de Elí, habían llevado consigo el Arca del pacto a la batalla contra los filisteos (1 Samuel 4:1-11), con la esperanza de que estando en el frente de batalla aseguraría el triunfo de Israel. Pero no fue así, y el Arca fue capturada y la llevaron a territorio filisteo. “No”, dijo David, “es mejor mantener el Arca en Jerusalén, en el Tabernáculo, donde le corresponde.”

David también se daba cuenta de que llevar con él el Arca sería hacer que el nombre de Dios fuera identificado con sus vergonzosas faltas, y eso no estaba bien. Si Jehová quería que él regresara a Sión para adorar en el lugar de su morada, ya lo haría. Si no, pues bien, él estaría dispuesto a aceptarlo de igual forma. Fuese cual fuese el resultado, David confiaba en que se haría la voluntad del Señor, cuyos caminos son siempre rectos: “Haga de mí, lo que bien le parezca.”

De manera que David le ordenó a Sadoc que retornara a Jerusalén con el Arca, exhortándolo para que continuara cumpliendo con las funciones de su oficio en la ciudad de Sión. Allí iba a tener la oportunidad de ver y oír lo que sucedía, y enviarle mensajes mediante su joven hijo Ahimaas, y mediante Jonatán, hijo de Abiatar; éstos formarían parte de la cadena de informantes que David estaba organizando para llevarle las últimas noticias de lo que Absalón fuera a hacer.

El David que huía de la ciudad en aquel día era un hombre: quebrantado y humillado, incapaz de contener las lágrimas mientras marchaba. Había dejado a un lado toda la dignidad de su posición, y todos los atavíos de la misma, para caminar descalzo con la cabeza cubierta de polvo y cenizas, en señal de pena y remordimiento. Incluso saber que la mano de Jehová estaba en esto, no lo hacía más fácil de tolerar. Descubría lo que más tarde iba a anotar el escritor sagrado: “Es verdad que ninguna disciplina al presente parece ser causa de gozo, sino de tristeza; pero después da fruto apacible de justicia a los que por medio de ella han sido ejercitados” (Hebreos 12:11).

Subiendo el monte de los Olivos, David ofreció una silenciosa

oración a Dios que no fue desoída: “Entorpece ahora, oh Jehová, el consejo de Ahitófel.” ¡Quién sabe cuántas otras oraciones salieron del corazón de David ese día! Mediante la aflicción, estaba siendo llevado más cerca de Dios.

Al llegar a la cima del monte, fue saludado por Husay, el arquita, uno de sus antiguos consejeros y amigo de confianza de David (1Crónicas 27:33). El anciano estaba obviamente con el corazón destrozado a causa de los recientes acontecimientos. A pesar de su edad, le expresó su disposición a seguirlo.

Pero David fue honesto con él, le dijo que eso no sería útil; los rigores de la vida como fugitivo serían demasiado para el anciano consejero y le dijo: “Si vienes conmigo, me serás una carga.” Husay lo entendió y aceptó sus palabras. La verdad, dicha en amor, no hiere.

En lugar de seguir su deseo, Husay retornó a la ciudad y le ofreció sus servicios a Absalón. El nuevo rey lo vería como otro de los que se pasaban a su lado. Pero una vez que estuviera formando parte de los más cercanos consejeros de Absalón, iba a trabajar para contrarrestar el consejo de Ahitófel. En caso de que tuviese alguna información para David, se la haría llegar mediante Sadoc y Abiatar.

No fue accidental que Husay allegara de regreso a la ciudad en el momento en que Absalón entraba en ella.

### *David y Siba*

**16** Apenas había pasado David un poco más allá de la cumbre del monte, cuando Siba, el criado de Mefiboset, salió a recibirlo con un par de asnos ensillados y cargados con doscientos panes, cien racimos de pasas, cien panes de higos secos y un cuero de vino. <sup>2</sup>El rey preguntó a Siba:

—¿Para qué es esto?

**Y Siba respondió:**

—Los asnos son para que monte la familia del rey, los panes y las pasas para que coman los criados, y el vino para



**que beban los que se cansen en el desierto.**

<sup>3</sup> —¿Dónde está el hijo de tu señor? —preguntó el rey.

**Siba respondió:**

—Se ha quedado en Jerusalén, porque ha dicho: “Hoy me devolverá la casa de Israel el reino de mi padre.”

<sup>4</sup> —Sea tuyo todo lo que tiene Mefi-boset —dijo el rey a Siba.

**Inclinándose respondió Siba:**

—Rey y señor mío, halle yo gracia delante de ti.

Mientras David continuaba su huída hacia el este, alejándose de Jerusalén, se encontró con Siba el sirviente de Mefi-bóset, a quien recordamos como el hijo minusválido de Jonatán que había sido recibido por David en su casa y a su mesa. David le había dado a Siba la responsabilidad de: cultivar la tierra, recolectar las cosechas y administrar los asuntos de Mefi-boset (2 Samuel 9).

Oportunista nato, este sirviente apareció en escena justo en el momento en que David estaba bajo tremenda tensión. Su presencia era más que bienvenida. Traía consigo una hilera de burros cargados con doscientos panes y enormes cantidades de: pasas, higos y vino. Obviamente, no confiaba en que Absalón tuviese la capacidad para triunfar en su rebelión, e imaginaba que cualquier bondad que mostrara ahora para con a David iba a ser ampliamente recompensada en el futuro.

A la pregunta por su generosidad, la respuesta de Siba resultaba plausible: “¿Por qué debe el rey caminar descalzo? Cuando menos se merece montar en uno de estos burros. El pan y los frutos son para que coman tus hombres, y el vino para refrescar a los que están a punto de caer agotados.”

Cuando David interrogó a Siba sobre Mefi-boset, su respuesta fue totalmente deshonesto; sugiriendo que, a pesar de toda la misericordia que le había mostrado, aquél se había pasado a Absalón, e incluso, buscaba la ayuda de éste para que le ayudara a recuperar el trono que fue una vez de su abuelo Saúl. De haberse

tomado algún tiempo para pensarlo, David se hubiera dado cuenta de que lo que le sugerían era absolutamente ridículo. Solamente las tensiones y las presiones del momento le impedían que viera la verdad a través de la cortina de mentiras de Siba.

Sin pensarlo adecuadamente, David le entregó todas las posesiones de Mefi-boset a Siba y a su familia. Eran tantos los que se habían pasado al bando de Absalón, que parecía dispuesto a creer lo peor de cualquiera.

Antes de apresurarnos a criticarlo por su conducta en este asunto, sería bueno que nos detuviéramos a pensar en cómo reaccionamos frecuentemente ante noticias desfavorables respecto de otros. Pensemos en lo muy difícil que nos resulta esperar para juzgar algo, hasta tener todos los hechos; y cuántas veces fallamos en dar a quienes conocemos el beneficio de la duda. Como escribe el apóstol Pablo: “El amor ... no se goza de la injusticia, sino que se goza de la verdad. Todo lo sufre, todo lo cree, todo lo espera, todo lo soporta” (1 Corintios 13:6,7). ¿No sería mejor, que siempre creyéramos lo mejor de otros, aunque nos equivoquemos, que creer lo peor y estar equivocados?

### *Como responder a quienes ofenden*

**<sup>5</sup> Y cuando el rey David llegó a Bahurim, salió de allí un hombre de la familia de la casa de Saúl, el cual se llamaba Simeí hijo de Gerá; y salía maldiciendo, <sup>6</sup> y arrojando piedras contra David; y todo el pueblo y todos los hombres valientes estaban a su derecha y a su izquierda. <sup>7</sup> Y decía Simeí, maldiciéndole: ¡Fuera, fuera, hombre sanguinario y perverso! <sup>8</sup> Jehová te ha dado el pago de toda la sangre de la casa de Saúl, en lugar del cual tú has reinado, y Jehová ha entregado el reino en mano de tu hijo Absalón; y hete aquí sorprendido en tu maldad, porque eres hombre sanguinario.**

**<sup>9</sup> Entonces Abisay hijo de Sarvia, dijo al rey: ¿Por qué maldice este perro muerto a mi señor el rey? Te ruego que me dejes pasar, y le quitaré la cabeza.**

**<sup>10</sup> Y el rey respondió: ¿Qué tengo yo con vosotros, hijos**

**de Sarvia? Déjale que maldiga, pues si Jehová le ha dicho que maldiga a David, ¿quién le puede decir: Por qué haces esto?**

**<sup>11</sup> Y añadió David a Abisay y a todos sus siervos: He aquí, mi hijo que ha salido de mis entrañas, acecha mi vida; ¿cuánto más ahora un hijo de Benjamín? Dejadle que maldiga, pues Jehová se lo ha dicho. <sup>12</sup> Quizá mirará Jehová mi aflicción, y me dará Jehová bien por sus maldiciones de hoy.**

**<sup>13</sup> Y mientras David y los suyos iban por el camino, Simeí iba por el lado del monte delante de él, andando y maldiciendo, y arrojando piedras delante de él, y esparciendo polvo. <sup>14</sup> Y el rey y todo el pueblo que con él estaba, llegaron fatigados, y descansaron allí.**

Para David, los tiempos no eran nada fáciles, sufría: en lo personal, en lo familiar y en lo político. Para ser honestos, muchos de sus sufrimientos se los debía a él mismo: las consecuencias del pecado son a menudo muy duras. Pese a todo, David encontraba consuelo en la seguridad de que sus pecados estaban perdonados. Dudamos de que en el futuro tomara otra vez el perdón de Dios a la ligera. “Bienaventurado aquel cuya transgresión ha sido perdonada y cubierto su pecado. Bienaventurado el hombre a quien Jehová no culpa de iniquidad” (Salmo 32:1,2).

Esto nos ayuda a entender por qué David fue: tan paciente, tan perdonador y de tan gran corazón, cuando le llegó la hora de sufrir el mal a manos de otros. Su ejemplo nos ayuda a aprender cómo responder a los que nos ofenden.

Mientras David y sus seguidores bajaban por la ladera este del monte de los Olivos, camino al río Jordán, fueron abordados por un hombre llamado Simeí, de la tribu de Benjamín, y pariente lejano del rey Saúl. Mientras se acercaba, le maldecía continuamente arrojándole piedras y polvo, y diciéndole: “¡Fuera, fuera, hombre sanguinario y perverso! Jehová te ha dado el pago

de toda la sangre de la casa de Saúl, en lugar del cual tú has reinado.” En otras palabras: “David, has ido a la ruina porque asesinaste a mi pariente Saúl.” Esa acusación, como sabemos, no era cierta, Saúl se había suicidado. Igualmente falso era el otro cargo: “Tú le robaste el trono”, cosa que tampoco había hecho.

Entre los muchos personajes de la Biblia, Simei es uno de los menos atrayentes. De hecho, por lo que de él sabemos, parece ser un verdadero réprobo. Cualquiera que se complace en golpear a otro que ha caído tiene poco que nos lo recomiende. El mundo está lleno de gente como Simei, gente a la que por supuesto le gusta ver sufrir a otros y que se deleita en atormentar a los demás.

De seguro que, en circunstancias como esa, siempre parece haber cerca alguien como Abisai, el hijo de Sarvia, uno de los guardaespaldas de David. Oigamos su consejo: “¿Por qué maldecie este perro muerto a mi señor, el rey? Te ruego que me dejes pasar, y le cortaré la cabeza.” Siempre que alguien nos haya hecho mal, tendremos quien nos diga: “¡No tienes por qué tolerar eso, ni soportarlo sin desquitarte, levántate y lucha por tus derechos. No dejes que te atropellen!”

Recordemos que, en todo lo que decía, quien maldecía a David delante de toda su tropa estaba errado y mal encaminado; a Simei no le correspondía decir lo que dijo; incluso si lo dicho hubiera sido cierto, los motivos que había detrás de sus palabras eran del todo malignos. Ni el amor ni un interés sincero estaban en el corazón de lo que estaba diciendo.

En este momento David tenía dos opciones. Podía sentirse ofendido, dejando que el resentimiento le dominara; o podía manejar la ofensa de acuerdo con los deseos de Dios, e impedir que la ira controlara su persona. Al refrenar a su impetuoso escolta para que no respondiera con vengativa ira, nos impresiona gratamente la respuesta de David: “Dejadlo que maldiga... Acaso Jehová mire mi aflicción y cambie en bien sus maldiciones de hoy.” Viéndolo todo en conjunto, el rey consideraba que esto no era más que otra aflicción enviada por Dios. Las palabras de Simei no

podían lastimarlo tanto como el tener un hijo rebelde; y posiblemente algún día Jehová iba a convertir estas maldiciones en bendiciones.

Resulta impresionante que David no tomara el asunto como algo personal. No se ofendió, y de esto tenemos mucho que aprender. En algún momento del futuro es seguro que alguien dirá o hará algo que nos ofenda profundamente. Si dejamos que ello nos moleste o se convierta en motivo de amargura, debemos dudar que realmente comprendamos la necesidad que tenemos nosotros mismos de perdón, o cuánto nos ha perdonado Cristo.

Simeí no sólo no aplacaba su atropello verbal contra el fugitivo rey, se mantenía a la par con él, caminando sobre las laderas rocosas que dominaban el camino que David seguía, y lo cubría de: piedras, polvo y vituperios. Cuando llegaron a su destino, David y los suyos estaban física y emocionalmente agotados.

La imagen de David soportando silenciosa y pacientemente tan malévolo atropello es algo que no debemos olvidar apresuradamente.

### ***La conducta vergonzosa de Absalón frente a todo Israel***

**<sup>15</sup> Absalón y toda su gente, los hombres de Israel, entraron en Jerusalén, y Ahitofel lo acompañaba. <sup>16</sup> Cuando Husai, el arquita, amigo de David, llegó adonde estaba Absalón, dijo:**

**—¡Viva el rey, viva el rey!**

**<sup>17</sup> Pero Absalón respondió a Husai:**

**—¿Es éste tu agradecimiento para con tu amigo? ¿Por qué no fuiste con tu amigo?**

**<sup>18</sup> Entonces Husai dijo a Absalón:**

**—No, yo estaré y me quedaré con aquel que haya elegido Jehová y también este pueblo y todos los hombres de Israel.**

**<sup>19</sup> ¿A quién había yo de servir? ¿No es a su hijo? Como he servido delante de tu padre, así lo haré delante de ti.**

**<sup>20</sup> Luego Absalón dijo a Ahitofel:**

**—Dad vuestro consejo sobre lo que debemos hacer.**

**<sup>21</sup> Ahitofel dijo a Absalón:**

**—Llégate a las concubinas de tu padre, que él dejó para guardar la casa. Todo el pueblo de Israel oirá que te has hecho aborrecible a tu padre, y así se fortalecerán las manos de todos los que están contigo.**

**<sup>22</sup> Entonces pusieron para Absalón una tienda sobre el terrado, y se llegó Absalón a las concubinas de su padre, ante los ojos de todo Israel.,**

Absalón arribó a Jerusalén pocas horas después de que su padre abandonara la ciudad.\*

Literalmente, el versículo 15 comienza diciendo “y”, que la Nueva Versión Internacional interpreta con “mientras tanto”.

Entre los muchos que marchaban orgullosamente junto a él, se encontraba Ahitofel, antiguo consejero de David, quien era ahora el principal consejero del hijo.

Podemos estar seguros de que Husai era la última persona que Absalón hubiera esperado encontrar mientras entraba en Sión. La sorpresa de que uno de los más cercanos amigos de su padre lo saludara con las palabras, “¡Viva el rey!”, era escandalosa.

Esto daba razones para sospechar: “¿Es éste tu agradecimiento para con tu amigo?”, le dijo a Husai. Por alguna causa, sin duda no ajena a su enorme amor por sí mismo, Absalón aceptó la explicación del consejero, la cual consistió en decirle que se daba cuenta de que Dios y el pueblo lo habían escogido como rey. Por tanto, era su responsabilidad servirle, tal como lo había hecho con su padre, y así lo iba a hacer. Estos motivos le parecieron suficientemente buenos a Absalón, quien estaba evidentemente complacido de tener a su lado a los dos consejeros de su padre.

Ahora que estaba en poder de la ciudad de Sión, se preguntó cuál debía ser su primera acción como rey. Al volverse a Ahitofel en busca de consejo, éste le dio uno que ponía a las claras que no había olvidado lo que David había hecho. De paso, ello le demostraría que Absalón estaba entregado a la revolución y por

tanto no habría esperanzas de reconciliación con su padre.

Está fuera de cuestionamiento que el aspecto más vergonzoso de la conspiración de Absalón tuvo lugar cuando cohabitó con las concubinas de su padre. Fijémonos en dónde ocurrió eso: se hizo instalar una tienda en la azotea del palacio y allí, en sórdido despliegue y a la vista de todo Israel, entró a la misma con una mujer tras otra. Hemos de recordar que allí mismo sembró David las semillas de su adulterio. Cuando se le dijo lo que su hijo había hecho, las palabras del profeta Natán volvieron una vez más a su mente. Tal como había tomado la mujer de otro hombre, así alguien cercano a él iba a tomar las suyas, no secretamente, sino a plena luz del día (12:11,12). Era una escena vergonzosa, y una más de las dolorosas consecuencias que David tuvo que soportar por sus pecados.

La conducta de Absalón era el anuncio público de que había sucedido en el trono a su padre, de quien se burlaba desvergonzadamente, dejando en claro que la separación entre ambos era permanente.

### *Los consejos contrapuestos de Ahitofel y Husai*

<sup>23</sup> En aquellos días, el consejo que daba Ahitofel era como si se consultara la palabra de Dios, tanto cuando aconsejaba a David como a Absalón.

**17** Entonces Ahitofel dijo a Absalón: —Yo escogeré ahora doce mil hombres, me levantaré y seguiré a David esta noche. <sup>2</sup> Caeré sobre él mientras está cansado y sin fuerzas; lo atemorizaré y todo el pueblo que está con él huirá. Mataré solamente al rey, <sup>3</sup> y así haré que todo el pueblo se vuelva hacia ti (pues tú buscas solamente la vida de un hombre); y cuando ellos hayan vuelto, todo el pueblo estará en paz.

<sup>4</sup> Este consejo pareció bien a Absalón y a todos los ancianos de Israel. <sup>5</sup> Y dijo Absalón:

—Llamad también ahora a Husai, el arquita, para que

también oigamos lo que él haya de decir.

<sup>6</sup> Cuando Husai se presentó ante Absalón, éste le dijo:

—Así ha dicho Ahitofel: ¿seguiremos su consejo, o no? Di tú.

<sup>7</sup> Husai dijo a Absalón:

—Esta vez, el consejo que ha dado Ahitofel no es bueno.

<sup>8</sup> Y añadió Husai:

—Tú sabes que tu padre y los suyos son hombres valientes, y que están con amargura de ánimo, como la osa en el campo cuando le han quitado sus cachorros. Además, tu padre es hombre de guerra y no pasará la noche con el pueblo. <sup>9</sup> Seguro que ahora está escondido en alguna cueva o en otro lugar. Si al principio caen algunos de los tuyos, quienquiera que lo oiga dirá: “El pueblo que sigue a Absalón ha sido derrotado.” <sup>10</sup> Y aun el hombre valiente, cuyo corazón sea como corazón de león, desmayará por completo; porque todo Israel sabe que tu padre es hombre valiente, y que son esforzados los que están con él. <sup>11</sup> Aconsejo, pues, que todo Israel se reúna junto a ti, desde Dan hasta Beerseba, numeroso como la arena que está a la orilla del mar, y que tú en persona vayas a la batalla. <sup>12</sup> Entonces lo atacaremos en cualquier lugar donde se halle; caeremos sobre él como cae el rocío sobre la tierra, y ni a él ni a ninguno de los que están con él dejaremos con vida. <sup>13</sup> Y si se refugia en alguna ciudad, todos los de Israel llevarán sogas a aquella ciudad, y la arrastraremos hasta el arroyo, de modo que no se encuentre allí ni una piedra.

<sup>14</sup> Entonces Absalón y todos los de Israel dijeron: «El consejo de Husai, el arquita, es mejor que el consejo de Ahitofel.» Ello porque Jehová había ordenado que el acertado consejo de Ahitofel se frustrara, para traer Jehová la ruina sobre Absalón. <sup>15</sup> Dijo luego Husai a los sacerdotes Sadoc y Abiatar: «Ahitofel ha aconsejado así y así a Absalón y a los ancianos de Israel; y esto otro aconsejé yo. <sup>16</sup> Por



**tanto, mandad a dar aviso inmediatamente a David: “No te quedes esta noche en los llanos del desierto, sino pasa enseguida el Jordán, para que no sea exterminado el rey y todo el pueblo que con él está.”»**

**<sup>17</sup> Jonatán y Ahimaas estaban junto a la fuente Rogel, y una criada fue y les avisó, porque no podían dejarse ver entrando en la ciudad. Luego ellos fueron y se lo comunicaron al rey David. <sup>18</sup> Pero los vio un joven, que se lo hizo saber a Absalón; sin embargo, los dos partieron a toda prisa, y llegaron a casa de un hombre en Bahurim que tenía en su patio un pozo, dentro del cual se metieron.**

**<sup>19</sup> La mujer de la casa tomó una manta, la extendió sobre la boca del pozo y tendió sobre ella el grano trillado, de manera que nada se notaba. <sup>20</sup> Al llegar los criados de Absalón a la casa de la mujer, le dijeron:**

**—¿Dónde están Ahimaas y Jonatán?**

**—Ya han pasado el vado de las aguas —respondió la mujer.**

**Como ellos los buscaron y no los hallaron, volvieron a Jerusalén. <sup>21</sup> Después que se marcharon, aquellos salieron del pozo y fueron a dar aviso al rey David diciéndole:**

**«Levantaos y daos prisa a pasar las aguas, porque Ahitofel ha dado este consejo contra vosotros.» <sup>22</sup> Entonces se levantó David, y todo el pueblo que con él estaba, y pasaron el Jordán antes que amaneciera; ni uno solo dejó de pasar el Jordán. <sup>23</sup> Pero Ahitofel, viendo que no se había seguido su consejo, ensilló su asno, se levantó y se fue a su casa en su ciudad; y después de poner la casa en orden, se ahorcó. Así murió, y fue sepultado en el sepulcro de su padre.**

Ahitofel debe haberse sentido complacido de que su consejo fuera seguido por el nuevo rey, y prosiguió aconsejando sobre cómo capturar a David. Se respetaba y veneraba tanto al consejero, que nadie se atrevería a decir algo que contradijese su dicho, que

“era como si se consultara la palabra de Dios”.

Su bosquejo del plan para obtener la victoria requería de sólo doce mil hombres de infantería ligera. De partir de inmediato, iban a tener a su favor la sorpresa y capturarían a David antes de que pasara al otro lado del Jordán y se internara en el desierto. Lo súbito del ataque iba a crear el pánico entre sus seguidores, que huirían. De ese modo, el rey en fuga sería capturado y muerto. Tan pronto como se supiera eso, el pueblo iba a retornar y a reconocer a Absalón como monarca. El plan resultó muy atractivo y fue aprobado por Absalón y los ancianos del pueblo.

Pero hubo algo que hizo titubear a Absalón y lo obligó buscar una segunda opinión. Tenía buenas razones para temer y respetar a su padre, quien por más de doce años había sido capaz de eludir a Saúl en el desierto de Judea.

Así que se volvió a Husai para oír su consejo. La posición de éste no era nada fácil: tenía que presentar un plan que fuera atrayente para Absalón, y que a la vez lo convenciera de su factibilidad.

Lo hizo, recordándole que los hombres de su padre eran combatientes experimentados que habían compartido innumerables campañas con él. Además, le eran extraordinariamente leales, al punto de combatir por él como una osa a la que le han robado sus cachorros.

Si las tropas de David emboscaban primero a las de Absalón y obtenían una fácil victoria, habría una deserción en masa hacia aquel. “¿Por qué no esperar?”, dijo Husai, “hasta que todo Israel pueda ser reunido. Entonces, tú personalmente tomarás el mando y marcharás con ellos a la batalla.” La idea de liderar a más de un tercio de millón de hombres mientras iba en su carro lo sedujo. ¡Claro! La gente empezaría pronto a llamarlo “Absalón el Grande”. Husai le dio la seguridad de que su padre no tendría ninguna posibilidad de ganar. Incluso, si huyera tras las murallas de una ciudad fortificada, la arrastrarían con sogas hacia un río y no dejarían en pie ni una sola piedra. Un pensamiento infundado; pero a veces aquellos a quienes el poder ha corrompido están

dispuestos a creer que pueden hacer casi cualquier cosa.

El plan de Husai despertó el interés y capturó la imaginación de Absalón, ya que apelaba a su vanidad. Por supuesto, el plan no era un accidente, Dios mismo estaba obrando, le estaba dando respuesta a la oración de David para frustrar los planes de su hijo (15:31).

Tan pronto como Husai salió de la presencia del rey, fue a los sacerdotes Sadoc y Abiatar y les informó de los dos planes que Absalón estaba considerando. Aún no era seguro el curso que iba a tomar, pero en cualquier caso, David no tenía tiempo que perder y debía apresurarse a cruzar el Jordán esa misma noche. Como Absalón se demoró al seguir el plan de Husai, esa ligera tardanza dio tiempo para que David escapara y buscara refugio al otro lado del río.

El mensaje para que levantara el campamento esa misma noche le llegó de manera indirecta. Husai lo dio a los sacerdotes Sadoc y Abiatar, estos lo hicieron llegar mediante una joven sirvienta a sus hijos Ahimaas y Jonatán, quienes a su vez se lo comunicaron a David. De no haber sido por una mujer de Bahurim que los escondió en su pozo de la vista de los hombres de Absalón, el mensaje no le habría llegado nunca a David. Durante la noche, la gente de David cruzó el Jordán, y al amanecer ya no podían ser localizados. El Señor sabe cómo librar de problemas a los suyos.

David habló de esto en el Salmo 41: “En el día malo lo libraré Jehová..... Reunidos murmuran contra mí todos los que me aborrecen; contra mí piensan mal. ... Aún el hombre de mi paz, en quien yo confiaba, el que de mi pan comía, alzó el pie contra mí. Mas tú, Jehová, ten misericordia de mí” (vers. 1,7,9,10).

Ahitofel tomó como algo personal el rechazo de su consejo; y sin decir palabra a nadie, regresó a su casa, puso en orden sus asuntos y se ahorcó. Obviamente, no le interesaban ni David ni Absalón, sino su propia gloria y honor; como ya no los tenía, no le quedaba razón para vivir. Su muerte no produjo, por supuesto, ningún logro; fue un acto de desesperanza y desesperación. Esa es la tragedia del suicidio.

*Los amigos generosos de David*

**<sup>24</sup> David llegó a Mahanaim, mientras Absalón pasaba el Jordán con toda la gente de Israel. <sup>25</sup> Absalón había nombrado a Amasa jefe del ejército en lugar de Joab. Amasa era hijo de un varón de Israel llamado Itra, el cual se había unido a Abigail, hija de Nahas, hermana de Sarvia, madre de Joab.**

**<sup>26</sup> Israel y Absalón acamparon en tierra de Galaad.**

**<sup>27</sup> Luego que David llegó a Mahanaim, Sobi hijo de Nahas, de Rabá de los hijos de Amón, Maquir hijo de Amiel, de Lodebar, y Barzilai, galaadita de Rogelim, <sup>28</sup> trajeron a David y al pueblo que estaba con él camas, tazas, vasijas de barro, trigo, cebada, harina, grano tostado, habas, lentejas, garbanzos tostados, <sup>29</sup> miel, manteca, ovejas y quesos de vaca, para que comieran; porque decían: «El pueblo está hambriento, cansado y sediento en el desierto.»**

Absalón hizo los preparativos correspondientes para perseguir a su padre al otro lado del Jordán; designó a Amasa, su primo, y a la vez primo de Joab, el jefe de las fuerzas de David, como comandante en jefe de todo su ejército. Su poderío militar era considerable, pero no había calculado con precisión la fuerza y la popularidad de su padre. Resulta también obvio que no apreciaba en su debido valor lo que significaba refugiarse en el Señor y poner todo en sus manos. Entre tanto, la gente de David había acampado en Mahanaim, un lugar a lo largo del río Jaboc donde años atrás había acampado Jacob con su familia. Aquella noche el patriarca encontró fuerzas en Jehová, cuando luchó hasta el amanecer con Dios.

Mientras los fugitivos descansaban en ese lugar, les llegó ayuda de donde menos lo esperaban. Tres hombres generosos, algunos de ellos de naciones anteriormente enemigas de Israel, se adelantaron para ayudar a David. Ellos fueron: Sobi, Maquir y

Barzilai galaadita. Sin que se lo solicitaran, llevaron: camas, implementos domésticos, cereales y frijoles, miel, quesos y ovejas. Y no dieron poco, sino que se sobrepasaron en bondad y generosidad. David no iba a olvidar nunca el gesto; en su lecho de muerte recordó la bondad de Barzilai (1 Reyes 2:7).

Dios, quien por sí mismo da generosamente, se deleita en aquellos que son generosos. “El que sacie a otros, también él será saciado” (Proverbios 11:25). Y el apóstol Pablo escribió: “El que siembra generosamente, también segará generosamente” (2 Corintios 9:6).

### *David se prepara para el combate con Absalón*

**18** David pasó revista al pueblo que tenía consigo y puso sobre ellos jefes de millar y jefes de centena.

<sup>2</sup> Luego envió David al pueblo, una tercera parte bajo el mando de Joab, una tercera parte bajo el mando de Abisai hijo de Sarvia, hermano de Joab, y una tercera parte al mando de Itai, el geteo. Y dijo el rey al pueblo:

—Yo también saldré con vosotros.

<sup>3</sup> Pero el pueblo respondió:

—No saldrás; porque si nosotros huimos, no harán caso de nosotros; y aunque la mitad de nosotros muera, no harán caso de nosotros; pero tú ahora vales tanto como diez mil de nosotros. Será mejor que tú nos brindes ayuda desde la ciudad.

<sup>4</sup> —Yo haré lo que bien os parezca —les dijo el rey.

Se puso, pues, el rey a la entrada de la puerta, mientras salía todo el pueblo de ciento en ciento y de mil en mil.

<sup>5</sup> El rey dio a Joab, a Abisai y a Itai esta orden: «Tratad benignamente, por amor a mí, al joven Absalón.» Y todo el pueblo oyó cuando dio el rey orden acerca de Absalón a todos los capitanes.

David sabía que iba a llegar el día en que tendría que

enfrentarse en combate con Absalón; aunque obviamente no lo quería, no lo podía evitar. La rebelión iba a ser aplastada en una sola batalla.

La nación no le había respondido masivamente a Absalón como éste esperaba que hubiese sucedido. Muchos ciudadanos leales se unieron a David en Mahanaim y le expresaron su disposición a luchar por él, mientras que éste organizaba sus hombres en tres divisiones: una bajo el mando de Joab, la otra a cargo de Abisai, el hermano de Joab amante de la guerra, y la tercera bajo el mando de Itai geteo (15:19-22). David mismo planeaba encabezar a sus hombres en la batalla, pero sus consejeros lo disuadieron de hacerlo, le señalaron que si la mitad del ejército resultaba muerto, la pérdida no sería tan grande como si muriera el rey; todo estaría perdido si él cayera en combate. “Tú ahora vales tanto como diez mil de nosotros”, le dijeron. David sería más útil desde una posición detrás del frente de batalla.

Interiormente, David sabía que eso era lo mejor que podía hacer y les dijo: “Yo haré lo que bien os parezca.” Sin embargo, su corazón decía otra cosa. De algún modo, todavía tenía esperanzas de renovar las relaciones con su hijo. “Tratad benignamente, por amor a mí, al joven Absalón.” David les hizo esta solicitud a sus tres comandantes, y todos la oyeron.

### *Derrota y muerte de Absalón*

**<sup>6</sup> Salió, pues, el pueblo al campo, contra Israel.**

**La batalla se libró en el bosque de Efraín. <sup>7</sup> Allí cayó el pueblo de Israel ante los siervos de David, y aquel día se hizo allí una gran matanza de veinte mil hombres. <sup>8</sup> La batalla se extendió por todo el territorio, y aquel día el bosque causó más muertes que la espada. <sup>9</sup> Iba Absalón en un mulo y se encontró con los siervos de David. El mulo entró por debajo de las ramas espesas de una gran encina, y se le enredó la cabeza en la encina a Absalón, que quedó suspendido entre el cielo y la tierra; pero el mulo en que iba siguió adelante. <sup>10</sup> Lo**

**vio uno y avisó a Joab diciendo:**

**—He visto a Absalón colgado de una encina.**

**<sup>11</sup> Joab respondió al hombre que le daba la noticia:**

**—Y si lo viste, ¿por qué no lo mataste enseguida, derribándolo en tierra? Me hubiera placido darte diez siclos de plata y un cinturón.**

**<sup>12</sup> El hombre dijo a Joab:**

**—Aunque me pesaras mil siclos de plata, no extendería yo mi mano contra el hijo del rey; porque nosotros oímos cuando el rey os ordenó a ti, a Abisai y a Itai: “Mirad que ninguno toque al joven Absalón.” <sup>13</sup> Por otra parte, habría yo hecho traición contra mi vida, pues al rey nada se le esconde, y tú mismo estarías en contra mía.**

**<sup>14</sup> —No malgastaré mi tiempo contigo —respondió Joab.**

**Y tomando tres dardos en su mano, los clavó en el corazón de Absalón, quien estaba aún vivo en medio de la encina. <sup>15</sup> Luego diez jóvenes escuderos de Joab rodearon a Absalón, lo hirieron y acabaron de matarlo. <sup>16</sup> Entonces Joab tocó la trompeta, y el pueblo dejó de perseguir a Israel, porque Joab detuvo al pueblo. <sup>17</sup> Tomando después a Absalón, lo echaron en un gran hoyo en el bosque y levantaron sobre él un montón muy grande de piedras; y todo Israel huyó, cada uno a su tienda.**

**<sup>18</sup> En vida, Absalón había tomado la decisión de erigirse una columna, la cual está en el valle del rey, pues pensó: «Yo no tengo un hijo que conserve la memoria de mi nombre.» Y puso a aquella columna su propio nombre, y así se ha llamado «Columna de Absalón», hasta el día de hoy.**

En realidad, Absalón nunca tuvo posibilidades de victoria en el enfrentamiento contra los combatientes bien entrenados que permanecían leales a David. Después de todo, había tenido una vida mimada e indulgente; ni siquiera sabía que se debía usar un casco o una coraza. ¿Qué sabría realmente de la guerra?

La batalla se libró en los bosques de Efraín, en algún lugar al



*Absalón atrapado en el árbol*



este del Jordán en la tierra de Galaad. Quizás el nombre se debiera a algunas familias de esa tribu que se habían asentado allí.

Al parecer, las tres divisiones de soldados de David atacaron desde todos lados, y los hombres de Absalón fueron presas del pánico y corrieron en todas direcciones. Las bajas fueron cuantiosas, registrándose la pérdida de más de 20,000 vidas. La mayoría de los hombres de Absalón perecieron en la huida al serles imposible escapar a través del denso bosque.

Absalón quedó separado de los suyos en el espeso monte, la mula en que montaba debió desbocarse por el ruido de los hombres de David y, corriendo desenfrenada a través de la maleza, dejó a su jinete atrapado entre las ramas bajas de una encina. No se nos dice que haya sido así, pero es probable que su largo cabello, que llevaba suelto, se haya enredado en las ramas; la mula siguió corriendo y Absalón quedó colgado, suspendido en el aire. Resulta irónico que el pelo del que estaba tan orgulloso estuviese asociado con su caída.

Uno de los soldados de la división de Joab le reportó a su comandante la situación de Absalón, y aquél simplemente no podía creer que ese combatiente no lo hubiera aniquilado allí mismo y de inmediato. ¿Acaso no sabía que se le recompensaría muy bien? Pero el joven soldado explicó que no habría levantado la mano contra el hijo del rey por todo el dinero del mundo. Él también había oído la solicitud que hizo David de “tratar benignamente” a su hijo.

Joab no perdió tiempo en discutir, sino que se apresuró a buscar a Absalón a quien le clavó tres dardos en el corazón. Entonces ordenó tocar la trompeta, anunciando el fin del combate. Con la muerte de Absalón terminaba la insurrección. La escolta de Joab tomó el cuerpo y lo arrojó a un hoyo cercano y apiló rocas sobre el cadáver en gesto de desprecio. Era un final sin gloria para alguien cuya vida una vez había parecido tan llena de promesas.

Hay que preguntarse si Joab temería la ira del rey por la ejecución de su hijo; soldado endurecido de cuerpo y mente, estaba

convencido de haber hecho lo correcto. Le había sido difícil contemplar la indulgencia de David con su hijo mientras permanecía ciego a su intriga y rebelión. Odiaba la falta de disciplina de David respecto a Absalón y su negativa a llevarlo ante la justicia. Joab tenía la seguridad de que había salvado a la nación de un mayor derramamiento de sangre y de una prolongada guerra civil.

Absalón fue enterrado sin una señal digna que marcara su tumba. Sin embargo, estando en vida, se había erigido su propio monumento en el valle del rey, cerca de Jerusalén. Lo hizo porque no tenía hijos que llevaran la memoria de su nombre. Parece que los hijos de Absalón que se mencionan en 14:27 habían muerto a temprana edad.

***David se lamenta por su hijo***

**<sup>19</sup> Entonces Ahimaas hijo de Sadoc dijo:**

**—¿Correré ahora y daré al rey la noticia de que Jehová ha librado su causa de manos de sus enemigos?**

**<sup>20</sup> Respondió Joab:**

**—Hoy no llevarás la noticia; la llevarás otro día. Hoy no darás la noticia, porque el hijo del rey ha muerto.**

**<sup>21</sup> —Ve tú, y di al rey lo que has visto —dijo Joab a un etíope.**

**El etíope hizo una reverencia ante Joab y salió corriendo.**

**<sup>22</sup> Entonces Ahimaas hijo de Sadoc volvió a decir a Joab:**

**—De todos modos, yo correré ahora tras el etíope.**

**Joab le dijo:**

**—Hijo mío, ¿para qué has de correr tú, si no recibirás recompensa por la noticia?**

**<sup>23</sup> —De todos modos, yo correré —respondió él.**

**—Pues corre —le dijo él.**

**Corrió, pues, Ahimaas por el camino de la llanura y se adelantó al etíope. <sup>24</sup> David estaba sentado entre las dos puertas. El atalaya había ido al terrado sobre la puerta en el**

muro y, alzando sus ojos, miró y vio a uno que corría solo.

<sup>25</sup> El atalaya dio un grito y lo hizo saber al rey, el cual dijo:

—Si viene solo, buenas noticias trae.

Mientras el hombre venía acercándose, <sup>26</sup> vio el atalaya a otro que corría. Dio voces el atalaya al portero diciendo:

«Ahí viene otro hombre corriendo solo.»

—También éste es un mensajero —dijo el rey.

<sup>27</sup> El atalaya dijo de nuevo:

—Me parece que el primero corre como Ahimaas hijo de Sadoc.

—Ése es hombre de bien y viene con buenas noticias —dijo entonces el rey.

<sup>28</sup> Cuando Ahimaas se acercó, dijo al rey en alta voz:

—Paz.

Y postrándose en tierra delante del rey, le dijo:

—Bendito sea Jehová, tu Dios, que ha entregado a los hombres que habían levantado sus manos contra mi señor, el rey.

<sup>29</sup> —¿El joven Absalón está bien? —preguntó el rey.

Ahimaas respondió:

—Vi yo un gran alboroto cuando me envió Joab, el siervo del rey, pero no sé qué era.

<sup>30</sup> —Pasa, y ponte allí —dijo el rey.

Él pasó y se quedó de pie.

<sup>31</sup> Llegó luego el etíope, y dijo:

—Traigo buenas noticias para mi señor, el rey: hoy Jehová ha librado tu causa de manos de todos los que se habían levantado contra ti.

<sup>32</sup> El rey preguntó entonces al etíope:

—¿El joven Absalón está bien?

El etíope respondió:

—Que a los enemigos de mi señor les vaya como a aquel joven, y a todos los que se levanten contra ti para mal.

<sup>33</sup> Entonces el rey se turbó, subió a la sala que estaba

**encima de la puerta y lloró. Mientras iba subiendo, decía: «¡Hijo mío Absalón, hijo mío, hijo mío Absalón! ¡Quién me diera haber muerto en tu lugar, Absalón, hijo mío, hijo mío!»**

Algunas de las horas más largas de la vida de David pasaron mientras esperaba que le llegaran noticias del frente de batalla a la puerta de Mahanaim. La espera era insoportable, enfermó de la preocupación por lo que le pudiera haber ocurrido a su hijo.

¿Quién llevaría las noticias del resultado del combate? Joab parecía indeciso en cuanto a hacérselo saber a David. Ahimaas, hijo del sacerdote Sadoc, joven y bien conocido por su velocidad, le rogaba a Joab que le permitiera volver a la ciudad, pero éste tenía alguna excusa para no enviarlo.

Al fin envió a un hombre de Etiopía con la orden de decir simplemente lo que sabía. Ahimaas continuó solicitando que se le permitiera seguir al etíope, pero Joab continuaba poniendo trabas, hasta que al fin cedió. Incluso arrancando después, el veloz Ahimaas llegó primero.

Cuando el vigía de la torre anunció que un corredor solitario se aproximaba a la ciudad, el ansioso padre lo tomó por buena señal. Se trataba de un mensajero, y no de un fugitivo de la batalla. La noticia de un segundo corredor fue igualmente interpretada como signo esperanzador, y cuando le dijeron que el primero era Ahimaas, David se sintió aún más esperanzado de que le trajeran buenas noticias, y dijo: “Ese es hombre de bien y viene con buenas noticias.” Estaba recordando cómo anteriormente Ahimaas le había llevado un mensaje que le salvó la vida (17:17-22).

La primera expresión de Ahimaas resultó alentadora. “Paz” le gritó al rey; pero cuando el monarca insistió sobre noticias en relación con su hijo, preguntando: “¿El joven Absalón está bien?”, Ahimaas no tuvo valor para darle una respuesta directa, y dijo: “Vi yo un gran alboroto ... pero no sé qué era.” El mensajero etíope también comenzó con buenas noticias: “Jehová ha librado tu causa de manos de todos los que se habían levantado contra ti.”

En otras palabras: “¡Has ganado la guerra y reconquistado el trono!” David, le repitió la pregunta que le hizo antes a Ahimaas sobre Absalón, y se encontró con estas palabras: “Que a los enemigos de mi señor les vaya como a aquel joven, y a todos los que se levanten contra ti para mal”.

David tiene que haber palidecido, conmoviéndose visiblemente. El triunfo se había convertido en tragedia y el día de victoria en día de duelo. Absalón había muerto, y mientras David subía los peldaños hacia la pequeña habitación sobre la puerta de entrada a la ciudad, se lamentaba: “¡Hijo mío Absalón, hijo mío, hijo mío Absalón! ¡Quién me diera haber muerto en tu lugar, Absalón, hijo mío, hijo mío!”

No era que éste fuera el primer hijo que David había perdido, ya había pasado antes por esa desgracia; pero lo que le agobiaba era que Absalón había muerto sin Dios en la incredulidad. No hay hasta hoy mayor carga para los creyentes que lamentar la muerte de un ser querido que haya perdido el cielo.

¿Están seguros nuestros hijos y todo en orden? ¿Podemos confiar en que cuando todos tengamos que estar ante el trono de Dios para ser juzgados, hijos y padres estarán juntos? Podremos, pero eso será sólo en la medida en que los llevemos a Cristo y los confiemos a su cuidado. Ayudemos a nuestros hijos a comprender a Jesús y lo que ha hecho por ellos, dejándoles ver en nuestra vida lo que ha significado para nosotros.

### *La vida continúa*

**19**Entonces avisaron a Joab: «El rey llora y se lamenta por Absalón.» <sup>2</sup>Y se convirtió aquel día la victoria en luto para todo el pueblo; porque aquel día oyó decir el pueblo que el rey estaba afligido por su hijo. <sup>3</sup>Y entró el pueblo aquel día en la ciudad escondiéndose, como suele entrar a escondidas el pueblo avergonzado que ha huido de la batalla. <sup>4</sup>Pero el rey, cubierto el rostro, clamaba en alta voz: «¡Hijo mío Absalón, Absalón, hijo mío, hijo

mío!»

**<sup>5</sup> Entonces Joab entró en la casa donde estaba el rey y le dijo: «Hoy has cubierto de vergüenza el rostro de todos tus siervos, que hoy han librado tu vida, la vida de tus hijos y de tus hijas, la vida de tus mujeres y de tus concubinas, <sup>6</sup> amando a los que te aborrecen y aborreciendo a los que te aman; porque hoy has declarado que nada te importan tus príncipes y siervos; hoy me has hecho ver claramente que si Absalón viviera, aunque todos nosotros estuviéramos muertos, entonces estarías contento. <sup>7</sup> Levántate pues, ahora, sal y habla bondadosamente a tus siervos; juro por Jehová que si no sales, no quedará ni un hombre contigo esta noche; y esto será peor para ti que todos los males que te han sobrevenido desde tu juventud hasta ahora.»**

**<sup>8</sup> Entonces se levantó el rey y se sentó a la puerta. Cuando se avisó a todo el pueblo: «El rey está sentado a la puerta», vino todo el pueblo delante del rey.**

David estaba en su recámara, ubicada sobre la puerta de la ciudad, guardando luto, y todos en Mahanaim lo sabían. El clamor más fuerte que se escuchaba no era el grito de victoria sino el lamento del rey: “¡Hijo mío Absalón, Absalón, hijo mío, hijo mío!” ¡Qué grito tan desgarrador! Todas las lágrimas del mundo no le podían devolver la vida al hijo fallecido. Nada golpea más duro a una familia que la pérdida que no se puede recuperar.

La pena de David afectaba a todo el mundo, se hacía sentir como un manto de tristeza que cubría toda la ciudad. Sus guerreros entraron silenciosamente en ella como si se hubieran cubierto de oprobio en el campo de batalla. Ellos habían luchado por el rey y habían salido victoriosos, pero parecía como si hubiera sido lo contrario.

Hay que darle el mérito a Joab por haber tenido el valor de encarar a David en medio de su pena. El comandante en jefe marchó directo a la alcoba del monarca, que estaba en el segundo

piso, para hacerle saber que la vida tenía que continuar, y debía saber cuándo dejar de llorar la muerte de su hijo. “David, es tiempo de volver a tus responsabilidades y agradece por lo que tienes. Has humillado a los hombres que te salvaron la vida y haz indicado que amas a los que te odian, y odias a los que te aman.” David había permitido que el dolor que lo embargaba se convirtiera en lástima por sí mismo, haciéndose insensible a los sentimientos de los demás. ¿Acaso se había olvidado que había otras 20,000 familias de Israel que también habían perdido a uno de sus hijos?

Joab le hizo ver que enfrentaba una verdadera crisis. A menos que se sacudiera esa pena egocéntrica y en caramadería se moviera entre sus hombres para animarlos, iba a perder la lealtad y el apoyo de su ejército; y esa sí que sería una pérdida mucho peor que las que había soportado hasta entonces. “David, tienes que pasar tiempo con tus soldados y compartir con ellos sus sufrimientos. Ve a la puerta de la ciudad y muéstrate a ellos, sé accesibles a ellos. Anímalos, ¡y hazles saber cuánto aprecias lo que han hecho por ti!”

Y David hizo exactamente lo que se le aconsejó. Nada nos ayuda a enfrentar la pena y a no sentir lástima por nosotros mismos como el involucrarnos en las vidas de los demás al ayudarles en sus momentos de aflicción.

Cualquiera que ha vivido en este mundo conocerá penas y dolores como los que sentía David en esos momentos. Hay un tiempo para llorar, pero la vida continúa; y con la bendición de Dios y la fortaleza que él da, los problemas y la vida se pueden enfrentar.

### *Una invitación para regresar al hogar*

**Mientras, los de Israel habían huido cada uno a su tienda. <sup>9</sup>Y todo el pueblo discutía en todas las tribus de Israel diciendo: «El rey nos ha librado de manos de nuestros enemigos y nos ha salvado de manos de los filisteos; pero ahora ha huido del país por miedo de Absalón. <sup>10</sup>Y Absalón,**

**a quien habíamos ungido sobre nosotros, ha muerto en la batalla. ¿Por qué, pues, estáis callados respecto de hacer volver al rey?»**

**<sup>11</sup> Entonces el rey David mandó decir a los sacerdotes Sadoc y Abiatar: «Hablad a los ancianos de Judá y decidles: “¿Por qué vais a ser vosotros los últimos en hacer volver el rey a su casa, cuando la palabra de todo Israel ha venido al rey para hacerlo volver a su casa? <sup>12</sup> Vosotros sois mis hermanos; mis huesos y mi carne sois. ¿Por qué, pues, seréis vosotros los últimos en hacer volver al rey?” <sup>13</sup> Asimismo diréis a Amasa: “¿No eres tú también hueso mío y carne mía? Traiga Dios sobre mí el peor de los castigos, si no te hago general de mi ejército para siempre, en lugar de Joab.”»**

**<sup>14</sup> Así inclinó el corazón de todos los hombres de Judá, como el de un solo hombre, para que enviaran a decir al rey: «Vuelve tú y todos tus siervos.» <sup>15</sup> Volvió, pues, el rey, y llegó hasta el Jordán,**

La rebelión de Absalón había sido sofocada y la guerra civil había terminado. Aun así, tomó un tiempo para que las cosas volvieran a la normalidad. Los hombres de Israel que habían peleado al lado de Absalón fueron de los primeros en regresar a casa. Hubo un poco de discusión en cuanto a si David debía regresar al trono de Israel. ¿Era él al que querían para que los gobernara?

Por extraño que parezca, las tribus del norte fueron las primeras en extenderle una invitación para que volviera a Jerusalén como rey. Estos hombres recordaban cómo en el pasado David había unido a la nación y había derrotado a sus enemigos. Además, Absalón, al que habían elegido, estaba muerto.

Lo que le extrañaba a David era la renuencia de los hombres de Judá para volver a recibirlo. Así que animó a los sacerdotes Sadoc y Abiatar, para que hicieran lo que pudieran y hablaran con



los ancianos de Judá para que lo invitaran a regresar. Como David les dijo: “Vosotros sois mis hermanos; mis huesos y mi carne sois. ¿Por qué, pues, seréis vosotros los últimos en hacer volver al rey?”

David también le envió un mensaje a Amasa quien, como recordaremos, había sido el jefe del ejército de Absalón. El rey le ofreció a ese joven guerrero el puesto de comandante en jefe, en lugar de Joab. De hecho, le hacía el ofrecimiento bajo juramento. No sabemos con exactitud lo que estaba pensando David en esos momentos. Con todo y sus muchas faltas, Joab había sido un fiel amigo de David, se lo demostró al haber estado a su lado a la hora de la rebelión; y como amigo le había dicho a David la verdad cuando éste necesitaba oírla. ¿Acaso David quería, con el ofrecimiento que le hacía a Amasa, obtener el favor de la oposición? ¿Temía David la creciente popularidad de Joab, o era esta una forma de castigar a su comandante por la muerte de su hijo Absalón? Tal vez también quería demostrar su resentimiento por la muerte de Abner a manos de Joab (2 Samuel 3:27-29; 1 Reyes 2:5,6). Nunca lo sabremos por seguro.

El pueblo de Judá, ni tardo ni perezoso, respondió a la tentativa de David, y a una voz se decidieron por su regreso. Sus palabras fueron breves y directas: “Vuelve tú y todos tus siervos.”

### *Un corazón lo bastante grande como para perdonar*

**mientras Judá venía a Gilgal para recibir al rey y hacerlo pasar el Jordán.**

<sup>16</sup> También Simei hijo de Gera hijo de Benjamín, que era de Bahurim, se dio prisa y descendió con los hombres de Judá a recibir al rey David. <sup>17</sup> Con él venían mil hombres de Benjamín; asimismo Siba, criado de la casa de Saúl, con sus quince hijos y sus veinte siervos, los cuales pasaron el Jordán delante del rey. <sup>18</sup> Y cruzaron el vado para hacer pasar a la familia del rey y complacer sus deseos. Simei hijo de Gera se postró delante del rey cuando éste pasó el Jordán, <sup>19</sup> y le dijo:

—¡No me culpe mi señor por mi falta! ¡No recuerdes los

**males que tu siervo hizo el día en que mi señor, el rey, salió de Jerusalén, ni los guarde el rey en su corazón!** <sup>20</sup> **Porque yo, tu siervo, reconozco haber pecado, pero soy hoy el primero de toda la casa de José que he descendido para recibir a mi señor, el rey.**

<sup>21</sup> **Entonces intervino Abisai hijo de Sarvia y dijo:**

**—¿No ha de morir por esto Simei, que maldijo al ungido de Jehová?**

<sup>22</sup> **Pero David respondió:**

**—¿Qué tengo yo con vosotros, hijos de Sarvia, para que hoy me seáis adversarios? ¿Acaso ha de morir hoy alguien en Israel? ¿Acaso no sé que hoy vuelvo a ser rey de Israel?**

<sup>23</sup> **Luego el rey dijo a Simei:**

**—No morirás.**

**Y el rey se lo juró.**

Imaginémonos el entusiasmo cuando David y sus seguidores comenzaron el viaje de regreso. Mucha de la gente de David, de la tribu de Judá, había ido de Gilgal en Cisjordania, para acompañarlo en su regreso a Jerusalén para ser coronado de nuevo. Llevaban consigo todos sus enseres caseros para transportarlos por el río.\* Era un día de celebración y alegría.

Pero cuando el mismo David se disponía a cruzar el río Jordán, Simei, el hijo de Gira, se acercó a él. Simei fue aquel don nadie que lo había maldecido y le había lanzado terrones y piedras cuando iba huyendo de Jerusalén (16:5-14). Tan pronto como este hombre vio a David, se echó a sus pies. “No me culpe mi señor por mi falta! ¡No recuerdes los males que tu siervo hizo el día en que mi señor, el rey, salió de Jerusalén, ni los guarde el rey en su corazón! Porque yo, tu siervo, reconozco haber pecado.”

Estas últimas palabras son todavía muy difíciles de pronunciar

---

\* En el versículo 18, la Reina-Valera, versión de 1995, dice que pasó “la familia del rey”. La *New International Version* traduce “household” del rey, que podría incluir los enseres.

para todos nosotros: “Reconozco que he pecado”. Pero Simei las dijo sin tratar de justificarse. En otras palabras: “Yo estaba equivocado”. Para Simei, ese fue uno de los momentos más vergonzosos de su vida. Allí estaba, de pie en medio de más de mil hombres de Judá, y aun así se tragó su orgullo y reconoció públicamente que había actuado injustamente.

Ahora, ¿cómo esperaríamos que reaccionara David? Más específicamente, ¿cómo hubiéramos reaccionado nosotros? David pudo muy bien haber ignorado por completo al hombre. O pudo haber usado el momento para vengarse. Había alguien en particular que no hubiera dudado en hacer exactamente esto. Abisai, el hermano de Joab, estimulaba ese tipo de respuesta y dijo: “¿No ha de morir por esto Simei, que maldijo al ungido de Jehová?”

Pero no era eso lo que David pensaba y le dijo a Simei: “No morirás”. ¿De dónde salían esas palabras de David? Está claro que venían de su propia experiencia en cuanto al perdón. Recordaba lo que Natán le había dicho inmediatamente después de su confesión: “Jehová ha perdonado tu pecado; no morirás.” De algún modo, le parecía correcto que esa fuera también su respuesta hacia quien le había hecho mal.

David tenía un corazón suficientemente grande como para perdonar. Todo lo que le había sucedido lo había hecho humilde hasta el punto en que podía ponerse en el lugar de Simei. Fue John Bradford quien, viendo a otro que era llevado a las galeras, dijo: “Si no fuera por la gracia de Dios ese sería yo.” Nosotros no podemos ponernos completamente en el lugar de quienes nos han hecho mal, pero debemos tratar de entender qué sucedía en su vida, qué los impulsó a decir o a hacer tal cosa.

También debemos recordar que, al perdonarnos, Dios nos acepta por el amor de Cristo, sin tener en cuenta el pasado, y eso lo deberíamos hacer también con los demás. Cualquier ventaja que se derive de desquitarnos no es nada comparada con el placer que viene de ser capaces de perdonar, no a regañadientes, sino con el gozo de saber que también nosotros hemos sido perdonados en

***Mefi-boset le da la bienvenida a David***

**<sup>24</sup> También Mefi-boset hijo de Saúl descendió a recibir al rey; no había lavado sus pies ni cortado su barba. Tampoco había lavado sus vestidos desde el día en que salió el rey hasta el día en que volvió en paz. <sup>25</sup> Y cuando llegó a Jerusalén para recibir al rey, éste le dijo:**

**—Mefi-boset, ¿por qué no viniste conmigo?**

**<sup>26</sup> Él respondió:**

**—Rey y señor mío, mi siervo me engañó; tu siervo le había dicho: “Ensíllame un asno, montaré en él y me iré con el rey”, porque tu siervo es cojo. <sup>27</sup> Él ha calumniado a tu siervo delante de mi señor, el rey; pero mi señor, el rey, es como un ángel de Dios; trátame, pues, como mejor te parezca. <sup>28</sup> Porque toda la casa de mi padre era digna de muerte ante mi señor, el rey. Sin embargo, tú pusiste a tu siervo entre los convidados a tu mesa. ¿Qué derecho tengo aún de implorar algo al rey?**

**<sup>29</sup> El rey le dijo:**

**—¿Para qué más palabras? Yo he determinado que tú y Siba os dividáis las tierras.**

**<sup>30</sup> Mefi-boset dijo al rey:**

**—Deja que él las tome todas, puesto que mi señor el rey ha vuelto en paz a su casa.**

Hay gente que sabe sacarle el máximo a cada oportunidad, Siba pertenecía a ese grupo; y allí estaba, con sus quince hijos y veinte sirvientes, entre los primeros que le daban a David la bienvenida de regreso a casa. De algún modo se las arregló para abrirse camino y estar entre los de las primeras filas para que lo vieran (19:16,17). Tal como recordaremos, había sido puesto en la corte al servicio de Mefi-boset, el hijo minusválido de Jonatán, y había dicho cosas bastante malignas de él, aunque aparentemente ninguna de ellas era cierta, mientras David huía de Jerusalén.

Ahora que el rey retornaba a su trono, Siba sabía de que iba a ser su palabra contra la de su amo; por eso le era importante llegar primero ante David.

Mefi-boset también salió al Jordán. No le era fácil hacerlo, pero quería estar allí para el regreso de David: descalzo, desarreglado, vestido con ropas que no lavaba desde el día de la partida del rey. Tenía el propósito de que su apariencia reflejara, sin dudas, verdadero pesar y dolor ante el exilio del rey.

Por algún motivo, esta muestra de simpatía no impresionó gran cosa a David, quien interrogó con mucho detalle al nieto de Saúl acerca de sus motivos para no acompañarlo cuando huía de Jerusalén. Las respuesta parece obvia; pero sembrada ya la semilla de la duda, ninguna explicación parecía lo suficientemente buena. Mefi-boset insistió en que había procurado acompañar a su rey; sin embargo, sus limitaciones requerían de una ayuda especial para lograrlo. Cuando le ordenó a Siba, Su sirviente, que le llevara su burro, éste ignoró la orden, y en lugar de eso cargó al animal con provisiones para el fugitivo. Propiamente, el hecho podría haber estado bien; pero Siba también llevó un informe calumniador acerca de Mefi-boset.

Era claro que uno de los dos mentía, pero parece que David no estaba en disposición para tratar de deslindar los hechos de las ficciones; estaba cansado, y le dijo a Mefi-boset: “¿Para qué más palabras?”, y ordenó que las tierras fueran divididas entre él y Siba.

Mefi-boset parece no haber tenido ninguna dificultad en aceptar ese dictámen. Sabía que, en primer lugar, no había merecido la bondad de David, y por ello a duras penas podría insistir ahora en el asunto. Incluso, si todo pasaba a posesión de Siba, eso no era lo importante; para él bastaba con saber que el rey estaba de nuevo en su trono.

### ***Una despedida conmovedora***

**<sup>31</sup> También Barzilai, el galaadita, descendió de Rogelim y pasó el Jordán con el rey, para acompañarlo al otro lado del**

**Jordán. <sup>32</sup> Era Barzilai muy anciano; tenía ochenta años y había dado provisiones al rey cuando estaba en Mahanaim, porque era hombre muy rico. <sup>33</sup> El rey le dijo:**

**—Sigue conmigo y yo me encargaré de tu sustento en Jerusalén.**

**<sup>34</sup> Pero Barzilai dijo al rey:**

**—¿Cuántos años más habré de vivir para que yo suba con el rey a Jerusalén? <sup>35</sup> ¡Ya tengo ochenta años de edad! ¿Puedo distinguir entre lo que es agradable y lo que no lo es? ¿Gustará ahora tu siervo de lo que coma o beba? ¿Oirá aún la voz de los cantores y de las cantoras? ¿Por qué, pues, ha de ser tu siervo una carga para mi señor, el rey? <sup>36</sup> Tu siervo seguirá contigo un poco más allá del Jordán, pero ¿para qué ha de darme el rey tan gran recompensa? <sup>37</sup> Yo te ruego que dejes volver a tu siervo, para que muera en mi ciudad, junto al sepulcro de mi padre y de mi madre. Aquí está tu siervo Quimam. Que siga él con mi señor, el rey, y haz con él lo que bien te parezca.**

**<sup>38</sup> El rey dijo:**

**—Pues siga conmigo Quimam, y yo haré con él como bien te parezca; todo lo que tú me pidas, yo lo haré.**

**<sup>39</sup> Todo el pueblo pasó el Jordán. Luego que hubo también pasado, el rey besó a Barzilai y lo bendijo, y él regresó a su casa. <sup>40</sup> Siguió entonces el rey hacia Gilgal, y con él pasó Quimam. Todo el pueblo de Judá acompañaba al rey, y también la mitad del pueblo de Israel.**

Barzilai había sido una de las luces en el oscuro exilio de David. Había demostrado que era su amigo en los tiempos difíciles, proveyendo generosamente para el rey y sus hombres mientras estaban fugitivos en Mahanaim (17:27-29). Pese a su edad, Barzilai quiso acompañarlo, pasando con él el Jordán para despedirlo.

Profundamente conmovido por la bondad de este caballero de

80 años, lo invitó a que regresara con él a Jerusalén para que allí le permitiera recompensarlo en alguna medida. “Yo me encargaré de tu sustento”, le dijo David.

Barzilai declinó cortésmente el ofrecimiento, diciéndole que prefería la vida sencilla e indicándole que ya había pasado la edad en que la comida succulenta o las diversiones reales lo pudieran atraer. Sus deseos eran vivir sus últimos años en casa y ser sepultado con los suyos. Si todavía David insistía en hacer algo por él, podía hacerlo en la persona de Quimam, quien puede haber sido hijo de Barzilai (ver 1 Reyes 2:7).

David quedó complacido, y le aseguró a su amigo la disposición a hacer cualquier cosa que deseara; pidió la bendición de Dios para los años que le restaban de vida al anciano caballero. Entonces se abrazaron y retornaron a sus hogares.

### *Comentarios beligerantes*

**<sup>41</sup> En esto, todos los hombres de Israel vinieron a decir al rey:**

**—¿Por qué los hombres de Judá, nuestros hermanos, se han adueñado de ti, y han hecho pasar el Jordán al rey, a su familia y a todos los siervos de David con él?**

**<sup>42</sup> Todos los hombres de Judá respondieron a todos los de Israel:**

**—Porque el rey es nuestro pariente. Pero ¿por qué os enojáis vosotros de eso? ¿Hemos nosotros comido a expensas del rey? ¿Hemos recibido de él algún regalo?**

**<sup>43</sup> Entonces los hombres de Israel respondieron a los de Judá:**

**—Nosotros tenemos sobre el rey, y sobre el mismo David, diez veces más derechos que vosotros. ¿Por qué, pues, nos habéis menospreciado? ¿Acaso no fuimos nosotros los primeros que propusimos hacer volver a nuestro rey?**

**Sin embargo, las palabras de los hombres de Judá fueron más violentas que las de los hombres de Israel.**

**Pero las palabras de los hombres de Judá fueron más violentas que las de los hombres de Israel.**

Después de haber salido de Jerusalén con llanto y tristeza, David debe haber querido que su retorno fuera ocasión de felicidad y regocijo; parecía que estaba resuelto a que nada estropeará la celebración de su vuelta a casa.

Hizo todo lo que pudo para lograrlo; pero algunas veces, a pesar de nuestros mejores esfuerzos para que todo sea paz y luz, otros se inclinan a la discusión y a la pelea. El retorno estuvo marcado por amargos y airados intercambios de palabras entre Israel en el norte y Judá en el sur. Es indudable que existía una vieja rivalidad entre las dos divisiones del reino, en la que cada una de ellas trataba de lograr en mayor medida el reconocimiento y el favor en la corte real, al tiempo que se veían uno al otro con suspicacia. La división posterior, que ocurrió tras la muerte de Salomón, puede haber tenido sus antecedentes en episodios como este.

Los asuntos en disputa nos pueden parecer, según nuestro punto de vista, intrascendentes e infantiles, pero siempre ocurre de esta forma cuando el orgullo y la envidia toman el mando. Las tribus del norte no veían bien que Judá hubiera encabezado la escolta del rey en su regreso al trono. Tuvieron palabras ásperas para los de la tribu de Judá, los acusaron de haberles “robado” al rey, en tanto que los de Judá replicaron recordándoles a los otros que, después de todo, ellos eran parientes de David. En contrarréplica, los hombres de Israel reclamaron un derecho al soberano diez veces mayor que el de Judá, pues en cuanto al número de las tribus estaban en esa proporción; además de haber sido los primeros en invitarlo a regresar. Con todo, los de Judá no dejaron que estas fueran las últimas palabras. Usaron en respuesta otras todavía más ásperas e hirientes. Las heridas que causó este amargo intercambio no sanaron rápidamente.

Sería bueno que fuéramos un poco más lentos en la respuesta que le damos a los desplantes de los demás. Airándonos, sólo haremos que las cosas se compliquen. Hay mucha sabiduría en las



palabras: “La respuesta suave aplaca la ira” (Proverbios 15:1). Si estamos determinados a mantener la paz, haremos todo lo posible por evitar los comentarios beligerantes, que no sirven para nada.

### *Seba se rebela contra David*

**20** Aconteció que se encontraba allí un hombre perverso llamado Seba hijo de Bicri, hombre de Benjamín, el cual tocó la trompeta, y exclamó:

«No tenemos parte con David,  
ni heredad con el hijo de Isaí.  
¡Cada uno a su tienda, Israel!»

<sup>2</sup> Así todos los hombres de Israel abandonaron a David para seguir a Seba hijo de Bicri; pero los de Judá siguieron a su rey desde el Jordán hasta Jerusalén.

<sup>3</sup> Cuando David llegó a su casa en Jerusalén, tomó el rey las diez mujeres concubinas que había dejado para guardar la casa, las puso en reclusión y les dio alimentos; pero nunca más se llegó a ellas, sino que quedaron encerradas hasta que murieron en viudez perpetua.

<sup>4</sup> Después dijo el rey a Amasa:

—Convócame a los hombres de Judá para dentro de tres días, y preséntate tú también.

<sup>5</sup> Fue, pues, Amasa para convocar a los de Judá, pero se tardó más tiempo del que le había sido señalado. <sup>6</sup> Entonces David dijo a Abisai:

—Seba hijo de Bicri nos hará ahora más daño que Absalón; toma tú, pues, los siervos de tu señor y ve tras él, no sea que alcance las ciudades fortificadas y nos cause dificultad.

<sup>7</sup> Salieron en pos de él los hombres de Joab, los cereteos y peleteos y todos los valientes; salieron de Jerusalén para perseguir a Seba hijo de Bicri. <sup>8</sup> Estaban cerca de la piedra grande que hay en Gabaón, cuando les salió Amasa al

**encuentro. Joab vestía su indumentaria militar, y sobre ella llevaba un cinto con una daga envainada pegada a su costado, la cual se le cayó cuando él avanzó. <sup>9</sup> Entonces Joab dijo a Amasa:**

**—¿Te va bien, hermano mío?**

**Tomó Joab con la diestra la barba de Amasa, como para besarlo. <sup>10</sup> Pero Amasa no se cuidó de la daga que Joab tenía en la mano, y éste lo hirió con ella en la quinta costilla, derramando sus entrañas en tierra. Así cayó muerto sin necesidad de darle un segundo golpe. Después Joab y su hermano Abisai fueron en persecución de Seba hijo de Bicri.**

**<sup>11</sup> Uno de los hombres de Joab se quedó junto a él gritando:**

**—Quienquiera que ame a Joab y a David, ¡que siga a Joab!**

**<sup>12</sup> Amasa, revolcándose en su sangre, yacía en medio del camino. Al verlo, todo el que pasaba se detenía. Y viendo aquel hombre que todo el pueblo se paraba, apartó a Amasa del camino al campo, y echó sobre él una vestidura. <sup>13</sup> Luego que fue apartado del camino, pasaron todos los que seguían a Joab, para ir tras Seba hijo de Bicri.**

David estaba retornando a Jerusalén, pero no todo era victoria y regocijo como él esperaba. Antes de que llegara a Sión, ya se había organizado una nueva revuelta. Seba, un hombre calificado de “perverso”, estaba conspirando en su contra, aprovechando al máximo la rivalidad y la creciente división que se presentaba entre Israel y Judá. Su queja era que el corazón y los intereses de David estaban por completo con los de Judá; así que les gritó: “No tenemos parte con David, ni heredad con el hijo de Isaí. ¡Cada uno a su tienda, Israel!” Así que Seba se proclamó a sí mismo como el líder que iba a trabajar en beneficio de Israel, pues era de la tribu de Benjamín, la misma que le dio a Israel su primer rey.

Resulta claro que Seba era una figura popular en Israel y que el llamado que hacía a un cambio sonaba bien a los oídos de muchos, hasta el punto en que “todos los hombres de Israel

abandonaron a David”.

Una de las primeras acciones de David al regresar a Jerusalén fue despedir a las diez concubinas que había dejado atrás, mientras huía de Absalón, y que habían cuidado del palacio mientras el rey estaba exiliado. Ahora, la presencia de ellas en el palacio se constituía en un constante recordatorio de la pretensión al trono por parte de Absalón, que se expresó en la intimidad que tuvo con ellas (16:20-22). Las diez mujeres fueron puestas en una casa aparte, bajo arresto domiciliario, y allí vivieron el resto de sus años como viudas.

Encontramos que el trato que les dio David a estas mujeres fue áspero y falto de afecto; y eso nos recuerda que nuestros pecados pueden afectar a otros de muy diversas maneras. La lujuria incontrolable de David no había sido un asunto privado; su pecaminosidad lastimó muchas vidas. Estas diez mujeres fueron sólo unas pocas entre las muchas que pagaron el precio de los pecados del rey.

El rey no estaba dispuesto a permitir que la revuelta de Seba tomara fuerza; sabía que debía actuar con presteza para sofocarla, y le ordenó a Amasa, el antiguo comandante de Absalón que había reemplazado a Joab al frente del ejército, para que reuniera a los hombres de Judá para luchar contra el insurrecto. Sólo tenían tres días para estar listos.

No nos debe sorprender que Amasa no pudiera concentrar las tropas con la rapidez que David quería; sin duda, muchos habrán recordado que este Amasa era el mismo que había guiado a las fuerzas de Absalón en contra de ellos, por tanto no había por qué apurarse para apoyarlo.

Pasada la fecha especificada, David se puso ansioso y se volvió hacia Abisai, el hermano menor de Joab. El rey había aprendido que cuando los tiempos eran duros y el combate era fiero, podía contar con los hijos de su hermana Sarvia, de modo que le ordenó a Abisai que, tomando las tropas disponibles, aplastara la revuelta. Temía que si esperaba más, Seba iba a escapar a una de las ciudades fortificadas y se iba a esconder.



*Una mujer sabia hace venir a Joab*

Abisai no se demoró ni un momento en dar respuesta al rey.

En Gabaón, a unos ocho km al noroeste de Jerusalén, Amasa se encontró con Abisai; lo acompañaban los hombres de Judá que había podido reunir. El lugar era conocido por haber sido el sangriento campo de batalla donde una docena de hombres del ejército de David, al mando de Joab, e igual número hombres del ejército del de Saúl, bajo las órdenes de Abner, se habían trabado en combate cuerpo a cuerpo con dagas. Todos los participantes murieron, mientras las fuerzas de ambos lados observaban. El sitio llegó a conocerse como Helcat-hazurim, “el campo de las dagas” (2:12-17).

Imaginemos la sorpresa de Amasa cuando, al entrar en el campamento de los hombres de David en Gabaón, vio a Joab, vestido para la batalla y con una daga colgada en la cintura. Había sido degradado de rango; sin embargo, su presencia parecía decir que estaba dispuesto a hacer lo que pudiera por la causa de David.

La impresión que personalmente dio Joab era la de querer olvidar el pasado y continuar. Saludó cálidamente a su rival, diciéndole: “¿Te va bien, hermano mío?” Entonces, extendió la mano y sujetó la barba de Amasa, como si fuera a saludarlo con un beso, mientras que con la otra mano sacaba la daga de su vaina y la enterró en este momento de descuido en el abdomen de su rival. Fue la misma forma en que había asesinado a Abner años atrás (3:27).

Amasa cayó al suelo y quedó revolcándose en estertores de muerte en medio del camino. Sin decir una palabra, Joab se adelantó para tomar el mando del ejército, y les dio a sus hombres la orden de partir de inmediato en persecución de Seba.

Puso un soldado para que hiciera guardia al lado del cuerpo de Amasa y evitara de ese modo que los combatientes aminoraran la marcha para mirar al comandante moribundo. Pero ninguno de los que pasaban por el lugar podía dejar de mirar al líder caído, anegado en su propia sangre, hasta que el solitario centinela, que había estado tratando de mantener la tropa en movimiento, arrastró

finalmente el cadáver fuera del camino y lo cubrió con una vestidura vieja. Después de eso, los soldados se apresuraron a pasar sin detenerse a mirar.

No cabe duda de la lealtad de Joab para con David, pero sus métodos eran crueles, violentos y ajenos a David, cuya incomodidad con su comandante en jefe nos resulta comprensible. Una y otra vez oímos que dice de Joab y de su hermano: “¿Qué tengo yo con vosotros, hijos de Sarvia?” Sin embargo, es probable que el recuerdo del asesinato que cometió contra uno de sus propios gurreros de confianza le impidiera a David tomar alguna acción contra Joab. No fue sino hasta el final de su vida que David denunció públicamente a Joab, reclamando su castigo (1 Reyes 2:5,6).

### ***Joab aplasta la revuelta de Seba***

**<sup>14</sup> Seba pasó por todas las tribus de Israel hasta Abel-bet-maaca, y todos los de Barim se reunieron y lo siguieron también. <sup>15</sup> Llegaron los otros y lo sitiaron en Abel-bet-maaca. Levantaron contra la ciudad un terraplén y ésta quedó sitiada; y todo el pueblo que estaba con Joab trabajaba por derribar la muralla. <sup>16</sup> Entonces una mujer sabia gritó en la ciudad:**

**—Oíd, oíd; os ruego que digáis a Joab que venga acá, para que yo hable con él.**

**<sup>17</sup> Cuando él se acercó a ella, dijo la mujer:**

**—¿Eres tú Joab?**

**—Yo soy —respondió él.**

**—Oye las palabras de tu sierva —le dijo ella.**

**—Te escucho —respondió él.**

**<sup>18</sup> Volvió ella a hablar y dijo:**

**—Antiguamente solían decir: “Quien pregunte, que pregunte a los de Abel.” Y así concluían cualquier asunto.**

**<sup>19</sup> Somos de las más pacíficas y fieles ciudades de Israel. ¡Y tú procuras destruir una ciudad que es madre en Israel! ¿Por**

**qué destruyes la heredad de Jehová?**

**<sup>20</sup> Joab respondió diciendo:**

**—Nunca, nunca me acontezca tal cosa, que yo destruya ni deshaga. <sup>21</sup> La cosa no es así: sino de un hombre de los montes de Efraín, llamado Seba hijo de Bicri, que ha levantado su mano contra el rey David; entregádmelo a él solo y me iré de la ciudad.**

**—Su cabeza te será arrojada por encima del muro —dijo la mujer a Joab.**

**<sup>22</sup> En seguida la mujer se dirigió a todo el pueblo con tanta sabiduría, que ellos cortaron la cabeza a Seba hijo de Bicri y se la arrojaron a Joab. Tocó él la trompeta y se retiraron de la ciudad, cada uno a su tienda; mientras, Joab regresó a Jerusalén, junto al rey.**

Seba estaba perdiendo terreno ante la persecución del ejército de David. Mientras se desplazaba hacia el norte, se le agotaban los sitios donde esconderse, hasta que llegó a Abel-bet-maaca, una ciudad fortificada en el extremo norte de Israel. Quizás Seba fue también a esa antigua ciudad buscando consejo para el futuro, acerca del rumbo que debía de tomar. Había un antiguo dicho que refería cómo siempre se podía encontrar buen consejo en Abel-bet-maaca. Decía el refrán: “Quien pregunte, que pregunte a los de Abel”.

Habiéndole dado alcance a Seba en este lugar, Joab le puso sitio a la pequeña ciudad, la cual no era rival de consideración para un hombre como él, que en su carrera había tomado ciudades mucho mayores como Jerusalén y Rabá. Así que ordenó de inmediato la construcción de una rampa junto al muro, que le permitiera escalarlo; entre tanto, otro contingente de soldados se ocupaba en otra parte en golpear la muralla para derribarla. Una vez ejecutada la orden, entrarían sus hombres a la ciudad.

La caída de la plaza era inevitable. Una sabia mujer de esa comunidad habló para salvar a su pueblo, llamando desde la

muralla, pidiendo que le permitieran dirigirle una palabra a Joab. Cuando le llegó la oportunidad, la mujer le dijo al comandante de Judá que no era justo destruir una ciudad que tenía tan larga e ilustre historia, una ciudad que merecía que la llamaran, “madre en Israel”. Somos “de las más pacíficas y fieles en Israel”, dijo ella.

En la conversación se selló un trato entre la mujer y Joab: a cambio de salvar la ciudad, Joab pidió que se le entregara Seba, el fugitivo oponente del rey: “Su cabeza te será arrojada por encima del muro”, le respondió la mujer.

A la mañana siguiente, Joab tenía lo que había estado buscando. Ordenó que se tocara la trompeta y retiró a sus combatientes. La muerte del líder rebelde marcó el final de la revuelta contra David, tal como había ocurrido con la de Absalón. El sitio fue levantado y terminó la guerra; se había preservado la ciudad y se habían salvado muchas vidas. Joab y los hombres de Judá podían regresar a sus casas.

### *Lista de los oficiales de David*

**<sup>23</sup> Así quedó Joab al mando de todo el ejército de Israel, Benaía hijo de Joiada al frente de los cereteos y peleteos, <sup>24</sup> Adoram como jefe de los tributos, y Josafat hijo de Ahilud era el cronista. <sup>25</sup> Seva era el escriba, y Sadoc y Abiatar, los sacerdotes. <sup>26</sup> Ira, el jaireo, fue también sacerdote de David.**

¿Cómo reaccionó David ante las proezas militares que hizo Joab en su favor? Parece que la respuesta está en esta lista de los oficiales de David: a la cabeza de la lista está Joab, el comandante general de todo el ejército de Israel. Al rey no le quedó otra alternativa que reconocer sus servicios ante la nación, y reinstalarlo en su antigua posición.

Esta lista es prácticamente idéntica a la que aparece en 8:15-18 e implica que se había instaurado nuevamente el orden, y que el reino regresaba a la estabilidad que había disfrutado con



anterioridad. Hay unas pocas adiciones a la lista anterior: ahora Adoram se desempeñaba como ministro de trabajo y obras públicas, e Irá el jairo, que era sacerdote personal de David.

### *Hambruna y restitución*

**21** Hubo hambre en los días de David durante tres años consecutivos. David consultó a Jehová, y Jehová le dijo: «Es por causa de Saúl, y por esa casa sanguinaria, porque él mató a los gabaonitas.»

<sup>2</sup> Entonces el rey llamó a los gabaonitas y les habló. (Los gabaonitas no eran de los hijos de Israel, sino del resto de los amorreos, a los cuales los hijos de Israel habían hecho juramento. Pero Saúl había intentado matarlos llevado de su celo por los hijos de Israel y de Judá). <sup>3</sup> Preguntó, pues, David a los gabaonitas:

—¿Qué puedo hacer por vosotros, o qué satisfacción debo daros para que bendigáis la heredad de Jehová?

<sup>4</sup> Los gabaonitas le dijeron:

—No tenemos nosotros queja por cuestiones de plata o de oro con Saúl y con su casa, ni queremos que muera nadie en Israel.

—Lo que vosotros digáis, eso haré —respondió David.

<sup>5</sup> Entonces dijeron ellos al rey:

—De aquel hombre que nos diezmó e intentó exterminarnos, para que no quedara nada de nosotros en todo el territorio de Israel, <sup>6</sup> que se nos entreguen siete hombres de sus descendientes, y los ahorcaremos delante de Jehová en Gabaa de Saúl, el escogido de Jehová.

—Yo os los entregaré —respondió el rey.

<sup>7</sup> El rey perdonó a Mefi-boset hijo de Jonatán hijo de Saúl, a causa del juramento que David y Jonatán, hijo de Saúl, se habían hecho en nombre de Jehová. <sup>8</sup> Pero tomó el rey a los dos hijos que Rizpa, hija de Aja, había tenido de Saúl, Armoni y Mefi-boset, y a los cinco hijos que Mical, hija

de Saúl, había tenido de Adriel hijo de Barzilai, el meholatita, <sup>9</sup> y los entregó en manos de los gabaonitas, quienes los ahorcaron en el monte delante de Jehová. Cayeron aquellos siete al mismo tiempo; fueron muertos en los primeros días de la cosecha, al comienzo de la siega de la cebada.

<sup>10</sup> Entonces Rizpa, hija de Aja, tomó una tela de luto y la tendió para recostarse sobre el peñasco. Allí estuvo desde el principio de la siega hasta que cayó sobre ellos la lluvia del cielo; y no dejó que ninguna ave del cielo se lanzara sobre ellos de día, ni las fieras del campo por la noche.

<sup>11</sup> Cuando le dijeron a David lo que hacía Rizpa, hija de Aja, concubina de Saúl, <sup>12</sup> fue él a recoger los huesos de Saúl y los huesos de Jonatán, su hijo, de los hombres de Jabes de Galaad, que los habían hurtado de la plaza de Bet-sán, donde los filisteos los habían colgado cuando mataron a Saúl en Gilboa. <sup>13</sup> E hizo David que se llevaran de allí los huesos de Saúl y los huesos de su hijo Jonatán; y recogieron también los huesos de los ahorcados. <sup>14</sup> Sepultaron los huesos de Saúl y los de su hijo Jonatán en tierra de Benjamín, en Zela, en el sepulcro de Cis su padre; e hicieron todo lo que el rey había mandado. Y Dios fue propicio a la tierra después de esto.

Los últimos cuatro capítulos de 2 Samuel recopilan los últimos años de la vida de David; David tenía entonces más de sesenta años; ya había comenzado a cansarse y sentirse exhausto por todas las cargas de la vida. Al contrario de lo que se pudiera esperar, sus últimos diez años no fueron automáticamente gloriosos ni fáciles de llevar.

Los sucesos de los días recientes lo habían hecho consciente de su debilidad y de la necesidad de que Dios lo apoyara y lo sostuviera. Su vida no había sido fácil, y su reinado poco pacífico. Había llegado a ver cuán transitorias son todas las cosas de esta

vida, y por eso se volvía cada vez más a las cosas eternas. Fueron muchas las aflicciones del siervo de Dios, pero de todas ellas lo libró el Señor.

David: había conocido la contienda familiar, había perdido un hijo rebelde, sintió con frecuencia el agobio de los actos brutales de Joab, y había luchado contra la creciente división en el país. Como si todo eso no fuera suficiente, una hambruna que asoló a toda la nación duró más de tres años. Por más de mil días, los cielos se negaron a abrirse para enviar lluvia. La devastación y las pérdidas los afectaban a todos. Los ríos se secaron y el ganado comenzó a pasar hambre y a morir; los árboles frutales perdieron sus flores. Una sequía terrible se abatía sobre la tierra año tras año.

¿Qué les estaba diciendo Dios con esta etapa de hambre y sequía? David le preguntó a Jehová por medio de los sacerdotes Sadoc y Abiatar. La respuesta señalaba un pecado específico en la vida de la nación. Más de treinta años atrás, Saúl había matado un gran número de gabaonitas, rompiendo así un convenio hecho con el pueblo de Gabaón que había sido respetado durante mucho tiempo.

Sobre ese incidente no sabemos nada distinto de lo que se señala aquí, pero es cierto que cuando el pueblo de Israel, bajo la dirección de Josué, tomó posesión de la tierra prometida, se hizo un tratado de paz con los gabaonitas (Josué 9). Sin consultar a Dios, Josué hizo el pacto con ellos, cuando se presentaron disfrazados y pretendiendo ser lo que no eran. Ese trato, ratificado con juramento por los hombres de Israel, fue honrado por ambas partes hasta los días de Saúl.

¿Vemos lo serio que es hacer un juramento y no cumplirlo después? Los compromisos que se hacen delante del Señor no son para dejarlos a un lado; lo que se ha prometido a Dios nunca se debe tomar a la ligera.

La espantosa situación de Israel tenía sus antecedentes en el celo mal encaminado de Saúl por exterminar despiadadamente a una porción de la población no israelita. Rápidamente, David se

reunió con la comunidad gabaonita sobreviviente y les preguntó sobre la compensación que pudiera ofrecerles. ¿Qué podría hacer a manera de enmienda, para que todos pudieran disfrutar otra vez de las bendiciones de Jehová? Los gabaonitas dijeron claramente que no buscaban ninguna compensación monetaria, sino que buscaban una restitución de acuerdo a la ley divina (Números 35:30,31). Pidieron que siete descendientes de Saúl fueran muertos para expiar por las vidas que ellos habían perdido.

David estuvo de acuerdo en hacer como el pueblo de Gabaón había pedido; preservó a Mefi-boset, el hijo de Jonatán, por el juramento que le había hecho a su padre; pero entregó a los dos hijos de Rizpa, concubina de Saúl, y a los cinco hijos de Merab, la hija mayor de éste. Como recordaremos, Merab le había sido prometida a David en recompensa por la muerte de Goliat, pero en un arranque de celos, Saúl la dio en matrimonio a Adriel. Los gabaonitas tomaron esos siete descendientes de Saúl y los crucificaron sobre una colina en las afueras de Guibeá, lugar de nacimiento de Saúl.\*

El consentimiento de David al aceptar estos términos indica que los siete tenían alguna culpa en el asunto, estando quizás implicados en el ataque contra los gabaonitas.

Rizpa, la madre de los dos hijos ejecutados, llevó a cabo una última vigilia de amor; tendiendo una tela de cilicio, señal de su duelo, sobre un peñasco, se mantuvo vigilante noche y día sobre los cadáveres de sus dos hijos, ahuyentando a los buitres y los cuervos durante el día y a los chacales y las hienas durante la noche; así lo hizo hasta que llegaron las lluvias. ¡Al fin, había una señal de que la ira de Dios se había aplacado!

Cuando David se enteró de lo que hizo esta mujer como último acto de amor, se sintió conmovido. Era justo que realizara un postrer servicio de bondad y buena voluntad hacia la familia de

---

\* La palabra traducida como “ahorcar” en los versículos 6, 9 y 13 podría señalar la crucifixión.

Saúl, el ungido de Jehová, a quien nunca dejó de honrar. Por ello, ordenó que los restos de Saúl y Jonatán fueran desenterrados de las yermas tierras de Jabes de Galaad y fueran sepultados, junto con los cuerpos de los nietos de Saúl, en el sepulcro familiar de Cis, padre del primer rey de Israel.

Después de esto, los cielos se abrieron de nuevo y Dios respondió a las oraciones a favor de su pueblo.

### ***Guerras contra los filisteos***

**<sup>15</sup> Volvieron los filisteos a hacer la guerra a Israel. David descendió con sus siervos y pelearon contra los filisteos. David estaba cansado, <sup>16</sup> e Isbi-benob, uno de los descendientes de los gigantes, cuya lanza pesaba trescientos siclos de bronce, y que llevaba ceñida una espada nueva, trató de matar a David; <sup>17</sup> pero Abisai hijo de Sarvia llegó en su ayuda, hirió al filisteo y lo mató. Entonces los hombres de David juraron diciendo: «Nunca más de aquí en adelante saldrás con nosotros a la batalla, no sea que apagues la lámpara de Israel.»**

**<sup>18</sup> Otra segunda guerra hubo después en Gob contra los filisteos; entonces Sibecai, el husatita, mató a Saf, quien era uno de los descendientes de los gigantes. <sup>19</sup> Hubo otra vez guerra en Gob contra los filisteos, en la cual Elhanán hijo de Jaare-oregim, de Belén, mató a Goliat, el geteo, cuya lanza tenía el asta tan grande como el rodillo de un telar.**

**<sup>20</sup> Después hubo otra guerra en Gat, donde había un hombre de gran estatura, el cual tenía doce dedos en las manos y otros doce en los pies, veinticuatro en total; también él descendía de los gigantes. <sup>21</sup> Éste desafió a Israel, y lo mató Jonatán hijo de Simea, hermano de David. <sup>22</sup> Estos cuatro eran descendientes de los gigantes de Gat, los cuales cayeron por mano de David y por mano de sus siervos.**

En los años finales de la vida de David, se produjo un retorno

a la guerra. Primero había sido la sequía prolongada y la hambruna; y ahora la lucha contra los filisteos, el inquieto e histórico enemigo de Israel. Como habían hecho en el pasado, los filisteos recurrieron a una serie de guerreros gigantes como armas contra Israel. Leemos acerca de cuatro de ellos que, siguiendo la tradición de Goliat, probaron sus fuerzas contra Israel.

El primero de estos guerreros estuvo muy cerca de matar a David. Llamado Isbi-benob, era un hombre poderoso con brazos lo suficientemente fuertes como para arrojar una lanza de alrededor de 3.5 kg de peso. El propio David, que había salido a combatir a los filisteos, estaba física y emocionalmente extenuado y agotado. De no haber sido por la rápida reacción de Abisai, su valiente oficial, que se adelantó y le dio muerte al poderoso enemigo, el rey pudo haber caído en el combate.

¿Nos sorprende oír que David estaba extenuado? No debe sorprendernos; después de todo era un ser humano, y todos los humanos tienen un límite en su capacidad de resistir. Los sucesos de los últimos años habían comenzado a cobrarle el precio.

Después de haber escapado por tan poco margen, los oficiales de David insistieron en que se mantuviera alejado del escenario de los combates. Decían que sería una pérdida demasiado grande que se apagara la “lámpara de Israel”.

En un segundo combate, Sibecai, el husatita, salvó el día para Israel cuando le dio muerte a Saf, otro poderoso gigante.

El tercero de la serie que retó a Israel era al parecer hermano de Goliat, aunque puede haber sido que el nombre fuese común a dos guerreros filisteos. Pero es más probable que el que aquí se menciona fuera el mismo que fue llamado Lahmi en 1 Crónicas 20:5, que era hermano de Goliat de Gat.

El último en guerrear por los filisteos fue un hombre gigantesco con seis dedos en las manos y en los pies, quien corrió la misma suerte que los demás durante una batalla en Gat, donde Jonatán, sobrino de David, respondió a sus insultos y le dio muerte.

Esta serie de victorias se debió a la gracia del Señor, algo que David no pasó por alto, como veremos más adelante.

## ***Una canción para cantarla cuando la vida es dura***

Desde mucho antes de ser rey, David era compositor de hermosas oraciones y cantos de fe, que se conocen en la Biblia como *salmos*. Ese era uno de sus mayores dones; setenta y tres salmos, casi la mitad del Salterio, tienen una anotación que los identifica como de *David*.

En los últimos y difíciles días de su vida, el salmista volvió una vez más sus pensamientos y su corazón a Jehová, y lo expresó en una de las mejores composiciones que jamás escribiera. El salmo que comentamos es el mismo que tiene el número 18 en el Salterio. El versículo que inicia el capítulo 22 nos dice: “Dirigió David a Jehová las palabras de este cántico”. Cubriendo más de cincuenta versos, no tiene una sola nota de amargura o desespero, sino que al contrario, da voz a la esperanza y la confianza que tenía en Dios en tiempos de dificultades.

**22** Dirigió David a Jehová las palabras de este cántico el día que Jehová lo libró de manos de Saúl y de todos sus enemigos. <sup>2</sup> Dijo:

**«Jehová es mi roca, mi fortaleza y mi libertador;**

**<sup>3</sup> Mi Dios, fortaleza mía, en él confiaré;**

**mi escudo y el fuerte de mi salvación,**

**mi alto refugio, mi salvador.**

**De violencia me libraste.**

**<sup>4</sup> Invocaré a Jehová, quien es digno de ser alabado,**

**y seré salvo de mis enemigos.**

**<sup>5</sup>» Me envolvieron las olas de la muerte,**

**me atemorizaron torrentes de perversidad.**

**<sup>6</sup> Me rodearon los lazos del seol.**

**Tendieron sobre mí lazos de muerte.**

**7 En mi angustia invoqué a Jehová,  
a mi Dios clamé  
y escuchó mi voz desde su templo.  
Mi clamor llegó a sus oídos.**

**8 »La tierra fue sacudida y tembló,  
se conmovieron los cimientos de los cielos.  
Se estremecieron porque él se indignó.**

**9 Humo subió de su nariz,  
y de su boca un fuego abrasador  
que lanzaba carbones encendidos.**

**10 Inclino los cielos y descendió;  
había tinieblas debajo de sus pies.**

**11 Cabalgó sobre un querubín y voló;  
voló sobre las alas del viento.**

**12 Se envolvió en un cerco de tinieblas,  
oscuridad de aguas y densas nubes.**

**13 Por el resplandor de su presencia  
se encendieron carbones ardientes.**

**14 »Tronó Jehová desde los cielos,  
el Altísimo hizo oír su voz;**

**15 Envió sus flechas y los dispersó,  
lanzó relámpagos y los destruyó.**

**16 Aparecieron entonces los torrentes de las aguas,  
quedaron al descubierto los cimientos del mundo  
ante la reprensión de Jehová,  
al soplo del aliento de su nariz.**

**17 »Envió desde lo alto y me tomó.  
Me sacó de caudalosas aguas.**

**18 Me libró de un poderoso enemigo,  
y de los que me aborrecían,  
aunque eran más fuertes que yo.**



- 19 Me asaltaron el día de mi desgracia,  
mas Jehová fue mi apoyo.**  
**20 Me sacó a lugar espacioso,  
me libró porque me amaba.**

David escribió este cántico de alabanza para que nosotros dispusiéramos de él para cantarlo en los momentos duros de la vida. Recuerda; nos dice David que, cuando los tiempos y los días son difíciles, Dios es nuestra única Fortaleza y Seguridad. Su cántico comienza con las palabras: “Jehová es *mi roca*, mi *fortaleza* y mi *libertador*; Mi Dios, fortaleza mía, en él confiaré.” En los versos siguientes, añade que Jehová es “mi *escudo* y el *fuerte* de mi salvación, mi alto *refugio*, mi *salvador*”. Todas estas son expresiones poéticas que enfatizan que el Señor es nuestra fuente de seguridad y estabilidad, cuando todo lo demás ha desaparecido.

Escuchemos cómo describe David su calamidad personal: “Me envolvieron las olas de la muerte, me aterrorizaron torrentes de perversidad. Me rodearon los lazos del seol. Tendieron sobre mi lazos de muerte. En mi angustia invoqué a Jehová, a mi Dios calmé y escuchó mi voz desde su templo. Mi clamor llegó a sus oídos.”

Bien, el Dios de la gracia libre y fiel no sólo oyó, sino que respondió a la desesperada necesidad de David: “Inclinó los cielos y descendió; había tinieblas debajo de sus pies ... Se envolvió en un cerco de tinieblas, oscuridad de aguas y densas nubes ... Tronó Jehová desde los cielos, el Altísimo hizo oír su voz.” ¡Es obvio lo que sucedió, Jehová envió la lluvia y la sequía cesó!

Pero eso no es todo. El Señor también libró a David de sus enemigos, de las fuerzas de Absalón, del ejército filisteo y de sus guerreros gigantes. “Envió sus flechas y los dispersó; ... Envío desde lo alto y me tomó. Me sacó de caudalosas aguas. Me libró de un poderoso enemigo, y de los que me aborrecían, aunque eran más fuertes que yo.” Entonces David añade este pensamiento: “Me sacó a lugar espacioso, me libró porque me amaba.”

¡Miremos en qué han ido a convertirse esos tiempos duros! De

no haber sido por ellos, David nunca hubiera llegado a cantar de la gracia y la compasión de Dios. No hay duda de que en los momentos difíciles, cuando se están pasando días de aflicción, es cuando la gente está más atenta a la voz de Dios y más abierta a su dirección. Esta es una de las bendiciones de las etapas difíciles de la vida.

¿Está pasando por días difíciles en su vida? ¿Lo asedian el dolor y la adversidad? Reconozca, junto con David, que el Señor se deleita en usted y será su abrigo y su seguridad. Desde luego que no hay nada en nuestras vidas que las haga atractivas a Dios; pero es tal su gracia que nos acepta y se deleita en nosotros por amor de Jesús. Nos ha puesto en *lugar espacioso*: hay suficiente lugar para todos nosotros al pie de la cruz.

**21 »Jehová me recompensa conforme a mi justicia.  
Conforme a la limpieza de mis manos me ha premiado:**

**22 porque he guardado los caminos de Jehová,  
y no me aparté de mi Dios haciendo el mal;**

**23 pues todos sus decretos están delante de mí  
y nunca me aparté de sus preceptos.**

**24 Fui recto para con él,  
y me he guardado de mi maldad.**

**25 Jehová me recompensa conforme a mi justicia,  
conforme a la limpieza de mis manos ante sus ojos.**

**26 »Con el misericordioso mostrarás misericordioso,  
y recto para con el hombre íntegro.**

**27 Limpio te mostrarás con el limpio,  
y rígido serás con el perverso.**

**28 Tú salvas al pueblo afligido,  
mas tus ojos abaten a los altivos.**

**29 Tú eres, oh Jehová, mi lámpara;  
mi Dios, que alumbra mis tinieblas.**

**30 Contigo desbarataré ejércitos,  
con mi Dios asaltaré muros.**

**<sup>31</sup> »El camino de Dios es perfecto  
y acrisolada la palabra de Jehová.  
Escudo es a todos los que en él esperan.**

En días difíciles, nos gustaría recordar que Dios es nuestra única luz. David cantó: “Tú eres, oh Jehová, mi lámpara; mi Dios, que alumbrá mis tinieblas. Contigo desbarataré ejércitos, con mi Dios asaltaré muros.”

Estas palabras recuerdan las que escribió con anterioridad en el Salmo 27:1: “Jehová es mi luz y mi salvación, ¿de quién temeré?” En días de oscuridad e incertidumbre, con frecuencia nos domina el pánico y nos paraliza el miedo. Nuestros temores en su mayoría están dados por la creencia de que hay algo justamente al doblar de la esquina que va a ser demasiado para nosotros. Tememos que lo que pueda ocurrir mañana nos abrume y nos deje destruidos a su paso.

Pero, ¿por qué temer, si el Señor está alumbrando nuestro camino? Pudiera no revelarnos todo lo que yace ante nosotros, pero nos dará la luz que necesitamos para vivir un día a la vez, confiados en él. Todo lo que necesitamos saber es que Dios aún está al mando y que sabe lo que está haciendo. Tal como cantó David, “El camino de Dios es perfecto y acrisolada la palabra de Jehová. Escudo es a todos los que en él esperan.”

Podríamos asombrarnos cuando David habla de “la limpieza de mis manos” y “mi justicia” o cuando se describe a sí mismo como “recto” y habiendo guardado las leyes de Dios. Al mirar la vida de David, la vemos llena de injusticia y quebrantamiento de las leyes de Dios. ¿Cómo pudo hablar de esa forma? El versículo 31 nos da la respuesta: “El camino de *Dios* es perfecto y acrisolada la palabra de *Jehová* .” Aquellos que se refugian en él hacen suya la justicia de Dios. Este es el gozo que cada cristiano tiene en Jesús: su justicia es nuestra por fe.

<sup>32</sup> Porque ¿quién es Dios, sino sólo Jehová?

¿Y qué roca hay fuera de nuestro Dios?

<sup>33</sup> Dios es el que me ciñe de fuerza,  
quien despeja mi camino,

<sup>34</sup> quien hace mis pies como de ciervas  
y me sostiene firme en las alturas;

<sup>35</sup> el que adiestra mis manos para la batalla,  
y mis brazos para que se doble el arco de bronce.

<sup>36</sup> Me diste el escudo de tu salvación,  
y tu benignidad me ha engrandecido.

<sup>37</sup> Ensanchaste mis pasos debajo de mí,  
y mis pies no han resbalado.

<sup>38</sup> »Perseguiré a mis enemigos los destruiré,  
no vuelvo hasta haberlos acabado.

<sup>39</sup> Los heriré y derrotaré, de modo que no se levanten.  
Caerán debajo de mis pies.

<sup>40</sup> Me ceñiste de fuerzas para la pelea,  
has humillado debajo de mí mis enemigos,

<sup>41</sup> y has hecho que mis enemigos me vuelvan las espaldas,  
para que yo destruyera a los que me aborrecen.

<sup>42</sup> Clamaron, pero nadie los salvó;  
también a Jehová, mas no los oyó.

<sup>43</sup> Como a polvo de la tierra los molí,  
como a lodo de las calles los pisé y los trituré.

<sup>44</sup> Me has librado de las contiendas del pueblo,  
me guardaste para que fuera cabeza de naciones,  
pueblo que no conocía me servirá.

<sup>45</sup> Los hijos de extraños se someterán a mí.  
Al oír de mí, me obedecerán.

<sup>46</sup> Los extraños se debilitarán  
y saldrán temblando de sus refugios.

<sup>47</sup> »¡Viva Jehová! ¡Bendita sea mi roca!,

**y engrandecido sea el Dios de mi salvación.**

**<sup>48</sup> El Dios que venga mis agravios**

**y somete pueblos a mis plantas.**

**<sup>49</sup> El que me libera de enemigos,**

**me exalta sobre los que se levantan contra mí**

**y me libra del hombre violento.**

Cuando la vida es dura, debemos recordar que el Señor es nuestra fortaleza. Aquellos que no conocen suficientemente bien a David lo imaginan como un hombre de poder sobrehumano. Se habla de él como el joven que sin ayuda le dio muerte al gigante Goliat. La verdad es que en sí mismo no era fuerte; la clave de su poder y su grandeza radicaba en que le permitía a Dios que fuera su fortaleza: “Dios es el que me ciñe de fuerza, quien despeja mi camino, quien hace mis pies como de ciervas y me sostiene firme en las alturas ... Me diste el escudo de tu salvación, y tu benignidad me ha engrandecido.”

No hay nadie como Dios para humillar y para ensalzar, de modo que cuando estamos en nuestro punto más débil somos más fuertes, y todo por causa de él. La experiencia de David fue la misma del apóstol Pablo, quien escribió: “Todo lo puedo en Cristo que me fortalece” (Filipenses 4:13).

Dios ha puesto su fortaleza a nuestra disposición en Jesucristo. Quien se humilló hasta la cruz por nosotros es capaz de cuidarnos de cualquier otra cosa. Con la fortaleza de Dios, no hay necesidad de vivir con la aprehensión del temor y de la pena.

**<sup>50</sup> Por eso te confesaré entre las naciones**

**y cantaré, oh Jehová, a tu nombre.**

**<sup>51</sup> Él salva gloriosamente a su rey,**

**y usa de misericordia para**

**con su unguido, a David y a su descendencia para siempre.»**

En la última estrofa de su canto de triunfo, David declara que

Jehová es también nuestra esperanza para el futuro. “Te confesaré entre las naciones y cantaré, oh Jehová, a tu nombre ... usa de misericordia para con su ungido, a David y a su descendencia para siempre.” No tenemos sino una alternativa, y esa es esperar en él.

Los tiempos duros que ocurrieron en la vida de David le hicieron ver que había una sola forma en la que podía enfrentar el futuro. Tendría que descansar en Jehová y esperar en él, y lo escribió de esta manera: “Guarda silencio ante Jehová y espera en él” (Salmo 37:7).

Sidney Lanier, un poeta norteamericano, estaba a mediados de sus treinta años cuando contrajo tuberculosis. Sabía que su vida se podría acortar, y que sólo podía esperar. Se fue a las tierras costeras, buscando un clima más benigno. Allí, mientras miraba hacia la tierra pantanosa de su nativa Georgia, escribió sobre las lecciones para la vida que encontraba ilustrada en aquella tranquila escena.

Así como la gallinuela del pantano construye sobre el suelo húmedo,  
He aquí yo voy a construir mi nido sobre la grandeza de Dios;  
Volaré en la grandeza de Dios como vuela la gallinuela del pantano  
En la libertad que llena todo el espacio entre el pantano y el cielo  
Como las mismas muchas raíces que la hierba del pantano envía a la tierra  
Yo tenazmente me afianzaré en la grandeza de Dios  
(*Los pantanos de Glynn*)

No necesitamos esperar hasta que las largas sombras de la edad avanzada o los problemas de la vida nos abrumen para que consideremos lo que se debe hacer en tiempos difíciles. Podemos aprender mucho de David; solamente el Señor es: nuestra Seguridad, nuestra Luz, nuestra Fortaleza y nuestra Esperanza para el futuro.

*Las últimas palabras de David*

**23** Éstas son las palabras postreras de David.  
Dijo David hijo de Isaí,  
aquel varón que fue levantado en alto,  
el ungido del Dios de Jacob,  
el dulce cantor de Israel:

<sup>2</sup> «El espíritu de Jehová habla por mí,  
su palabra está en mi lengua.

<sup>3</sup> El Dios de Israel ha hablado,  
me habló la Roca de Israel:

“Habrá un justo que gobierne entre los hombres,  
que gobierne en el temor de Dios.

<sup>4</sup> Será como la luz matinal,  
como el resplandor del sol  
en una mañana sin nubes,  
como la lluvia que hace brotar la hierba de la tierra”.

<sup>5</sup> Por eso mi casa está firme en Dios;  
pues ha hecho conmigo un pacto eterno,  
bien ordenado en todo y bien seguro,  
aunque todavía no haya hecho él florecer  
toda mi salvación y mi deseo.

<sup>6</sup> Pero todos los malvados  
serán como espinos arrancados,  
que nadie recoge con la mano;

<sup>7</sup> quien quiere tocarlos,  
se arma de un hierro  
o del asta de una lanza,  
y son allí mismo consumidos por el fuego».

Estos versículos que se identifican como “las últimas palabras de David” obviamente no se deben considerar como sus últimas expresiones (vea 1 Reyes 2:2ss), sino como el final de sus salmos

inspirados.

Es interesante considerar que la misma fórmula que se aplica en el Antiguo Testamento para identificar los mensajes de los profetas inspirados es la que se emplea aquí en referencia a las palabras de David. “El espíritu de Jehová habla por mí, su palabra está en mi lengua.” Dirigiéndose a la iglesia, Pedro tomó nota de esto cuando dijo: “El Espíritu Santo, por boca de David, había anunciado ” (Hechos 1:16). En su sermón de Pentecostés, Pedro dejó en claro que los escritos de David tienen todo el derecho a ser incluidos en las Sagradas Escrituras. “Hermanos, se os puede decir libremente del patriarca David, que... siendo profeta, y sabiendo que con juramento Dios le había jurado que de su descendencia en cuanto a la carne levantaría al Cristo para que se sentara en su trono” (Hechos 2:29,30).

Este salmo tiene unas breves palabras de introducción que le rinden tributo a la grandeza de David, cuando lo describe como el varón que “fue levantado en alto, el ungido del Dios de Jacob, el dulce cantor de Israel”.

La intención de David con este postrer salmo era destacar el alto privilegio que había tenido al gobernar para Dios. David describe al rey ideal como “un justo que gobierna entre los hombres ... en el temor de Dios”, que “será como la luz matinal”. Muy consciente de sus fallas, David confiaba en que Dios iba a enviar de su linaje un Gobernante, Uno que sería llamado “Jehová, nuestra justicia” (Jeremías 23:6). Y confiando en esa promesa, David también escribió: “Por eso mi casa está firme en Dios; pues ... haya hecho él florecer toda mi salvación y mi deseo.”

En la medida en que fueron pasando los años, David se volvió más y más a las cosas eternas. Le era muy importante saber que Dios lo había estado usando para traer justicia y salvación a todos los pueblos en Jesucristo. Su gobierno había servido para propiciar que la gente pensara y deseara un reino mejor. Dios había hecho pacto con David para establecer a través de uno de sus



descendientes un reino eterno.

Sus palabras acerca de un rey que “gobierne en el temor de Dios”, y que “será como la luz matinal” encontraron su perfecto cumplimiento en Cristo. De Aquel que vendría, el profeta escribió: “Mas para vosotros... nacerá el sol de justicia y en sus alas traerá salvación” (Malaquías 4:2). Así como David había sido un rey pastor, también se podría decir del Salvador venidero: “Y él se levantará y los apacentará con el poder de Jehová, con la grandeza del nombre de Jehová, su Dios; y morarán seguros, porque entonces será engrandecido hasta los fines de la tierra. Él éste será nuestra paz” (Miqueas 5:4,5).

### *Los valientes de David*

**<sup>8</sup> Éstos son los nombres de los valientes que tuvo David: Joseb-basebet, el tacmonita, el principal de los capitanes, que era Adino, el eznita, quien mató a ochocientos hombres en una ocasión. <sup>9</sup> Después de él, Eleazar hijo de Dodo, el ahohíta, uno de los tres valientes que estaban con David cuando desafiaron a los filisteos que se habían reunido allí para la batalla, y los hombres de Israel retrocedían. <sup>10</sup> Éste se levantó e hirió a los filisteos hasta que su mano se cansó y se le quedó pegada a la espada. Aquel día Jehová dio una gran victoria, y el pueblo volvió tras él tan sólo para recoger el botín.**

**<sup>11</sup> Después de éste fue Sama hijo de Age, el ararita. Los filisteos se habían reunido en Lehi, donde había un pequeño terreno lleno de lentejas y el pueblo huyó delante de los filisteos. <sup>12</sup> Pero él se paró en medio de aquel terreno, lo defendió y derrotó a los filisteos. Así dio Jehová una gran victoria.**

**<sup>13</sup> Un día, en tiempo de la siega, tres de los treinta jefes descendieron y se unieron a David en la cueva de Adulam, mientras los filisteos acampaban en el valle de Refaim.**

**<sup>14</sup> David estaba entonces en la fortaleza y había en Belén una**

guarnición de los filisteos. <sup>15</sup> Y dijo David con vehemencia: «¡Quién me diera a beber del agua del pozo de Belén que está junto a la puerta!»

<sup>16</sup> Entonces los tres valientes irrumpieron en el campamento de los filisteos, sacaron agua del pozo de Belén que estaba junto a la puerta, se la llevaron y la trajeron a David; pero él no la quiso beber, sino que la derramó como ofrenda para Jehová diciendo: <sup>17</sup> «Lejos de mí, oh Jehová, que yo haga esto. ¿He de beber yo la sangre de los hombres que fueron allí con peligro de su vida?» Y no quiso beberla.

Los tres valientes hicieron esto.

<sup>18</sup> Abisai, hermano de Joab e hijo de Sarvia, era el principal de los treinta. Éste alzó su lanza contra trescientos hombres, a quienes mató, y ganó renombre entre los tres.

<sup>19</sup> Era el más renombrado de los treinta, y llegó a ser su jefe, pero no igualó a los tres primeros.

<sup>20</sup> Después, Benaía hijo de Joiada, hijo de un varón esforzado, grande en proezas, de Cabseel. Éste mató a dos leones de Moab; él mismo descendió y mató a un león en medio de un foso, cuando estaba nevando. <sup>21</sup> También mató él a un egipcio, hombre de gran estatura; tenía el egipcio una lanza en su mano, pero descendió contra él con un palo, arrebató al egipcio la lanza de la mano y lo mató con su propia lanza. <sup>22</sup> Esto hizo Benaía hijo de Joiada, y ganó renombre entre los tres valientes. <sup>23</sup> Se destacó entre los treinta, pero no igualó a los tres primeros. David lo puso como jefe de su guardia personal.

<sup>24</sup> Estaban asimismo entre los treinta, Asael, hermano de Joab; Elhanán hijo de Dodo, de Belén; <sup>25</sup> Sama, el harodita; Elica, el harodita; <sup>26</sup> Heles, el paltita; Ira hijo de Iques, el tecoíta; <sup>27</sup> Abiezer, el anatotita; Mebunai, el husatita; <sup>28</sup> Salmón, el ahohíta; Maharai, el netofatita; <sup>29</sup> Heleb hijo de Baana, el netofatita; Itai hijo de Ribai, de Gabaa de los hijos de Benjamín; <sup>30</sup> Benaía, el piratonita; Hidai, del arroyo

**Gaas;** <sup>31</sup> **Abi-albón, el arbatita; Azmavet, el barhumita;**  
<sup>32</sup> **Eliaba, el saalbonita; Jonatán, de los hijos de Jasén;**  
<sup>33</sup> **Sama, el ararita; Ahíam hijo de Sarar, el ararita;** <sup>34</sup> **Elifelet hijo de Ahasbai hijo de Maaca; Eliam hijo de Ahitofel, el gilonita;** <sup>35</sup> **Hezrai, el carmelita; Paarai, el arbita;** <sup>36</sup> **Igal hijo de Natán, de Soba; Bani, el gadita;** <sup>37</sup> **Selec, el amonita; Naharai, el beerotita, escudero de Joab hijo de Sarvia;** <sup>38</sup> **Ira, el itrita; Gareb, el itrita,** <sup>39</sup> **y Urías, el heteo. En total, treinta y siete.**

La lista de los soldados sobresalientes del ejército de David dice mucho acerca de su carácter. Obviamente, no era el tipo de monarca que vivía aislado y alejado de sus hombres; marchaba con ellos a la batalla y a muchos los conocía por su nombre. David era un hombre que atraía hacia él a los de grandeza, e inspiraba en ellos una intensa lealtad y devoción.

Tres de sus capitanes: Joseb-basebet, Eleazar y Sama, ilustran la clase de lealtad y amor que David era capaz de inspirar en los demás. Mientras se ocultaba en la cueva de Adulam, David hizo un comentario casual acerca de su deseo de tomar un sorbo de agua del pozo cercano a la puerta de Belén, su pueblo natal. Quizás, más que el agua, él deseaba paz y descanso, y el retorno a la familia y los amigos.

Cuando esos tres valientes guerreros oyeron el comentario, lo valoraron como una oportunidad para demostrarle su lealtad y devoción. Con gran riesgo de su vida, irrumpieron a través de las fuerzas filisteas que estaban acampadas en derredor de Belén, y sacaron agua del pozo que le era familiar a David. Al enterarse de lo que habían hecho, David se conmovió tanto que no se atrevió a tomarla, la derramando en el suelo como una ofrenda a Dios en gratitud por haberle dado hombres tan leales. Esa agua era demasiado preciosa para ser bebida, porque representaba los corazones y las vidas de tan devotos soldados.

Por lo menos treinta héroes de la antigüedad son registrados

para nosotros; en muchos casos, para nosotros son solamente nombres, pero eran conocidos y apreciados por David. Nombrarlos aquí es honrarlos.

Entre los que se incluyen en esta lista de honor está Urías el heteo, quien ciertamente merece ser tenido en cuenta y nunca olvidado. Su mención aquí nos recuerda que, pese a toda su grandeza, David era un hombre pecador en desesperada necesidad de la gracia y el perdón de Dios.

### *Una decisión necia*

**24** Volvió a encenderse la ira de Jehová contra los israelitas, e incitó a David contra ellos diciéndole: «Ve, haz un censo de Israel y de Judá.» <sup>2</sup> El rey dijo a Joab, general del ejército que estaba con él:

—Recorre ahora todas las tribus de Israel, desde Dan hasta Beerseba, y haz un censo del pueblo, para que yo sepa el número de los habitantes.

<sup>3</sup> Joab respondió al rey:

—Que Jehová, tu Dios, multiplique al pueblo cien veces más de lo que es, y que pueda verlo mi señor, el rey. Pero, ¿por qué se complace en esto mi señor, el rey?

<sup>4</sup> Sin embargo, la palabra del rey prevaleció sobre la de Joab y sobre la de los capitanes del ejército. Se retiró, pues, Joab, con los capitanes del ejército, de la presencia del rey, para hacer el censo del pueblo de Israel. <sup>5</sup> Pasaron el Jordán y acamparon en Aroer, al sur de la ciudad que está en medio del valle de Gad, junto a Jazer. <sup>6</sup> Después fueron a Galaad y a la tierra baja de Hodsí; de allí a Danjaán y a los alrededores de Sidón. <sup>7</sup> Luego fueron a la fortaleza de Tiro y a todas las ciudades de los heveos y de los cananeos, y por último se dirigieron al Neguev de Judá, en Beerseba.

<sup>8</sup> Después que terminaron de recorrer toda la tierra, volvieron a Jerusalén al cabo de nueve meses y veinte días.

<sup>9</sup> Joab entregó entonces el censo del pueblo al rey; había en Israel ochocientos mil hombres fuertes que sacaban espada,

y los de Judá eran quinientos mil hombres.

<sup>10</sup> Después que David censó al pueblo, le pesó en su corazón; y dijo David a Jehová:

—He pecado gravemente por haber hecho esto; pero ahora, oh Jehová, te ruego que quites el pecado de tu siervo, porque he actuado muy neciamente.

<sup>11</sup> Por la mañana, cuando David se levantó, vino palabra de Jehová al profeta Gad, vidente de David, diciendo: <sup>12</sup> «Ve y di a David: Así ha dicho Jehová: “Tres cosas te ofrezco; tú escogerás una de ellas, para que yo la haga.”» <sup>13</sup> Vino, pues, Gad a David, se lo hizo saber y le dijo:

—¿Qué prefieres: que vengan siete años de hambre sobre tu tierra? ¿o que huyas tres meses delante de tus enemigos y que ellos te persigan? ¿o que haya tres días de peste en tu tierra? Piensa ahora, y mira qué debo responder al que me ha enviado.

<sup>14</sup> Entonces David dijo a Gad:

—Estoy en gran angustia. Pero es preferible caer ahora en manos de Jehová, porque sus misericordias son muchas, que caer en manos de los hombres.

<sup>15</sup> Entonces Jehová envió la peste sobre Israel, desde esa mañana hasta el tiempo señalado, y murieron setenta mil hombres del pueblo desde Dan hasta Beerseba. <sup>16</sup> Y cuando el ángel extendió su mano sobre Jerusalén para destruirla, Jehová se arrepintió de aquel mal, y dijo al ángel que exterminaba al pueblo: «Basta ya; detén tu mano.»

El ángel de Jehová estaba junto a la era de Arauna, el jebuseo. <sup>17</sup> Cuando David vio al ángel que castigaba al pueblo, dijo a Jehová:

—Yo pequé, yo hice lo malo; ¿qué hicieron estas ovejas? Te ruego que tu mano se vuelva contra mí y contra la casa de mi padre.

La Biblia nunca adula a sus héroes. Las Escrituras son

honestas y reflejan la realidad de la vida, así nos permite ver a David tanto en sus momentos de sabiduría como en los de necesidad. A todos nos gustaría pensar que a medida que envejecemos nos hacemos más sabios. ¡Ojalá fuese así! En los últimos días de su reinado, David hizo una decisión tonta basada únicamente en su orgullo pecaminoso; sus consecuencias fueron sorprendentes y constituyen una seria advertencia para todos nosotros.

Ahora que habían concluido las guerras con los filisteos, Israel podía regresar a los asuntos de la vida diaria. El Señor había sido la fortaleza y el libertador del pueblo en tiempos de serias dificultades. Sin embargo, parece que retornaron a su diaria rutina sin una palabra de agradecimiento a Dios por la paz y la prosperidad de las que ahora disfrutaban. Es así que leemos en el versículo inicial de este capítulo que: “Volvió a encenderse la ira de Jehová contra los israelitas.” El pueblo estaba otra vez listo para otro muy merecido juicio.

El retorno a la paz también se convirtió en un tiempo más bien peligroso para David. En esta etapa de su vida, ya no tenía nada que demostrarles a los hombres o a Dios: era tanto lo que se había distinguido en tantos aspectos a través de su vida, que mientras se relajaba en su casa, fue: sorprendido, desprevenido y atrapado por Satanás que actuaba con el permiso de Dios (véase Job 1:12). Se nos dice en 1 Crónicas 21:1, que “Se levantó Satanás contra Israel e incitó a David a que hiciese censo del pueblo.” Mientras el diablo intentaba el mal, Dios iba a usar el episodio para el bien espiritual de su pueblo (véase Romanos 8:28).

Fue el orgullo lo que movió a David a ordenarle a Joab que censara a Israel y a Judá, y le reportaran el número de combatientes disponibles que había en ambos pueblos. Joab había estado largo tiempo junto a él, y lo conocía más que bien; podía ver a través de las palabras del rey, y comprender que sus motivos eran pecaminosos. Con base en eso, le dio buenos consejos que él nunca oyó. “Que Jehová, tu Dios, multiplique al pueblo cien veces más

de lo que es, y que pueda verlo mi señor”, le dijo. “Pero, ¿por qué se complace en esto mi señor, el rey?” Joab parecía estarle diciendo a David: “Estás dando la impresión de que los logros y las recientes victorias de Israel se deben todos a ti y a la superioridad militar de tu ejército. ¡Eso no está bien, no seas tonto! ¿Qué sentido tiene hacer algo así?”

Pero David no hizo caso de las palabras de Joab, e insistió en que su general hiciera exactamente como le había ordenado. Se ha dicho que “el poder corrompe”. David había alcanzado tan alta posición y se le tenía en tan alta estima, que había empezado a creer que no tenía que darle razones a nadie. Rechazaba el consejo sabio y, en lugar de ello, daba oídos a Satanás quien ahora le susurraba: “David, veamos cuán vasto es en realidad tu imperio ¡Que la gente sepa cuán grande y poderoso eres!”

Evidentemente hubo discusión entre Joab y el rey, pero el último se impuso por su autoridad; su comandante tomó el censo, contando al pueblo, pero no estaba nada feliz con el asunto. El relato paralelo de 1 Crónicas 21:6 nos dice que “la orden del rey era abominable a Joab”.

Después de casi diez meses de levantar censos, y de haber determinado cuántos hombres físicamente capaces había en Judá e Israel que fueran aptos para el servicio militar, el informe arrojaba la cifra de alrededor de un millón y medio de hombres (ver 1 Crónicas 21:5). Con base en ese dato, la población de Israel en ese momento se podría estimar en probablemente más de seis millones y medio de personas.

Ante Dios: toda la situación, la fría e ingrata actitud del pueblo y el orgullo de su rey, era del todo mala, y demandaba medidas disciplinarias, para que la indiferencia no se apoderara de la población. En mérito suyo, debemos decir que ahora a David “le pesó en su corazón” por el orgullo y la arrogancia de organizar el conteo de sus hombres. Una vez más, vemos por qué Dios dijo que David era “conforme a su corazón”. David era sensible a Dios, y no hay duda de que alguna palabra de Dios lo conmovió

profundamente mientras reflexionaba sobre lo que había hecho. El rey no buscó excusas, sino que admitió su desatino y confesó: “He pecado gravemente por haber hecho esto; pero ahora, oh Jehová, te ruego que quites el pecado de tu siervo, porque he actuado muy neciamente.”

Como sabemos, tenemos perdón en Cristo para cada pecado; pero esto no significa que no haya ocasiones en las que no suframos las dolorosas consecuencias. Recordemos también que toda la nación, y no solamente el rey, había actuado neciamente y necesitaba disciplina.

Temprano a la mañana siguiente, y bajo la dirección de Dios, el profeta Gad fue a donde David para decirle: “Así ha dicho Jehová”. Jehová le daba tres opciones para la nación, de las cuales debía escoger una. Las tres eran terribles; no había salida fácil a lo que era la más inusual oferta de Dios; tan inusual, que no sabemos de otra ocasión en que se le diera al pueblo de Israel la oportunidad de escoger cuál iba a ser la consecuencia de sus pecados.

David tenía que elegir entre: tres años de hambruna, tres meses de invasión por el enemigo o tres días de plaga. Cualquiera que fuese la elección, la pérdida de vidas iba a ser muy grande.

David estaba abrumado por la culpa, dijo: “Estoy en gran angustia”, y en medio de su arrepentimiento añadió: “Pero es preferible caer ahora en manos de Jehová, porque sus misericordias son muchas, que caer en manos de los hombres.” David sabía que si de algún modo Dios intervenía en las consecuencias, de igual manera su gracia y su misericordia se iba a hacer presentes.

La plaga apareció súbitamente, y en menos de tres días alrededor de 70,000 personas habían perecido a causa de la temible enfermedad, cifra que permite comprender el impacto que tuvo sobre la nación, y la magnitud de la congoja y el dolor.

Cuando David vio que el ángel de la muerte, con la espada desenvainada, había llegado a Jerusalén, cayó sobre su rostro,



reclamando para sí toda la responsabilidad, y rogando a Dios que salvara al pueblo, porque *él* había pecado; y porque *él* había actuado neciamente. Fue un gesto noble de David el asumir toda la responsabilidad. Pero lo cierto era que toda la nación se había comportado de igual forma, y David no era más que la personificación de ella. En todo esto vemos la paga terrible del pecado; el Diabolo puede hacer que el mal nos parezca llamativo, pero una vez que nos lleva a cometerlo, nos deja solos para que paguemos las consecuencias.

### *David construye un altar*

**<sup>18</sup> Vino Gad adonde estaba David aquel día, y le dijo: «Sube y levanta un altar a Jehová en la era de Arauna, el jebuseo.» <sup>19</sup> David subió conforme al dicho de Gad, según lo había mandado Jehová. <sup>20</sup> Arauna miró y vio al rey y a sus siervos que venían hacia él. Salió entonces Arauna, se inclinó delante del rey, rostro a tierra, <sup>21</sup> y dijo:**

—¿Por qué viene mi señor, el rey, a ver a su siervo?

**David respondió:**

—Para comprarte la era y edificar en ella un altar a Jehová, a fin de que cese la mortandad del pueblo.

**<sup>22</sup> Arauna dijo a David:**

—Tome y ofrezca mi señor el rey lo que bien le parezca; ahí tienes bueyes para el holocausto, los trillos y los yugos de los bueyes para leña. <sup>23</sup> Todo esto, oh rey, Arauna lo da al rey.

**Luego dijo Arauna al rey:**

—Jehová, tu Dios, te sea propicio.

**<sup>24</sup> El rey dijo a Arauna:**

—No; la compraré por su precio; porque no ofreceré a Jehová, mi Dios, holocaustos que no me cuesten nada.

Y David compró la era y los bueyes por cincuenta siclos de plata. <sup>25</sup> Edificó allí David un altar a Jehová, y sacrificó holocaustos y ofrendas de paz. Entonces Jehová oyó las súplicas de la tierra y cesó la plaga en Israel.

Se nos dice que cuando Jehová miró la situación, se arrepintió (1 Crónicas 21:15). “¡Basta ya!”, le dijo al ángel destructor, “¡Detén tu mano!” El ángel había llegado hasta la era de un hombre llamado Arauna, un jebuseo que vivía en Jerusalén.

Por medio del profeta Gad, Jehová le dijo a David que construyera un altar conmemorativo en ese lugar, para que todos lo vieran. Cuando el rey se acercó, Arauna salió a encontrarlo y a ofrecerle sus servicios. Sin ser israelita, sino descendiente del pueblo que originalmente había vivido en Jerusalén, este hombre sencillo y sincero había llegado a adorar al verdadero Dios y a confiar en él. Ese día le ofreció a David: la era junto con los bueyes, la madera del yugo y los trillos. En pocas palabras, todo lo necesario para un sacrificio a Dios.

Pero David había aprendido algo en relación al servicio y al sacrificio a Dios, y le dijo: “No; la compraré por su precio; porque no ofreceré a Jehová, mi Dios, holocaustos que no me cuesten nada.” Lo esencial del sacrificio a Dios es el negarse a uno mismo y el dar de uno mismo. Habitualmente le damos a Dios aquello de lo que nos podemos privar fácilmente; pero, ¿cuándo hemos dejado de comprar algo que deseamos, porque que hemos querido darle algo a nuestro Salvador en respuesta a su amor por nosotros?

David se sintió tan conmovido por la generosidad de Arauna que le pagó cincuenta siclos de plata por la era, y otros seiscientos siclos de oro por todo aquel lugar (1 Crónicas 21:25). Aquí, sobre este mismo sitio, era donde Salomón, hijo de David, iba a supervisar finalmente la construcción del templo, un lugar destinado a ofrecer sacrificios a Dios, y un monumento a la gracia y la misericordia de quien perdona: la iniquidad, la transgresión y el pecado.

Este capítulo cierra con las palabras: “Entonces Jehová oyó las súplicas de la tierra y cesó la plaga en Israel.” La gente de hoy en día lee el final de 2 Samuel y se pregunta: “¿Cómo pudo Dios haberle hecho algo así a Israel?” Una pregunta más apropiada

podría ser: ¿por qué se detuvo, conociendo lo que merecemos por causa de nuestros pecados? En lugar de continuar, cerca de este mismo lugar nuestro Dios misericordioso sacrificó a su único Hijo para que pudiésemos ser salvos de la plaga de la muerte eterna. El ángel de Dios envaina su espada cuando se llega a nosotros. “Al que no conoció pecado, por nosotros lo hizo pecado, para que nosotros seamos justicia de Dios en él” (2 Corintios 5:21).

David pasó sus últimos días terminando los planes para la construcción del templo y acumulando tesoros y materiales para su construcción, así como reflexionando sobre los años vividos. Con humildad y gratitud: le abrió su corazón a Dios ante los líderes de la nación, aconsejó a su hijo, se regocijó y dio gracias. Hasta el mismo final, siguió siendo el hombre de quien Dios dijo que era “conforme a su corazón”.

Las generaciones venideras iba a hablar de David como “el más grande de los reyes de Israel”, pero él se daba cuenta de que su mayor honor fue el de haber sido usado para preparar el camino de Aquel cuyo reino nunca iba a terminar.

Ojalá pudiera decirse lo mismo de nosotros: que permanecemos hasta el final con un corazón verdadero para las cosas de Dios. Todos los demás honores y distinciones de este mundo no significarán nada cuando llegue nuestro último día. Lo que importa es que, mediante Cristo Jesús, nos hagamos miembros del eterno reino de Dios, el reino de sus “amados”.



## ANTIGUO TESTAMENTO

GÉNESIS	ECLESIASTÉS
ÉXODO	CANTARES
LEVÍTICO	ISAÍAS
NÚMEROS	JEREMÍAS
DEUTERONOMIO	LAMENTACIONES
JOSUÉ	EZEQUIEL
JUECES	DANIEL
RUT	OSEAS
<b>1º SAMUEL</b>	JOEL
<b>2º SAMUEL</b>	AMÓS
1º REYES	ABDÍAS
2º REYES	JONÁS
1º CRÓNICAS	MIQUEAS
2º CRÓNICAS	NAHUM
ESDRAS	HABACUC
NEHEMÍAS	SOFONÍAS
ESTER	HAGEO
JOB	ZACARÍAS
SALMOS	MALAQUÍAS
PROVERBIOS	

## NUEVO TESTAMENTO

MATEO	1º TIMOTEO
MARCOS	2º TIMOTEO
LUCAS	TITO
JUAN	FILEMÓN
HECHOS	HEBREOS
ROMANOS	SANTIAGO
1º CORINTIOS	1º PEDRO
2º CORINTIOS	2º PEDRO
GÁLATAS	1º JUAN
EFESIOS	2º JUAN
FILIPENSES	3º JUAN
COLOSENSES	JUDAS
1ª TESALONICENSES	APOCALIPSIS
2ª TESALONICENSES	

La Biblia Popular es una serie de comentarios de la Biblia para todas las personas. Los autores de la serie han servido como pastores de congregaciones, profesores universitarios, o profesores de seminario, muchos en más de una de estas actividades. Cada autor comenzó con el texto original en Hebreo o Griego y después trabajó para presentar el mensaje de la Palabra de Dios a los cristianos quienes enfrentamos presiones y tentaciones cada día de la vida. Dos verdades importantes sirven de guía a todos los comentarios. Primero, la Biblia es la Palabra inspirada de Dios y por lo tanto es verdadera y confiable. Segundo, el mensaje central de toda la Biblia es Jesucristo.

**Ana, la madre de Samuel, dedicó su hijo a la obra del Señor. Samuel creció y llegó a ser uno de los grandes profetas de Israel y guió al pueblo de Dios en medio de tiempos turbulentos. Los dos libros de Samuel relatan la historia de este gran líder quien ungió a los primeros dos reyes de Israel, Saúl y David.**